



LINCOLN CHILD

LA TERCERA PUERTA

Lectulandia

Jeremy Logan, profesor de Historia en Yale y respetado enigmólogo, recibe una propuesta de trabajo de su viejo amigo Ethan Rush. Porter Stones, un «buscador» de tesoros antiguos, ha reclutado a un grupo de arqueólogos y otros expertos para localizar la mítica tumba del faraón Narmer también conocido como Menes, el primer faraón del Antiguo Egipto. Una inscripción sobre un trozo de cerámica indica que la tumba verdadera está bajo el Sudd, la enorme ciénaga que se extiende al final del cauce del río Nilo. Aquí Jeremy averiguará cuál será su papel en la exploración: investigar una serie de misteriosos accidentes que ponen en peligro la excavación.

Lectulandia

Lincoln Child

La tercera puerta

ePUB v1.0

NitoStrad 11.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The third gate*

Autor: Lincoln Child

Fecha de publicación del original: junio 2012

Traducción: Fernando Garí Puig

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

Para Luchie

Prólogo

EL médico se sirvió una taza de café en la sala de descanso, extendió el brazo sobre la encimera para coger el recipiente de leche en polvo, pero lo pensó mejor y decidió ponerse un poco de leche de soja que sacó de la baqueteada nevera. Sin dejar de remover el café con la cucharilla de plástico, avanzó por el linóleo de color claro hasta una hilera de asientos idénticos. A través de la puerta se filtraban los sonidos de siempre: el traqueteo de las sillas de ruedas y las camillas, los pitidos y ruidos de los instrumentos, el constante parloteo de los altavoces del hospital.

Un residente de tercer año llamado Deguello había extendido sus delgadas extremidades sobre dos gastados asientos.

«Típico», pensó el médico; quedarse dormido al instante y en cualquier incómoda posición, ya fuera en horizontal o en vertical, era una habilidad de cualquier residente. Cuando se sentó junto a él, Deguello interrumpió sus leves ronquidos y abrió un ojo.

—Hola, doctor —murmuró—. ¿Qué hora es?

El médico echó un vistazo al reloj que colgaba en la pared más alejada, encima de las taquillas.

—Las once menos cuarto.

—Vaya —masculló Deguello—, eso quiere decir que solo he dormido diez minutos.

—Algo es algo —repuso el médico entre sorbo y sorbo de café—. Es una noche tranquila.

Deguello cerró el ojo.

—Dos infartos de miocardio; una fractura abierta de cráneo; una cesárea de emergencia; dos víctimas de disparos, una de ellas en estado crítico; un caso de quemaduras de tercer grado; una herida de arma blanca con penetración renal; una fractura simple y otra múltiple; un señor mayor que la ha palmado en la camilla; una sobredosis de Oxicodona; una de metanfetaminas; una de anfet. Y todo eso en... —lo pensó brevemente— los últimos noventa minutos.

El médico tomó otro sorbo de café.

—Lo que he dicho: una noche tranquila. Mírelo por el lado bueno. Podría estar haciendo la ronda en el Mass General.

El residente permaneció callado un momento.

—Lo siento doctor, pero sigo sin entenderlo —dijo al fin—. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se sacrifica en el altar de Urgencias un viernes sí y otro no? Yo no tengo elección, pero usted es un anestesista famoso...

El médico apuró el café y arrojó la taza al cubo de la basura.

—Le agradecería un poco menos de curiosidad en presencia de sus superiores. — Se puso en pie con cierto esfuerzo—. Bueno, hay que volver al combate.

Salió al pasillo y contempló la relativa calma que reinaba alrededor. Se dirigía hacia el mostrador de Urgencias situado en la otra punta de la sala cuando notó un repentino incremento de actividad y vio que la enfermera jefe se le acercaba corriendo.

—Accidente de tráfico —le dijo esta—. Una víctima. Llegará en cualquier momento. He reservado Trauma Dos.

El médico se encaminó en el acto hacia el reservado indicado. En ese instante las puertas de Urgencias se abrieron de golpe y un equipo de paramédicos entró empujando una camilla; les seguían dos agentes de policía. Enseguida se dio cuenta de que era algo serio: la urgencia de sus movimientos, sus expresiones, la sangre que les salpicaba el rostro y el uniforme..., todo indicaba una situación desesperada.

—¡Mujer! ¡Treinta y tantos años! —gritó uno de los paramédicos—. ¡No responde!

Sin perder un segundo, el médico les indicó el reservado y se volvió hacia un interno que pasaba por allí.

—Traiga un carro de sutura —le dijo.

El interno asintió y se alejó corriendo.

—¡Y llame a Deguello y a Corbin! —añadió el médico alzando la voz por encima del hombro.

Los paramédicos habían llevado la camilla a Trauma Dos y la estaban colocando junto a la mesa de intervenciones.

—A la de tres —dijo una enfermera mientras se situaban alrededor del cuerpo—. Cuidado con ese collarín. A la una..., a las dos... ¡y a las tres!

Acomodaron a la paciente en la mesa y apartaron la camilla. El médico vio fugazmente la piel pálida, el cabello castaño claro y una blusa que había sido blanca y que estaba empapada de sangre. Un reguero de sangre señalaba el recorrido de la camilla hasta Trauma Dos.

Una sensación de alarma, como una fría descarga eléctrica, empezó a hacerle cosquillas en un rincón de la mente.

—Un conductor borracho se le echó encima —le dijo al oído uno de los paramédicos—. Ha sufrido una parada cardíaca por el camino.

Entraron los internos, seguidos por Deguello.

—¿Grupo sanguíneo? —preguntó el médico.

—Cero negativo —respondió el paramédico.

Todos los presentes estaban ocupados: colocando la intravenosa, conectando monitores, acercando un carrito con un desfibrilador. El médico se dirigió a uno de los internos.

—Llame al banco de sangre y pida tres unidades. —Recordó el reguero rojo del pasillo y añadió—: No, que sean cuatro.

—Oxígeno conectado —anunció una de las enfermeras justo cuando Corbin entraba.

Deguello se acercó a la cabecera de la mesa y echó un vistazo a la víctima inmóvil.

—Parece cianótica.

—Quiero un análisis de gases en la sangre —repuso el médico.

Tenía la atención puesta en el abdomen de la mujer, desnudo en ese momento y cubierto completamente de sangre. Retiró con rapidez el improvisado vendaje y dejó a la vista una herida brutal que sangraba abundantemente a pesar de la sutura provisional que habían hecho los paramédicos. Se volvió hacia una enfermera y señaló esa área. Ella limpió la herida, y él la examinó de nuevo.

—Trauma abdominal masivo —dijo—. Posible neumotórax subpulmonar. Vamos a necesitar una pericardiocentesis. —Se volvió hacia el paramédico y le preguntó—: ¿Qué demonios ha provocado esto? ¿Y el airbag?

—Se deslizó por debajo. El salpicadero se partió en dos, como una rama, y se lo clavó. Tuvieron que sacarla desde arriba, con las mandíbulas. Una escena horrible, tío. El Porsche quedó totalmente aplastado por el todoterreno de ese cabrón.

«El Porsche». La fría descarga de su cerebro aumentó el cosquilleo. Se irguió para poder ver mejor la cabeza de la mujer, pero Deguello estaba en medio.

—Traumatismos craneales por impacto con algo romo —dijo Deguello—. Vamos a necesitar un escáner cerebral.

—Tensión arterial ocho y tres y bajando —dijo una enfermera—. Pulso de setenta y nueve.

—¡Mantengan la compresión! —ordenó Deguello.

La pérdida de sangre era demasiado elevada; el shock, demasiado grave. Disponían de un minuto, dos como mucho, para salvarla. Llegó otra enfermera empujando un carrito con unidades de sangre y empezó a colgarlas del soporte.

—Con esto no será suficiente —dijo el médico—. Necesitamos una vía más grande. Se está desangrando muy deprisa.

—Un miligramo de epinefrina —pidió Corbin a uno de los internos.

La enfermera se volvió hacia el carro de sutura, cogió una aguja de mayor calibre y la insertó en la mano inerte de la mujer. La mirada del médico se fijó en la mano: delgada y muy pálida. Llevaba un único anillo: una alianza de platino con un bonito zafiro amarillo, en forma de estrella, sobre fondo negro. De Sri Lanka. Muy caro. Lo sabía porque había sido él quien lo había comprado.

De repente una aguda alarma sonó en Trauma Dos.

—¡Parada cardíaca! —gritó una enfermera.

Por un instante, el médico no se movió, paralizado por el espanto y la incredulidad. Deguello se volvió hacia otro de los internos, y el médico pudo ver por fin la cara de la mujer: el pelo pegajoso y revuelto, los ojos que miraban hacia lo alto sin ver, la boca y la nariz tapados por la mascarilla de oxígeno.

—Jennifer —balbuceó con la boca seca.

—¡Perdiendo las constantes vitales! —gritó la enfermera.

—¡Necesitamos lidocaína! —exclamó Corbin—. ¡Ya!

Entonces la parálisis desapareció tan rápidamente como había llegado. El médico miró a una de las enfermeras.

—¡Desfibrilador! —gritó.

La mujer corrió hasta el rincón y regresó empujando un carrito.

—Cargando.

Uno de los internos inyectó la lidocaína y se apartó. El médico cogió los electrodos; apenas podía controlar el temblor de sus manos. Aquello no podía estar pasando. Tenía que tratarse de un sueño, de un mal sueño. No tardaría en despertarse en la sala de descanso y vería a Deguello roncando en la silla de al lado.

—¡Cargado! —anunció la enfermera.

—¡Apártense! —El médico fue consciente de la desesperación que había en su voz.

Todos dieron un paso atrás. Apoyó los electrodos en el ensangrentado pecho y aplicó la descarga. El cuerpo de Jennifer se puso rígido un segundo y luego cayó inerte en la mesa.

—¡La estamos perdiendo! —exclamó la enfermera que controlaba las constantes vitales.

—¡Carguen de nuevo! —ordenó el médico.

Un nuevo pitido, agudo e insistente, se añadió a la algarabía reinante.

—Choque hipovolémico —musitó Deguello—. No hay forma de recuperarla.

«No tienen ni idea», pensó el médico, como si estuviera a miles de kilómetros de distancia. «No lo entienden». Notó que una lágrima asomaba a su ojo y empezaba a deslizarse por la mejilla.

—¡Recargado! —gritó la enfermera del desfibrilador.

El médico aplicó los electrodos, y el cuerpo de Jennifer se arqueó nuevamente.

—No responde —dijo el interno que estaba junto a él.

—Se acabó —suspiró Corbin—. Creo que deberías declarar el fallecimiento, Ethan.

Sin embargo, el médico dejó los electrodos e inició un masaje cardíaco. Notaba cómo el cuerpo inerte y frío de Jennifer se movía perezosamente bajo la firme presión de sus manos.

—Pupilas fijas y dilatadas —dijo la enfermera que controlaba las constantes.

Pero el médico no le prestó atención, su masaje cardíaco se hizo más enérgico y desesperado.

El ruido que reinaba en Trauma Dos empezó a menguar.

—Actividad cardíaca nula —anunció la enfermera.

—Será mejor que declares el fallecimiento —dijo Corbin.

—¡No! —espetó el médico.

Todos se volvieron al percibir la angustia en su voz.

—Ethan... —dijo Corbin, extrañado.

En lugar de contestar, el médico se echó a llorar.

A su alrededor todos permanecieron muy quietos. Algunos lo miraban sin comprender, otros apartaban la mirada, incómodos; todos salvo un interno que abrió la puerta y enfiló en silencio el pasillo. El médico, que seguía llorando, sabía exactamente adónde se dirigía. Iba a buscar un sudario.

Tres años después

DADO que había crecido en Westport y era profesor en Yale, Jeremy Logan creía conocer bien el estado de Connecticut. Sin embargo, la zona por la que estaba conduciendo era toda una revelación. Rumbo al este desde Groton —siguiendo las instrucciones del correo electrónico que había recibido—, había girado en la US-1 y, después de pasar Stonington, había tomado la US-1 Alternate. Luego continuó por el grisáceo litoral atlántico, dejó atrás Wequetequock, cruzó un puente que parecía tan antiguo como la mismísima Nueva Inglaterra, giró bruscamente a la derecha y se internó por un camino bien asfaltado pero sin señalizar. De repente los pequeños centros comerciales y los moteles de turistas desaparecieron de la vista. Pasó ante una ensenada donde había amarradas varias embarcaciones langosteras y entró en una adormecida aldea. Sin embargo, era un pueblo vivo y trabajador, con su tienda de ultramarinos, su comercio de artículos de pesca, su iglesia episcopal con un campanario desproporcionadamente grande, y sus casas con techos de pizarra y vallas de madera pintadas de blanco. No se veían ostentosos todoterreno ni matrículas de otros estados; la gente que estaba sentada en los bancos o asomada a las ventanas lo saludaba al pasar. Lucía un sol de abril intenso, y la brisa marina era fresca y salada. El cartel que colgaba de la estafeta de correos le indicó que se hallaba en Pevensey Point, con una población de ciento ochenta y dos habitantes. Algo en aquel lugar le hizo pensar inevitablemente en Herman Melville.

—Karen, si hubieras visto este sitio, no habríamos comprado la casa de Hyannis —dijo.

A pesar de que su esposa había muerto de cáncer años atrás, Logan aún conversaba con ella de vez en cuando. Naturalmente, más que conversaciones solían ser monólogos, aunque no siempre. Al principio solo lo hacía cuando estaba seguro de que no había nadie que pudiera oírlos; pero con el tiempo —cuando lo que empezó siendo una especie de pasatiempo intelectual se convirtió en una profesión—, ya no se molestó en ser discreto. A juzgar por cómo se ganaba la vida, la gente esperaba de él que fuera un poco extraño.

A tres kilómetros del pueblo, justo donde indicaban las instrucciones, una estrecha carretera se abría a la derecha. Logan la tomó y se encontró en medio de una arenosa pinada que no tardó en dar paso a una serie de dunas. Estas desembocaban en un puente metálico que llevaba a una isla baja y ancha en el canal de Fisher Island. A pesar de la distancia, vio que había al menos una docena de construcciones en la isla, todas de la misma piedra marrón rojiza. En el centro, dispuestos en paralelo, como

fichas de dominó, se levantaban tres grandes edificios de cinco plantas con aspecto de dormitorios universitarios. En el extremo más alejado, oculta en parte por los edificios, había una pista de aterrizaje desierta. Más allá se extendía el océano y la oscura línea verde de Rhode Island.

Logan continuó un kilómetro más y se detuvo junto a la garita situada antes del puente. Mostró una copia impresa del correo electrónico al guardia que estaba dentro, y este le sonrió y lo dejó pasar. Al lado de la garita, en un cartel de aspecto elegante pero discreto se leía simplemente CET.

Cruzó el puente, dejó atrás una estructura periférica y entró en el aparcamiento. Era sorprendentemente grande: había un centenar de coches estacionados y sitio para muchos más. Metió el coche en una de las plazas y apagó el motor. Pero en lugar de salir del coche, leyó una vez más el correo electrónico.

Apreciado Jeremy: Me complace —y me tranquiliza— saber que has aceptado. También te agradezco que te muestres tan flexible, pues, como te mencioné, es imposible saber cuánto tiempo te llevará esta investigación. En cualquier caso, cobrarás un mínimo de dos semanas de honorarios según la tarifa que tú mismo has establecido. Lamento no poder ofrecerte más detalles en estos momentos, pero seguramente ya estás acostumbrado. Debo decir que estoy deseando volver a verte después de tanto tiempo. Más abajo encontrarás las instrucciones para llegar al Centro. Te estaré esperando el 18 por la mañana. Cualquier hora entre las diez y el mediodía me va bien. Otra cosa, una vez que te hayas embarcado en el proyecto es posible que te cueste comunicarte por teléfono con el exterior, así que asegúrate de limpiar bien tu mesa antes de llegar. ¡Espero con impaciencia el 18! Un abrazo, E. R.

Logan miró el reloj: las once y media. Hizo girar la nota entre los dedos. «Es posible que te cueste comunicarte por teléfono con el exterior». ¿Por qué? ¿Acaso los repetidores telefónicos no habían llegado todavía a Pevensey Point? Sin embargo, lo que decía el correo era cierto: estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Cogió la bolsa de viaje del asiento del pasajero, guardó el papel dentro y salió del coche.

La recepción, situada en uno de los edificios centrales que parecían dormitorios universitarios, era un lugar discreto que le hizo pensar en un hospital o una clínica: media docena de sillas vacías, mesas con revistas, acuarelas anónimas en las paredes color beis y un mostrador tras el cual se hallaba una mujer de treinta y tantos años. A su espalda, las siglas CET, de nuevo sin ninguna indicación de su posible significado.

Logan dio su nombre a la recepcionista, que lo miró con una mezcla de interés e incomodidad. Fue a sentarse en una de las sillas; daba por hecho que tendría que esperar. Sin embargo, apenas había empezado a hojear un ejemplar de *Harvard*

Medical Review cuando se abrió una puerta y entró Ethan Rush.

—Jeremy —dijo sonriendo y acercándose con la mano extendida—, te agradezco que hayas venido.

—Hola, Ethan —contestó Logan estrechándole la mano—. Me alegro de verte de nuevo.

No había vuelto a ver a Rush desde la época en el John Hopkins, hacía veinte años, cuando los dos estaban en la facultad de Medicina. Aun así, el hombre que tenía delante se conservaba envidiablemente joven. Solo unas finas patas de gallo delataban el paso del tiempo. A Logan le bastó con estrecharle la mano para recibir dos claras impresiones acerca de Rush: había vivido un suceso que le había cambiado la vida para siempre, y era un hombre entregado, casi obsesivamente, a una causa.

Rush miró alrededor.

—¿Has traído el equipaje?

—Está en el coche.

—Dame las llaves, me ocuparé de que alguien vaya a buscarlo.

—Es un Lotus Elan S-4.

Rush silbó.

—¿El descapotable? ¿De qué año?

—De 1968.

—Una maravilla. Me encargaré de que lo traten con el máximo cuidado.

Logan metió la mano en el bolsillo y le entregó las llaves; Rush se las pasó a la recepcionista y le susurró algunas instrucciones. A continuación se volvió hacia Logan y le pidió que lo siguiera por la puerta abierta.

Subieron en ascensor hasta el último piso, y una vez allí Rush lo guió por un largo pasillo que olía ligeramente a desinfectante y a productos químicos. La semejanza con un hospital aumentó, aunque parecía un hospital sin pacientes. Las pocas personas con la que se cruzaron vestían ropa de calle, caminaban sin problemas y tenían un aspecto saludable. A medida que avanzaban, Logan miraba con curiosidad las habitaciones que tenían la puerta abierta. Vio salas de reuniones, un anfiteatro vacío con cabida para al menos cien personas, laboratorios repletos de equipos y material, y lo que parecía ser una biblioteca llena de periódicos encuadernados y con numerosos terminales de lectura. Más extraño aún: vio varias habitaciones idénticas, cada una con una cama individual y docenas de cables —si no cientos— conectados a una batería de monitores cercanos. Algunas puertas estaban cerradas y tenían la ventanilla cubierta por una cortina. Un grupo de hombres y mujeres vestidos con bata blanca se cruzó con ellos. Algunos lanzaron una mirada a Logan y todos saludaron a Rush con un gesto de la cabeza.

Se detuvieron ante una puerta con el letrero DIRECTOR. Rush la abrió e hizo pasar a Logan a una antesala, llena de libros y ocupada por dos secretarias, que

conducía a su despacho. Estaba decorado con gusto, aunque su minimalismo contrastaba con el abarrotamiento del espacio anterior. En tres de las paredes colgaban varias pinturas posmodernistas en azules y grises; la cuarta era toda de cristal, cubierta en ese momento por la persiana bajada.

En el centro de la estancia había una mesa de teca brillantemente pulida y dos sillones de cuero. Rush tomó asiento en uno de ellos y señaló el otro a Logan.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó Rush, que al parecer era el director—. ¿Café, té, agua?

Logan negó con la cabeza.

Rush cruzó una pierna sobre la otra.

—Jeremy, tengo que serte franco. No estaba seguro de que aceptaras este encargo, teniendo en cuenta lo ocupado que estás y... lo parco que fui a la hora de darte detalles.

—¿No estabas seguro a pesar de los honorarios que exigí?

Rush sonrió.

—Eso es verdad..., tus honorarios desde luego son altos. Pero resulta que últimamente tu... trabajo ha adquirido un perfil destacado. —Dudó—. ¿Cómo llamas a tu profesión?

—Soy enigmatólogo.

—De acuerdo. Enigmatólogo. —Rush lo miró con curiosidad—. ¿Es cierto que has conseguido documentar la existencia del monstruo del lago Ness?

—Eso deberías preguntárselo al cliente que me encargó el caso, la Universidad de Edimburgo.

—Me está bien empleado por preguntar. Hablando de universidades, eres profesor, ¿verdad?

—De historia medieval. En Yale.

—¿Y qué opinan en Yale de tu otra profesión?

—La fama nunca es un problema. Ayuda a que haya un elevado número de solicitudes de ingreso. —Logan contempló el despacho. Tenía comprobado que a menudo sus nuevos clientes preferían hablar de sus logros pasados. Así posponían la exposición de sus propios problemas.

—Recuerdo las... «investigaciones» que hiciste en el Peabody Institute y en el Applied Physics Lab, en la universidad —comentó Rush—. Quién iba a decir que te llevarían a esto...

—Yo no, desde luego. —Logan cambió de postura—. Bueno, ¿qué tal si me explicas qué significan las siglas CET? Nada de lo que veo por aquí me da la menor pista.

—Somos muy reservados. Centro de Estudios de Transmortalidad.

—Estudios de Transmortalidad —repitió Logan.

Rush asintió con la cabeza.

—Fundé el CET hace dos años.

Logan lo miró con sorpresa.

—¿Lo fundaste tú?

Rush suspiró. En su rostro apareció una expresión pesarosa.

—Verás, Jeremy, la cosa es así. Hace unos tres años yo trabajaba en el turno de Urgencias cuando una ambulancia llevó allí a mi mujer, Jennifer. Había sufrido un accidente terrible y no respondía a ninguno de nuestros esfuerzos por recuperarla. Lo intentamos todo, masajes cardíacos, desfibriladores, pero no había nada que hacer. Fue el peor momento de mi vida. Allí estaba yo..., incapaz de salvar la vida de mi esposa y obligado a declararla oficialmente muerta.

Logan meneó la cabeza en señal de comprensión.

—Pero resulta que no lo hice —prosiguió Rush—. No tenía fuerzas para hacerlo. En contra de los consejos de mis colegas, seguí con la reanimación. —Se inclinó hacia delante—. Y... ¿sabes qué? Jennifer volvió. Catorce minutos después de que hubiera cesado toda actividad cerebral, conseguí revivirla.

—¿Cómo?

Rush hizo un gesto con las manos.

—Fue un milagro. O eso me pareció entonces. La experiencia más increíble que puedas imaginar. Algo revelador, esas cosas que te cambian la vida. Rescatarla de la... —Calló unos instantes y prosiguió—: En ese momento se me cayó la venda de los ojos y me fue revelada la misión a la que debía dedicar mi vida. Abandoné el hospital de Rhode Island y mi actividad de anestesista, y desde entonces me he volcado en estudiar las experiencias cercanas a la muerte.

«Ahí está el suceso que le cambió la vida para siempre», pensó Logan.

—Estudios de transmortalidad —dijo en voz alta.

—Exacto. Nos dedicamos a analizar y codificar el fenómeno en sus distintas manifestaciones. Te sorprendería saber cuánta gente ha tenido experiencias cercanas a la muerte y, en particular, cuántas similitudes comparten. Una vez has regresado de ese umbral, nunca vuelves a ser el mismo. Como puedes imaginar, es algo que se queda contigo y con tus seres queridos. —Movié la mano en un gesto que abarcó el despacho—. Todo esto que ves... No me costó recaudar el dinero necesario para montar este centro. Hay muchísima gente que ha tenido experiencias cercanas a la muerte y que está muy interesada en compartirlas y en aprender más acerca de lo que podrían significar.

—¿Y qué hacéis en este centro, exactamente? —preguntó Logan.

—Somos una pequeña comunidad de médicos e investigadores..., la mayoría con parientes o amigos que han estado en el «otro lado». Invitamos a cualquiera que haya vivido una experiencia cercana a la muerte, una ECM, a que pase unas semanas o

unos meses con nosotros para documentar con exactitud lo que le sucedió y realizarle una serie de pruebas.

—¿Pruebas? —preguntó Logan.

Rush asintió con la cabeza.

—Aunque solo llevamos funcionando dieciocho meses, ya hemos realizado una importante labor de investigación y hemos conseguido ciertos descubrimientos.

—Pero, por lo que dices, habéis mantenido todo ese trabajo en secreto.

Rush sonrió.

—Imagínate lo que dirían los buenos habitantes de Pevensey Point si supieran exactamente quién se ha hecho cargo de las antiguas instalaciones de la Guardia Costera y para qué se están utilizando.

—Sí, me lo imagino. —«Dirían que estáis manipulando el destino. Que estáis jugando con gente que ha regresado de entre los muertos», pensó Logan. Empezaba a tener una idea de por qué lo habían llamado—. Bueno, ¿y qué ha ocurrido entonces para que yo pueda seros de alguna ayuda?

Una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro de Rush.

—Oh, no me has entendido. Aquí no ha pasado nada.

Logan vaciló.

—Tienes razón, no lo he entendido. Si el problema que tenéis no está aquí, ¿para qué habéis solicitado mis servicios?

—Lamento las evasivas, Jeremy. Podré decirte más cuando hayas embarcado.

—Pero si ya me he embarcado... Por eso he venido.

A modo de respuesta, Rush se levantó y fue hasta la pared del fondo.

—No —dijo, y subió la persiana de un tirón, dejando al descubierto la pared de cristal.

Más allá del ventanal se hallaba la pista de aterrizaje que Logan había visto al llegar. Pero desde allí se dio cuenta de que no estaba desierta. Un Learjet 85 de color blanco resplandecía bajo el sol de mediodía. Rush señaló el avión.

—Cuando hayas embarcado en eso —añadió.

HABÍA cinco personas en total en el avión: los dos miembros de la tripulación, Logan, Rush y un empleado del CET que cargaba con dos ordenadores portátiles y varias carpetas que parecían contener resultados de laboratorio. Cuando el reactor hubo despegado, Ethan Rush se disculpó y fue a la parte de atrás para reunirse con el empleado. Logan sacó de su bolsa de viaje el último ejemplar de *Nature* y lo hojeó en busca de nuevos hallazgos —o anomalías— que pudieran interesarle desde un punto de vista profesional. Al cabo de un rato le entró el sueño y dejó la revista a un lado con la intención de dormir cinco o diez minutos. Pero cuando se despertó, fuera había oscurecido y notaba la cabeza espesa, fruto de un largo y profundo sueño. Rush lo miraba desde su asiento, al otro lado del pasillo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Logan.

—Nos acercamos a Heathrow. —Señaló con la cabeza al empleado que viajaba en la parte de atrás—. Siento lo de antes. Al igual que tú, no sé exactamente cuánto tiempo voy a estar fuera y había algunos asuntos del CET que no podían esperar a mi regreso.

—No pasa nada. —Logan contempló las luces de Londres, que se extendían bajo ellos como una inmensa manta amarilla—. ¿Es este nuestro destino?

Rush meneó la cabeza y luego sonrió.

—¿Sabes? Me hizo gracia que subieses al avión sin hacer preguntas. Pensé que al menos lo pensarías dos veces.

—En mi profesión se viaja mucho. Siempre llevo el pasaporte conmigo.

—Sí, lo leí en un artículo que publicaron sobre ti. Por eso no te pedí que lo cogieras.

—Durante los últimos seis meses he estado en por lo menos cinco países distintos: Sri Lanka, Irlanda, Mónaco, Perú y Atlantic City.

—¿Atlantic City? Atlantic City no es un país —objetó Rush, riendo.

—Pues a mí me lo pareció.

El avión aterrizó y se dirigió hasta un hangar privado donde el empleado del CET se bajó con el portátil y las carpetas para embarcar en un vuelo comercial de regreso a Nueva York. Logan y Rush tomaron una cena ligera mientras el reactor repostaba. Cuando volvieron a estar en el aire, Rush cogió un maletín negro y se sentó junto a Logan.

—Voy a enseñarte una foto que creo que explicará la necesidad de tanto secretismo.

Hizo saltar los cierres del maletín, lo entreabrió y rebuscó en su interior. Sacó un ejemplar de *Fortune* y se lo mostró brevemente.

En la cubierta aparecía el retrato de un hombre de unos cincuenta y tantos años, con el pelo prematuramente blanco y peinado con raya en medio. Tenía un aspecto un tanto anacrónico, a Logan le recordó a los estudiantes de las escuelas públicas de la era victoriana: Harrow, Eton o Rugby. Era delgado, un rasgo acentuado por el fuerte contraluz de la fotografía. Sus suaves facciones, casi femeninas, contrastaban con su curtida piel, como si hubiera estado expuesta al sol y los elementos. Aunque no sonreía, en sus ojos azules brillaba una chispa de humor, como si se reservara para sí algún tipo de gracia que no deseaba compartir con el mundo.

Logan lo reconoció y, tal como había dicho Rush, buena parte del misterio quedó explicado. Era el rostro de H. Porter Stone, sin duda el cazador de tesoros más rico y más famoso del mundo. Aunque, en opinión de Logan, llamarle «cazador de tesoros» era injusto: Stone había estudiado arqueología y había dado clases de su especialidad en la UCLA antes de descubrir dos galeones españoles hundidos en aguas internacionales en 1648. Aquellos dos barcos —abarroados de oro y plata de las colonias— no solo lo hicieron inmensamente rico sino también famoso. Una notoriedad que no hizo sino aumentar con sus posteriores descubrimientos: un mausoleo inca con su correspondiente tesoro escondido en un paso montañoso situado a treinta kilómetros de Machu Picchu; y, después de eso, un inmenso alijo de piedras de jabón talladas con forma de pájaros, animales y figuras humanas que desenterró de las ruinas primitivas del Gran Zimbawe. A estos hallazgos les siguieron otros en rápida sucesión. «¿Qué antigua civilización saqueará ahora?», preguntaba el encabezamiento de la portada.

—¿A eso es a lo que vamos? —preguntó Logan con incredulidad—. ¿A una caza de tesoros? ¿A una excavación arqueológica?

Rush asintió.

—Un poco de las dos cosas, en realidad. El último proyecto de Stone.

—¿De qué va?

—No tardarás en conocer los detalles.

Rush volvió a abrir el maletín. Logan le echó un vistazo y vio que deslizaba la revista entre un delgado fajo de papeles, lo vio de refilón, pero le pareció que los papeles estaban llenos de jeroglíficos.

Rush cerró el maletín.

—Lo que sí puedo decirte es que se trata de la mayor expedición que Stone haya organizado. Y también de la más secreta. Además de la habitual necesidad de trabajar con la mayor discreción, existen ciertas cuestiones de tipo logístico que no son las habituales.

Logan asintió. No le sorprendía. Las expediciones de Stone llamaban cada vez más la atención tanto de la prensa como de los intrusos. En la actualidad, en lugar de supervisar las excavaciones personalmente, Stone se había hecho famoso por su

tendencia a recluírse y por dirigir los trabajos a distancia, con frecuencia desde la otra punta del mundo.

—Tengo que preguntártelo. ¿Qué interés tienes exactamente en todo esto? No puede estar relacionado con el centro que has fundado. Cualquier cuerpo que haya podido encontrar Stone llevará muerto muchísimo tiempo.

—Soy el médico oficial de la expedición. Pero también tengo otro interés indirecto. —Rush vaciló—. Verás, de verdad que no pretendo ser reticente, pero hay cosas que no puedes saber hasta que llegues al lugar. Puedo adelantarte que en la excavación, durante la última semana, se han presentado ciertos aspectos... peculiares. Ahí es donde entras tú.

—Vale. Entonces te haré una pregunta a la que quizá sí puedas responder. Cuando estuvimos en tu despacho mencionaste que antes de fundar el centro fuiste anestésista. Si es así, ¿cómo es que estabas trabajando en Urgencias el día en que llevaron a tu mujer? Eso es algo que ya hiciste en tu época de estudiante.

La sonrisa desapareció del rostro de Rush.

—Esta es una pregunta que solía oír todo el tiempo, al menos hasta la ECM de Jennifer. Aunque siempre daba una respuesta evasiva. El hecho es que estudié para ser especialista de Urgencias, pero por alguna razón nunca llegué a acostumbrarme a la muerte. —Meneó la cabeza—. Irónico, ¿no te parece? Bueno, lo cierto es que me las apañaba con los casos de muerte por causas naturales: cáncer, neumonía, nefritis. Pero los casos de muerte violenta y repentina...

—Para un médico de Urgencias eso es un serio inconveniente —repuso Logan.

—Tú lo has dicho. Fue ese miedo a la muerte, el miedo a tener que enfrentarme a ella, lo que me llevó a cambiar de especialidad y a convertirme en anestésista. Aun así, la cuestión siempre me ha perseguido. Huir no me sirvió de nada. Tenía que ser capaz de mirar a la muerte a la cara. De manera que para no rendirme, por así decirlo, hacía el turno de Urgencias un viernes sí y otro no. Era como llevar una especie de cilicio.

—O como Mitrídates —comentó Logan.

—¿Quién?

—Mitrídates, el sexto rey del Ponto. Vivía con el miedo constante de que lo envenenaran, de modo que intentó inmunizarse tomando dosis no letales de veneno todos los días para que su cuerpo se acostumbrara.

—Tomar veneno para desarrollar inmunidad... Sí, suena parecido a lo que hacía yo —convino Rush—. En cualquier caso, tras la experiencia con mi mujer, abandoné por completo la práctica de la medicina y fundé la clínica. He dejado de luchar contra mi aversión a la muerte y le he dado la vuelta. Ahora estudio a los que han escapado de su fatal abrazo.

—Quería preguntártelo: ¿por qué fundaste tu propia clínica? Tengo entendido que

hay numerosas instituciones que se dedican a las ECM. Muchos estudiantes se especializan en esa materia y en estudios de la conciencia.

—Es cierto. Pero ninguna organización es tan importante ni está tan especializada como el CET. Además, hemos abierto vías de estudio realmente únicas.

Rush se disculpó un momento, y Logan contempló la negrura que se divisaba por la ventanilla. Era una noche despejada, y un breve examen de las estrellas le indicó que viajaban hacia el este. Pero ¿adónde exactamente? Al parecer Porter Stone había enviado expediciones a todos los rincones del globo: Perú, Tíbet, Camboya, Marruecos. Aquel hombre tenía lo que a la prensa le gustaba llamar «el toque del rey Midas»: parecía que todos sus proyectos se convertían en oro.

Logan pensó en el maletín y en los papeles llenos de jeroglíficos. Luego cerró los ojos.

Cuando despertó era por la mañana. Se estiró, cambió de postura en el asiento y miró de nuevo por la ventanilla. Bajo el avión distinguió un ancho río cuyas orillas estaban cubiertas de verdor. Más allá se extendía un paisaje árido. Entonces se quedó de piedra. En el horizonte divisó una forma tan monolítica como inconfundible: una pirámide.

—Lo sabía —musitó.

Rush, que estaba sentado al otro lado del pasillo, lo oyó y lo miró.

—Estamos en Egipto —dijo Logan.

El médico asintió.

A pesar de su deliberado estoicismo, Logan experimentó un cosquilleo de placer.

—Siempre había querido trabajar en Egipto.

Rush suspiró, en parte porque le hacía gracia y en parte, quizá, porque lo lamentaba.

—Siento decepcionarte, Jeremy —dijo—, pero lo cierto es que no es algo tan sencillo como Egipto.

LOGAN había visitado El Cairo solo en una ocasión, cuando siendo estudiante tuvo que documentarse acerca de los movimientos de los soldados frisios durante la Quinta Cruzada. Sin embargo, mientras circulaban por la autopista que salía del Aeropuerto Internacional pensó que los coches que había visto veinte años atrás eran los mismos que en ese momento llenaban las calles. Viejos Fiat y Mercedes con abolladuras y algún faro roto zigzagueaban frenéticamente y se abrían paso por improvisados carriles a cien por hora. Adelantaron autobuses, destartados y herrumbrosos, con gente agarrada precariamente a los marcos vacíos de las inexistentes puertas. De vez en cuando Logan veía algún sedán último modelo, reluciente y casi siempre negro. Aparte de esas excepciones, el tráfico parecía un febril anacronismo, una cápsula del tiempo de una era anterior.

Logan y Rush, en el asiento trasero del coche, contemplaban el entorno en silencio. El equipaje de Logan se había quedado en el avión, y el chófer —un egipcio que conducía un Renault apenas más nuevo que los demás coches que los rodeaban— había salido con mano experta del laberinto de carreteras y cruces que rodeaba el aeropuerto y en esos momentos se acercaba al centro de la ciudad. Logan observó bloque tras bloque los casi idénticos edificios de cemento, de color mostaza y de unas seis plantas de altura. Había ropa tendida en los balcones; las ventanas estaban cubiertas por lonas con todo tipo de anuncios. Antenas parabólicas adornaban las planas azoteas, e innumerables cables colgaban entre los edificios. Un leve manto anaranjado parecía cubrirlo todo. El calor, el imperturbable sol, era implacable. Logan se asomó a la ventanilla y contuvo la respiración ante el fuerte olor a diésel.

—Catorce millones de personas —dijo el doctor Rush mirando en la misma dirección— apelotonadas en una ciudad de quinientos kilómetros cuadrados.

—Si nuestro destino no es Egipto, ¿qué hacemos aquí?

—Solo es una breve parada. Volveremos a estar en el aire antes del mediodía.

El tráfico se hizo más denso cuando se internaron en las calles del centro y dejaron atrás la autopista. A Logan los cruces le hicieron pensar en la entrada del túnel Lincoln: decenas de coches intentaban apretujarse en uno o dos carriles. Las aceras estaban llenas de peatones que aprovechaban los atascos para cruzar sorteando los vehículos por milímetros. En el centro de la ciudad los edificios eran un poco más altos y recordaban vagamente el estilo arquitectónico de la Rive Gauche. Las medidas de seguridad eran cada vez más evidentes: había garitas con policías de uniforme en numerosas intersecciones, y tanto los hoteles como los grandes almacenes tenían barreras de hormigón ante la entrada para evitar atentados con coches-bomba. Pasaron frente a la embajada de Estados Unidos, una fortaleza erizada de

ametralladoras del calibre 50.

Minutos después, el coche se detuvo bruscamente junto a la acera.

—Ya hemos llegado —anunció Rush mientras abría la puerta.

—¿Adónde?

—Al Museo Egipcio. —Rush salió del vehículo.

Logan lo siguió procurando evitar las concentraciones de gente y los coches que circulaban casi rozándole la camisa. Contempló el edificio de piedra caliza que se alzaba al otro lado de los jardines de la entrada. También había estado allí durante su visita como estudiante. El cosquilleo de emoción que había experimentado en el avión se hizo más fuerte.

Cruzaron la verja y sortearon la miríada de vendedores ambulantes que ofrecían camellos de juguete y pirámides que brillaban en la oscuridad. Ráfagas de frases en árabe dichas a toda velocidad asaeteaban a Logan desde todas partes. Pasaron ante el grupo de guardias que vigilaban la entrada principal y, justo antes de entrar, Logan oyó una voz amplificada que se alzaba por encima del tumulto del tráfico y la algarabía de los turistas. Era el canto del muecín que llamaba a la oración desde la mezquita de la plaza de Tahrir. Se detuvo un momento para escuchar y oyó que otra mezquita daba la réplica, y después otra, y así sucesivamente, hasta que el eco de los muecines se extendió por toda la ciudad.

Notó que le tiraban del brazo. Era Rush. Se dio la vuelta y entró en el museo.

El antiguo edificio se hallaba abarrotado a pesar de lo temprano de la hora, pero las sudorosas multitudes todavía no habían calentado las galerías de piedra. Tras la ardiente luz del sol, el interior del museo estaba casi a oscuras. Atravesaron la planta baja entre innumerables estatuas y tablillas de piedra. A pesar de los carteles que prohibían hacer fotos y tocar las piezas expuestas, Logan vio que muchas de ellas no estaban herméticamente cerradas y que mostraban señales de haber sido muy manoseadas. Dejaron atrás la última galería y subieron por una amplia escalinata hasta el primer piso, donde las hileras de sarcófagos montados sobre bases de piedra parecían centinelas del mundo de las sombras. A lo largo de las paredes había grandes aparadores de cristal, cerrados con simples sellos de alambre y plomo, donde se exhibían todo tipo de objetos funerarios de oro y porcelana.

—¿Te importa si voy a echar un vistazo a las reliquias de la tumba de Ramsés III? —preguntó Logan señalando una puerta—. Creo que está por ahí. Hace poco leí en el *Journal of Antiquarian Studies* que había cierta vasija de alabastro que se utilizaba para convocar...

Pero Rush sonrió a modo de disculpa, señaló su reloj y lo apremió.

Subieron por otra escalera, más estrecha y sin barandilla, hasta la planta siguiente, dedicada a las colecciones más exclusivas. Estaba mucho más tranquila y silenciosa. Por todas partes se veían estelas talladas con inscripciones y fragmentos de papiros

rotos y descoloridos. La luz era escasa; las paredes estaban sucias. Rush se paró un momento para consultar un croquis trazado a mano en un trozo de papel que sacó del bolsillo.

Entretanto, Logan se asomó a unas cuantas puertas entreabiertas. Vio miles de papiros enrollados y guardados en nichos que iban del suelo al techo, como botellas de vino en la bodega de un sumiller. Otra sala albergaba una colección de máscaras de antiguos dioses egipcios: Set, Osiris, Tot. La abrumadora cantidad de objetos y de tesoros de valor incalculable resultaba casi opresiva.

Doblaron una esquina y Rush se detuvo ante una puerta de madera cerrada. Escrito en letras doradas tan difuminadas que resultaban casi indescifrables se leía: archivos iii: tanis-sehel-fayum. Rush miró brevemente a Logan, y después echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que estaban solos. A continuación abrió y le indicó que entrara.

La habitación estaba aún más oscura que el pasillo. Una hilera de ventanas dispuestas justo debajo del techo dejaba pasar a duras penas los rayos del sol a través de años de mugre. No había otra fuente de luz. Grandes estanterías llenas a rebosar de manuscritos cosidos a mano, fajos de papiros atados con tiras de piel y libros de notas con tapas de cuero mohosas ocupaban las cuatro paredes.

Logan entró y Rush cerró la puerta tras ellos. Olía a cera y a papel descompuesto. Era la clase de sitio donde Logan se sentía como en casa: un depósito de reliquias del pasado, de secretos, misterios y extrañas crónicas que esperaban pacientemente que alguien las redescubriera y las sacara a la luz. Había pasado buena parte de su vida en habitaciones como aquella, aunque casi siempre se había tratado de abadías medievales, criptas de catedrales o de las restringidas colecciones de las bibliotecas universitarias. Lo que había allí —historias y relatos escritos en lenguas muertas— era mucho más antiguos.

En el centro de la estancia había una única mesa de trabajo, larga y estrecha, rodeada por media docena de sillas. Todo estaba tan oscuro y silencioso que Logan creyó que no había nadie. Sin embargo, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio un hombre vestido a lo árabe sentado a la mesa; les daba la espalda y estaba encorvado sobre un antiguo rollo de papiro. No se movió cuando entraron ni tampoco en ese momento. Parecía completamente absorto en la lectura.

Rush avanzó un paso, se situó junto a Logan y carraspeó discretamente.

La figura permaneció inmóvil durante un buen rato. Luego se volvió ligeramente hacia ellos. El anciano —pues en opinión de Logan se trataba de un viejo erudito— no se molestó en mirarlos a los ojos; solo se limitó a darse por enterado de su presencia. Vestía una gastada chilaba de color gris y un pantalón de algodón descolorido. La capucha de la chilaba le ocultaba parcialmente la kufiya que le ceñía la frente. Junto a él tenía una pequeña taza de café turco sobre un viejo posavasos de

terracota.

Logan sintió una punzada inexplicable de incomodidad ante aquella figura. Era evidente que Rush lo había llevado hasta allí para consultar algún documento privado. ¿Cómo iban a poder trabajar en plena confidencialidad teniendo delante a aquel viejo erudito que, además, era lo bastante insolente para no dirigirles siquiera la palabra?

Entonces, para sorpresa de Logan, el viejo apartó la silla de la mesa y se levantó con deliberada lentitud hasta quedar frente a ellos. Llevaba unas viejas gafas de lectura, agrietadas y sucias; su arrugado rostro oculto tras los pliegues de la capucha. Se quedó allí, de pie; sus ojos eran indistinguibles tras las gafas.

—Lo siento, llegamos tarde —se disculpó Rush.

El otro asintió.

—No importa. Ese papiro empezaba a ponerse interesante.

Logan miró al uno y al otro confundido. El desconocido que tenían delante había respondido en un inglés perfecto..., en inglés americano, de hecho, con un ligero acento de Boston.

Despacio y con delicadeza, el viejo se echó la capucha hacia atrás y dejó al descubierto una mata de cabello blanco cuidadosamente peinado bajo la kufiya. Se quitó las gafas, las dobló y se las guardó en un bolsillo de la chilaba. Sus ojos se clavaron en Logan. A pesar de la penumbra reinante, vio que eran de un azul tan claro como el de una piscina en el primer día de unas vacaciones de verano.

De repente lo comprendió. El hombre al que estaba mirando era Porter Stone.

LOGAN dio un paso atrás. Vio que Rush alargaba la mano para cogerlo del brazo, pero se zafó instintivamente. La sorpresa inicial se había transformado en curiosidad.

—Doctor Logan —dijo Stone—, disculpe que lo sorprenda de esta manera, pero, como sin duda comprenderá, no tengo más remedio que intentar pasar lo más desapercibido posible.

Sonrió, pero el gesto no llegó a reflejarse en sus ojos, unos ojos mucho más penetrantes y chispeantes que los que mostraba la foto de la portada de *Fortune*. Tras ellos brillaba no solo una formidable inteligencia sino también un apetito insaciable. Logan no estaba seguro de si se trataba de hambre de antigüedades, de riqueza o simplemente de conocimiento. En cualquier caso, el cuerpo que se ocultaba bajo la indumentaria árabe era tan delgado como las fotos de la prensa le habían hecho creer.

Stone hizo un gesto con la cabeza dirigido a Rush. Mientras el médico se volvía para cerrar la puerta con llave, Stone estrechó la mano de Logan y le indicó que tomara asiento. Logan no se llevó ninguna impresión concreta del apretón de manos, solo la de una energía que no se correspondía con una constitución tan delgada y unas facciones casi femeninas.

—No esperaba encontrarlo aquí, doctor Stone —dijo mientras se sentaba—. Creía que últimamente se mantenía apartado de sus proyectos.

—Eso es lo que pretendo que la gente crea —dijo al tiempo que tomaba asiento—, y en gran parte así es. Pero a las viejas costumbres les cuesta desaparecer. Hay ocasiones, incluso ahora, en las que no puedo resistirme a excavar un poco y ensuciarme las manos.

Logan asintió. Lo comprendía perfectamente.

—Además, siempre que puedo prefiero hablar personalmente con los miembros más destacados de mi equipo, sobre todo cuando se trata de un proyecto tan importante como este. Y, por supuesto, tenía mucha curiosidad por conocerlo en persona.

Logan era consciente de que aquellos ojos azules seguían escrutándolo. Había algo casi implacable en su intensidad. Tenía ante sí a alguien que había tomado la medida de muchos hombres.

—Así que me considera un miembro destacado de su equipo... —preguntó.

Stone asintió con la cabeza.

—Naturalmente. Aunque, para serle sincero, no esperaba que lo fuera. Podría decirse que es una especie de incorporación de última hora.

Rush tomó asiento al otro lado de la mesa. Stone apartó el rollo de papiro que había estado examinando y dejó a la vista la delgada carpeta que había debajo.

—Conozco bien su trabajo. He leído su monografía sobre los *Draugen*, los muertos vivientes de Trondheim.

—Ese fue un caso interesante. Y estuvo bien que me permitieran publicarlo... No es algo que me ocurra a menudo.

Stone sonrió comprensivamente.

—Y al parecer tenemos algo en común, doctor Logan.

—Llámeme Jeremy, por favor. ¿Qué podría ser?

—Pembridge Barrow.

Logan se irguió, sorprendido.

—¿No me dirá que ha leído...?

—Desde luego que sí —contestó Stone.

Logan observó al cazador de tesoros con renovado respeto. Pembridge Barrow había sido uno de los hallazgos menores de Stone, pero el más espectacular desde el punto de vista histórico: un foso funerario de Gales que contenía los restos de quien, según la opinión mayoritaria de los especialistas en el tema, era la reina Boudica, del siglo i. La habían hallado enterrada en un carro de guerra, rodeada de armas, brazaletes de oro y otros elementos funerarios. Con su descubrimiento, Stone había resuelto un misterio que llevaba siglos intrigando a los historiadores ingleses.

—Como sabrá —prosiguió—, la élite académica siempre había sostenido que Boudica encontró la muerte a manos de las legiones romanas en Exeter, o quizá en Warwickshire. Sin embargo, fue su tesis doctoral, en la que usted argumentaba que la reina había sobrevivido a esas batallas y después había sido enterrada con honores de guerrero, la que me condujo hasta Pembridge.

—Me basé en los movimientos proyectados de las patrullas de búsqueda romanas más alejadas de Watling Road —explicó Logan—. Debo decir que me siento halagado. —Estaba impresionado por la exhaustividad de Stone.

—Pero no lo he hecho venir hasta aquí para hablar de esto. Quería que entendiera en qué está a punto de involucrarse. —Stone se inclinó hacia delante—. No voy a pedirle que haga un juramento de sangre ni nada melodramático.

—Me alegra saberlo.

—Además, seguro que se puede confiar en alguien que se dedica a algo tan especial como su trabajo. —Stone se recostó en la silla—. ¿Ha oído hablar de Flinders Petrie?

—¿El egiptólogo? Fue el que descubrió el Imperio Nuevo en Tel-el-Amarna, ¿no? Y la estela de Merenptah, entre otras cosas.

—Así es. Lo felicito. —Stone y Rush intercambiaron una mirada—. Entonces también sabrá que era un egiptólogo muy poco corriente: un verdadero erudito con un deseo insaciable de aprender. A finales de 1800, cuando todo el mundo excavaba frenéticamente a la caza de tesoros, él buscaba otra cosa: conocimiento. Le encantaba

alejarse de los lugares trillados, como las pirámides y los templos, y buscar Nilo arriba restos de cerámica y pictogramas en barro. En muchos sentidos hizo de la egiptología una ciencia respetable al condenar la rapiña y la documentación poco rigurosa.

Logan asintió. De momento no había oído nada nuevo.

—En 1933 —continuó Stone—, Petrie era el viejo sabio de la arqueología británica. El rey le había concedido un título de nobleza, y él había donado su cabeza al Real Colegio de Cirujanos para que su particular inteligencia pudiera ser estudiada a perpetuidad. Se retiró a Jerusalén con su mujer para pasar sus últimos años entre las ruinas que tanto amaba. Y fin de la historia.

Se hizo un breve silencio en la habitación. Stone sacó las sucias gafas, jugueteó con ellas un instante y las dejó en la mesa.

—Pero en realidad la historia no acaba ahí. Porque en 1941, tras años de sedentario retiro, Petrie salió precipitadamente de Jerusalén con destino a El Cairo sin avisar de su expedición a ninguno de sus colegas del Colegio Británico de Arqueólogos. Y no hay duda de que se trataba de una expedición. Se llevó a un mínimo de personal: dos o tres personas como mucho, y estas supongo que le acompañaron debido a su edad y su creciente debilidad. Tampoco recaudó fondos, así que sospecho que debió de vender algunas de las mejores piezas de su colección para pagar el viaje. Todo esto iba en contra de su carácter, pero lo más extraño de todo fue la prisa que se dio. Petrie era conocido por lo reflexivo y metódico de su enfoque, pero ese viaje a Egipto, teniendo en cuenta que el Norte de África estaba en guerra, fue lo contrario a «reflexivo y metódico». Según parece, fue un viaje frenético, casi desesperado.

Stone hizo una pausa para tomar un sorbo de su pequeña taza de café, y el aire se perfumó brevemente con el aroma del *qahwa sada*.

—Adónde fue exactamente Petrie y por qué es algo que desconocemos. Lo que sí sabemos es que regresó a Jerusalén cinco meses después, solo y sin dinero. No quería hablar de dónde había estado. Tenía cierto aire de desesperación, y por desgracia el viaje debilitó aún más su ya frágil cuerpo. Murió poco después en Jerusalén, en 1942, al parecer mientras intentaba reunir fondos para otro viaje a Egipto.

Stone dejó la taza en el posavasos de terracota y miró a Logan.

—Nada de todo esto figura en los archivos oficiales —dijo el enigmatólogo—. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Como me entero yo de todo, doctor Logan —contestó Stone abriendo los brazos—. Metiendo las narices en los rincones más oscuros, donde nadie se molesta en mirar. Busco en archivos públicos y privados ese documento que ha acabado enterrado accidentalmente bajo los demás, olvidado. Leo todo lo que cae en mis manos, incluidas oscuras tesis doctorales.

Logan tomó buena nota e hizo un reverencia burlesca.

—La gente habla del secreto de mi «toque Midas» —dijo Stone con desprecio—. ¡Menuda tontería! No hay ningún secreto aparte de trabajar duro. La fortuna que gané con los galeones españoles me permite hacer las cosas a mi manera: enviar a cualquier rincón del mundo a eruditos y especialistas para que investiguen discretamente ese fascinante vacío en los archivos históricos, ese fragmento de un antiguo rumor, eso que podría resultar interesante... o, quizá, más que interesante.

El tono amargo de su voz desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—En el caso de Flinders Petrie conseguí un diario muy estropeado que compré como parte de un lote en un bazar de Alejandría. El diario estaba escrito por uno de los ayudantes de investigación de Petrie durante los últimos años de vida de este en Jerusalén, un joven a quien el egiptólogo no le pidió que lo acompañara en ese último viaje a Egipto y que después se alistó en el ejército por despecho. Murió en 1943, en el paso de Kasserine. Naturalmente, la historia que recogía el diario despertó mi curiosidad. ¿Qué pudo haber impulsado a Petrie, un académico famoso con todo el derecho del mundo a disfrutar tranquilamente de sus últimos años de vida y a quien no le interesaban los tesoros, a abandonar las comodidades de su casa y, a sus casi noventa años de edad, adentrarse en una zona en guerra? Era un misterio. —Stone hizo una pausa—. Debe entender, doctor Logan, que tengo cientos de misterios parecidos en mi laboratorio de investigación de Kent. Algunos los he descubierto personalmente; otros, he tenido que pagar para que los desenterraran. Todos son apasionantes. Por desgracia mi tiempo es finito, de modo que no me lanzo a un nuevo proyecto a menos que esté seguro de disponer de los conocimientos que me garanticen el éxito.

«El toque Midas», pensó Logan.

—En ese caso deduzco que el diario del ayudante de Petrie no fue la última palabra en este asunto.

De nuevo Stone sonrió ligeramente. Cuando volvió la vista hacia Logan, aquella mirada severa y calculadora reapareció en sus ojos.

—El ama de llaves de Petrie. Uno de mis colaboradores se enteró de su existencia, rastreó su paradero y la entrevistó poco antes de que muriera en un hospicio para ancianos de Haifa. Eso fue hace seis años. La mujer desvariaba bastante, pero tenía momentos de lucidez, así que cuando la interrogamos amablemente recordó una tarde de 1941 en que Petrie enseñó a cierto invitado una parte de su gran colección de antigüedades. Al parecer se trataba de un invitado sin importancia, y Petrie solía entretener así a sus visitas. Sea como fuere, el ama de llaves recordaba que Petrie y su invitado examinaron el contenido de un arcón de madera que el egiptólogo había desenterrado en una de sus primeras expediciones Nilo arriba. De repente, Petrie dio un respingo, como fulminado por un rayo. Tartamudeó durante un minuto. Luego se

deshizo de su visita con alguna excusa y cerró con llave la puerta de su estudio, cosa que nunca hacía. Por eso el ama de llaves recordaba el incidente. A los pocos días, Petrie partió para su último viaje a Egipto.

—Encontró algo en ese arcón —dijo Logan.

Stone asintió.

—Algo que llevaba ahí, a la vista, mucho tiempo. O, más probablemente, algo que nunca, antes de ese día, había examinado de cerca. Petrie había reunido tantas piezas que difícilmente las conocía todas al detalle.

—Deduzco que, dado que estamos aquí, usted ha encontrado esa pieza.

—La he encontrado —dijo Stone despacio.

—¿Puedo preguntarle cómo?

—Será mejor que no. —Si aquella respuesta pretendía ser una broma, no lo parecía—. Digamos que mis métodos son exclusivamente míos. Le bastará saber que fue una tarea larga, ardua, fastidiosa, aburrida y cara. Como imaginará, dediqué mucho tiempo y dinero en buscar el diario y al ama de llaves, pero me costó veinte veces más averiguar qué fue lo que descubrió Petrie esa tarde de 1941. Y ahora que lo sé, estoy dispuesto a compartirlo con usted, aunque sea brevemente.

Stone se llevó la taza a los labios.

Logan aguardó; esperaba que Stone sacara de alguna parte una caja o que ordenara a Rush que retirara el misterioso objeto de alguno de los estantes de la habitación. Sin embargo, se limitó a beber de la taza. Luego señaló con la cabeza el posavasos de terracota, manchado con un cerco de café.

—Cójalo —dijo.

LOGAN vaciló un instante. No estaba seguro de haber entendido. Stone se limitaba a mirarlo fijamente mientras sostenía la taza con expresión inescrutable.

Logan alargó el brazo hacia el posavasos, se quedó quieto un segundo y después lo cogió con cuidado. Cuando lo tuvo entre los dedos se dio cuenta de que no estaba hecho de terracota, sino que era una delgada lámina de piedra caliza con los bordes muy descascarillados. Le dio la vuelta y vio que tenía grabados varios pictogramas con tinta de color marrón claro.

—Como comprenderá, no se trata del original sino de una copia exacta —dijo Stone—. ¿Sabe qué es?

Logan lo hizo girar y lo sopesó.

—Parece un ostracón.

—¡Bravo! —exclamó Stone, que se volvió hacia Rush—. Ethan, este hombre me impresiona más cada minuto que pasa. —Miró de nuevo a Logan—. Si sabe que es un ostracón, sabrá para qué servían.

—Los ostracones son fragmentos de piedra, cerámica, terracota, cualquier cosa que sirviera para escribir algo sin importancia. La versión antigua de nuestra libreta de notas.

—Exacto. Y hay que resaltar lo de «sin importancia». Podían ser recibos o listas de la compra. Por eso yo lo he utilizado como posavasos. Un toque teatral que me sirve para subrayar lo que quiero decir. Para una persona como Flinders Petrie, los ostracones eran algo de lo más corriente, solo resultaban interesantes si podían arrojar alguna luz sobre la vida cotidiana en la antigüedad, de lo contrario carecían de importancia.

—Por eso Petrie no se había fijado antes en este. —Logan observó la descolorida inscripción. Había un total de cuatro pictogramas, muy rayados y descoloridos—. No sé casi nada de jeroglíficos. ¿Por qué son tan especiales estos?

—Le daré la versión corta. ¿Ha oído hablar del rey Narmer?

Logan lo pensó un momento.

—¿No fue el faraón que, según muchos eruditos, unificó Egipto?

—Así es. Antes de que Narmer entrara en escena había dos reinos: el Alto Egipto y el Bajo Egipto. Por Alto Egipto se entiende Nilo arriba, en el sur. Cada reino tenía su rey. Los reyes del Alto Egipto llevaban una corona blanca de forma oblonga, mientras que los del Bajo Egipto llevaban una corona roja con una especie de pico en la parte de atrás. Alrededor del año 3200 a. C., Narmer, rey del Alto Egipto, invadió el norte, mató al rey del Bajo Egipto y unificó el país: se convirtió en el único faraón del imperio. En mi opinión fue el primer rey-dios de una larga dinastía. ¿Quién sabe?,

tal vez solo un dios fuera capaz de unir los dos reinos. Se creía que tenía poder tanto sobre la vida como sobre la muerte. —Stone hizo una pausa—. Sea como fuere, unificó algo más: las coronas de ambos reinos. Como sabrá, doctor Logan, la corona de los faraones egipcios era un símbolo fundamental de su poder. Narmer lo sabía, desde luego, así que tras la unificación de ambos reinos adoptó una nueva corona, una fusión de la blanca y la roja, símbolo de su dominio del Alto y el Bajo Egipto. Y durante los tres mil años que siguieron todos los faraones hicieron lo mismo.

Stone apuró su taza de café y la dejó a un lado.

—Pero volvamos a Narmer. La unificación de Egipto fue immortalizada en una gran tablilla que ilustraba la derrota de su rival. Los eruditos consideran que la llamada Paleta de Narmer es el primer documento histórico del mundo. En ella aparece la primera representación que se conoce de los reyes egipcios y también contiene una serie de jeroglíficos primitivos y muy característicos.

Stone alargó la mano, y Logan le entregó el fragmento de piedra.

—Lo que Petrie vio en este ostracón eran jeroglíficos que databan de ese período tan antiguo. Como ha podido comprobar, hay cuatro en total. —Stone los señaló con su huesudo dedo.

—¿Qué dicen? —quiso saber Logan.

—Comprenderá que me muestre un tanto reticente en cuanto a los detalles. Digamos que lo que tenemos aquí no es una lista de la compra sin importancia. Más bien lo contrario. Este ostracón es la clave del mayor, y he dicho «el mayor», secreto arqueológico de la historia. Nos dice qué se llevó el faraón Narmer consigo en su viaje al más allá.

—¿Se refiere a que es una lista de lo que se enterró en su tumba?

Stone asintió.

—Pero hay un problema. La tumba de Narmer, una triste cámara doble en la ciudad de Abidos, conocida como Umm el-Qua'ab, no contenía nada de lo indicado en el ostracón.

—¿Entonces...? —Logan se interrumpió brevemente—. ¿Me está diciendo que la tumba que conocemos no es una tumba?

—Oh, es una tumba, sí. Pero no es «la» tumba. Puede que se trate de un ejemplo primitivo de cenotafio, de una tumba simbólica más que de la auténtica. Sin embargo, yo prefiero considerarla una trampa, un engaño para despistarnos. Cuando Flinders Petrie vio este ostracón comprendió que... Bueno, fue la razón de que lo abandonara todo en el acto y arriesgara su salud, su seguridad y su fortuna en el intento de hallar la verdadera tumba de Narmer.

Logan reflexionó.

—Pero ¿qué podía tener tanto valor como para...?

Stone alzó la mano para interrumpirlo.

—Eso no se lo diré. Pero cuando conozca la ubicación de la tumba, y eso es algo que dejaré que le explique el doctor Rush, comprenderá por qué estamos convencidos de su trascendental importancia, y eso aunque no supiéramos lo que contiene.

Stone se inclinó hacia delante y juntó las yemas de los dedos.

—Señor Logan, mis métodos son inusuales. Y eso le implica también a usted. Cuando emprendo un nuevo proyecto dedico la mayor parte del tiempo y al menos la mitad del presupuesto a los preparativos. Investigo cualquier posible camino que pueda conducirme al éxito y reúno tantos datos e información como puedo antes de que el primer pico reviente el suelo, de modo que no le sorprenderá saber que, desde el momento en que este ostracón y su mensaje llegaron a mis manos, di luz verde al proyecto. Es más, se convirtió en mi principal prioridad.

Se echó hacia atrás y miró a Rush.

El médico habló entonces por primera vez.

—Hemos triunfado donde Petrie fracasó. Estamos triangulando la posición de la tumba. Todo está preparado y en su sitio. Los trabajos han empezado ya.

—Y avanzan deprisa —añadió Stone—. El tiempo apremia.

Logan cambió de posición en su silla. Seguía intentando asimilar la enormidad de ese descubrimiento.

—Se enteraron de la existencia de esa tumba. Saben dónde está. Han empezado las excavaciones. Entonces ¿para qué me necesitan?

—Preferiría que eso lo descubriera usted mismo, sobre el terreno. No deseo influir de ninguna manera en su forma de pensar ni en sus opiniones. Digamos simplemente que han surgido complicaciones que entran de lleno en su especialidad.

—En otras palabras, algo extraño, quizá inexplicable y probablemente aterrador está ocurriendo en la excavación. Algo como una maldición.

—¿Acaso no hay siempre una maldición? —repuso tranquilamente Stone.

Sus palabras fueron recibidas con absoluto silencio.

Al cabo de un rato, Stone continuó:

—Es necesario analizar y comprender esas «complicaciones» para hacerles frente. Ethan le dará más datos de camino a la excavación.

—¿Dónde está, exactamente?

—Eso, mi querido doctor, puede que sea lo más extraño de esta extraña historia. Pero ya basta de antecedentes. —Stone se levantó y le estrechó la mano. Su apretón fue leve y frío—. Ha sido un placer conocerlo. Ethan se ocupará de usted a partir de ahora. Tiene plena confianza en su talento y, después de haberlo conocido, debo decir que yo también.

Aquellas palabras eran la señal inequívoca de que la reunión había terminado. Logan se levantó y dio media vuelta para marcharse.

—Una cosa más, doctor Logan.

Logan se volvió.

—Trabaje deprisa. Muy deprisa.

EL avión remontó rápidamente el vuelo desde el aeropuerto de El Cairo y enseguida giró hacia el Nilo. Volaban hacia el sur, siguiendo los perezosos meandros del río. Logan miró por la ventanilla y contempló la lenta y pardusca superficie. Se mantenían a unos pocos miles de metros de altitud, de manera que podía distinguir claramente los *dhow*s y los cruceros fluviales que surcaban sus aguas y dejaban su estela a su paso por las zonas manchadas de rojo fruto de los pétalos del loto. A lo largo de las orillas, encajados entre una red de canales de riego, había verdes campos de cultivo y plantaciones de plátanos y granadas.

Rush se disculpó un momento y fue a la cabina para hablar con la tripulación. Logan no tuvo inconveniente; necesitaba un poco de tiempo para digerir lo que acababan de explicarle.

El huesudo y frágil señor Stone le había impresionado profundamente. Rara vez las primeras impresiones resultaban engañosas. Para seguir aquella insignificante pista hasta sus últimas conclusiones hacían falta una pasión y una determinación increíbles.

Y lo mismo podía decirse del descubrimiento: la tumba auténtica del primer faraón de Egipto, el rey-dios Narmer, y su misterioso contenido... Podía ser el Santo Grial de la egiptología.

Poco a poco el verdor de las orillas fue menguando y las palmeras y los campos cedieron paso a los juncales de papiro. Rush regresó de la cabina.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, me prometí que no te lo preguntaría, pero no puedo resistirme. ¿Cómo demonios lo haces?

—¿Hacer qué? —preguntó Logan, esquivo.

—Ya sabes. Lo que haces. Por ejemplo, ¿cómo exorcizaste al legendario fantasma que tuvo embrujada a la Universidad de Exeter durante más seiscientos años? ¿O cómo...?

Logan lo interrumpió con un gesto de la mano. Sabía que tarde o temprano aquellas preguntas llegarían, siempre era así.

—Bueno... Tienes que jurarme que guardarás el secreto.

—Por supuesto.

—Entenderás que no se lo puedes contar a nadie...

Rush asintió muy serio.

—Muy bien. —Logan miró en derredor con aire desconfiado; después se inclinó hacia delante como si fuera a revelar un secreto—. Dos palabras —susurró—. Vida ordenada.

Rush lo miró sin comprender durante un par de segundos. Luego sonrió y meneó

la cabeza.

—Me está bien empleado por preguntar.

—Hablo en serio, no tiene nada que ver con ristras de ajos ni con brebajes de polvos mágicos. Solo se requieren conocimientos extensivos de ciertos asuntos, algunos de ellos obvios, como la historia y la teología comparada; otros no tanto, como la astrología y las... artes secretas. También es importante tener una mente abierta. ¿Has oído hablar de la navaja de Occam?

Rush asintió.

—«Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem». La explicación más sencilla suele ser la correcta. Pues bien, en mi trabajo acostumbro a utilizar el enfoque contrario. La explicación correcta es a menudo la más inesperada, la más inusitada..., al menos para gente como nosotros, modernos, educados en la cultura occidental, fuera de sintonía con la naturaleza, y ansiosos ante las prácticas y las creencias de la Antigüedad. —Hizo una pausa—. Tomemos por ejemplo el fantasma de Exeter que acabas de mencionar. Tras investigar a conciencia en los archivos de la ciudad y preguntar a la gente por las antiguas tradiciones locales, supe de cierto asesinato de una supuesta bruja que se produjo con el beneplácito de la comunidad alrededor de 1400. Eso me proporcionó todo lo que necesitaba. Tras localizar la tumba de la bruja, bastaron una serie de rituales y de productos químicos.

—¿Quieres decir...? —Rush parecía atónito—. ¿Quieres decir que realmente había un fantasma?

—Claro. ¿Qué esperabas?

Siguió un largo silencio. Al cabo de un par de minutos, Logan cambió de postura.

—Volvamos al asunto que nos ocupa. La historia de Stone es impresionante, pero plantea casi más preguntas que respuestas, y no solo en lo que se refiere al contenido de la tumba. Por ejemplo, ¿cómo descubrió su ubicación? Un ostracón puede ser una herramienta fascinante, pero no es lo que se dice un mapa de carreteras.

Rush parecía perdido en sus pensamientos, pero enseguida regresó al presente.

—Desconozco los detalles. Stone ha invertido muchísimos recursos, tanto económicos como logísticos, pero lo ha hecho con discreción, por supuesto. Sé que empezó estudiando los movimientos de Petrie. Una vez que el antiguo egiptólogo descifró el ostracón, ¿cómo supo dónde buscar? No se habría marchado de Egipto con tanta prisa de no haber tenido una idea bastante exacta. Así pues, Stone empezó a juntar unos hechos con otros e inició la búsqueda en el templo de Horus de Hieracómpolis.

—¿Dónde?

—En la capital del Alto Egipto, el hogar del faraón Narmer antes de que invadiera las fértiles tierras del norte y unificara el país. Allí fue donde se descubrió la Paleta de Narmer a finales del siglo XIX. Se sabe que Petrie llegó hasta allí en sus primeras

expediciones hacia el sur.

—La ciudad más importante para el faraón —dijo Logan—. Cuna de la Paleta de Narmer y supongo que también del ostracón. Uno de los centros que investigó Petrie. Entonces ¿la tumba de Narmer está en Hieracómpolis?

Rush negó con la cabeza.

—Hieracómpolis es el lugar donde estaba el documento que nos llevó a la tumba.

Logan reflexionó.

—Claro —dijo—. No podía ser Hieracómpolis. Dijiste que no era algo tan sencillo como Egipto. —Miró a Rush de soslayo—. ¿Qué quisiste decir exactamente con eso?

El médico se rió por lo bajo.

—Has tardado en preguntármelo. Hablaremos de ello en el barco.

—¿El barco?

Justo cuando Rush asentía, Logan notó que el avión iniciaba el descenso. Miró por la ventanilla y vio que el Nilo se había ensanchado hasta convertirse en el lago Nasser. Un cuarto de hora después habían aterrizado en un aeropuerto sin nombre situado más allá del lago y que no era más que una simple pista rodeada de desierto. Bajaron del avión y subieron a un jeep que los esperaba. El chófer sacó el equipaje de Logan y una gran caja de metal sin distintivos de la bodega del avión y lo metió todo en el maletero, luego subió al coche y partieron en dirección oeste, hacia el río. El sol era una implacable bola blanca que abrasaba el suelo con sus rayos de mediodía. Llegaron al río en cuestión de minutos. Unas cuantas ibis volaban sobre el agua. En la distancia se oyó el bramido de un hipopótamo. El jeep se detuvo junto a un muelle que parecía tan desierto como la pista de aterrizaje. Rush se apeó y guió a Logan hacia la embarcación más extraña que este había visto en su vida.

Medía al menos veinticinco metros de eslora, pero era de manga estrecha teniendo en cuenta su longitud. Para su tamaño tenía muy poco calado. Logan calculó que no más de sesenta centímetros. La superestructura consistía en una construcción de dos alturas que ocupaba toda la superficie de cubierta. A ambos lados de la proa había dos pequeñas plataformas, descubiertas y suspendidas sobre el agua, que le hicieron pensar en cofas de vigía. Pero el rasgo más extraordinario del barco se encontraba en la popa: una enorme jaula de acero de forma cónica, cuyo extremo más estrecho miraba hacia proa, tan grande como una cápsula Gemini del espacio, y más o menos con la misma forma. En su interior albergaba una hélice de cinco palas de aspecto siniestro. Todo el conjunto estaba montado de forma permanente en la sección de popa de la cubierta principal.

—Madre mía... —dijo Logan desde el muelle—. Un hidrodslizador hinchado de anabolizantes.

—Buena descripción —dijo una voz ronca.

Logan vio que un individuo había aparecido en la entrada de la superestructura. Aparentaba unos cincuenta años, era de complexión mediana, tenía los ojos hundidos y barba blanca y corta. El hombre fue hasta la pasarela de embarque y les invitó a subir a bordo.

—Te presento a James Plowright —dijo Rush—. El piloto de la expedición.

—Menuda embarcación —comentó Logan.

—Ajá —asintió Plowright.

—¿Qué tal se maneja? —preguntó Logan.

—Bastante bien. —Al fuerte acento escocés de Plowright se sumaba la parquedad de palabra que solía acompañar a ese rasgo.

Logan se fijó en la hélice.

—¿Qué motor lleva?

—Una turbina Lycoming P-cincuenta y tres sacada de un helicóptero Huey.

Logan silbó.

—Ven por aquí —le dijo Rush. Luego se volvió hacia Plowright—. Zarpa cuando todo esté listo, Jimmy.

El escocés asintió.

Rush encabezó la marcha por la cubierta. Dado el tamaño de la embarcación y su reducida manga, el pasillo era estrecho, y Logan agradeció que hubiera pasamanos. Dejaron atrás varias puertas hasta que Rush se metió por una de ellas y lo hizo pasar a un espacio en penumbra. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, Logan vio que se hallaban en un confortable salón amueblado con sofás y bancos de piel. Cuadros con motivos náuticos y deportivos decoraban las paredes. Olía a cuero curtido y a repelente de insectos.

El conductor del jeep depositó el equipaje de Logan y la caja metálica en un rincón, se despidió con un saludo de la cabeza y salió.

Logan señaló la caja.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

Rush sonrió.

—Discos de memoria con los archivos de los casos que hemos estudiado en el Centro. No puedo abandonar completamente mi trabajo mientras estoy aquí.

Logan oyó un débil sonido proveniente de la zona de popa. El motor se puso en marcha con un aullido. La embarcación se alejó del muelle con un ligero estremecimiento y se dirigió río arriba, hacia Sudán.

—Tenemos dos naves como esta, construidas especialmente para la expedición —explicó Rush mientras se sentaban en uno de los bancos—. Las utilizamos para transportar cosas hasta la excavación. Cosas demasiado pesadas o demasiado delicadas para lanzarlas en paracaídas: los equipos de alta tecnología, por ejemplo. O el personal especializado.

—Me cuesta imaginar una excavación que requiera una embarcación como esta.

—Cuando la veas, lo comprenderás perfectamente. Te lo prometo.

Logan se recostó en el banco de piel.

—De acuerdo, Ethan. Ya he conocido a Stone. Ya sé lo que estáis buscando. Creo que ha llegado el momento de que me digas adónde vamos.

Rush sonrió apenas.

—¿Has oído alguna vez la expresión «el infierno en la tierra»?

—Claro.

—Bien, pues prepárate. Porque ahí es exactamente adonde vamos.

RUSH se inclinó hacia delante.

—¿Has oído hablar del Sudd?

—Me suena de algo —dijo Logan tras pensarlo un momento.

—La gente cree que el Nilo no es más que un río muy ancho que serpentea sin encontrar demasiados obstáculos a través de África. Nada más lejos de la verdad. Los primeros exploradores, Burton, Livingstone y los demás, tomaron conciencia de ello por las malas cuando se toparon con el Sudd. Creo que deberías echar un vistazo a esto. —Rush señaló un libro que había en una mesita auxiliar—. Describe el lugar mucho mejor de lo que pueda hacerlo yo.

Logan no se había fijado en el libro. Lo cogió y vio que se trataba de *El Nilo Blanco*, de Alan Moorehead. Era una historia de la exploración del río; recordaba haber hojeado un ejemplar de niño.

Logan pasó las hojas, encontró la indicada y empezó a leer mientras el salón vibraba a su alrededor.

El Nilo... es una corriente difícil. Atraviesa el desierto a lo largo de un curso ancho y bastante regular. [Pero al final] el río gira hacia el oeste, el aire se hace más húmedo y las orillas más verdes. Constituye el primer aviso del gran obstáculo del Sudd que espera más adelante. En el mundo no hay marisma más formidable que el Sudd. El Nilo se pierde en un vasto mar de juncas de papiro y vegetación descompuesta, y en ese fétido calor surge un brote de vida tropical que no ha cambiado gran cosa desde el inicio del mundo. Resulta tan primitivo y hostil para el hombre como el Mar de los Sargazos. [La] región no es ni agua ni tierra. Año tras año, la corriente no cesa de arrastrar más vegetación flotante y la agrupa en compactos montones que llegan a alcanzar los seis metros de espesor y son tan sólidos que hasta un elefante podría caminar por ellos; pero después estos restos se resquebrajan en forma de islas y se forman de nuevo en otro sitio. Es un proceso que se repite eternamente en miles de formas imposibles de diferenciar. Aquí no se puede decir que exista un presente y aun menos un pasado, salvo en las ocasionales islas de terreno duro en las que ningún hombre, ni siquiera el más salvaje, ha vivido ni podría vivir por la desolación de cieno y cañas flotantes. Aquí florecen en loca abundancia las formas de vida más bajas; pero, para el hombre, el Sudd solo contiene la amenaza del hambre, las enfermedades y la muerte.

Logan dejó el libro a un lado.

—Dios mío, ¿existe realmente un lugar así? —preguntó.

—Desde luego que existe. Lo verás antes de que oscurezca. —Rush cambió de postura en el banco—. Imagina, una región de miles de kilómetros cuadrados que en realidad no es tanto una marisma como un laberinto de cañizales de papiro, troncos empapados de agua y barro; barro por todas partes, un barro más traicionero que las arenas movedizas. El Sudd no es profundo. Como mucho no tendrá más de diez o doce metros en algunos sitios, pero, además de que la vegetación submarina forma un compacto y terrible entramado, el agua tiene tanto limo que los buzos no alcanzan a ver más allá de sus gafas. Las aguas están llenas de cocodrilos durante el día, y por la noche el aire está plagado de mosquitos. Los primeros exploradores renunciaron a cruzarlo y acabaron por rodearlo. Es posible que en la actualidad el Sudd no sea tan impenetrable como en la época de Moorehead, pero no es un paseo. Se halla en un amplio valle poco profundo. Y todos los años se extiende. Solo un poco, pero se extiende. Es como un ser vivo. Por eso necesitamos una embarcación tan estrecha. Intentar atravesar el Sudd es como pasar una aguja a través de la corteza de un árbol. Todos los días un helicóptero hace un vuelo de reconocimiento y traza un mapa de las cambiantes corrientes y de los nuevos caminos que se abren. Y esas rutas se modifican diariamente.

—Entonces, esta embarcación funciona como una especie de rompehielos —comentó Logan. Estaba pensando en los extraños equipos que había visto en la proa.

Rush asintió.

—Al tener poco calado nos permite evitar los obstáculos que hay bajo el agua, y la hélice de popa brinda el empuje suficiente para pasar por los lugares más angostos.

—Tienes razón —dijo Logan—. Suena como el infierno en la tierra. Pero ¿por qué nos...? —Se interrumpió—. Oh, no.

Rush asintió de nuevo.

—Oh, sí.

—Santo cielo... —Logan se quedó callado un momento—. O sea que la tumba de Narmer está en el Sudd. Pero ¿por qué?

—¿Recuerdas lo que dijo Stone? Piénsalo. Narmer se tomó muchas molestias para ocultar la ubicación de su tumba. De hecho, salió de Egipto y se internó en Nubia, más allá de las seis cataratas del Nilo, lo cual era un viaje peligroso por tierras hostiles. Teniendo en cuenta que estamos hablando del principio de la historia egipcia, del período arcaico de la Primera Dinastía, es un logro equiparable a la Gran Pirámide. Y no solo eso, Narmer es el único faraón que no fue enterrado en Egipto. Como sabrás, todos los faraones debían descansar en suelo egipcio.

Logan asintió.

—Por eso Egipto nunca colonizó.

—Teniendo en cuenta todo esto, Jeremy, todo ese increíble esfuerzo, gasto y riesgo, ¿de verdad crees que es probable que la tumba de Narmer no contenga nada de valor?

—Pero una marisma impenetrable... —Logan meneó la cabeza—. Piensa en la logística que supone la construcción de una tumba... y más para una cultura primitiva y en una región hostil.

—Esa es precisamente la diabólica belleza de esta historia. ¿Recuerdas que te he dicho que el Sudd se extiende un poco cada año? Narmer lo sabía. Pudo haber construido su tumba en lo que por aquel entonces era el límite del Sudd y mantener su ubicación en secreto. Hay una vasta red de cuevas volcánicas debajo de la superficie del valle del Sudd. Tras la muerte del faraón, la expansión de la marisma ocultó todo rastro de la tumba. La naturaleza hizo el trabajo por él. —En el rostro de Rush apareció una expresión de preocupación—. Casi demasiado bien.

—¿A qué te refieres?

—Ya oíste a Stone. La excavación está en marcha y funciona como un reloj. Los expertos están en sus puestos, los técnicos, los arqueólogos, los mecánicos y el resto. Pero... —Vaciló—. Pero la localización exacta de la tumba ha sido un poco más difícil de hallar de lo que los expertos de Stone habían previsto. —Rush suspiró—. Por un lado, hay que obrar con discreción, por supuesto, como siempre, aunque no tanto como en una excavación normal. Por otro lado, es la peor época del año: la temporada de las lluvias. Lo que hace que el Sudd sea un lugar mucho más difícil, desagradable e insalubre para trabajar.

Logan recordó las palabras de Stone: «El tiempo apremia».

—¿Y por qué ese ritmo frenético? ¿Por qué no esperar hasta la temporada seca? La tumba lleva allí cinco mil años, ¿por qué no otros seis meses?

Por toda respuesta, Rush se levantó y le indicó con un gesto que lo siguiera fuera del salón. Salieron a cubierta y caminaron con cuidado hacia proa. El sol se ponía en el horizonte. La implacable bola blanca se había convertido en un disco furiosamente naranja. El Nilo se extendía en grandes ondas desde la proa. Los gritos de las aves acuáticas daban paso a extraños chillidos procedentes de las orillas.

Rush señaló a lo lejos. Logan miró al frente y vio una serie de colinas que se alzaban a ambos lados del río y se ensanchaban para formar un gigantesco anfiteatro delante de ellos que se perdía en la distancia.

—¿Ves eso? —preguntó Rush—. Más allá está la presa de Af'ayalah. Falta poco para que la terminen. Dentro de cinco meses, todo esto, todo este territorio dejado de la mano de Dios, quedará cubierto por las aguas.

Logan recorrió el horizonte con la mirada. Por fin entendía el porqué de tanta prisa.

Mientras contemplaba la superficie del río con aire pensativo se fijó en la

vegetación que flotaba en la corriente. Al principio, simples juncos sueltos de papiro. Pero más adelante los juncos atrapados en los montículos de barro que surgían del fondo como volcanes en miniatura empezaban a formar pequeñas islas.

—La presa nos proporciona una estupenda tapadera —continuó Rush—. Nos hacemos pasar por un equipo de investigadores que está estudiando el ecosistema y documentándolo antes de que desaparezca para siempre. Pero ese engaño nos cuesta un montón de dinero, y cuanto más dura, más difícil resulta mantenerlo.

La embarcación aminoró la marcha a medida que los obstáculos se hacían más numerosos. Logan vio grandes troncos trabados unos con otros como en titánica lucha; musgo y cañas putrefactas colgaban de ellos como telas de araña. Un ligero hedor a vegetación en descomposición empezó a flotar en el aire. Una puerta de la superestructura se abrió y salieron dos tripulantes; cada uno de ellos llevaba un extraño artilugio, parecido a un arpón, conectado a unas mangueras neumáticas. Se situaron en las plataformas que sobresalían por encima del agua a ambos lados de la proa, con los dispositivos preparados.

De repente, un foco se encendió en el castillo de proa y proyectó un surrealista rayo de luz azul por encima de la proa. La turbina aumentó de revoluciones. Había empezado a caer una ligera llovizna. La vegetación era cada vez más densa. Una alfombra impenetrable de hierbajos, papiro, ramas y barro viscoso los rodeaba por todos lados. Los hombres de la proa utilizaban sus artilugios neumáticos para apartar con violencia los troncos más pesados y las placas de fibrosa vegetación. Las máquinas hacían un desagradable ruido de aire comprimido. Un poco más adelante, en el estrecho canal por donde avanzaba la embarcación, Logan vio una pequeña luz que flotaba en la superficie y lanzaba destellos. El foco del barco la iluminó, y uno de los tripulantes la recogió al pasar.

—El helicóptero de reconocimiento deja caer balizas cuando sobrevuela un nuevo camino en este infierno —explicó Rush—. Es la única manera de que nuestras embarcaciones puedan pasar.

Navegaban lentamente entre una maraña cada vez más densa de troncos y cañas. Los ruidos que provenían de las orillas —suponiendo que las hubiera en aquel cenagal— habían cesado por completo. Era como si los rodeara una infinita exuberancia vegetal medio descompuesta que formaba un enredo colosal. Permanecieron en la proa, sin hablar, mientras la embarcación seguía las balizas. Cada poco, Logan tenía la impresión de que habían llegado a un callejón sin salida, pero, tras un brusco giro, la fétida maraña se abría de nuevo. Con frecuencia, la embarcación se valía de la superestructura para apartar a los lados la rezumante espesura.

En cierto momento llegaron a un punto donde parecía que no se podía avanzar. En el puente de mando, Plowright aumentó la potencia de las turbinas. La embarcación

se levantó físicamente del agua y se abrió paso por la compacta superficie —veinte, cuarenta metros—, con el sonido horrible de los rasponazos contra el fondo del casco. Logan comprendió entonces el porqué del sistema motriz: la enorme hélice se había montado sobre la cubierta porque una hélice convencional se habría atascado irremisiblemente en el fondo. Los dos marineros seguían trabajando con sus arpones neumáticos desde sus puestos de proa. El pegajoso calor y el hedor a vegetación descompuesta resultaban insoportables.

—Ha sido un día muy largo —dijo Rush de forma inesperada, en la penumbra—. Mañana conocerás a algunos de los miembros más destacados. Y tendrás lo que creo que llevas esperando desde el principio.

—¿El qué?

—La última pieza del rompecabezas. La que responde a tu pregunta: por qué eres tú, entre toda la gente, quien está aquí.

«¿Aquí?» Logan miró al frente. Y entonces, de repente, lo comprendió.

La embarcación había realizado un giro cerrado a través de la amalgama de cañas y troncos, y los ojos de Logan se encontraron con la más inesperada de las visiones. Ante él se levantaba lo que parecía una pequeña ciudad erigida sobre media docena de enormes plataformas flotantes. Las luces parpadeaban detrás de incontables mosquiteras. Grandes carpas de lona del tamaño de un campo de fútbol cubrían las construcciones y las ocultaban de cualquier vista desde el cielo. El grave rumor de los generadores apenas era más fuerte que el zumbido de las nubes de insectos que rodeaban la embarcación. Era un espectáculo formidable: allí, en medio del lugar más remoto y desagradable del mundo, un oasis de civilización que lo mismo podría hallarse en una de las lunas de Júpiter.

Habían llegado.

EL hidrodeshlizador aminoró hasta ponerse a ras de agua e hizo sonar su bocina. Al instante se encendió un rectángulo de luces bajo una de las gigantescas carpas. A pesar del cansancio, Logan contempló fascinado que una enorme cortina mosquitera se alzaba, cual el telón de un teatro, y la estructura entraba en un embarcadero cubierto. A su izquierda vio otra embarcación idéntica: a su derecha, amarrada a una serie de muelles flotantes, había algunas lanchas más pequeñas y motos de agua.

Plowright maniobró hasta su lugar de atraque mientras un tipo vestido con pantalón corto y camisa floreada corría por el muelle para hacerse cargo de las amarras. La red mosquitera descendía de nuevo con un susurro. Logan la observó. Más allá de las luces del puerto, el Sudd era un pozo de negrura.

Rush se dispuso a bajar a tierra.

—Sígueme —le dijo a Logan, indicándole una pasarela metálica.

A continuación lo hizo pasar por una entrada y lo guió por una especie de muelle flotante en forma de túnel hasta lo que parecía la inmensa estructura de una barcaza cubierta por otra gran lona hecha de una fibra opaca, similar al Mylar, y con la forma de una carpa de circo.

—Son las siete de la tarde, hora local —dijo Rush.

Incluso a esa hora el ambiente resultaba pegajoso y opresivo. Logan oía el ruido de la lluvia y el extraño coro de insectos, ranas y otras criaturas desconocidas que llegaba de la oscuridad que reinaba al otro lado de la red. Miró alrededor.

—¿Este sitio se llama de alguna manera?

Rush se echó a reír.

—No es oficial, pero casi todo el mundo lo llama la Estación, supongo que por *El corazón de las tinieblas*. Las alas, que son las seis estructuras flotantes principales que forman la base, se clasifican por colores y cada una recibe el nombre de su color. Ahora vamos a entrar en el sector Verde, donde se realiza el trabajo administrativo de la expedición: el contacto con los suministradores, la coordinación del transporte, el mantenimiento de las embarcaciones y los equipos, esa clase de cosas. Ah, y también constituye la fachada de la expedición de cara al público.

Se adentraron por un pasillo estrecho, bastante sucio y rallado y salpicado de puertas abiertas. Hacía más fresco dentro de aquella estructura cerrada. Logan se fijó en que las paredes, efectivamente estaban pintadas de color verde. Se asomó con curiosidad a las habitaciones de ambos lados. Estaban llenas de ordenadores, cámaras de vídeo montadas en trípodes, y pizarras cubiertas de diagramas y signos. También había varios laboratorios con aspecto desordenado que parecían destinados a trabajos de biología o ecología y que contaban con todo tipo de equipos científicos para la

recogida de muestras. Todas las estancias tenían una cosa en común: estaban a oscuras y no había en ellas actividad alguna.

—¿Qué es todo esto? —Logan señaló con la cabeza una de las puertas abiertas.

—La fachada de cara al público que te he dicho.

Logan meneó la cabeza.

—Por muy único en el mundo que sea, ¿qué interés tiene estudiar un lugar tan dejado de la mano de Dios como este?

Rush soltó una risita.

—Eso es exactamente lo que piensa el gobierno local... y lo que nosotros deseamos que crea. ¿Para qué documentar una marisma que ha sido universalmente aborrecida desde que fue descubierta? Pero, por supuesto, no tuvo inconveniente en aceptar cierta cantidad de dinero a cambio de los permisos necesarios. Seguramente la única ventaja de estar aquí es que nadie se va a dejar caer para hacernos una visita sorpresa. El día que empezaron los trabajos de excavación vino un funcionario. No se lo pusimos fácil y nos aseguramos de que el aire acondicionado no funcionase durante el tiempo que estuvo con nosotros. No esperamos futuras interrupciones, pero, si es necesario, estos laboratorios y oficinas falsas pueden ponerse en marcha en menos de cinco minutos.

Siguieron avanzando por el pasillo central del sector Verde y pasaron ante una serie de oficinas que parecían auténticas. Logan vio a una persona tecleando ante un ordenador y a otra hablando por radio. Giraron por otro corredor que los llevó hasta una amplia y oscura abertura circular cubierta de arriba abajo por unas anchas tiras de grueso plástico semiopaco. Logan pensó en la salida de una cinta para equipajes. Rush apartó las tiras y pasó al otro lado. Logan lo siguió y de repente se encontró nuevamente en el exterior, dentro de un tubo rodeado de mosquitera y sostenido por pontones. Estaba totalmente oscuro, y el zumbido de los insectos había aumentado hasta apagar por completo el ronroneo de los generadores. Al escucharlo, Logan se dijo que no soportaría pasar una noche en el exterior con semejante bullicio infernal.

La pasarela se bamboleó mientras la atravesaban, y Logan oyó bajo sus pies ruido de chapoteo y de succión. Era evidente que estaban yendo de una de las construcciones flotantes a otra.

—Todas estas estructuras están ancladas en el lecho del Sudd —explicó Rush—. Ancladas de forma muy precisa y firme, pues no puede haber el menor desplazamiento, ni siquiera de medio metro. Nuestro trabajo depende de un correcto posicionamiento por GPS. No tardarás en comprobarlo por ti mismo.

—Impresionante.

—La parte más impresionante ni siquiera se ve. Como puedes imaginar, una marisma de este tipo genera ingentes cantidades de metano. Debajo de cada una de las alas hay colectores. El metano se concentra allí y luego lo procesamos en unas

cámaras especiales para obtener un combustible limpio que utilizamos para alimentar los dos generadores externos. Y también como combustible para cualquier cosa, desde las embarcaciones hasta los mecheros Bunsen. Aquí generamos casi toda la energía que necesitamos.

—Increíble. ¿Cómo es que el sistema no está más extendido?

—Bueno, gracias a Dios el planeta no está cubierto de plantas en estado de descomposición.

—Claro. —Logan rió—. ¿Y no es un poco peligroso?

—Tanto como tener tuberías de gas en tu casa. El nuestro es un sistema cerrado que controlamos las veinticuatro horas del día siete días a la semana y que cuenta con un mecanismo de seguridad totalmente automático. Además, piensa que traer regularmente por avión miles de litros de gasolina levantaría todo tipo de sospechas. Stone no solo prefiere ser discreto, además le gusta no dejar rastro de su paso y perjudicar el medio ambiente lo menos posible. Este sistema nos ayuda a conseguirlo.

Cruzaron otra barrera y entraron en una gran estructura, pintada de un color azul claro. La alta bóveda se arqueaba sobre toda una serie de cubículos cuyas paredes tenían unos dos metros de altura.

—Esto es el sector Azul —explicó Rush—. Aquí se alojan los miembros del equipo.

Allí había más actividad. Pasaron ante una sala recreativa equipada con máquinas del millón y juegos de mesa, y ante una pequeña biblioteca con cómodos sillones, revistas y una estantería llena de novelas; en la siguiente sala había varias mesas ocupadas por grupos de cuatro jugadores jugando a las cartas. Logan oyó fragmentos de conversaciones en francés, alemán e inglés.

—Lo creas o no —dijo Rush—, el bridge se ha convertido en una especie de tradición en las excavaciones de Porter Stone. Lo fomenta fuera de las horas de trabajo. Stone opina que ayuda a aliviar el estrés diario, evita que el personal se obsesione pensando en lo lejos que están de su hogar, y mantiene la mente despierta.

—¿Cuánta gente hay en esta excavación?

—No recuerdo el número exacto. Alrededor de ciento cincuenta personas.

Se detuvieron ante lo que parecía una mezcla de colmado y comedor.

—¿Quieres comer alguna cosa antes de que te enseñe tu cuarto? —preguntó Rush.

Logan negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

—Bueno, por si acaso te traeré algo.

El médico desapareció dentro mientras Logan lo esperaba en el pasillo y observaba la actividad del interior. Había al menos una docena de personas cenando, y el ambiente resultaba notablemente heterogéneo: científicos de bata blanca

compartían mesa con rudos operarios sucios de barro y grasa.

Rush reapareció con una bolsa de papel.

—Un sándwich mixto, una manzana y una lata de té frío —dijo—. Por si te entra hambre.

Se la entregó y acto seguido guió a Logan hasta la zona de los dormitorios. Allí el bullicio era más intenso: conversaciones, risas, música de reproductores digitales y películas en pantallas planas y ordenadores portátiles.

Rush se detuvo ante una puerta marcada con el número 032.

—Todo tuyo —dijo mientras abría la puerta y dejaba pasar a Logan.

El cuarto era espartano pero estaba limpio. Los únicos muebles eran un escritorio, dos sillas, una cama, un armario y unos cajones empotrados.

—Dentro de unos minutos te traerán el equipaje —dijo Rush—. Mañana te inscribiremos oficialmente y recibirás un cursillo de orientación básica. Supongo que ahora estarás cansado.

—Digamos que abrumado.

Rush sonrió.

—Tengo que pasar por la sección médica. ¿Nos vemos mañana a la hora del desayuno? ¿Qué te parece a las ocho?

—Estupendo.

—Bien, pues hasta mañana.

Rush le dio una palmada en el hombro y cerró la puerta al salir.

El aislamiento acústico era mejor de lo que Logan había esperado, y los ruidos del pasillo se redujeron en el acto a un ligero murmullo. Logan estaba ajustando su reloj a la hora local cuando alguien llamó a la puerta y un joven pelirrojo entró con el equipaje. Logan le dio las gracias, cerró la puerta y se tumbó en la cama. No se sentía lo que dice cansado, pero necesitaba un rato para poner en orden sus pensamientos y asimilar las novedades y sorpresas de las últimas treinta y seis horas. Parecía increíble, pero allí estaba, en un gigantesco complejo de plataformas cubiertas por lonas y conectadas por pasarelas rodeadas de mosquiteras que flotaba en una infecta marisma a miles de kilómetros de distancia de la civilización.

Cinco minutos más tarde dormía profundamente y soñaba con que se encontraba en lo alto de una pirámide, solo y abandonado, rodeado por un mar de ondulantes e hirvientes arenas movedizas.

LA mañana siguiente transcurrió en un frenesí de actividad. Logan se reunió con Rush para el desayuno, tal como habían quedado. Después Rush lo acompañó hasta el sector Verde, donde lo incorporaron de forma oficial al equipo, le proporcionaron una tarjeta de identificación y una mujer discreta y con un peculiar acento británico le dio una charla orientativa de veinte minutos. Todo el proceso se desarrolló con eficiencia clínica y precisión casi militar: no había duda de que aquella era una máquina perfectamente engrasada y simplificada a lo largo de las muchas misiones anteriores. Tras la charla de orientación le pidieron que entregara el móvil y le dijeron que se lo devolverían cuando su estancia finalizara. «Una vez que te hayas embarcado en el proyecto es posible que te cueste comunicarte por teléfono con el exterior», le había escrito Rush en su e-mail. En ese momento Logan comprendía por qué: Stone y su fanática obsesión con el secretismo. De todas maneras, parecía muy poco probable que algún móvil tuviera cobertura en un lugar tan remoto.

—Después de comer tienes una reunión con Tina —le explicó Rush mientras salían al estrecho pasillo.

—¿Quién es Tina?

—La doctora Christina Romero. Es la egiptóloga jefe. Te aclarará las dudas que tengas y te pondrá al día. A veces puede ser un poco quisquillosa y tiene opiniones muy tajantes en lo que respecta al saqueo de tumbas, pero es la mejor en su especialidad. —Vaciló un momento, como si fuera a añadir algo más—. Entretanto he pensado que quizá te gustaría ver cómo van los trabajos.

—Desde luego —repuso Logan—. Especialmente si eso me da alguna pista de por qué estoy aquí.

Pasaron oficinas, laboratorios y almacenes de material. Logan no tardó en desorientarse en aquel laberíntico interior. Vio científicos con bata blanca, mecánicos con mono azul y, para su sorpresa, un tipo corpulento y barbudo con botas y sombrero vaqueros.

—Un operario —dijo Rush, como si eso lo explicara todo.

Cruzaron por otra pasarela que flotaba a escasos centímetros de la superficie, envuelta en Mylar y protegida por mosquiteras, y Rush se abrió paso por otra entrada a través de gruesas tiras de plástico verticales. Logan lo siguió y se detuvo en seco. Al otro lado había una amplia sala. A lo largo de una pared amarilla vio una extensa hilera de taquillas, tal vez dos docenas, de color gris acero. Un panel de instrumentos ocupaba toda la pared opuesta: servidores de ordenador montados en batería, osciloscopios, algo que parecían sofisticados indicadores de profundidad, sónares y una docena de aparatos de todo tipo, a cuál más sofisticado. Cables de corriente y

conductos serpenteaban por el suelo y convergían en el centro de aquel espacio, donde se abría un enorme agujero circular rodeado por una barandilla y más instrumentos.

—Esto es el sector Amarillo —dijo Rush con una nota de orgullo en la voz—, el corazón de la excavación.

Fue hacia el centro de la estancia. Logan lo siguió abriéndose camino con cuidado en aquel mar de cables. Había varias personas alrededor del agujero central: algunos atendían los instrumentos; otros, vestidos con traje de submarinismo, conversaban en voz baja sentados en bancos. Una mujer con uniforme de enfermera tecleaba en un ordenador junto a un pequeño puesto de primeros auxilios.

Logan se acercó al agujero y se asomó. Tenía al menos tres metros de diámetro. La pardusca superficie del Sudd estaba a menos de sesenta centímetros del borde del pozo. Sus miasmáticos vapores le asaltaron la nariz igual que un aliento fétido. Dos escalerillas metálicas bajaban hacia sus turbias profundidades junto con varios cables gruesos.

Rush señaló el agujero con un gesto de la cabeza.

—Nuestra conexión con la marisma. La llamamos la Boca.

—¿La Boca?

Rush forzó una sonrisa.

—Bastante apropiado, ¿no te parece?

Logan tenía que admitir que lo era.

Al otro lado del pozo había un gran monitor de pantalla plana conectado a varios ordenadores. En él aparecía algo que a Logan le hizo pensar en un tablero de ajedrez y una especie de billete de lotería: un damero de diez cuadrados por lado y de distintos colores. En algunos de los cuadrados había extraños símbolos; en otros, pequeños logotipos y líneas de texto. Los demás estaban vacíos.

Junto al monitor había una escalera sobre ruedas de tipo industrial, como las que se utilizan para llenar los estantes de los almacenes. De pie, en lo alto de la escalera, se hallaba un hombre con los brazos cruzados sobre el amplio y fuerte pecho y un puro en la boca a pesar de los letreros de prohibido fumar que había por todas partes. Era calvo, su cráneo brillaba bajo los paneles fluorescentes, y había pasado tantos años al sol que tenía la piel del color del tabaco de mascar. Aunque no medía más de un metro sesenta, irradiaba autoridad y seguridad en sí mismo.

Rush rodeó la Boca y se detuvo al pie de la escalera.

—Hola, Frank —dijo al tipo de arriba—. Quisiera presentarte a alguien.

El hombre los miró desde lo alto. Luego echó un vistazo atento alrededor, escrutándolo todo, como si quisiera tener la seguridad de que todo estaba bajo control. Y entonces por fin bajó de la escalera dando caladas a su puro.

—Jeremy —dijo Rush—, te presento a Frank Valentino. Al mando del lugar de

excavación y de buceo.

Valentino se quitó el cigarro de la boca, miró el mordisqueado extremo con aire pensativo, se lo llevó de nuevo a los labios y tendió su recia mano.

—Frank —siguió Rush—, este es Jeremy Logan. Llegó conmigo anoche.

El interés de Valentino pareció crecer ligeramente.

—Sí, he oído hablar de usted —dijo. Tenía una voz muy grave y sin acento—. El especialista en fantasmas.

Logan permaneció muy quieto. Y entonces, de repente, levantó las manos, se inclinó hacia Valentino y exclamó:

—¡Buuu!

Valentino retrocedió de un salto.

—*Madonna!* —masculló al tiempo que se santiguaba.

Con el rabillo del ojo, Logan vio que Rush contenía la risa.

Por encima de las conversaciones de fondo de los mecánicos y los buzos, oyó una voz que surgía de una radio situada junto al gran monitor. La voz sonó de nuevo.

—Romeo Foxtrot Dos, bajando.

—Romeo Foxtrot, conforme —respondió el operador de radio—. Tu señal es de cinco sobre cinco.

Rush señaló la Boca.

—Hasta que localicemos la tumba, aquí es donde se realiza todo el trabajo cartográfico y de exploración.

—Pero el Sudd es muy extenso —objetó Logan—. ¿Qué os ha llevado a establecer aquí el lugar de excavación?

—Tina Romero te lo explicará. Baste decir que la ubicación inicial era un cuadrado de varios kilómetros por lado. Gracias a los especialistas y a... otras consideraciones se ha reducido a un kilómetro.

—Un kilómetro cuadrado —repitió Logan meneando la cabeza con admiración.

Rush señaló el gran monitor.

—Lo que ves ahí es la reproducción del fondo del Sudd: el kilómetro cuadrado que tenemos bajo nuestros pies dividido en una cuadrícula de diez por diez. Utilizamos un satélite GPS para explorar con total precisión cada cuadrícula. Los buzos bajan para limpiar la zona y comprobar si hemos dado con algo.

—Romeo Foxtrot, Eco Bravo —dijo el operador de radio—. Dadme vuestra posición.

Al cabo de unos segundos, la radio crepitó de nuevo.

—Aquí Romeo Foxtrot. Estamos a nueve metros y bajando.

—¿Capacidad de la burbuja?

—Ochenta y dos por ciento.

—Vigila esa burbuja, Romeo Foxtrot.

—Entendido.

Rush se volvió hacia Logan.

—Lo que estás oyendo es la comunicación con el equipo de buceo que está abajo —le explicó—. Bajan por parejas por razones de seguridad. Utilizan un equipo especial para poder orientarse. No te imaginas lo que es sumergirse en el Sudd: está completamente oscuro, todo es cieno y arenas movedizas, no hay forma de distinguir entre arriba y abajo...

—Has dicho que los buzos limpian y exploran... —dijo Logan.

—Sí —repuso Rush—. Verás, aquí hubo un volcán prehistórico. En la época de Narmer el volcán ya había desaparecido, pero dejó su rastro en forma de túneles de lava subterráneos. Nuestra teoría es que el faraón escogió uno de esos tubos para construir su tumba y después ordenó a su gente que lo ampliara y reforzara. Una vez sellada la tumba, el fango y las aguas del Sudd habrían hecho el resto del trabajo. Así pues, lo primero que hacemos cuando nos trasladamos a una nueva sección de la cuadrícula es eliminar la acumulación de depósitos sedimentarios del lecho de la marisma.

—Ese es el trabajo de Big Bertha —dijo Valentino con una sonrisa mientras señalaba por encima del hombro con el pulgar.

Logan vio en las oscuras profundidades de la enorme sala una extraña máquina que parecía un cruce entre una máquina pulidora y una motonieve.

—Narmer creía que su tumba permanecería oculta eternamente —siguió Rush—. No podía imaginar la tecnología que tenemos a nuestra disposición: radares, equipos de buceo, GPS...

—Aquí Romeo Foxtrot —interrumpió la voz áspera y metálica—. El mecanismo de burbuja parece que no funciona bien. La lectura indica cuarenta y tres por ciento.

El operador de radio miró a Valentino, que asintió.

—¿Profundidad? —preguntó por el micrófono.

—Diez metros y medio.

—Vigíladlo —dijo el operador de radio—. Si baja de veinticinco por ciento lo dejáis.

—Conforme.

Rush prosiguió con su explicación.

—El Big Bertha elimina los sedimentos. Después examinamos ese cuadrado para ver si hemos encontrado algo, agujeros o túneles en el lecho de la marisma. Si no hallamos nada, marcamos el cuadrado como explorado y pasamos al siguiente de la cuadrícula. Si damos con un túnel, lo marcamos como «Búsqueda» para el siguiente equipo de buzos.

—Podemos encontrar una poza —dijo Valentino— o podemos no encontrar nada. Pero tenemos que examinar cada uno de ellos. A veces los túneles se ramifican. En

ese caso debemos hacer el mapa correspondiente.

Rush señaló nuevamente el monitor.

—Y los resultados aparecen con precisión arqueológica en esa gran pantalla y en el exhibidor cartográfico principal que hay en el Centro de Operaciones.

—¿Habéis encontrado algo ya?

Rush negó con la cabeza.

—¿Y qué proporción de la cuadrícula lleváis explorada hasta el momento?

—Un cuarenta y cinco por ciento —contestó Valentino—. Esta noche, si *Madonna* quiere, habremos llegado al cincuenta.

—A eso se le llama trabajar deprisa —comentó Logan—. Yo creía que...

Una voz chillona en la radio lo interrumpió.

—Aquí Eco Bravo. Tengo un problema con el regulador.

—Comprueba la válvula de purgado —contestó el operador de radio.

—Ya lo he hecho, y nada.

Logan miró rápidamente a Rush.

—Seguramente no es nada —dijo el médico—. Como imaginarás, los equipos sufren en estas condiciones. En cualquier caso, los respiradores están diseñados para permanecer abiertos aunque fallen. Incluso suponiendo que se estropeen siguen suministrando aire.

—Eco Bravo a base —dijo la voz—. ¡No me llega aire!

Valentino se acercó de inmediato a la radio y cogió el intercomunicador.

—Soy Valentino. Utiliza tu segundo nivel de reserva.

—¡Es lo que estoy haciendo, pero no me llega aire! ¡Creo que la tapa está rota!

El pánico del buzo era evidente incluso por radio.

—Romeo Foxtrot —llamó Valentino—, ¿ves a Eco Bravo? Su regulador no funciona y la reserva tampoco. Tienes que compartir el aire con él. ¿Lo ves? ¡Cambio!

—Aquí Romeo Foxtrot —respondió la otra voz amplificada por radio—. No veo rastro de él. Creo que está purgando y subiendo.

—¡Dios mío! —exclamó Rush—. Forsythe se ha dejado llevar por el pánico y ha olvidado las normas de seguridad. —Se volvió hacia la enfermera—. Consiga un equipo de reanimación y al personal necesario. Ya. ¡Y que traigan el drenaje torácico!

—¿Qué ocurre? —preguntó Logan.

—Si el buzo recuerda las normas de seguridad, no pasará nada; pero si se deja llevar por el pánico y sube a la superficie conteniendo la respiración... —Rush calló un momento—. Por cada diez metros que descienes, el aire de los pulmones pierde la mitad de su volumen por la presión. Estaban a diez metros y medio. Si sube a la superficie con todo ese aire en los pulmones...

—El aire se expandirá hasta el doble de su volumen —dijo Logan.

—Y le reventará los pulmones.

Con expresión seria, Rush corrió hacia el puesto de primeros auxilios, donde la enfermera hablaba frenéticamente por teléfono.

TODOS se reunieron alrededor de la negra abertura circular de la Boca, tensos y en silencio. Valentino dio una orden y alguien encendió varios focos que iluminaron con detalle la superficie líquida y viscosa. Mientras Logan la contemplaba tuvo la sensación de que el Sudd era algo vivo, que la pardusca superficie era el pellejo de una bestia enorme, y que estar asomado a ella de aquella manera constituía un acto de locura monumental.

En ese momento uno de los cables que se hundían en la marisma se agitó espasmódicamente y por la radio se oyó un ruido extraño y gorgoteante.

Valentino corrió hasta el intercomunicador.

—¡Eco Bravo! ¿Me oyes, Eco Bravo?

—Aquí Romeo Foxtrot —repuso la voz—. Sigo sin verlo. Esto está muy oscuro, no se ve nada.

Dos enfermeros entraron empujando grandes carros llenos de material médico.

El cable dio otro tirón, y la radio sonó de nuevo.

—Romeo Foxtrot a base. Lo veo. Lo he cogido. Estamos subiendo.

De repente, la moteada superficie de agua y vegetación putrefacta empezó a agitarse y a bullir. Instantes después, una mano enguantada salió bruscamente a la superficie y se agarró a una de las escalerillas. Le siguió una capucha de neopreno y unas gafas de buceo. A pesar del ambiente de emergencia, Logan se quedó por un instante perplejo por lo extraño de la imagen: el buzo que emergía parecía un insecto intentando desprenderse de una especie de cieno primigenio.

Rush, que hasta ese momento había permanecido junto a él callado y tenso como un muelle, se inclinó y, con la colaboración de uno de los enfermeros, le ayudó a liberarse de la presa del Sudd. El buzo rodeaba con el brazo a otro hombre vestido de neopreno que se debatía débilmente. Los dos fueron izados de la Boca y depositados en el suelo de la sala. Ambos estaban cubiertos de la cabeza a los pies por una sustancia semejante a la harina de avena. La estancia se llenó de inmediato de un intenso hedor a vegetación putrefacta y a peces muertos.

—Denles un manguerazo —ordenó Valentino.

Aunque un par de hombres con mangueras corrieron a limpiarlos, Rush estaba ya colocando al buzo desvanecido en una camilla. Le quitó rápidamente la capucha y las gafas, y luego, con un escalpelo, rajó el traje de bucear desde el cuello hasta el ombligo. El hombre gimoteaba y se agitaba; un hilillo de baba y sangre le escapaba de la boca.

Rush le aplicó sin demora el estetoscopio en el pecho desnudo.

—Se ha dejado llevar por el pánico —dijo el otro buzo mientras se acercaba y se

secaba la cara y el pelo con una toalla—. Un error de novato. Pero buceando en esa mierda te olvidas de...

Rush lo hizo callar con un gesto de la mano. Movía el estetoscopio sobre el pecho y escuchaba. Sus movimientos eran bruscos, casi violentos. Se incorporó.

—Extravasación de aire —dijo—. Ha resultado en neumotórax.

—Doctor —intervino la enfermera—, podemos llevarlo al Centro Médico, allí le...

—¡No tenemos tiempo! —le espetó Rush mientras se ponía unos guantes de látex. El buzo se agitó en la camilla y se llevó las manos a la garganta entre estertores.

Rush se volvió hacia los enfermeros.

—Con una aguja de aspiración no bastaría. Nuestra única opción es una toroscopia. Denme el tubo torácico, ¡ya!

Logan contemplaba la escena con una mezcla de sorpresa y aprensión. Hasta ese momento Ethan Rush había sido el perfecto ejemplo de la calma y la seguridad. Pero ese Rush —sus rápidos y casi frenéticos movimientos, su impaciencia y su brusquedad dando órdenes— le resultaba completamente desconocido.

Mientras uno de los enfermeros se volvía hacia el carrito de reanimación, Rush frotó con yodo un área debajo del brazo izquierdo del buzo, le aplicó un anestésico local y, con un rápido gesto con el escalpelo, le hizo una incisión de cinco centímetros entre las costillas.

—¡Rápido con ese tubo torácico! —gritó por encima del hombro.

El enfermero lo sacó de su envoltorio esterilizado y se lo entregó. Rush se arrodilló junto al buzo e insertó con cuidado el tubo en el corte que había practicado. Comprobó que estuviera bien colocado, masculó algo y se levantó.

—Drenaje torácico —pidió.

Otro enfermero se acercó a paso ligero cargado con un soporte donde había un aparato de color blanco y azul que a Logan le recordó a un tensiómetro pero en grande. Tenía varios indicadores verticales, y dos tubos de plástico transparente sobresalían de la carcasa superior.

—¿Llave de paso de succión? —preguntó Rush.

—Lista.

—Llénelo dos milímetros.

—Sí, doctor.

El enfermero inyectó agua en el aparato, y Logan vio que la cámara de depósito se volvía azul. Entretanto, Rush conectó uno de los tubos al conducto de drenaje que había insertado en el tórax del buzo. Logan lo miró. Sus estremecimientos se habían vuelto más débiles y sus movimientos eran erráticos.

—Catéter conectado —dijo Rush—. Iniciamos succión. Presión negativa de veinte centímetros de agua.

Pulsó un interruptor del aparato y empezó a abrir la llave de paso. El líquido de la cámara de control de succión burbujeó al instante. Rush giró un poco más la llave de paso; el burbujeo aumentó. El catéter se llenó con una mezcla de agua y sangre.

—Si conseguimos extraer el fluido de la cavidad torácica lo bastante deprisa, es posible que los pulmones se vuelvan a hinchar —dijo Rush al enfermero técnico de urgencias—. No hay tiempo para operar.

En la vasta sala se hizo un silencio solo interrumpido por el zumbido del aparato y el gorgoteo del líquido que salía por el conducto.

Rush miraba al hombre tendido en la camilla y el drenaje torácico con una angustia creciente.

—Se está poniendo cianótico —murmuró—. Aumente la presión hasta cincuenta milímetros.

—Pero si el nivel es tan alto...

Rush se volvió rápidamente hacia el técnico.

—Maldita sea, hágalo.

A continuación rodeó la camilla, abrió la boca del buzo, inerte en ese momento, y empezó a hacerle el boca a boca. Pasaron quince segundos, treinta... Y entonces, de repente, el buzo se estremeció, tosió, escupió sangre y agua y luego aspiró una profunda y entrecortada bocanada de aire.

Rush se incorporó despacio. Miró al buzo y después el aparato.

—Bájelo a veinte —murmuró.

Recorrió con la vista las caras de los que se hallaban alrededor y luego se quitó los guantes.

—Vigile la cámara de recogida —le dijo a la enfermera—. Voy al Centro Médico a prepararlo todo para un examen a fondo.

Y sin decir más, dio media vuelta y salió de la sala a grandes zancadas.



Cuando llegó la hora de comer, Logan, que había estado merodeando por las instalaciones intentando orientarse, vio que sus pies lo habían llevado sin pretenderlo hasta el Centro Médico. Las instalaciones le parecieron demasiado grandes para las ciento cincuenta personas que integraban la excavación, pero entonces cayó en la cuenta de lo lejos que estaban de cualquier tipo de ayuda.

El lugar parecía tranquilo, casi soñoliento. Recorrió el pasillo central asomándose a las puertas abiertas: camas vacías y equipos sin usar. En el departamento de enfermeras una mujer estaba anotando algo en un sujetapapeles. Pasó ante una sala espaciosa con el rótulo observación. El buzo herido estaba allí, rodeado de distintos equipos de diagnóstico.

Logan siguió adelante y se detuvo en la siguiente habitación. Era el despacho de Rush; el médico se encontraba dentro, de espaldas a la puerta, hablando ante una grabadora digital.

—El catéter fue insertado en la cavidad torácica y la presión del neumotórax aliviada antes de que el estado del paciente pudiera degradarse hasta un cambio mediastínico o una embolia respiratoria —explicaba—. Cualquiera de los dos habría supuesto el fallecimiento, pues en esas circunstancias habría sido imposible...

Rush se percató de que había alguien en el despacho. Apagó la grabadora y se dio la vuelta. Logan se sobresaltó al verlo: tenía el rostro ceniciento y los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando.

Rush esbozó una tímida sonrisa.

—Hola, Jeremy. Pasa y siéntate.

—Hiciste un buen trabajo —dijo Logan.

La sonrisa desapareció.

—Una manera interesante de inaugurar tu estancia aquí.

Logan asintió.

—Desde luego. Ser testigo de un accidente así...

—Accidente —repitió Rush—. Otro accidente... —Durante unos instantes pareció perderse en sus propios pensamientos, pero enseguida cambió de actitud y añadió de mejor humor—: Lamento que..., bueno, que me vieras de esa manera.

—Has salvado una vida.

Rush hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

—Desde que tuve aquella experiencia con mi mujer he tratado exclusivamente a personas que han burlado a la muerte. Hoy ha sido la primera vez que he tenido que atender un caso de emergencia a vida o muerte desde hace..., supongo que desde que llevaron a Jennifer a aquella sala de urgencias. No sabía que me afectaría tanto. —Hizo una pausa y después miró a Logan—. No podría decirle esto a nadie más, Jeremy, pero espero que Porter Stone no cometiera un error al contratarme como médico jefe de la expedición.

—De error nada. Stone eligió a un médico magnífico. Espera y verás: esta será la única crisis médica que tendrás que atender. A partir de ahora todo irá a pedir de boca. Y hablando de boca, ¿qué tal si comemos algo antes de enfrentarme a esa Tina Romero?

Una sonrisa sincera cruzó el rostro de Rush.

—Dame cinco minutos para acabar el informe y será todo tuyo.

EL despacho de Christina Romero estaba en el sector Rojo, donde también se hallaban las dependencias médicas y los distintos laboratorios científicos. A Logan le recordó mucho a su despacho de Yale: ordenado y limpio, con hileras e hileras de libros organizados por autor y género en largas estanterías metálicas. El gran escritorio que ocupaba el centro de la habitación estaba lleno de libretas de notas y objetos varios, pero aun así parecía ordenado. Había más objetos guardados en contenedores y apilados contra la pared del fondo. En las demás paredes colgaban diplomas y algunos cuadros: una foto de un fresco egipcio, una copia de *Regulus*, de Turner, y un dibujo de la Esfinge curiosamente infantil.

Pero si el despacho le resultó vagamente familiar, la doctora Romero fue toda una sorpresa. Era delgada y muy joven; no pasaría de los treinta. Logan se dio cuenta de que había esperado encontrarse con una mujer mayor desaliñada, vestida con un traje de tweed, una versión femenina de Flinders Petrie. Romero no podría haber sido más diferente. Llevaba vaqueros y un jersey de cuello alto negro con las mangas subidas hasta los codos. Tenía el cabello negro y ondulado, largo hasta los hombros y peinado con raya en medio. El modo en que se le ahuecaba a ambos lados recordaba el típico peinado de los reyes egipcios. Cuando Logan llegó, ella estaba sentada a su escritorio concentrada en llenar una estilográfica en un tintero de tinta azul oscuro.

Logan llamó educadamente en el marco de la puerta. Romero dio un respingo y estuvo a punto de soltar la pluma.

—¡Mierda! —exclamó al tiempo que cogía un pañuelo de papel para absorber la tinta derramada.

—Lo siento —dijo Logan sin moverse de la puerta—. ¿Se ha manchado?

—No importa —contestó ella—. Podría haber estropeado esto. —Alzó la estilográfica para que la viera—. ¿Sabe lo que es? Una Parker Senior Duofold color amarillo mandarín de 1927, el primer año de su fabricación. Hay muy pocas. Mire, incluso tiene la decoración amarilla en el capuchón, antes de que fuera negra.

La agitó ante Logan como si fuera una batuta.

—Muy bonita. Pero yo siempre he preferido las Waterman.

Romero dejó la estilográfica y miró a Logan.

—¿Las bañadas en plata?

—No. Las Patrician.

—Oh.

Enroscó el capuchón y se guardó la pluma en el bolsillo de los vaqueros, luego se levantó y le dio la mano.

El contacto le dijo a Logan mucho más acerca de ella que el aspecto del

despacho. Le retuvo la mano más tiempo del que era habitual en él.

—¿Qué desea? —preguntó ella—. No le había visto antes por aquí.

—Eso es porque llegué anoche. Soy Jeremy Logan.

—Logan. —Frunció el entrecejo.

—Teníamos una cita.

Ella sonrió.

—Ah, claro. Usted es el cazafantas... —Calló, pero en sus ojos verdes brillaba una chispa de humor.

La tontería de siempre. Logan ya estaba acostumbrado.

—Yo prefiero el término «enigmatólogo».

—Enigmatólogo. Sí, eso le da un aire de respetabilidad. —Tina lo miró de arriba abajo con una mezcla de escepticismo y velada hostilidad—. Bueno, ¿dónde están? ¿En esa bolsa que lleva?

—¿Dónde están qué?

—Sus cosas. Ya sabe: el detector de ectoplasmas, la bola de cristal y la varilla. Seguro que tiene una varilla de radiestesia en alguna parte.

—Nunca llevo. Pero sepa que las bolas de cristal pueden ser muy útiles; no necesariamente con fines adivinatorios, sino para ayudar a vaciar la mente de distracciones antes de la meditación; aunque naturalmente todo depende de las impurezas del cristal y de su índice de refracción.

Romero pareció sopesar aquellas palabras un momento y después dijo:

—¿Por qué no pasa y se sienta?

—Gracias. —Logan entró, tomó asiento en una de las sillas que había ante el escritorio y dejó su bolsa en el suelo.

—Lo siento, no pretendía ser frívola, pero es que nunca había conocido a un... enigmatólogo.

—Como la mayoría de la gente. Nunca me falta conversación en las fiestas.

Tina se apartó el pelo de la cara y se recostó en su asiento.

—¿Y qué hace, exactamente?

—Más o menos lo que dice la palabra. Investigo fenómenos que se hallan más allá de los límites normales de la experiencia humana.

—¿Se refiere a cosas como los poltergeist?

—A veces. Pero normalmente se trata de actividades físicas o científicas que no pueden ser fácilmente explicadas mediante las disciplinas tradicionales.

Ella entornó los ojos.

—¿Y se dedica a eso en exclusiva?

—También doy clases de historia en Yale.

Aquello pareció interesarla.

—¿Historia egipcia?

—No, básicamente historia medieval.

Su interés desapareció tan deprisa como había surgido.

—Vale.

—Ya que estamos jugando a las preguntas, ¿por qué no me cuenta un poco de usted?

—Claro. Me licencié en egiptología en la Universidad de El Cairo. —Señaló los diplomas que colgaban en la pared—. Estudié con Nadrim y Charere. Fui ayudante de ambos en las excavaciones de Kefrén VI.

Logan asintió. Era un currículo impresionante.

—¿Este es su primer proyecto con Porter Stone?

—El segundo.

Logan cambió de postura en la silla.

—El doctor Rush me dijo que usted me pondría al corriente de los antecedentes. Qué encontraron en Hieracópolis cuando estudiaban el Templo de Horus. Cómo lograron localizar la tumba en este lugar en concreto.

Romero se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y para qué quiere saberlo?

Logan interpretó aquello como un: «¿Por qué debería perder el tiempo explicándoselo?». Sin embargo contestó:

—Porque podría ayudarme en mi investigación.

Ella permaneció callada. Después se inclinó despacio hacia delante.

—Seré breve. Porter halló algo llamado «ostracón» y...

—Me enseñó una reproducción exacta.

—Bien, eso nos ahorrará explicaciones. Gracias al ostracón y a distintas investigaciones académicas, Stone averiguó que Narmer había utilizado Hieracópolis como punto de partida para la construcción de su tumba. —Lo miró a los ojos—. Sabe quién era Narmer, ¿no?

Logan asintió.

—El primer rey de un Egipto unificado —dijo ella.

—Tengo entendido que hay ciertas discrepancias al respecto. En el pasado, los expertos creían que el mérito de la unificación de Egipto correspondía al rey Menes.

—Muchos especialistas, entre los que me incluyo, creen que Menes y Narmer eran la misma persona. —Lo miró con los ojos entornados—. Así pues, tiene conocimientos sobre el antiguo Egipto.

Logan se encogió de hombros.

—En mi trabajo conviene saber un poco de todo.

—¿Y hasta dónde llega su erudición, exactamente?

Logan señaló la foto del fresco egipcio.

—Lo suficiente para saber que eso pertenece al período Amarna.

—¿De verdad? ¿Qué le hace pensarlo?

—Lo nutrido de la escena, la superposición de los cuerpos, el énfasis en las formas femeninas: los pechos, las caderas. Nada de eso aparece en el arte egipcio anterior.

Romero lo observó largamente y una sonrisa se abrió paso despacio en su rostro.

—Muy bien, señor cazafantasmas, está claro que es usted algo más que una cara en las portadas de las revistas. *Touché*.

Logan le correspondió con una amplia sonrisa.

—Bien —prosiguió ella—. Con la ayuda de análisis geofísicos y de técnicas de sondeo aéreo por control remoto logramos localizar lo que parecía una cantera con fines funerarios. Fue una sorpresa, porque los primitivos egipcios, también los nobles y la realeza, solían enterrar a sus muertos en pozos de arena. A partir de ahí, March inició una excavación por zonas.

—¿March?

—Fenwick March. El arqueólogo jefe del proyecto. Dirige todo esto cuando Porter no está aquí.

—¿Y qué han encontrado?

—Al principio lo que cabría esperar: vasijas embreadas con los bordes carbonizados, polen y restos paleozoicos, pero a medida que los trabajos avanzaban nos dimos cuenta de lo grande que era el yacimiento.

—¿Lo bastante como para ser la ciudad donde estaban instalados los obreros y arquitectos de la tumba?

—Bingo. Y entonces encontramos esto. —Se levantó, fue hasta un archivador, abrió un cajón y sacó dos rollos de papel. Volvió al escritorio y le entregó uno.

Logan lo desenrolló. Vio una foto en color de una antigua inscripción egipcia, grabada y pintada. Representaba a un rey sentado junto con líneas, flechas y distintos pictogramas primitivos.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Romero.

Logan alzó la vista.

—Parece una especie de estela.

—Muy bien. Una estela de piedra para ser exactos. ¿Sabría decirme qué lleva escrito?

—Mi erudición no llega tan lejos —repuso Logan con una sonrisa.

—Es un mapa de carreteras.

—¿Un mapa de carreteras? ¿Para ir adónde?

Romero alzó una mano, con el dedo índice extendido, y, despacio, apuntó directamente al suelo, entre sus pies.

—Dios mío —dijo Logan.

—Sin duda sabe lo avanzados que estaban los antiguos egipcios en astronomía, en

lo relativo a trazar mapas celestes. Esta estela era un mapa para mostrar a los arquitectos y constructores cómo llegar a la tumba durante su construcción. Sin duda tenía que haberse destruido, reducido a polvo, una vez que la tumba estuviera acabada. Por fortuna para nosotros no fue así. Gracias a ella hemos podido triangular la ubicación de la tumba dentro de unos pocos kilómetros. Una vez en el lugar, los análisis geológicos y los análisis académicos nos permitieron precisar aún más.

Logan pensó en la cuadrícula que había visto en el monitor del Centro de Inmersiones.

—Increíble. Muy propio de Porter Stone.

—Desde luego, pero Stone encontró algo más. En el extremo más alejado del yacimiento.

—¿Qué?

—Una pieza cuadrada gigantesca de basalto negro. Podría ser la base para algún tipo de estatua, quizá la del propio Narmer. Había sido pulida hasta darle el brillo de un ágata y lo conservaba a pesar del paso de los siglos. Contenía algo. —Le entregó el otro rollo.

—¿Qué es esto? —preguntó Logan.

—La razón de su presencia aquí.

Logan la miró.

—No lo entiendo.

Ella le devolvió la mirada con una sonrisa, pero esta vez sus ojos no sonreían en absoluto.

—Es una maldición.

—UNA maldición —repitió Logan.

Christina Romero asintió.

Porter Stone había aludido a una maldición, y Logan no había dejado de preguntarse cuándo volvería a salir el tema.

—¿Se refiere a una como la que supuestamente había en la tumba de Tutankhamón? ¿«La muerte tocará con sus veloces alas...» y todo lo demás? Eso no son más que leyendas.

—En el caso de Tutankhamón es posible que tenga razón, pero las maldiciones eran moneda corriente en el Imperio Antiguo, y no solo en las tumbas privadas. Como primer rey de un Egipto unificado, Narmer no iba a correr riesgos. Su tumba no podía ser profanada porque eso podía significar la disolución del imperio, de modo que dejó esta maldición a modo de advertencia. —Hizo una pausa—. Y menuda advertencia.

—¿Qué dice, exactamente?

Romero cogió la foto de la inscripción y la miró.

—«Todo hombre que ose entrar en mi tumba —tradujo— o cometa cualquier maldad contra el lugar de reposo de mi forma humana hallará una muerte cierta y fulminante. Si cruzara la primera puerta, los cimientos de su casa se hundirán, y su semilla caerá en tierra estéril; su sangre y sus miembros se convertirán en cenizas, y la lengua se le clavará en la garganta. Si traspasara la segunda puerta, la oscuridad lo seguirá y será perseguido por la serpiente y el chacal. La mano que se atreviere a tocar mi forma inmortal arderá con fuego inextinguible. Pero si alguien osara en su temeridad cruzar la tercera puerta, el dios negro de la más profunda sima lo atraparé y esparciré sus miembros por los confines del mundo. Y yo, Narmer el Eterno, lo atormentaré a él y a los suyos noche y día, tanto en la vigilia como en el sueño, hasta que la locura y la muerte se conviertan en su templo para la eternidad».

Romero dejó el rollo en el escritorio y por un momento se hizo el silencio en el despacho.

—Bonito cuento para antes de dormir —comentó Logan.

—Precioso, ¿verdad? Solo un tirano sediento de sangre como Narmer habría podido inventar algo así. Aunque, ahora que lo pienso, también podría ser obra de su mujer, Niethotep. Tal para cual —concluyó Romero meneando la cabeza.

—¿Niethotep?

—Menudo personaje. Una de esas psicópatas aficionadas a bañarse en la sangre de cien vírgenes, al menos eso se cree. Narmer se la trajo de Scitia, toda una realeza. —Romero dio la vuelta a la foto—. En fin, volviendo a la maldición, es la más larga

que se conoce y también, con diferencia, la más concreta. Ha oído la referencia al dios de la sima más profunda, ¿no?

Logan asintió.

—Fíjese que no se le llama por el nombre. Ni siquiera Narmer, que en sí mismo era considerado un dios, se atreve a hacerlo. Se refería a An'kavasht, aquel cuyo rostro está vuelto hacia atrás. Un dios de pesadilla y maldad al que los primeros egipcios temían más que a nada. An'kavasht moraba en el Exterior, en la noche infinita. ¿Sabe lo que significaba «Exterior»?

—No, no lo sé.

—Significaba el Sudd. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras surtieran efecto. Luego cogió las dos fotos, las enrolló y volvió a meterlas en el archivador—. Transcurridos cincuenta años, el avance de las aguas de esta marisma habría hecho innecesario cualquier secreto. El Sudd se habría ocupado de ocultar la tumba. —Miró a Logan—. Pero ¿sabe qué? No creo que a Narmer le preocupara especialmente ocultarla. Recuerde que se lo consideraba un dios, y no solo en el sentido ceremonial. Cualquiera que profane la tumba de un dios se estará buscando problemas. Además de la maldición, Narmer tenía todo un ejército de muertos para protegerlo. Nadie, ni siquiera el ladrón más descarado, se atrevería a desafiar semejante maldición.

—¿Qué es esa historia de las tres puertas?

—Las puertas son las entradas selladas de una tumba real. Por lo visto la tumba de Narmer tiene tres cámaras, al menos tres cámaras importantes.

Logan se removió en la silla.

—Y esa maldición es la razón de que yo esté aquí.

—Ha habido varios... ¿cómo lo diría March? Varios sucesos anómalos desde que empezamos la excavación. Equipos que funcionan mal. Cosas que desaparecen y reaparecen en el lugar equivocado. Un número inusualmente alto de accidentes muy poco habituales.

—Y la gente empieza a estar asustada.

—Yo no diría asustada, pero sí inquieta, y quizá desmoralizada. Bastante difícil es estar aquí, en mitad de la nada, flotando en la peor marisma del mundo, para que encima pasen cosas raras. Ya sabe cómo empiezan las habladurías. No sé, es posible que la gente se calme un poco si lo ven a usted husmeando por aquí.

«Husmeando por aquí». A medida que hablaba, el inicial escepticismo de Romero, por no decir abierta hostilidad, había vuelto.

—O sea, que voy a ser el hechicero de la tribu —comentó Logan—. Es posible que no sirva de nada, pero resultará reconfortante verme manos a la obra. —La miró fijamente—. Ahora ya sé a qué atenerme. Gracias por la franqueza.

Romero sonrió, pero no fue una sonrisa precisamente amistosa.

—¿Tiene algún problema con la franqueza?

—En absoluto. Aclara las cosas. Y puede ser muy estimulante..., incluso esclarecedora.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo con usted.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó ella con aspereza—. No sabe nada de mí.

—La verdad es que sé bastante. Aunque buena parte son conjeturas, lo reconozco. —Le sostuvo la mirada—. Usted es la más pequeña de la familia. Supongo que sus hermanos mayores son todos chicos. Me atrevo incluso a suponer que su padre les dedicaba la mayor parte de su atención: Boy Scouts, Little League. No debía de tener mucho tiempo para usted, y en cuanto a sus hermanos, cuando se fijaban en la niña de la casa era para menospreciarla. Eso explicaría su hostilidad natural y su exagerada compensación académica.

Romero abrió la boca para decir algo, pero la cerró y permaneció callada.

—En su familia hubo una mujer que destacó o se hizo famosa hace algunas generaciones. Una arqueóloga quizá, o tal vez una alpinista. La manera en que ha colgado sus diplomas en la pared, ligeramente torcidos, sugiere una aproximación un tanto informal al mundo académico: formamos una familia grande y feliz tanto si tenemos doctorados impresionantes como si no. Sin embargo, el hecho de que se trajera sus títulos apunta una profunda inseguridad respecto a su posición en este proyecto. Una mujer joven, una de las pocas entre muchos hombres, y en un entorno hostil... Sin duda le preocupa que no la tomen en serio. Ah, y su segundo nombre de pila empieza por «A».

Ella lo miró echando chispas por los ojos.

—¿Y cómo narices sabe usted eso?

Logan señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Está escrito en la placa de la puerta.

Romero se levantó.

—Largo.

—Gracias por la conversación, doctora —dijo Logan antes de ponerse en pie y salir.

LA agenda de Logan estaba vacía hasta la mañana siguiente, de manera que dedicó el resto de la tarde a deambular por la estación para acostumbrarse a su ligero balanceo y conocer el lugar y a sus ocupantes. Dado que ya había visto las oficinas, la zona residencial y el Centro de Inmersiones, decidió echar un vistazo a los laboratorios del sector Rojo. A pesar de que eran pequeños, su diversidad lo dejó atónito. No solo los había de arqueología, sino también de geología, química orgánica, paleobotánica, paleozoología y otras especialidades. Eran todos modulares, unos cubículos de acero inoxidable de unos dos metros cuadrados. Si bien algunos estaban ocupados, muchos parecían sellados. Al parecer Porter Stone escogía los laboratorios que estimaba útiles para cada expedición y los iba activando según las necesidades.

A continuación visitó el sector Blanco y descubrió que era el centro de mando y control. A pesar de que encontró las obligadas zonas de seguridad y puertas cerradas, el lugar resultaba agradablemente informal. Había pocos guardias, y los que vio se mostraron amables y comunicativos. No mencionó la maldición ni los motivos de su presencia en la excavación, pero a juzgar por las miradas de curiosidad que despertaba, resultaba evidente que al menos algunos de ellos habían sido informados.

El centro neurálgico del sector Blanco era un amplio espacio atendido por un único técnico que se sentaba en un rincón del fondo, ante una serie de terminales. Se hallaba de espaldas a Logan y tan rodeado de monitores que daba la impresión de ser un piloto en la estrecha cabina de una aeronave.

—¿Ha descubierto algún ratero? —preguntó al entrar.

El técnico dio un respingo y se volvió con tanta rapidez que el libro que tenía en el regazo salió volando y aterrizó en un extremo de la sala.

—¡Por san Judas! —exclamó tirando del cuello de su bata de laboratorio con un dedo—. ¿Quiere provocarme un ataque al corazón o algo parecido?

—No. Supongo que eso estropearía el día al doctor Rush. —Logan avanzó con la mano tendida y una sonrisa—. Soy Jeremy Logan.

—Y yo Cory Landau.

Desde la puerta, a juzgar por su pelo, negro y despeinado, y por cómo se repantigaba en la silla, Logan había supuesto que era joven, pero al verlo cara a cara se llevó una sorpresa. Landau no tendría más de veintidós o veintitrés años. De ojos azules y chispeantes, lucía una tez fresca y rosada propia de un querubín, y —curiosa adición— un bigote al estilo Zapata. En la mesa había una lata de Jolt y un paquete de chicles.

—Bueno —dijo Logan—, ¿cuál es su trabajo aquí?

—¿A usted qué le parece? —replicó el joven echándose hacia atrás en la silla; el sobresalto inicial fue sustituido por una afectada despreocupación—. Dirijo el cotarro. —Tomó un sorbo de Jolt—. ¿A qué se refería con el chiste ese de si había descubierto algún ratero?

Logan indicó con la cabeza la batería de monitores que rodeaba a Landau.

—Tiene aquí más pantallas que en el centro de seguridad de un casino de Las Vegas —comentó.

—Y un cuerno centro de seguridad. Todo empieza y acaba aquí. —De repente Landau lo miró con suspicacia—. Oiga, ¿quién es usted?

—No se preocupe, soy uno de los buenos. —Logan le mostró su identificación.

—En ese caso, eche un vistazo a esto. —Landau hizo un gesto que abarcaba la muralla de monitores y la media docena de teclados repartidos bajo ellos—. Aquí es donde se introduce la información y toda una serie de programas autónomos procesan los números.

—Creía que de eso se ocupaban los del Centro de Inmersiones.

Landau hizo un gesto displicente con la mano.

—¿Bromea? Ellos solo construyen el piano. Yo soy el artista que toca el instrumento. Observe.

Con un veloz tecleo hizo aparecer una imagen en una de las pantallas.

—¿Lo ve? Recibimos información visual, de sónar y de los sensores de las distintas misiones de buceo que están en marcha. Todo se descarga en un programa que traza un mapa del terreno que hay bajo el agua. Es una fiera de programa. Este es el resultado.

Logan miró en la dirección de la mano tendida hacia la imagen de la pantalla. Resultaba realmente impresionante: una imagen en tres dimensiones de un paisaje ondulante, casi lunar, perforado por túneles y agujeros de sondeo.

—Así es el Sudd a doce metros por debajo de nosotros —explicó Landau—. Con cada inmersión, la representación del lecho de la marisma y de las cavernas que hay debajo... se expande. —Hizo una demostración de cómo se podía manipular la imagen, ampliándola, reduciéndola, haciéndola girar sobre sus ejes—. Ha mencionado el Centro de Inmersiones, ¿lo conoce ya?

Logan asintió.

—¿Tuvo ocasión de ver la cuadrícula?

—¿Se refiere a eso que parece una cartulina de bingo a lo grande?

—A eso mismo. Bueno, pues lo que tengo aquí es la segunda parte de la ecuación. La cuadrícula es una representación bidimensional de lo que hemos explorado hasta el momento, y esto muestra su topología exacta. —Landau dio una palmada al monitor con orgullo paternal—. Cuando encontremos la..., lo que andamos buscando, utilizaremos esto para asegurarnos de que lo tenemos debidamente

cartografiado y explorado.

Logan manifestó su apreciación y preguntó:

—¿Este es su primer trabajo para Porter Stone?

El joven negó con la cabeza.

—El segundo.

Logan señaló con la mano a su alrededor.

—¿Esto no es un tanto infrecuente? Todos estos aparatos y equipos tan caros solo para una única expedición...

—No son para una única expedición. Stone tiene un almacén en el sur de Inglaterra. Puede que más de uno. Y allí guarda todo el material.

—¿Se refiere a los vehículos y los aparatos electrónicos? ¿A los laboratorios portátiles?

—Eso dicen. Todo lo que podría necesitar para una determinada excavación.

Logan asintió. Tenía sentido. Al igual que los laboratorios sellados, un montaje como aquel le permitía ponerse en marcha rápidamente y perder el menor tiempo posible en cualquier clima y terreno.

Resultaba gratificante conversar con alguien que no había oído hablar de él y que no lo acosaba con mil y una preguntas. Logan se lo agradeció con una sonrisa.

—Ha sido agradable hablar con usted.

—Lo mismo digo. ¿Le importaría traerme ese libro que hay del revés de camino a la salida?

Logan se acercó al libro caído en el suelo, lo cogió y vio que se trataba de *La casa en el confín de la Tierra*, la extraña novela de William Hope Hodgson. Se lo pasó a Landau.

—¿Está seguro de que es la clase de libro que le apetece leer en un sitio como este?

—¿A qué se refiere? —Landau cogió el libro y lo abrazó protectoramente contra su pecho.

—Bastante raro es ya el Sudd. Si encima lee estas cosas, se le fundirá el cerebro.

—Vaya. Quizá eso lo explique.

Landau se dio la vuelta y reanudó su tecleo.



Logan salió del sector Blanco y cruzó otro tubo flotante hasta el sector Marrón, el cual albergaba, según indicaba un pequeño rótulo situado al otro extremo del conducto, los archivos de historia y de ciencias exóticas. No sabía qué debían entender por «ciencias exóticas», pero empezó a hacerse una idea tan pronto como se asomó a algunos de los laboratorios modulares adicionales instalados en aquel sector.

Uno de ellos, en penumbra, estaba repleto de libros antiguos y manuscritos sobre alquimia y transmutación. Las paredes de otro estaban cubiertas de mapas de Egipto y Sudán, así como de fotografías de las pirámides y otras construcciones; todas las imágenes tenían superpuesta una red de líneas y círculos que se cruzaban y formaban extrañas figuras geométricas. Resultaba evidente que Stone estaba dispuesto a explorar cualquier área del conocimiento, por muy abstrusa que fuera, si eso lo ayudaba a encontrar lo que buscaba. Logan se preguntó si debía sentirse ofendido por el hecho de que su despacho se hallara en aquel sector.

Recorría el pasillo cuando se detuvo ante un cuarto cuya puerta estaba entreabierta. Aunque en aquel momento el sector Marrón parecía albergar a muy poca gente, esa habitación se encontraba ocupada. Apenas había luz. Logan distinguió una cama de hospital de la que salían docenas de cables que iban a parar a una serie de aparatos de control situados a los pies de la cama. Le recordó las habitaciones vacías que había visto en el Centro de Estudios de Transmortalidad.

Sin embargo, la cama de esa habitación no estaba vacía. Una mujer yacía en ella: quizá la mujer más hermosa que había visto nunca. Algo en ella, una cualidad que no acertaba a definir, lo hizo detenerse en seco. Su cabello era de un color poco habitual, un tono canela oscuro intenso. Tenía los ojos cerrados. Le habían colocado distintos electrodos en las sienes, muñecas y tobillos. En la pared contigua había un espejo muy grande. Las luces de los instrumentos de control se reflejaban en él en una miríada de diminutos puntos de colores.

Logan, hipnotizado por la sorprendente visión de aquella figura casi etérea bajo el resplandor de los numerosos aparatos, no se movió. La mujer yacía completamente inmóvil; nada indicaba siquiera que respirara. Casi parecía que hubiera cruzado de la vida a la muerte. Logan tuvo la sensación de que la había visto anteriormente. Esa sensación no era algo inusual en él; con su aguda percepción, los *déjà vu* eran cosa corriente. No obstante, esa vez la sensación era especialmente fuerte.

De repente vio que algo se movía junto a los monitores, a los pies de la cama, y se llevó una sorpresa al descubrir que se trataba de Rush. El médico ajustó un dial, comprobó un indicador y, como si tuviera un sexto sentido, se volvió hacia la puerta y vio a Logan.

Este alzó la mano a modo de saludo, pero por la expresión de Rush y por su lenguaje corporal comprendió que no era el momento de entretenerse allí y que su presencia no era bienvenida. Así pues, dio media vuelta y siguió caminando por el pasillo en busca de su despacho.

LOGAN localizó su despacho en un extremo del ala dedicada a las ciencias exóticas. Era modular, como los otros, y disponía de un escritorio, un par de sillas, un ordenador portátil y una estantería vacía. Sonrió sin ganas al ver que no había nada más.

Dejó su bolsa de viaje en una de las sillas, la abrió y cogió una docena de libros que fue colocando en la estantería. Sacó también algunos objetos y los dispuso encima del escritorio. A continuación extrajo dos breves citas que tenía enmarcadas y las colgó en la pared con chinchetas. Al terminar, cerró la bolsa y se sentó ante el ordenador.

Lo encendió y se conectó con la contraseña y el número de identificación que le habían dado por la mañana. Navegar por la intranet de la estación era relativamente fácil y enseguida vio que tenía tres mensajes esperándolo. En el primero le daban la bienvenida y le explicaban la distribución de la estación y la ubicación de los puntos más importantes (el Centro Médico, la cafetería). El segundo lo enviaba la mujer de administración que le había tomado los datos al llegar, y en él le informaba de algunas reglas básicas (no alejarse del yacimiento, no realizar llamadas telefónicas vía satélite sin autorización). Y el tercero era de una persona que se identificaba como Stephen Weir, ayudante de Porter Stone, y contenía un resumen de todos los incidentes imprevistos, extraños o desafortunados ocurridos desde que habían comenzado los trabajos hacía dos semanas. En otras palabras, la razón de su presencia allí.

Logan leyó la lista dos veces. Muchos de los incidentes descritos —luces que parpadeaban, efectos sistémicos como náuseas o mareos— podían descartarse sin más; pero quedaban otros. Abrió el procesador de texto del ordenador y empezó a hacer su propia lista:

Día 2: Durante una misión rutinaria de reconocimiento, el motor de una de las motos de agua se aceleró de repente y no había manera de detenerlo. El piloto se vio obligado a saltar para salvar la vida y se rompió una pierna. Cuando finalmente la moto de agua fue recuperada, no hubo forma de poner en marcha el motor. Sin embargo, al día siguiente funcionaba con total normalidad. Día 4: Tres personas que estaban en la biblioteca a última hora informaron de haber oído una voz extraña y áspera que les susurraba en un lenguaje desconocido. Día 6: Uno de los cocineros informó de que habían desaparecido dos mitades de un buey de la cámara frigorífica (casi cien kilos de carne). La búsqueda subsiguiente no dio resultado. Día 9: Cory Landau

fue hallado vagando de noche por la marisma fuera del perímetro. Cuando se le preguntó, dijo que había visto una extraña forma en la distancia que le hacía gestos para que se acercara.

«Vaya. Quizá eso lo explique», le había dicho el propio Landau hacía menos de media hora.

Día 10: Todos los aparatos eléctricos, ordenadores y demás equipos del sector Verde se apagaron por sí solos a las 15.15. Los intentos de ponerlos en marcha resultaron infructuosos. A las 15.34 volvieron a funcionar normalmente. No se encontró explicación. Día 11: Tina Romero informó de que había desaparecido del armario de su despacho el traje de una suma sacerdotisa egipcia. Día 12: Varias personas que estaban en el Oasis, el bar de la estación, informaron de haber visto extrañas luces de colores que parpadeaban en el horizonte acompañadas de ominosos cánticos apenas audibles. Día 13: Un operario de la sala de comunicaciones informó de extraños ruidos y de la repentina puesta en funcionamiento de una máquina que debería haber estado parada. Día 14: Un mecánico informó de haber visto en la lejanía una extraña mujer vestida al modo egipcio que caminaba por el Sudd al anochecer. Día 15: Debido a un problema con el equipo (pendiente todavía de diagnóstico), uno de los buzos subió a la superficie víctima de un ataque de pánico y sufrió graves lesiones.

Logan apartó la vista de la pantalla. Sabía del último incidente, por supuesto. Lo había presenciado personalmente.

Sus pensamientos volvieron a la maldición del rey Narmer: «Todo hombre que ose entrar en mi tumba o cometa cualquier maldad contra el lugar de reposo de mi forma humana hallará una muerte cierta y fulminante... su sangre y sus miembros se convertirán en cenizas, y la lengua se le clavará en la garganta... Yo, Narmer el Eterno, lo atormentaré a él y a los suyos noche y día, tanto en la vigilia como en el sueño, hasta que la locura y la muerte se conviertan en su templo para la eternidad». Todos los incidentes tenían algo en común. Salvo por el piloto de la moto de agua y el buzo, nadie había salido herido. Eso no encajaba con los detalles de la maldición.

Naturalmente, nadie había encontrado todavía la tumba de Narmer, nadie había entrado en ella, pensó Logan.

Por enésima vez se preguntó qué podía contener. ¿Por qué el faraón había dedicado tanto esfuerzo, realizado tan importantes sacrificios en oro y vidas humanas, lanzado semejante maldición para asegurarse de que sus restos jamás fueran profanados y sus posesiones más importantes permanecieran intactas? ¿Qué le

ocultaba Porter Stone? ¿Qué se llevaría un dios al otro mundo?

Oyó un ruido a su espalda y se volvió. En la puerta estaba Ethan Rush.

—¿Te molesta si paso? —preguntó el médico con una sonrisa.

Logan cogió la bolsa que había sobre la silla y la dejó en el suelo.

—Ponte cómodo.

Rush entró y miró en derredor.

—Un despacho tirando a espartano.

—Supongo que el decorador no tenía muy claro cómo debía vestir el cubil de un enigmatólogo.

—Tiene gracia. —Rush tomó asiento y miró los libros de la estantería—. Interesante selección, Aleister Crowley, Jessie Weston; *Organic Chemistry*, de Stowcroft; *El libro de las sombras*...

—Mis intereses son eclécticos.

Rush se fijó en un gastado ejemplar encuadernado en piel.

—¿Y ese cuál es? —Leyó el título al tiempo que extendía la mano—. *El Necrono*...

—No lo toques, por favor —dijo Logan en voz baja.

Rush retiró la mano.

—Perdón. —Se fijó en las dos citas enmarcadas. Leyó una de ellas—: «El misterio es lo más bello que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y de toda ciencia verdaderos. Aquel que no lo sabe no puede maravillarse y lo mismo daría que estuviera muerto. Einstein». —Miró a Logan—. ¿Mensaje?

—Simplemente resume bastante bien mi vocación. Podrías decir que tengo un pie en el mundo de la ciencia, en el mundo de Einstein, y otro en el mundo del espíritu.

Rush asintió y leyó la otra cita:

—«Forsan et haec olim mememisse iuvabit».

—Es de Virgilio, de la *Eneida*.

—No sé latín.

Dado que Logan no se ofreció a traducirlo, Rush desvió su atención a los objetos que había sobre el escritorio.

—¿Qué son, exactamente? —preguntó.

—Tú utilizas escalpelos, fórceps, y medidores de oxígeno; yo, detectores electromagnéticos, termómetros infrarrojos, grabadoras de vídeo y..., sí, agua bendita. Lo que me recuerda una cosa: ¿crees que podrías conseguirme una llave para el cajón del escritorio?

—Hablaré con los de mantenimiento. —Rush meneó la cabeza—. Tiene gracia. Creo que siempre había dado por hecho que no utilizabas instrumentos de ningún tipo.

—Bueno, no solo uso esto. Pero todos tenemos nuestros secretos profesionales.

Se hizo un breve silencio.

—Supongo que te refieres a lo que viste en mi sala de exploraciones hace unos minutos —dijo Rush al fin.

—No necesariamente, aunque siento curiosidad.

—Ojalá pudiera contártelo, pero me temo que esa investigación es..., digamos que de naturaleza reservada.

—Entonces me concierne. —Recordó lo que Romero le había dicho: «Es posible que la gente se calme un poco si lo ven a usted husmeando por aquí»—. Ahora estoy aquí. Si voy a ser de alguna utilidad, no puedes ocultarme cosas.

Aquello fue recibido con un nuevo silencio, más largo.

—¡Qué demonios! —exclamó finalmente Rush—. Tienes razón, desde luego. Es solo que Stone está tan obsesionado con compartimentalizar que vive en el más absoluto secretismo. —Hizo una pausa—. Bueno, en su momento te hablé del trabajo que hacemos en el Centro.

—Sí, en términos generales. Trabajáis con gente que ha tenido experiencias cercanas a la muerte. Y me diste a entender que habéis descubierto cosas muy interesantes.

Rush asintió.

—Y nuestro interés principal reside en uno de esos hallazgos: el hecho de que la experiencia de cruzar «al otro lado» tiene, en muchos casos, un efecto directo en las..., bueno..., las habilidades psíquicas de una persona.

—¿En serio? ¿Y cómo se manifiesta?

Rush sonrió complacido.

—Gracias, Jeremy. Nueve veces de cada diez la gente me mira como si estuviera chiflado cuando llego a la palabra «psíquicas».

—Continúa.

—Las manifestaciones son bastante variadas. El grueso de nuestras investigaciones se centra en clasificarlas. Eso es lo que nos diferencia de otras organizaciones y universidades que también estudian las experiencias cercanas a la muerte. En esto no hay ni pseudociencia ni palabrería estilo Nueva Era. Estamos utilizando algoritmos estadísticos sumamente sofisticados para cuantificar el fenómeno. De hecho, hemos desarrollado un procedimiento muy preciso para evaluar las habilidades psíquicas de una persona. Lo llamamos la escala de Kleiner-Wechsman en honor a los dos investigadores del Centro que la idearon. En cierto sentido se parece a un test de inteligencia, pero es sumamente sutil y compleja. La escala tiene en cuenta toda una batería de pruebas que evalúan la sensibilidad psíquica de la persona: adivinación, telequinesis, percepción extrasensorial, predicción astrológica, telepatía y otras muchas facultades. Naturalmente, la escala está pensada para que compense aspectos como la desviación estándar, la

probabilidad o la simple suerte.

Rush se levantó y empezó a caminar por el pequeño despacho.

—Te pondré un ejemplo de cómo funciona. Supón que en el bolsillo tengo cinco billetes: uno de un dólar, uno de cinco, uno de diez, uno de veinte y uno de cincuenta. Cojo uno al azar y te pido que adivines cuál es. Si partimos de una hipótesis de nivel cero, es decir, ninguna habilidad psíquica, las posibilidades de éxito serían de una entre cinco o de un veinte por ciento. En la escala de Kleiner-Wechsman eso equivale a una puntuación de veinte, y esa sería la nota que sacaría una persona corriente. Utilizando la misma escala, alguien con ciertas habilidades tendría una puntuación de cuarenta. Alguien con notables poderes psíquicos podría alcanzar sesenta. Y alguien con un poder altamente desarrollado llegaría a los ochenta: cuatro veces de cada cinco adivinaría qué billete he sacado.

Se detuvo y se volvió hacia Logan.

—Lo que hemos descubierto es que la nota promedio de las personas que han tenido experiencias cercanas a la muerte y han regresado es casi de sesenta y cinco.

—Eso no puede ser... —empezó a decir Logan, pero calló.

Rush meneó la cabeza.

—Lo sé. Resulta difícil de creer, incluso para ti. ¿A santo de qué una experiencia cercana a la muerte debería alterar nuestra capacidad psíquica? Sin embargo es un hecho, Jeremy. Tenemos cifras, y las cifras no mienten. Como es natural, no siempre ocurre, y las habilidades varían según las personas. No todas serán capaces de adivinar qué billete voy a sacar del bolsillo, por ejemplo. Algunas son mejores en lo tocante a la percepción extrasensorial y otras con la clarividencia, pero eso no cambia el hecho de que las cifras que hemos reunido tras estudiar a más de doscientos sujetos demuestran que el promedio K-W de una persona que ha tenido una experiencia cercana a la muerte es extraordinariamente alto.

Se sentó de nuevo.

—Y hemos descubierto otra cosa: cuanto más larga es la duración de la experiencia cercana a la muerte, cuanto más tiempo pasa el sujeto «al otro lado», más alta es su puntuación en la escala. —Hizo una pausa—. Mi mujer... Se le paró el corazón, su actividad cerebral cesó durante catorce minutos, hasta que por fin conseguí reanimarla. Es la experiencia cercana a la muerte más larga de la que tenemos constancia en el Centro, y su puntuación en la escala de Kleiner-Wechsman es también la más alta que hemos medido: ciento treinta y cinco.

—¿Ciento treinta y cinco? —exclamó Logan—. Pero eso no puede ser. Según tú mismo has dicho, una puntuación de cien significa un cien por cien de aciertos. ¿Cómo es posible superar una puntuación perfecta?

—Eso es algo para lo que no tengo explicación, Jeremy. Ni siquiera nosotros estamos seguros. Se trata de una ciencia nueva. Solo puedo decirte que hemos

comprobado y vuelto a comprobar nuestros hallazgos. Resumiendo, esa puntuación significa que sabe qué billete voy a sacar antes incluso de que haya metido la mano en el bolsillo. —Meneó la cabeza como si, a pesar de todo, también a él le costara todavía creerlo—. Y nos lo ha demostrado una y otra vez. Su don particular es la retrocognición.

—Retrocognición —repitió Logan, pensativo. Luego miró a Rush—. La mujer de la habitación es tu esposa, ¿no?

Rush asintió.

—Pero ¿qué hace ella aquí? ¿Para qué necesita Porter Stone sus habilidades psíquicas por muy extraordinarias que sean?

Rush tosió con delicadeza.

—Lo siento, hay algunas cosas que creo que no debo explicarte, al menos por el momento.

—Lo entiendo. Ha sido muy interesante, gracias.

«Más que interesante —pensó—. Es posible que lo investigue por mi cuenta».

De repente el suelo tembló bajo sus pies como si una mano gigante hubiera sacudido violentamente la estación. En la distancia se oyó el retumbar de una explosión. Los dos hombres se miraron un momento, sorprendidos. Entonces una sirena se disparó en el pasillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Logan, poniéndose rápidamente en pie.

—La alarma de emergencia.

Rush también se había levantado y se disponía a coger la radio que llevaba al cinto cuando esta empezó a pitar.

—Aquí Rush —contestó tras acercársela a los labios. Escuchó un momento—. ¡Dios mío! —dijo—. ¡Voy para allá!

»Vamos —le dijo a Logan mientras volvía a colgarse la radio del cinturón.

—¿Qué ha pasado?

—El generador número dos se ha incendiado.

Rush salió corriendo del despacho con Logan pisándole los talones.

SALIERON corriendo a toda prisa del sector Marrón, atravesaron el laberinto de corredores que constituían el sector Verde y desembocaron en el amplio y resonante embarcadero. Los muelles, que el día antes parecían soñolientos y desiertos, estaban abarrotados de gente. Reinaba una confusa algarabía de órdenes dadas a gritos y de conversaciones.

Logan percibió el acre olor del humo en el margoso ambiente. Siguió a Rush por una pasarela construida a lo largo de la pared y que continuaba más allá, tras una red de camuflaje. De repente se encontró en el exterior, en una pasarela estrecha que giraba hacia la marisma y desaparecía al doblar la esquina del gran entramado de pontones que constituía el puerto. Eran las tres en punto; Logan notaba el sol como una manta ardiente sobre la cabeza y los hombros. Por encima de la red que cubría el puerto alcanzó a ver nubes de espeso humo negro que se alzaban hacia el azul del cielo.

Doblaron la esquina de los pontones y allí, a unos treinta metros delante de ellos, vieron el generador. Era una estructura grande y pesada que se sostenía sobre columnas flotantes. Furiosas llamas salían por una rejilla lateral y tiznaban de negro la carcasa. A pesar de la distancia, Logan sintió el calor infernal que llegaba a oleadas. Varios hombres, desde sus motos acuáticas, rociaban la estructura con mangueras conectadas a depósitos portátiles sujetos a la espalda.

Logan oyó voces detrás de ellos y se dio la vuelta. Frank Valentino y otros dos hombres vestidos con monos de trabajo se acercaban corriendo. Uno de ellos llevaba una bomba de succión de alta potencia, y el otro, sobre el hombro, un grueso rollo de manguera industrial. Los tres pasaron a toda prisa ante Logan y Rush y se reunieron con el grupo de operarios que se hallaban al final de la pasarela.

—¡Daos prisa con esa bomba! —los apremió Valentino.

Uno de los hombres se arrodilló, fijó la bomba al suelo y sumergió la manguera de succión en el Sudd. Su compañero conectó la manguera y se acercó con cautela al generador mientras el otro ponía en marcha la bomba. El motor cobró vida, y la manguera escupió sobre las llamas un delgado chorro de agua pardusca y viscosa.

—*Affanculo!* —bramó Valentino—. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Es la marisma —contestó uno de los hombres—. ¡Es demasiado espesa!

—¡Mierda! —masculló Valentino—. ¡Traed un filtro del tres! ¡Rápido!

El hombre dejó la manguera y se alejó a toda prisa por la pasarela.

Valentino se volvió hacia un hombre alto de unos sesenta años, con el cabello rubio y ralo, que parecía estar al mando de la situación.

—¿Cómo está la conexión de entrada del metano? —oyó Logan que le

preguntaba.

—Lo he comprobado con los de Procesamiento. Las válvulas de escape de todas las alas están cerradas y los protocolos de seguridad funcionan.

—¡Gracias a Dios! —dijo Valentino.

Rush se acercó al grupo, y Logan lo siguió de manera instintiva, pero de repente se detuvo en seco, tan bruscamente como si se hubiera dado de bruces con un muro invisible. Sin previo aviso acababa de percibir una presencia sobre el generador y alrededor de él: una entidad corrupta, maligna, antigua e implacable. A pesar del calor del sol y las llamas, Logan se estremeció con un súbito escalofrío. Un pútrido hedor a osario le llenaba la nariz. De alguna manera se dio cuenta de que aquella cosa —ente, espíritu, fuerza de la naturaleza o lo que fuera— había percibido su presencia y la de los demás y de que sentía un odio irrefrenable hacia todos ellos, un odio que resultaba casi lascivo por su fuerza e intensidad. Instintivamente dio un paso atrás y después otro e intentó dominarse.

Respiró hondo y controló su reacción inicial. Había aprendido tiempo atrás que su don despertaba el miedo o la burla en los demás. Hizo un esfuerzo por concentrarse en las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

—¡Por Dios! —dijo Valentino—. ¡El tanque auxiliar!

El jefe se volvió hacia uno de los hombres de las motos y gritó:

—¡Rogers, rápido, desacopla ese tanque antes de que el fuego lo haga estallar!

El operario asintió, dejó la manguera y llevó su moto acuática al extremo más alejado del generador. Se disponía a empujar el tanque con un bichero cuando una formidable explosión lanzó una densa nube de humo que los envolvió a todos. La pasarela tembló violentamente, y Logan cayó de rodillas. Cuando se levantó, oyó un aullido desgarrador. El humo se disipó y entonces vio la figura de Rogers. Estaba envuelto en gasoil ardiendo, con la ropa y el cabello en llamas. Media docena de hombres saltaron al agua y nadaron hacia él para ayudarlo, pero cayó de su moto acuática retorciéndose y, sin dejar de arder, se hundió en las turbias aguas del Sudd.

EL único bar de la estación se llamaba Oasis. Mitad cantina, mitad salón de cócteles, estaba situado en el rincón más alejado del sector Azul, con vistas a la vasta y desolada extensión del Sudd. Sin embargo, al entrar, Logan se fijó en que las ventanas que daban a la marisma estaban tapadas con estores de bambú, como si la intención fuera ocultar, más que enfatizar, que se hallaban atrapados en medio de la nada.

El salón de cócteles estaba en penumbra —iluminado con la luz indirecta de neones azules y violetas— y prácticamente desierto. A Logan no le sorprendió. Tras el incendio del generador, el ambiente en la estación se había apagado. Esa noche no había partidas de bridge ni alegres charlas en el comedor. Casi todo el mundo se había retirado a su cuarto, como si quisiera digerir en soledad lo ocurrido.

Sin embargo, el humor de Logan era precisamente el contrario. La abrumadora sensación de malignidad que había percibido cuando el generador estalló en llamas lo había desconcertado. Su austero laboratorio y su silencioso dormitorio eran los últimos lugares donde deseaba estar.

Caminó hasta la barra y se sentó. Por unos altavoces invisibles sonaba algo de Charlie Parker. El barman, un joven de cabello corto y oscuro y bigote a lo *Sgt. Pepper*, se acercó.

—¿Qué le sirvo? —preguntó al tiempo que ponía en la barra una servilleta de cóctel.

—¿Tiene Lagavulin?

El joven sonrió y señaló una impresionante colección de botellas de whisky escocés de malta en la pared de espejo que había a su espalda.

—Estupendo, gracias —dijo Logan—. Lo tomaré solo.

El barman sirvió una generosa ración en un vaso y lo dejó sobre la servilleta. Logan dio un sorbo y admiró la gruesa base de cristal del vaso mientras disfrutaba del sabor a turba del whisky. Tomó un segundo sorbo y esperó a que el desagradable recuerdo del incendio y el olor a carne quemada se desvanecieran, aunque solo fuera un poco. Rogers había sufrido quemaduras de tercer grado en el veinticinco por ciento del cuerpo. Obviamente lo habían evacuado, pero el hospital de quemados más próximo se hallaba a cientos de kilómetros de distancia, y el pronóstico era reservado.

—¿Invitaría a una chica a tomar algo?

Alzó la vista y vio a Christina Romero junto a él.

—Buena pregunta. ¿Puedo?

—Esta que ve no es la que antes se mostró tan arisca. Es una versión mejorada: Christina Romero, modelo dos punto cero.

Logan rió.

—Está bien, en ese caso estaré encantado de invitarla. ¿Qué le apetece tomar?

Ella se volvió hacia el barman.

—Un daiquiri, por favor.

—¿Con hielo picado? —preguntó el joven.

—No, agitado y sin hielo.

—Ahora mismo.

—¿Le parece que nos sentemos a una mesa? —propuso Logan.

Cuando Romero asintió, él se encaminó hacia una mesa cerca de las ventanas.

—Antes que nada quiero decirle algo —anunció Tina mientras tomaban asiento—. Lamento haberme comportado como una bruja en mi despacho. La gente siempre me dice que soy arrogante, pero normalmente no me excedo. Supongo que como usted es famoso y todo eso, no quería parecer impresionada. Me pasé de la raya. Un montón.

Logan le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Olvidémoslo.

—No pretendo inventar excusas, pero es..., ya sabe, el estrés. Quiero decir que nadie habla de ello pero llevamos dos semanas de trabajo y no hemos encontrado nada de nada. Tengo que tratar con un par de tíos importantes que son unos capullos, y ahora esto..., una serie de sucesos a cuál más raro. Gente que ve cosas, equipos que se estropean. Y hoy ese incendio, lo que le ha ocurrido a Rogers. —Meneó la cabeza—. Al final acabas de los nervios. No tendría que haberla tomado con usted.

—No pasa nada. Puede hacerse cargo de la cuenta.

—Pero si es gratis —respondió ella riendo.

Tomaron un sorbo de sus respectivas bebidas.

—¿Siempre quiso ser egiptóloga? —preguntó Logan—. Yo quería serlo de pequeño, después de ver *La momia*, pero cuando me enteré de lo difícil que es leer jeroglíficos dejé de interesarme.

—Mi abuela era arqueóloga, pero de alguna manera eso usted ya lo sabía. Trabajé en todo tipo de excavaciones, desde New Hampshire hasta Nínive. Yo la idolatraba. Así que supongo que esa es parte de la razón. Pero el que realmente me metió el veneno en el cuerpo fue el rey Tutankhamón.

Logan se la quedó mirando.

—¿El rey Tutankhamón?

—Pues sí. Yo crecí en el South Bend. Cuando la exposición de Tutankhamón llegó al Field Museum, fuimos toda la familia en coche a Chicago para verla. Dios mío... Mis padres tuvieron que sacarme de ahí a rastras. ¿Cómo se lo diría? La máscara mortuoria, los escarabajos dorados, la sala del tesoro... Por aquel entonces yo solo estaba en cuarto curso y todo aquello me dejó hechizada durante meses.

Después leí todo lo que cayó en mis manos acerca de Egipto y la arqueología: *Dioses, tumbas y sabios*; *Five Years of Explorations at Thebes*, de Carter y Carnavon..., en fin, los que quiera. Y ya no volví la vista atrás.

Se había ido animando a medida que hablaba, y sus ojos verdes casi chispeaban de emoción. No era lo que se dice guapa, pero tenía una especie de energía interior y una estimulante franqueza que a Logan le parecieron fascinantes.

Romeroapuró su cóctel de un trago.

—Ahora le toca a usted.

—¿A mí? Bueno, empecé a interesarme por la historia en mi primer año de universidad en Dartmouth.

—No se ande con evasivas. Ya sabe a qué me refiero.

Logan se echó a reír. No era algo de lo que soliera hablar, pero al fin y al cabo ella había ido a buscarlo para disculparse.

—Yo diría que todo empezó el día en que pasé la noche en una casa encantada.

Romero hizo un gesto al barman para pedirle otra copa.

—No pensará tomarme el pelo, ¿verdad?

—No. Tenía doce años. Mis padres se habían ido a pasar fuera el fin de semana y se suponía que mi hermano mayor iba a cuidar de mí. —Logan meneó la cabeza—. Y vaya cómo lo hizo... Me retó a pasar la noche en la vieja casa Hackety.

—¿La vieja casa encantada Hackety?

—Eso es. Llevaba años vacía, pero todos los chicos de la zona decían que allí vivía una bruja. La gente hablaba de que por la noche se veían extrañas luces y de que los perros evitaban la casa como al diablo. Mi hermano sabía que yo era muy tozudo y que nunca rechazaba un desafío. Así pues, cogí mi saco de dormir, una linterna, unos cuantos libros que mi hermano me dio y me colé en la casa por una de las ventanas de la planta baja.

Hizo una pausa mientras recordaba.

—Al principio todo me pareció coser y cantar. Extendí el saco de dormir en lo que había sido el salón. Pero entonces se hizo de noche. Y empecé a oír todo tipo ruidos: crujidos, gruñidos. Intenté distraerme con los libros que mi hermano me había dado, pero todos eran historias de fantasmas y tuve que dejarlos. Fue entonces cuando los oí.

—¿El qué?

—Pasos. Pasos que subían del sótano.

El cóctel llegó, y Romero cogió la copa con ambas manos.

—Siga.

—Intenté correr, pero estaba petrificado. Ni siquiera podía levantarme. A lo máximo que llegué fue a encender la linterna. Oí los pasos avanzar lentamente por la cocina. Y entonces una figura apareció en el umbral.

Logan tomó un sorbo de whisky.

—Nunca olvidaré lo que vi a la luz de la linterna. Una vieja bruja, el pelo blanco y salvajemente revuelto en todas direcciones, los ojos simples huecos bajo el resplandor. Creí que el corazón me iba a estallar. Ella empezó a caminar hacia mí, y yo me eché a llorar. Me faltó muy poco para hacerme pis encima. Entonces ella extendió su huesuda mano, y yo pensé que me iba a morir, que me iba a soltar su maleficio y que me marchitaría y me moriría allí mismo.

Logan calló un momento.

—¿Y? —lo apremió Romero.

—No me morí. Me cogió una mano y la sostuvo entre las suyas. Y de repente... lo comprendí. Es... es difícil de explicar, pero me di cuenta de que no era ninguna bruja. No era más que una anciana sola y asustada que vivía escondida en el sótano y se alimentaba de comida enlatada y agua del grifo. Fue como si pudiera... como si pudiera sentir su miedo hacia el mundo exterior, sentir su miserable existencia en el frío y la oscuridad, sentir su dolor por la pérdida de cada uno de sus seres queridos.

Logan apuró su copa.

—Y eso fue todo. Ella regresó a la oscuridad del sótano, y yo recogí mi saco de dormir y me fui a casa. Cuando mis padres volvieron, les conté lo ocurrido. A mi hermano lo castigaron durante un mes, y la policía fue a registrar la casa Hackety. Resultó que la mujer era Vera Hackety, una anciana con problemas mentales que había vivido siempre al cuidado de su familia. Su último pariente más cercano había muerto hacía año y medio y ella llevaba viviendo en el sótano desde entonces.

Logan miró a Romero.

—Pero sucedió algo gracioso. Hubo algo en ese encuentro que me cambió. A partir de entonces empezaron a fascinarme las historias de fantasmas en la vida real, de mansiones encantadas, de tesoros malditos, de Bigfoot y de todo lo que se pueda imaginar. Además, uno de los libros que me había dado mi hermano para que me asustara aún más resultó ser *Flaxman Low, Occult Psychologist*, de E. y H. Heron, un libro de relatos acerca de un detective con poderes paranormales.

—Un detective con poderes paranormales —repitió Romero.

—Sí, una especie de Sherlock Holmes del reino de los espíritus. Nada más acabar ese libro supe a qué deseaba dedicarme el resto de mi vida. De todas maneras, no suele ser un trabajo a tiempo completo, y de ahí que dé clases de historia.

—Pero ¿cómo desarrolló sus... habilidades? —indagó Romero—. Quiero decir que no hay una licenciatura en enigmatología.

—No, pero hay muchos tratados sobre el tema. Ahí es donde viene como anillo al dedo ser medievalista.

—¿Como el *Malleus Maleficarum*?

—Exacto, pero hay otros muchos, incluso más antiguos y con mayor autoridad.

—Logan se encogió de hombros—. Es como todo, uno va aprendiendo a medida que practica.

La mirada escéptica de Romero volvió a aparecer lentamente en su rostro.

—Tratados... No me diga que cree en todas esas historias sobre astrología y la piedra filosofal.

—Lo que acabo de mencionar son solo ejemplos típicamente occidentales, pero todas las culturas tienen su armazón sobrenatural. He estudiado prácticamente todas las que han sido documentadas... y algunas que no, y he comparado los elementos que tienen en común. —Hizo una pausa—. Mi conclusión es que más allá del mundo visible y natural existen fuerzas elementales, algunas buenas, otras malas, que siempre han estado ahí y siempre estarán como contrapartida de nosotros mismos.

—Como la maldición de la tumba de una momia —comentó Romero. Luego señaló el vaso de Logan y preguntó—: ¿Cuántos de estos se ha bebido antes de que llegara yo?

—Piense en los átomos o en la materia oscura —repuso Logan sin inmutarse—. No podemos verlos, pero sabemos que existen. ¿Por qué no puede ocurrir lo mismo con seres elementales o con criaturas a las que sencillamente no hemos visto todavía? Por la misma razón ¿acaso no podría tratarse de fuerzas que no hemos aprendido a dominar?

La mirada escéptica de Romero se acentuó.

Logan dudó un instante. Luego cogió la pajita de la copa de la egiptóloga y la dejó en el mantel de hilo, entre los dos. A continuación colocó las manos a ambos lados, con los dedos ligeramente abiertos, y respiró hondo.

Al principio no pasó nada, pero luego la pajita tembló ligeramente. Entonces, tras un temblor más violento, se elevó despacio y permaneció varios segundos suspendida en el aire, a un centímetro y medio de la mesa, temblando, y luego cayó, rodó sobre la mesa y se quedó inmóvil.

—¡Dios mío! —exclamó Romero. Miraba fijamente la pajita; la cogió con cuidado, como si quemara—. ¿Cómo lo ha hecho. Es un truco de magia genial.

—Con el entrenamiento adecuado, seguramente usted también podría hacerlo —repuso Logan—. Pero no mientras crea que se trata de un truco.

Ella examinó la pajita con aire poco convencido, la dejó en la mesa y bebió un sorbo de daiquiri.

—Solo una pregunta más —dijo—. Antes, en mi despacho... todo lo que contó de mí era verdad, incluso lo de que soy la hermana pequeña. ¿Cómo sabe tanto de mí?

—Soy empático.

—¿Empático? ¿Qué es eso?

—Alguien capaz de absorber los sentimientos y las emociones de los demás.

Cuando estreché su mano recibí una serie de..., en realidad fue un torrente de recuerdos muy potentes, de ideas, pensamientos, inquietudes y deseos. No soy selectivo, no controlo la información que me llega. Solo sé que cuando entablo contacto físico con otra persona siempre recibo una impresión más o menos intensa.

—Empatía... —dijo Romero—. Suena como lo de la aromaterapia y los cristales.

Logan se encogió de hombros.

—Entonces, dígame: ¿cómo sabía yo todo eso?

—No lo sé. —Lo miró fijamente—. ¿Cómo se convierte uno en empático?

—Se hereda. Tiene un aspecto biológico y otro espiritual. A veces la gente tiene el don latente toda su vida y no lo sabe. Con frecuencia aparece tras una experiencia traumática. En mi caso creo que fue cuando Vera Hackety me cogió la mano. — Logan jugueteó con el vaso vacío—. Sea como sea, no hay duda de que para mi trabajo ha resultado decisivo.

—Levitación, capacidad para leer el pensamiento... —Romero sonrió—. ¿También sabe predecir el futuro?

Logan asintió.

—¿Qué le parece esto? Si no estamos en el comedor dentro de diez minutos, no nos darán de cenar.

Tina miró el reloj y se echó a reír.

—Esa es la clase de predicción que comprendo perfectamente. Vamos, Svengali.

Cuando se levantaron de la mesa, Romero recogió la pajita y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros.

A la mañana siguiente se había convocado una reunión a las nueve en punto para hablar del accidente del día anterior. Logan no estaba invitado, pero se enteró por Rush durante el desayuno y pudo entrar en la sala de reuniones A del sector Blanco gracias a la intercesión del médico.

La estancia era grande y sin ventanas. Había dos filas de sillas dispuestas en semicírculo. Una pared estaba cubierta por una gran pizarra blanca, y en la otra había dos pantallas de proyección digital. Un gran mapa del Sudd obtenido por satélite, punteado por chinchetas de colores y lleno de posits con anotaciones a mano, colgaba de un soporte elevado. Logan reconoció a algunos de los allí reunidos. Christina Romero estaba allí, y también Valentino; un pequeño grupo de técnicos y operarios rodeaba al jefe de operaciones de la excavación.

Logan se sirvió una taza de café y tomó asiento en la segunda fila de sillas, detrás de Rush. Apenas se había sentado cuando el hombre mayor de cabello rubio y ralo, el mismo que había visto ante el generador el día antes, carraspeó y tomó la palabra.

—Bien —dijo—, hablemos de la situación. —Se volvió hacia un hombre vestido con un mono blanco—. Campbell, ¿cuál es el estado de la red eléctrica.

El tal Campbell tomó aire.

—Hemos aumentado el generador número uno hasta el noventa y ocho por ciento de su potencia máxima. Nuestro rendimiento nominal ha bajado al sesenta y cinco por ciento.

—¿Cómo está el sistema de recolección y procesado de metano?

—No se ha visto afectado. Los barredores y las pantallas intermedias funcionan a pleno rendimiento, pero con el generador número dos fuera de servicio hemos tenido que disminuir la producción de combustible.

—Gracias a Dios que siguen operativos. —Se volvió hacia una mujer menuda que tenía una tableta en el regazo—. Si el rendimiento ha bajado un treinta y cinco por ciento, ¿cómo afecta eso al funcionamiento de la estación?

—Hemos reducido los servicios no esenciales, doctor March —respondió ella.

Logan miró al hombre de cabello ralo con renovado interés. «O sea que este es Fenwick March», pensó. Había oído hablar de él; era el arqueólogo jefe de la excavación. Según Romero, era quien estaba al mando en ausencia de Stone, y parecía que disfrutaba escuchándose a sí mismo.

—¿Y qué pasa con la operación de búsqueda principal?

—No se ha visto afectada. Hemos desviado la energía y el personal necesarios.

March se volvió hacia una tercera persona.

—Montoya, ¿qué me dices de la sustitución del generador?

El aludido se irguió en su silla.

—Hemos cursado varias peticiones.

La expresión de March cambió bruscamente, casi como si de repente hubiera oído algo desagradable.

—¿Peticiones?

—Tenemos que obrar con tacto. Un generador de seis mil kilovatios no es algo habitual por estas latitudes, no podemos arriesgarnos a llamar la atención de Jartum ni...

—¡Maldita sea! —lo interrumpió March—. No me vengas con excusas. Necesitamos sustituir el generador, ¡y tiene que ser ya!

—Sí, doctor March —repuso el otro con la cabeza gacha.

—Tenemos un calendario muy apretado. No podemos permitirnos imprevistos, y menos aún perder la mitad de la energía.

—Sí, doctor March —repitió el hombre hundiendo la cabeza entre los hombros como si deseara hacerla desaparecer.

March miró en derredor y sus ojos se posaron en Valentino.

—¿Ha examinado lo que queda del generador número dos?

Valentino hizo un gesto afirmativo con su cabezota.

—¿Y?

Valentino se encogió de hombros. Era evidente que no se dejaba intimidar por el arqueólogo jefe, y este se daba cuenta.

—Bueno —insistió este—. ¿Puede decirme qué ocasionó la explosión?

—Es difícil. La unidad estaba hecha pedazos y medio fundida. Tal vez un estátor defectuoso, o un fallo en una de las bobinas. Fuera lo que fuese, el calor se extendió a los acopladores y a los anillos del colector y de ahí al tanque auxiliar.

—El tanque auxiliar... —March se volvió hacia Rush como si hubiera recordado algo de repente—. ¿Sabes algo más de Rogers?

El médico meneó la cabeza.

—Lo último que me comunicaron es que se encontraba en estado crítico en el hospital copto. Estoy esperando el informe de la enfermera.

March masculló algo. Luego miró de nuevo a Valentino.

—¿Puede decirme al menos si el incendio fue causado por un fallo mecánico o por un defecto estructural o si intervino... algún factor externo?

Christina Romero alzó la vista y cruzó una mirada con Logan mientras le dedicaba una sonrisa burlona.

—Al decir «elemento externo» —dijo Valentino—, ¿se refiere a algo como un sabotaje?

—Es una posibilidad —contestó March con prudencia.

Valentino lo meditó durante un momento.

—Si fue un sabotaje, y sí, es posible que algún *figlio di puttana* metiera mano a la maquinaria, el fuego habrá destruido cualquier prueba.

—¿Qué te hace pensar en un sabotaje, Fenwick? —preguntó Rush en voz baja—. Tú sabes mejor que nadie que todos los miembros del equipo han sido investigados.

—Lo sé —repuso March bajando la vista—, pero nunca había trabajado en una expedición en la que salieran mal tantas cosas. Es como si... —Hizo una pausa—. Es como si alguien deseara que la excavación fracasara.

—Si fuera así —dijo Rush—, hay muchas formas mejores de lograrlo que estropear un generador.

March levantó la vista lentamente y le lanzó una mirada cargada de significado.

—Eso es cierto —dijo—, muy cierto.

JACK Wildman, suspendido a una profundidad de diez metros y medio, miraba cómo su compañero de buceo, Mandelbaum, se preparaba para poner en marcha a Big Bertha. Sin embargo, «miraba» no era la palabra adecuada, se dijo. Mandelbaum no era más que una mancha difusa en medio del fangoso horror que los rodeaba, un borrón negro sobre negro detectable solo porque se movía.

—Able Charlie a base —llamó Mandelbaum por radio—. Estamos listos para empezar la limpieza de la cuadrícula G Tres.

—Entendido, Able Charlie —dijo una voz metálica—. ¿Cuál es el nivel de la burbuja?

—Ochenta y nueve por ciento.

Wildman echó un vistazo al indicador digital que llevaba sujeto al antebrazo.

—Aquí Whisky Bravo —dijo por radio—. Mi nivel es de noventa y uno.

—Entendido, Whisky Bravo —dijo la voz desde la base—. Procedan.

Se oyó un grave zumbido cuando Mandelbaum puso en marcha a Big Bertha. Wildman notó en el acto la presión del barro que pasaba junto a él empujado por los chorros de aire comprimido de la máquina. Era como estar sumergido en un barril de melaza.

En realidad era peor que eso, porque el lodo y el cieno que los rodeaban eran traicioneros. Tenía que vigilar constantemente dónde pisaba: había palos y ramas por todas partes, a menudo punzantes, a la espera de la ocasión para rasgarle el traje. Además, el Sudd era tan espeso que cada movimiento suponía un esfuerzo, como intentar trabajar en una atmósfera de 10g.

—Able Charlie a base —dijo Mandelbaum—. Limpieza en marcha.

Wildman conectó el poderoso foco que llevaba sujeto sobre el hombro derecho y se acercó al suelo de piedra, el lecho temporalmente limpio por la acción de Big Bertha. Mandelbaum se encargaba de manejar la máquina; él, de examinar las zonas limpias en busca de cavernas, túneles de lava o construcciones antiguas. Se sentía como un astronauta en un horrible planeta de gas mientras el pesado traje y su potente foco, la cámara de vídeo del casco y el respirador de burbujas conspiraban para entorpecer sus movimientos.

En realidad se sentía muy agradecido por las burbujas. Mucho. Gracias a ellas podía orientarse en aquel puré de guisantes. Si no fuera por las burbujas, habría sido muy fácil desorientarse y no saber dónde estaba la superficie. No podía evitar pensar en lo que le había ocurrido a Forsythe: dejarse llevar por el pánico por culpa de un regulador bloqueado, subir a la superficie demasiado deprisa... La idea lo hizo estremecerse. Si te desorientabas en aquel limo negro y perdías el cable guía..., se

acabó. La única esperanza era que algún compañero te localizara. De lo contrario ya podías darte por muerto.

Su pie resbaló en el viscoso fondo y él se deslizó hacia atrás y notó que algo lo golpeaba en la pantorrilla. Bajó la mano y lo palpó. Un palo. Dado que resultaba imposible ver nada si no lo tenía a escasos centímetros de las gafas de buceo, lo cogió y lo situó en su campo visual. En efecto, era un palo. Maldito Sudd. Dio gracias a Dios por que no le hubiera perforado el traje. Una vez le ocurrió eso y el olor era tan espantoso que necesitó darse tres duchas para quitárselo de encima.

Siguió examinando la zona que Big Bertha había peinado.

—Aquí Able Charlie —dijo Mandelbaum por radio—. Creo que Big Bertha necesita otra limpieza. Tengo problemas para mantener el acelerador firme.

—Entendido —repuso la voz de la superficie.

Wildman apartó el cieno y el lodo de su cara y se desplazó hacia la derecha para examinar otra zona. La sensación del barro pasando entre sus miembros, empujado por los chorros de aire de la máquina, era horrible. Unos días antes, a un buzo se le habían saltado las gafas por un codazo involuntario de su compañero. El infeliz tragó un poco de aquella inmundicia, empezó a vomitar y tuvo que hacer un ascenso de emergencia antes de aspirar más.

—Aquí Able Charlie —dijo nuevamente Mandelbaum—. Me temo que debemos interrumpir la inmersión. Big Bertha está dando cada vez más problemas.

Mientras su compañero hablaba, Wildman oyó que el motor rugía de repente con el acelerador a tope. Mandelbaum quitó gas rápidamente, pero no antes de que una ola de limo negro empujara a Wildman hacia atrás. Este notó que algo lo golpeaba de nuevo, pero esta vez en la espalda. «Mierda». Rebuscó con la mano hasta que sus dedos se cerraron alrededor del escurridizo palo. Se lo acercó a la máscara para verlo mejor. Debería atizar a Mandelbaum en la cabeza con él. La idea lo hizo sonreír, pero solo hasta que vio que no se trataba de ningún palo.

Era un hueso.

AQUELLA tarde, un pequeño grupo se reunió en la sala forense del pulcro centro médico de Rush. Además del doctor asistían una enfermera ayudante, Tina Romero y Jeremy Logan. Cuando Logan llegó, Rush abrió la boca para protestar —debido a las órdenes de Porter Stone en cuanto a compartimentación—, pero enseguida se encogió de hombros, esbozó una media sonrisa y le indicó con un gesto que entrara.

El equipo arqueológico había finalizado el examen inicial del esqueleto descubierto por los buzos. Había llegado el momento de que Rush realizara lo que iba a ser, en esencia, una autopsia.

La osamenta se hallaba en un contenedor de plástico azul sobre una mesa de acero inoxidable con ruedas. Mientras los demás observaban, Rush se puso un par de guantes de látex, encaró el micrófono que colgaba del techo hacia él, pulsó el botón de record y empezó a hablar:

—Examen de los restos encontrados el decimosexto día de la excavación en una caverna poco profunda de la cuadrícula G Tres. Realiza el análisis Ethan Rush con la ayuda de Gail Trapsin. —Hizo una breve pausa—. Al parecer, la mezcla de sedimentos y barro que recubría los restos ha actuado como capa protectora y el esqueleto se halla en buen estado. No obstante, la descomposición es considerable.

Levantó la tapa del contenedor y comenzó a sacar los huesos de uno en uno y a depositarlos en la mesa de autopsias.

—Los huesos faciales y craneales están intactos, al igual que los de la caja torácica, los brazos y la columna vertebral. Los equipos de buceo han buscado lo que falta del esqueleto sin éxito, solo han encontrado unos restos correosos de lo que bien podrían ser unas sandalias. El equipo arqueológico ha conjeturado que solo la parte superior del cuerpo se conservó bajo la cobertura sedimentaria y que la inferior se descompuso hace tiempo.

Colocó los huesos en la mesa en un orden anatómico aproximado. Logan los miró con curiosidad. Eran de color marrón oscuro, casi caoba, como barnizados por ese baño de sedimentos que había durado cinco mil años. A medida que Rush iba sacando huesos, la sala empezó a oler al Sudd: a turba, a descomposición vegetal y a algo extraño y dulzón que hizo que Logan sintiera una ligera náusea.

Rush siguió hablando ante el micrófono.

—La datación del carbono mediante espectrometría de masa indica que los huesos tienen cinco mil doscientos años de antigüedad, con un margen de error aproximado de un dos por ciento debido a los contaminantes naturales del entorno.

—Contemporáneos de Narmer —dijo Romero en voz baja mientras jugueteaba con su omnipresente estilográfica.

—Junto al cuerpo —prosiguió Rush— se ha encontrado un escudo muy deteriorado y los restos de lo que aparenta ser una maza.

—Armas de los guardaespaldas del faraón —añadió Romero.

—Si bien el escudo está en muy mal estado, como he dicho, el equipo de arqueología ha utilizado una técnica de moldeado inverso combinado con un proceso de aumento digital para ver lo que parecen ser ornamentaciones del escudo. Los de arqueología opinan que la ornamentación consiste en un serej que contiene dos símbolos: un pez y una herramienta.

—Un siluro y un cincel —dijo Romero—. Las representaciones fonéticas del nombre de Narmer. O al menos eso creo. Joder, si al menos March me dejara echar un vistazo a la pieza...

Rush apretó el botón del micrófono.

—Christina, ¿te importaría reservar tus comentarios hasta que haya terminado mi informe?

Romero inclinó la cabeza en gesto de burlón arrepentimiento.

—Perdón.

Rush volvió a conectar el micro.

—En cuanto a los huesos, el cráneo está relativamente intacto. El neurocráneo y el viscerocráneo son los que han sufrido menos daños. Faltan los huesos temporales. La mandíbula, el hueso hioides y la clavícula muestran un deterioro mayor. La mayoría de los dientes han desaparecido, y los que quedan presentan las caries avanzadas comunes en ese período.

Hizo una pausa para examinar los demás huesos.

—Las vértebras están más descompuestas y estropeadas cuanto más nos desplazamos de la zona cervical a la dorsal y lumbar. La última vértebra es la segunda lumbar. Faltan las sacras y las del coxis. Tenemos las costillas de la uno a la ocho, y aunque las inferiores están más dañadas, en la parte anterior de la sexta hay unas marcas que... —se interrumpió para estudiarla de cerca— sugieren una laceración producida por un cuchillo o una espada. Esto nos llevaría a considerar que la causa de la muerte pudo ser homicidio.

—¡Lo sabía! —exclamó Romero en tono triunfal.

Logan dio un respingo ante aquel súbito estallido tan en contraste con el habla mesurada del médico. Rush apagó de nuevo el micro y se volvió hacia la egiptóloga con expresión disgustada.

—Christina, debo insistir en que...

—Se equivoca en cuanto a las causas de la muerte —le interrumpió de nuevo Romero—. No fue homicidio. Fue suicidio.

El enfado de Rush se trocó en escepticismo.

—¿Cómo puedes saber...?

—Y eso no es todo. Cerca de donde se ha encontrado este esqueleto, puede que a unos cincuenta o cien metros al norte, hallaremos más. Un montón de esqueletos más. Voy a decirle a Valentino dónde tiene que concentrar a sus buzos.

Dicho eso, Romero salió rápidamente de la sala de autopsias mientras Logan y Rush se miraban perplejos.

EL hallazgo del esqueleto tuvo otros efectos aparte de elevar la moral de los investigadores y el nivel de emoción imperante en la estación: fue la causa de que Porter Stone se personase allí. Tras llegar poco después del anochecer, al abrigo de la oscuridad, convocó una reunión general a la mañana siguiente. Todas las labores, incluso las de inmersión, se detendrían durante treinta minutos para que Stone pudiera dirigirse a los miembros de la expedición.

La convocatoria iba a celebrarse en la sala más espaciosa de la estación: el taller mecánico del sector Verde. Logan entró puntualmente a las diez y miró en derredor con curiosidad. Tres de las paredes estaban ocupadas por enormes estanterías del suelo al techo con todo tipo de recambios, piezas y herramientas imaginables. También había varias motos de agua en distintos estadios de montaje y reparación y unos cuantos bancos de trabajo con numerosos motores y equipos de buceo. En un rincón descansaban lo que parecían los restos de un generador quemado. Su carcasa ennegrecida ofrecía un feo aspecto bajo las brillantes luces de trabajo.

Logan desvió la mirada y contempló a los allí reunidos a la espera de Stone. Era un público de lo más diverso: científicos con bata blanca, técnicos, buzos, operarios, cocineros, electricistas, mecánicos, ingenieros, historiadores, arqueólogos y pilotos; unas ciento cincuenta personas reunidas por el deseo de un solo hombre, un hombre con una visión diáfana de lo que quería y con una voluntad de hierro para conseguirlo.

Justo en ese momento Stone entró en el taller, y la gente prorrumpió en un aplauso espontáneo. El magnate avanzó entre la multitud estrechando manos e intercambiando saludos con los que le salían al paso. Había cambiado su indumentaria árabe por un traje de hilo, pero si hubiera llevado una cazadora de cuero y un sombrero de ala ancha no habría tenido más aspecto de aventurero. Algo en su piel curtida por el sol y la intemperie y en cómo su cuerpo alto y esbelto se movía con una gracia casi animal encarnaba la esencia del verdadero explorador.

Cuando llegó al fondo de la sala, se volvió hacia el grupo y, con una gran sonrisa, alzó las manos. Poco a poco se hizo un silencio inquieto. Stone, todavía sonriendo para dar dramatismo al momento, recorrió a los reunidos con la mirada. Y entonces por fin se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Viví mi primera experiencia como cazador de tesoros cuando tenía once años. En la ciudad de Colorado en la que crecí, una leyenda local hablaba de una tribu de indios que había vivido en unos campos de las afueras de la ciudad. Chicos de mi edad, universitarios y hasta arqueólogos profesionales habían visitado esos campos una y otra vez: habían excavado agujeros, abierto zanjas y barrido la zona con

detectores de metal y no habían hallado nada de nada. Yo estaba entre ellos. Debí de recorrer aquellos campos docenas de veces, con la mirada clavada en el suelo, buscando.

»Y entonces, un día, levanté la vista del suelo y miré: realmente miré el lugar por primera vez. Más allá de los campos, el terreno caía suavemente hacia el Río Grande, que se hallaba a menos de dos kilómetros de distancia. A lo largo del río había bosquecillos de álamos y la hierba era densa y abundante.

»Con mi joven imaginación viajé doscientos años atrás. Vi una tribu de indios acampada en la ribera. Tenían agua para beber y cocinar, pescado abundante, pasto para los caballos, y sombra y cobijo bajo los árboles. Luego miré los campos secos y desolados donde me encontraba y me pregunté por qué los indios habrían instalado en ellos su campamento cuando tenían un lugar mucho mejor solo un poco más lejos.

»Así pues, caminé hasta el río, empecé a curiosear a lo largo de la orilla y a los diez minutos encontré esto.

Porter metió la mano en el bolsillo, sacó algo y lo levantó para que todos pudieran verlo. Logan observó que era una punta de flecha de obsidiana perfectamente tallada: una preciosidad.

—Volví a ese lugar muchas veces —continuó Stone—. Hallé más puntas de flecha, además de pipas de barro, morteros de piedra e infinidad de otros objetos, pero nada nunca me ha emocionado tanto como el hallazgo de esta primera punta de flecha. Desde entonces me acompaña allá adonde voy.

Se la guardó en el bolsillo y recorrió con la mirada a los reunidos antes seguir hablando.

—No fue solo la emoción del descubrimiento. No fue solo el hecho de hallar algo bello y valioso. Fue el uso de mi intelecto, mi capacidad para pensar fuera de las normas establecidas, para desentrañar los misterios del pasado. Todos los que habían estado allí antes que yo habían aceptado como buenas las historias acerca del lugar de acampada de los indios. Yo mismo empecé en ese lugar, pero entonces aprendí una lección importante. Una lección que no he olvidado.

Empezó a caminar con las manos en los bolsillos.

—Una excavación arqueológica es como una historia de misterio, amigos míos. Al pasado le gusta guardar secretos, no quiere entregárnoslos. Así pues, mi papel es el de detective. Y cualquier detective sabe que la mejor manera de resolver un misterio es reunir tanto material, tantas pruebas y tanto trabajo de investigación como sea posible.

Porter se detuvo bruscamente y se pasó los dedos por su pelo blanco.

—Como saben, he hecho esto muchas otras veces..., y los resultados hablan por sí solos. Lo hago de nuevo aquí y ahora. No he escatimado en gastos de investigación ni en equipos ni en talento. Todos los que están aquí son los mejores en sus

respectivas especialidades. Yo he cumplido con mi parte. Ahora, con el descubrimiento de este esqueleto, que casi sin duda pertenece a un miembro de la guardia personal del faraón Narmer, nos encontramos de nuevo a las puertas del éxito. Estoy convencido de que el hallazgo de la tumba es cuestión de días, de escasos días, y entonces conoceremos algunos de esos secretos que el pasado intenta tan tenazmente ocultarnos.

Contempló a los reunidos en silencio.

—Como he dicho, he cumplido mi parte. Ahora, especialmente ahora que estamos tan cerca, es el momento de que ustedes cumplan la suya. Disponemos de un tiempo limitado, así que confío en que cada uno de ustedes dará lo máximo de sí mismo. Sea cual sea su trabajo aquí, tanto si dirigen un equipo de buceo como si friegan platos en la cocina, cada uno de ustedes es parte integral y fundamental de esta maquinaria. Cada uno de ustedes es vital para que alcancemos el éxito. Quiero que lo recuerden durante los días venideros.

Stone se aclaró la garganta de nuevo.

—En algún lugar bajo nuestros pies nos esperan los inimaginables tesoros que Narmer reunió en su tumba para que lo acompañaran al más allá. El descubrimiento y el estudio de esos tesoros no solo los hará famosos a todos..., también los hará ricos. Y no únicamente en términos monetarios. Nuestros conocimientos sobre los antiguos reyes de Egipto se multiplicarán por mil, y esa es la clase de riqueza de la que, como detectives de la historia que somos, nunca tenemos bastante.

Siguió otra salva de aplausos. Stone dejó que sonara durante quince segundos, treinta..., hasta que por fin levantó las manos.

—No los entretendré más —dijo—. Todos tienen trabajo que hacer. Como les he dicho, durante los próximos días esperaré de ustedes lo mejor. ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una —se oyó decir Logan en medio del silencio.

Cuando ciento cincuenta cabezas se giraron para mirarlo se preguntó qué lo había impulsado a hablar. Se trataba de algo que llevaba rato rumiando internamente, pero no había tenido intención de exponerlo en voz alta.

Por lo visto Porter Stone no esperaba que hubiera preguntas, pues ya se había dado la vuelta para hablar con March, pero al oír la voz se volvió y buscó con la mirada entre el público.

—¿Doctor Logan? —dijo cuando lo hubo localizado.

Logan asintió.

—¿Qué le preocupa? —preguntó Stone.

—Es algo que acaba de decir. Ha dicho que Narmer reunió sus tesoros y los llevó a su tumba para que lo acompañaran al otro mundo. Lo que me pregunto es si no sería posible que, al construir su tumba secreta en un lugar tan aislado, lo que pretendiera no fuera simplemente amasar sus tesoros, sino también ocultarlos y

protegerlos.

Stone frunció el entrecejo.

—Desde luego. Todos los reyes han intentado siempre proteger sus posesiones terrenales del pillaje y el robo.

—No me refería a esa clase de protección.

Siguió un breve silencio.

—Es una conjetura interesante —dijo por fin Stone. Luego alzó la voz y se dirigió a todos los presentes—: Gracias por su tiempo. Pueden volver a sus quehaceres.

Cuando la gente empezó a dispersarse hacia la salida, Stone devolvió su atención a Logan.

—Usted no —dijo—. Creo que deberíamos hablar.

EL despacho de Stone se hallaba al final de uno de los pasillos del sector Blanco. Era un espacio pequeño pero muy funcional. No había ningún escritorio impresionante ni portadas de revistas enmarcadas con su foto. Solo había una mesa redonda rodeada por media docena de sillas, varios ordenadores portátiles y una radio de onda corta. Una única estantería albergaba varios libros de egiptología y de historia de la dinastía de Narmer. Ni reliquias arqueológicas ni objetos ornamentales de ningún tipo. Lo único que había en la pared era una hoja del mes en curso, arrancada de un calendario y clavada detrás de la mesa de reuniones como para subrayar el poco tiempo del que disponían.

Stone señaló la mesa.

—Siéntese. ¿Le apetece un café, un té, agua mineral?

—No, gracias —repuso Logan, sentándose.

Stone ocupó la silla de enfrente. Durante un momento observó a Logan con sus ojos azul claro, que tanto resaltaban contra la tostada piel de su rostro.

—Me pregunto si podría aclararme lo que ha dicho en el taller.

—He estado estudiando la maldición de Narmer, comparándola con otras maldiciones del Antiguo Egipto, y eso me ha hecho pensar.

Stone asintió.

—Continúe.

—Muchos faraones poseían valiosos tesoros, seguramente mucho más valiosos que el de Narmer, que al fin y al cabo es un rey muy antiguo. Sin embargo, ninguno de ellos se tomó ni de lejos tantas molestias para ocultarse y ocultar sus posesiones. Ciertamente construyeron pirámides en Guiza y tumbas en el Valle de los Reyes, pero ninguno de ellos se hizo enterrar más allá de las fronteras de Egipto, en un país potencialmente hostil, a cientos de kilómetros de su sede de poder, y tampoco construyeron tumbas falsas para despistar a los saqueadores. Además, la maldición de Narmer, por terrible que sea, tiene una particularidad: no menciona oro ni riquezas. Todo ello me lleva a preguntarme: ¿y si la preocupación principal de Narmer no era tener con él sus objetos de valor?

Stone lo había escuchado sin mover un músculo.

—¿Está sugiriendo que Narmer no podía arriesgarse a que profanaran su tumba? ¿Que a pesar de haber unificado Egipto la unión todavía era débil y que, por lo tanto, no podía permitir que su tumba fuera saqueada y su dinastía amenazada?

—En parte, pero no es eso lo principal. Las increíbles molestias que se tomó para mantener su tumba en secreto me parecen propias de alguien que estaba protegiendo algo, escondiendo algo que para él era tan valioso como la vida, o como la vida en el

más allá. Algo cuya ausencia, de hecho, podía poner en peligro la vida en el más allá.

Durante unos segundos Stone se limitó a mirarlo. Después su rostro se relajó en una sonrisa y se echó a reír. Observándolo, Logan tuvo la sensación de que acababa de examinarlo y había superado la prueba.

—Maldita sea, Jeremy..., ¿puedo llamarte Jeremy?, es la segunda vez que me sorprendes. Me gusta cómo funciona tu cerebro. A veces creo que mis especialistas son tan buenos en lo que hacen, en sus pequeñas esferas de conocimiento, que se olvidan de que hay otras maneras de ver las cosas. —Se inclinó hacia delante—. Y resulta que creo que estás totalmente en lo cierto.

Se levantó, fue hasta la puerta, la abrió, asomó la cabeza y pidió un café a su secretaria. Luego regresó a la mesa y sacó algo del bolsillo de su traje.

—¿La punta de flecha? —preguntó Logan.

—Más bien no —repuso Stone mostrándole el objeto. Era el ostracón que le había enseñado en el Museo Egipcio de El Cairo—. ¿Te acuerdas de esto? ¿El ostracón que perteneció a Flinders Petrie?

—Desde luego.

Stone lo dejó encima de la mesa.

—¿Y recuerdas que contenía cuatro jeroglíficos?

—Recuerdo que se mostró reticente a darme detalles sobre su significado.

Llamaron a la puerta, y la secretaria entró con el café de Stone. Este bebió un sorbo y volvió a centrarse en Logan.

—Bien, pues ahora te los daré. Has pasado a formar parte del círculo de los elegidos. —Miró a su interlocutor y en sus ojos apareció una chispa de humor que Logan creía haber visto antes—. Ya sabes que, según la mayoría de los egiptólogos, Narmer fue quien unificó el Alto y el Bajo Egipto.

—Sí —repuso Logan.

—Y también sabes que llevaba la doble corona, que representaba la corona roja y la corona blanca, emblemas del Bajo y el Alto Egipto..., símbolo sagrado de la unificación.

Logan asintió.

Stone dejó que su mirada se paseara lentamente por el despacho.

—Hay una cosa muy curiosa, Jeremy. ¿Sabías que no se ha encontrado la corona de ningún faraón, ninguna? Ni siquiera en la tumba de Tutankhamón, que se descubrió intacta y que contenía todo lo necesario para el viaje al más allá, había una corona.

Stone esperó a que sus palabras calaran y después prosiguió:

—Hay varias teorías que intentan explicarlo. Una dice que la corona poseía propiedades mágicas que impedían que pasara a la otra vida. Otra, más popular entre los eruditos, desde luego, dice que en realidad solo hubo una corona que fue pasando

de un rey a otro y que por ello era el único objeto que los faraones no podían llevarse al otro mundo. En cualquier caso, el hecho es que nadie sabe a ciencia cierta por qué nunca se ha encontrado ninguna.

Stone cogió el ostracón y lo hizo girar en la mano.

—Lo que Petrie vio en esta pieza fueron cuatro jeroglíficos que databan de un período muy antiguo. —Extendió un dedo y fue señalándolos—. El primero es una representación de la corona roja del Bajo Egipto. El segundo es la corona blanca del Alto Egipto. El tercero es el jeroglífico de una cripta o lugar de reposo. Y el último es un serej que contiene el nombre de Narmer.

En el silencio que siguió, Stone dejó el ostracón en la mesa, con las inscripciones hacia abajo, y puso la taza encima.

Logan no prestó atención. Su cerebro trabajaba a toda velocidad.

—¿Pretende decirme que...?

—Sí —asintió Stone—. Este ostracón es la llave del mayor, y digo el mayor, secreto arqueológico de la historia. Por eso Petrie abandonó todas las comodidades de la noche a la mañana y emprendió una larga, azarosa y finalmente fallida expedición. Lo que nos dice esta pieza es que el rey Narmer fue enterrado con las dos coronas originales de Egipto, la roja y la blanca.

LA sala de descanso del personal de alto rango, al final de un pasillo que salía del Oasis, en el sector Azul de la estación, era un espacio donde los principales responsables de la expedición podían reunirse y conversar con tranquilidad. El hecho de que el personal de menor nivel tuviera prohibida la entrada significaba que podía hablarse libremente incluso de los aspectos más reservados sin temor a desvelar ningún secreto.

Jeremy Logan entró en la sala con evidente curiosidad. No había podido visitarla hasta ese momento, pero su nuevo estatus de hombre de confianza de Stone significaba que todas las puertas —o casi todas— estaban abiertas para él. Era una sala mejor amueblada que los otros espacios que había visto, incluido el despacho de Stone. Las paredes estaban revestidas de madera oscura, y había sofás y sillones de cuero color burdeos distribuidos alrededor de gruesas alfombras turcas. Las lámparas de latón conferían a la sala el ambiente de los clubes eduardianos solo para hombres.

Logan dejó su bolsa en un sillón desocupado y paseó la vista alrededor. En una mesa del fondo vio un servicio de café y de té, sándwiches de pepino y magdalenas. Una librería ocupaba una de las paredes, mientras que las restantes estaban decoradas con cuadros de paisajes y escenas de caza. Se acercó a la librería y examinó los títulos. Contenía numerosas novelas de intriga actuales, novelas inglesas del siglo XIX, biografías, libros de historia y de filosofía. De hecho había un poco de todo salvo textos de egiptología o sobre Egipto. Daba la impresión de que aquella sala había sido concebida como una vía de escape del proyecto que tenían entre manos. Pensó en las partidas de bridge que había visto y recordó que Rush le había comentado que Stone opinaba que la gente necesitaba distraerse de sus tareas.

Había tres personas sentadas alrededor de una mesa, hablando en voz baja. Vio que eran Fenwick March, Tina Romero y una mujer de cabello color canela que le daba la espalda. Tina le sonrió y March se limitó a asentir con la cabeza, como si quisiera dar a entender que la presencia de Logan allí no era precisamente de su agrado.

Logan cogió una revista de una de las mesas y se sentó —no deseaba inmiscuirse en conversaciones ajenas—, pero Tina le hizo un gesto para que se acercara.

—Siéntate con nosotros, Jeremy —le dijo—. A lo mejor aprendes algo.

Logan cogió su bolsa y fue a reunirse con el grupo. Al acercarse vio el rostro de la otra mujer. Se trataba de Jennifer Rush, y al contemplarla de cerca le temblaron las piernas. Llevaba el cabello recogido en la nuca, exactamente con el mismo estilo de moño que solía hacerse su mujer, pero aparte de eso debía reconocer que Jennifer Rush era mucho más guapa: tenía un rostro ovalado, de pómulos marcados, barbilla

afilada y ojos ambarinos. Era una combinación exótica, y Logan pensó que parecía una antigua princesa egipcia.

Jennifer Rush le dedicó una rápida sonrisa.

—Usted debe de ser el doctor Logan...

—El enigmatólogo —dijo March—. Sin duda ustedes dos tendrán mucho en común. —Se volvió hacia Tina Romero—. En cualquier caso, creo que usted y Stone se equivocan. No vamos a encontrar la corona de Egipto en esa tumba.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —preguntó Tina.

—El hecho de que nunca se haya encontrado ninguna corona en ninguna tumba. —Se inclinó hacia delante—. A ver, ¿qué clase de objetos suelen encontrarse en las tumbas de los faraones? Ofrendas de alimentos y bebida. Estatuas. Ushabtis. Joyas. Piezas de juegos. Vasos canopos. Ofrendas funerarias. Inscripciones del *Libro de los Muertos*. Incluso barcas..., santo cielo. ¿Y qué tienen en común todos esos objetos? Solo una cosa: son una ayuda para el faraón en su viaje al más allá y le aportan provisiones para el otro mundo. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Las coronas son este mundo.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo —replicó Tina—. El faraón seguirá siendo faraón en el otro mundo tanto como lo ha sido en este, de modo que necesitará los símbolos de su poder.

—Si así fuera, ¿por qué no se han descubierto coronas en las tumbas que no habían sido saqueadas?

—Sea tan escéptico como quiera —dijo Tina alzando ligeramente la voz—, pero hay un hecho irrefutable: Narmer se tomó muchísimas molestias, más que nadie, para mantener en secreto la ubicación de su tumba. Otros faraones de la Primera Dinastía se contentaron con las tumbas de Abidos hechas con ladrillos de adobe, pero Narmer no. Su tumba ni siquiera era un cenotafio, como las tumbas reales de Saqqara, tumbas simbólicas, ¡era una tumba falsa! Piense en su afán, en los peligros a los que se enfrentó, en las vidas que sacrificó para mantener en secreto su lugar de descanso eterno y dígame, Fenwick, viejo amigo: si la doble corona no está enterrada en esa tumba, entonces ¿qué hay sepultado bajo el Sudd?

Se echó hacia atrás en su asiento con aire triunfal.

March la miró, y una sonrisa le arqueó los labios.

—Buena pregunta. ¿Y si... no hay nada?

La mirada triunfal de Tina se convirtió en una expresión ceñuda.

March se volvió hacia Jennifer Rush.

—Sin embargo, todas esas son preguntas que quizá deberíamos hacerle a usted. ¿Qué secretos le ha desvelado el más allá? Cuéntenoslo, por favor.

Era imposible no reparar en el ligero tono de sarcasmo del arqueólogo, pero Jennifer Rush no mordió el anzuelo.

—Mis descubrimientos quedan entre mi marido, el doctor Stone y yo. Si quiere saber más, pregúnteles a ellos.

March alzó una mano a modo de disculpa.

—Está bien, espero que no le moleste mi escepticismo, señora Rush, pero como científico empírico que soy y que basa sus creencias en pruebas comprobables y reproducibles, me cuesta mucho dar crédito a la parapsicología y otras pseudociencias.

La presuntuosa y despectiva actitud de March irritó a Logan.

—Así que un científico empírico —intervino—. ¿Y dice que solo cree en pruebas comprobables y reproducibles?

March lo contempló como si midiera a un posible adversario.

—Naturalmente —repuso.

—En ese caso, ¿qué le parecen unas cartas Zener?

Los ojos de Jennifer Rush se posaron un instante en él, y enseguida volvió a apartar la vista.

March frunció el entrecejo.

—¿Cartas Zener?

—También se las conoce como cartas Rhine —contestó Logan—. Se utilizan en experimentos de percepción extrasensorial.

Cogió su bolsa, rebuscó en su interior y sacó un juego de cartas muy grandes que mostró a los presentes. Cada una tenía un dibujo sobre un fondo blanco, y había cinco diseños distintos: un círculo, un cuadrado, una estrella, una cruz y tres líneas onduladas.

—Ah, eso... —March puso los ojos en blanco.

Tina se echó a reír.

—Así que esto es lo que nuestro detective sobrenatural lleva en su bolsa.

—Entre otras cosas. —Mientras barajaba, Logan miró a Jennifer Rush como si le dijera: «¿Ve lo que me propongo? ¿Está de acuerdo?».

Ella se encogió de hombros. Logan cogió las cartas y cambió de asiento para que tanto él como Tina y March pudieran verlas pero Jennifer Rush no.

—Alzaré un total de diez cartas, una cada vez —les explicó—, y la señora Rush intentará identificarlas.

Empezó levantando una carta con una estrella.

—Círculo —dijo Jennifer tras mirar fijamente el dorso.

Logan levantó la segunda, una carta con líneas onduladas.

—Cruz —dijo Jennifer.

March sonrió burlonamente. Logan respiró hondo y alzó una tercera carta que contenía un círculo.

—Estrella.

Logan siguió levantando cartas con creciente incomodidad, y Jennifer siguió

equivocándose. Logan pensó en lo que Ethan Rush le había contado de la escala Kleiner-Wechsman y de que la puntuación de Jennifer era la más alta registrada jamás. «Aquí hay algo que no encaja», se dijo. Su instinto profesional empezaba a prevenirlo en contra de los charlatanes.

Dejó las diez cartas en la mesa, boca abajo, y al hacerlo vio que Jennifer reparaba en la burlona actitud de March.

—Me he equivocado en todas, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí —contestó Logan.

—Repitémoslo, ¿quiere? Esta vez acertaré.

Logan recogió las cartas y las fue alzando en el mismo orden que antes.

—Estrella —dijo Jennifer—. Ondas. Círculo. Cruz. Estrella. Cuadrado.

Fue una actuación perfecta. Ni un solo error.

—Madre mía... —murmuró Tina Romero.

En ese momento Logan lo comprendió. Jennifer había errado deliberadamente en el primer intento y restregado en las narices de March su propio escepticismo. Una soberbia actuación. Miró a Jennifer con renovado respeto.

—¿Qué le parece como prueba empírica, doctor March? —dijo mirando al arqueólogo—. ¿Quiere que repitamos el experimento?

—No. —March se puso en pie—. No me gustan los trucos de feria.

Se despidió de cada uno de ellos con un gesto de la cabeza y salió de la sala.

—Menudo personaje es ese tío —dijo Tina, que meneaba la cabeza y miraba la puerta por la que había salido March—. ¿Y habéis oído lo que ha dicho? «¿Y si no hay nada enterrado bajo el Sudd?» Solo Stone es capaz de contratar a alguien como él como arqueólogo jefe.

—¿Quieres decir que March piensa que esta expedición no tiene sentido?

Logan se quedó en silencio. Nunca se le había ocurrido que la tan cacareada investigación de Stone pudiera estar errada y que todo aquel imponente montaje se basara en una hipótesis equivocada.

—Entonces ¿para qué lo contrató Stone? —preguntó al cabo de un momento.

—Porque puede que March sea un capullo y un esnob intelectual, pero es el mejor en su trabajo. En este sentido Stone es brillante. Además, le gusta tener a gente que cuestione sus ideas. Tal vez por eso le caes bien. —Tina se levantó—. Bueno, tengo que volver al trabajo. Si no me equivoco, dentro de poco March recibirá noticias que lo descolocarán aún más. —Miró a Jennifer Rush—. Gracias por el espectáculo. —Se volvió hacia Logan—. Deberías enseñarle el truco de la pajita. Tenéis más cosas en común de las que creéis.

Logan la observó marcharse y después miró a Jennifer.

—Estaba deseando conocerla, señora Rush —dijo.

—Llámame Jennifer. Mi marido me ha hablado de ti.

—Y él a mí de ti. De cómo fuiste su inspiración para que fundara el Centro y de tus impresionantes habilidades.

La mujer asintió.

—Debo decirte que, según mi experiencia —continuó Logan—, lo que acabas de hacer con las cartas Zener no tiene precedentes. He presenciado esta prueba cientos de veces y nunca he visto un porcentaje de acierto superior al setenta y cinco por ciento.

—Y yo diría que el doctor March tampoco —replicó ella.

Tenía una voz grave y sedosa que no encajaba con su complexión menuda y delgada.

—Si Ethan te ha hablado de mí, sabrás que me ocupo de fenómenos poco corrientes, de cosas que no tienen una explicación fácil. Así que es natural que me sienta fascinado por el fenómeno de las experiencias cercanas a la muerte, el cruzar «al otro lado». He leído sobre el tema, claro, y lo sé todo acerca de las extraordinarias coincidencias entre las distintas experiencias: la sensación de paz, el túnel oscuro, el ser de luz... Supongo que tú también has experimentado todo eso...

Ella asintió.

—Pero, para mí —prosiguió Logan—, leer sobre algo y experimentarlo no tienen nada que ver. —Hizo una breve pausa—. Como investigador parece que siempre estoy fuera, en busca de los hechos. Por eso casi te envidio por haber experimentado un suceso tan extraordinario.

—Un suceso tan extraordinario —repitió Jennifer con voz casi inaudible—. Sí, supongo que puedes llamarlo así.

Logan la miró atentamente. Viniendo de otra persona esa respuesta habría sonado fría y distante; sin embargo, en Jennifer percibía algo distinto. Percibía desdicha, un íntimo desasosiego. Sabía por experiencia que no todos los dones suponían una bendición ni resultaban llevaderos. En los ambarinos ojos de Jennifer había una profundidad extraordinaria y cierta dureza como de ágata. Era como si hubieran visto cosas que ningún otro ser humano había visto... y, quizá, que ningún ser humano debería haber visto.

—Lo siento —se disculpó Logan—. No te conozco lo bastante para hablar de estas cosas. Deja solo que te diga que soy consciente del escepticismo y de la hostilidad a los que debes enfrentarte con gente como March. Yo también he tenido que soportarlos. Quiero que sepas que te creo y que espero con ilusión que podamos trabajar juntos.

Jennifer Rush lo había estado observando. Algo en sus ojos de ágata pareció ablandarse mientras él hablaba.

—Gracias —repuso con una sonrisa amable.

Entonces, como impulsados por la misma idea, los dos se levantaron a la vez y se

encaminaron hacia la puerta. Logan la abrió y Jennifer salió.

Una vez en el pasillo, Logan le tendió la mano para despedirse. Tras una breve vacilación, ella se la estrechó con suavidad. Y cuando lo hizo, Logan sintió un repentino y desgarrador destello de emoción, tan poderoso y abrumador que casi se tambaleó físicamente. Retiró la mano e hizo lo posible por disimular la impresión. Jennifer titubeó. Logan aventuró una sonrisa y después, tras una confusa despedida, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—**E**SO fue hace tres noches, ¿no? —preguntó Logan al joven que conducía el hidrodeshlizador.

El otro, de nombre Hirshveldt, asintió con la cabeza.

—Oscurecía. Yo estaba en la pasarela exterior del sector Verde comprobando las conexiones de alimentación del conversor de metano. Entonces se me cayó una llave inglesa y, cuando me agaché para recogerla, miré hacia la marisma y... la vi a ella.

Se hallaban a medio kilómetro de la estación, rumbo al nordeste entre la enmarañada vegetación del Sudd. Era un viaje extraño y difícil a través de distintos elementos —fango, agua, plantas y aire— a medida que el hidrodeshlizador se abría paso en aquella maraña sobrenatural. Lo mismo daban vueltas en una superficie de lodo oscuro y viscoso que amenazaba con engullirlos, como saltaban sobre amasijos de cañas, hierbas acuáticas y troncos podridos. Atardecía; un sol brumoso se ponía tras ellos en la marisma.

Hirshveldt detuvo bruscamente la embarcación. Echó un vistazo alrededor y después se volvió hacia la estación.

—Fue más o menos aquí —dijo.

Logan lo miró y asintió. Había repasado el expediente de Hirshveldt. Segundo mecánico. Había estado en tres expediciones de Porter Stone. Era experto en reparar y mantener complejos sistemas mecánicos de cualquier tipo, especialmente motores diésel. Su perfil psíquico —Stone obligaba a someterse a ese tipo de pruebas a todos los candidatos— mostraba un coeficiente muy bajo de pensamiento divergente y desinhibición.

En otras palabras, Hirshveldt era probablemente la última persona de la que cabría esperar que viera cosas raras.

Cuando la embarcación dejó de moverse, los rodeó una nube cada vez mayor de mosquitos y otros insectos. El olor del Sudd, un hedor pútrido y penetrante, los envolvía. Logan abrió su bolsa, cogió una cámara digital, enfocó manualmente e hizo varias fotos de los alrededores. Luego grabó una panorámica con una cámara de vídeo. Tras volver a guardar ambas en la bolsa, sacó seis tubos de ensayo, tomó muestras del fango y la vegetación, los cerró y los guardó. Por último sacó un pequeño artilugio portátil. Tenía un indicador digital, un potenciómetro analógico y dos interruptores. Logan se acercó con cuidado a la proa del hidrodeshlizador, puso en marcha el aparato, ajustó el potenciómetro y desde allí trazó lentamente un arco ante él.

—¿Qué es eso? —quiso saber Hirshveldt, picado en su curiosidad profesional.

—Un contador de iones del aire.

Logan observó el indicador, volvió a ajustar el aparato y realizó un segundo barrido.

Había hecho una lectura base en la estación, antes de embarcar en el hidrodeshlizador. El aire aquí estaba más ionizado —alrededor de quinientos iones por metro cúbico—, pero no lo bastante para que resultara preocupante. Extrajo una libreta del bolsillo, anotó algo y dejó el contador de iones de nuevo en la bolsa. Se volvió hacia Hirshveldt.

—¿Sería tan amable de describirme lo que vio? Cuantos más detalles pueda darme, mejor.

Hirshveldt tardó en contestar; obviamente estaba repasando sus recuerdos.

—Era alta. Delgada. Caminaba despacio... por aquí, sobre la superficie de la marisma.

Logan contempló el laberinto de vegetación.

—¿Tropezó o resbaló mientras caminaba?

El mecánico negó con la cabeza.

—No, pero no eran unos andares normales.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que caminaba despacio, muy despacio, como si estuviera en trance o fuera sonámbula.

Logan tomó nota en su libreta.

—Continúe.

—La rodeaba una especie de resplandor azulado.

«¿El resplandor de la puesta de sol, el resplandor de la imaginación, o el resplandor de un aura?», se preguntó Logan.

—¿Podría describirlo? ¿Era constante, como el de una luz incandescente, o bien oscilaba como la aurora boreal?

Hirshveldt apartó un mosquito de un manotazo.

—Oscilaba. Pero también despacio. —Hizo una pausa y añadió—: La mujer era joven.

—¿Cómo lo sabe?

—Se movía como se mueve un joven, no como una anciana.

—¿Cómo era el color de la piel?

—Es difícil decirlo debido al resplandor. Pero era bastante oscura.

Logan lo anotó.

—¿Podría describir cómo iba vestida?

Una pausa.

—Llevaba un vestido. De cintura alta, casi transparente. Con una larga cinta atada alrededor de la cintura y que le llegaba por debajo de las rodillas. Y también una especie de capa triangular sobre los hombros. Creo que del mismo material.

«La clásica capa egipcia», se dijo Logan mientras escribía. La capa propia de la aristocracia, o tal vez de una sacerdotisa. Como la que Tina Romero dijo que había desaparecido de su despacho. Cuando le había preguntado por ella, la egiptóloga le había dicho que pretendía llevarla en la fiesta de clausura que Stone siempre celebraba cuando una expedición concluía con éxito.

—¿Reconocería a la mujer si volviera a verla? —preguntó.

Hirshveldt meneó la cabeza.

—Estaba demasiado oscuro. Además, lo que llevaba en la cabeza no me dejaba verle bien la cara, incluso cuando me miró.

Logan dejó de anotar.

—¿Lo miró?

El mecánico asintió.

—¿Lo miró a usted o miró en dirección a la estación?

—Yo la estaba observando cuando ella se detuvo y, con la misma lentitud, giró la cabeza. Vi el brillo de sus ojos en la oscuridad.

—Ha dicho que llevaba algo en la cabeza, ¿qué aspecto tenía?

—Era como... el cuerpo de un pájaro. Con plumas y con un pico largo. Le cubría la cabeza como un sombrero. Las alas, plegadas a ambos lados, le tapaban las orejas.

«El halcón de Horus. Una sacerdotisa, no hay duda», pensó Logan mientras hacía una última anotación y guardaba la libreta en la bolsa.

—Cuando ella lo miró, tuvo alguna sensación especial?

Hirshveldt frunció el ceño.

—¿Una sensación?

—Ya sabe, de reconocimiento, de bienvenida...

—Tiene gracia que lo mencione. Cuando la vi caminando por la marisma me pareció..., no sé, triste. Pero cuando se volvió y me miró sentí algo diferente.

—¿Qué? —lo apremió Logan.

—Sentí furia, verdadera furia. —Hizo una breve pausa—. No sé por qué sentí eso. Pero entonces me pasó una cosa muy extraña. Se me secó la boca hasta que casi no podía tragar. Aparté la vista un momento, me sequé el sudor de los ojos, y cuando volví a mirar..., ella había desaparecido.

Logan pensó en la maldición de Narmer. «La lengua se le clavará en la garganta...» Echó un vistazo alrededor en la creciente oscuridad y notó que se le ponía carne de gallina. El mal que había percibido con tanta claridad durante el incendio del generador había vuelto. Era casi como una presencia física que le susurrara por encima del zumbido de los insectos.

Se volvió hacia el mecánico.

—Creo que es hora de que regresemos a la estación. Gracias por su tiempo.

—De nada.

Hirshveldt parecía tan ansioso como él por salir de la marisma. Puso en marcha el hidrodreslizador y reanudaron el camino de regreso hacia las acogedoras luces.

DESDE la atalaya de Mark Perlmutter, la cofa que se levantaba por encima del sector Rojo, las dos figuras del hidrodreslizador, brincando por la desolada marisma en dirección a la estación, le parecieron ridículas. ¿Qué demonios hacían ahí fuera? ¿Probar una vacuna contra la malaria?

A modo de respuesta a sus conjeturas, un mosquito zumbó en su oído y Perlmutter lo espantó con la mano. «Será mejor que me ocupe de mis asuntos o los mosquitos me dejarán como un colador», se dijo. En cualquier caso, lo que aquellos dos pudieran estar haciendo no le incumbía. Era su segunda excavación con Porter Stone y ya se había dado cuenta de que sucedían tantas cosas raras que no tenía sentido hacerse demasiadas preguntas.

Apartó la vista de la creciente oscuridad y centró su atención en el mástil, la estructura metálica parecida a un periscopio que albergaba las distintas antenas microondas y los equipos de emisión y recepción de los cuales dependía la estación para seguir conectada con el mundo exterior. El transmisor de baja frecuencia había estado haciendo el tonto y, como ayudante de comunicaciones, correspondía a Perlmutter subir por el maldito mástil hasta la cofa situada por encima de la gran carpa que cubría el sector Rojo y ver qué pasaba. ¿Quién iba a hacerlo si no? Fontaine, su jefe, no, desde luego. Con sus ciento veinte kilos probablemente no era capaz de subir ni cinco peldaños.

Oscurecía deprisa, de modo que encendió la linterna para examinar el transmisor. Había comprobado el cableado y los circuitos en la sala de comunicaciones de abajo y no había encontrado nada. Estaba convencido de que el problema se hallaba en el transmisor, y no se equivocaba. Tras dos minutos de inspección, descubrió un cable medio pelado que se había soltado de la placa base.

Era pan comido. Hizo una pausa para untarse los brazos y el cuello con más repelente de insectos y después sacó de la mochila el soldador portátil y el estaño. Colgó la linterna del mástil, cortó con los alicates el cable estropeado y, cuando el soldador estuvo caliente, aplicó el estaño y soldó el cable con cuidado.

Dejó a un lado el soldador y examinó el resultado a la luz de la linterna. Se sentía orgulloso de su habilidad como soldador, destreza que había pulido con los años, desde que de muy joven empezó a trabajar con equipos electrónicos; asintió con satisfacción al ver lo bien que había quedado el empalme. Sopló para ayudar a que se enfriara. Cuando bajara a la sala de comunicaciones volvería a probar el equipo, por supuesto, pero estaba cien por cien seguro de que ese había sido el problema. Durante la cena exageraría un poco la dificultad del trabajo ante Fontaine. Si la excavación tenía éxito habría gratificaciones para todos, y la cuantía de la suya dependería de

Fontaine.

Volvió a poner la tapa del transmisor y se dio la vuelta para contemplar el paisaje mientras esperaba a que el soldador se enfriara. El hidrodeshlizador había desaparecido; la infinita negrura del Sudd se extendía en todas direcciones. Parecía que se avecinaba un aguacero. Las luces de la estación, diseminadas a lo largo de los seis sectores, centelleaban a sus pies. Desde aquella altura veía las largas hileras de bombillas que delimitaban la cortina del puerto, el débil resplandor del Oasis y las interminables lucecitas que iluminaban las pasarelas flotantes que unían los diferentes sectores. Era una vista reconfortante, pero Perlmutter no se sintió reconfortado. Aquel islote de luz, una mera interrupción en los incontables kilómetros de oscuridad que los rodeaban, no conseguía ocultar el hecho de que miles de kilómetros cuadrados de infranqueables marismas los separaban de la civilización. Dentro, en los dormitorios, trabajando en la sala de comunicaciones o de relax en la biblioteca o en el Oasis lograban olvidar lo solos que estaban, pero allí arriba...

Perlmutter se estremeció a pesar del calor de la noche. «Si la excavación tenía éxito...» Durante los últimos días las habladurías acerca de la maldición de Narmer habían ido en aumento. Al principio, cuando el proyecto se puso en marcha y corrió la voz de lo que buscaban, todos se lo tomaron a broma, como algo de lo que reírse alrededor de unas cuantas cervezas; pero a medida que los días pasaban, los comentarios eran cada vez más serios. Incluso Perlmutter, que era la persona más descreída que uno podía conocer, había empezado a ponerse nervioso..., sobre todo después de lo que le había ocurrido a Rogers.

Miró nuevamente a su alrededor. La oscuridad parecía acosarlo por todos lados, estrujarlo casi, apretarle el pecho y dificultarle la respiración.

Aquello fue suficiente. Cogió el soldador, todavía caliente, y el resto de los materiales, los guardó en la mochila y la cerró. Se arrodilló en la cofa y abrió la cremallera del semicírculo de lona protectora que daba acceso al interior del sector Rojo. Debajo estaba el tubo de metal que rodeaba al mástil igual que una chimenea, iluminado de vez en cuando por luces led. Se echó la mochila al hombro, se cogió a la escalerilla metálica, bajó unos cuantos peldaños, cerró la lona y siguió descendiendo con cuidado. Había una caída de diez metros hasta el fondo, y no quería resbalar.

Cuando llegó a la base del mástil dejó escapar un suspiro y se secó el sudor de las manos en la camisa. Iría a comprobar el funcionamiento del transmisor de baja frecuencia para asegurarse de que había exorcizado sus gremlins y después buscaría a Fontaine, que seguramente estaría atracándose con una cena temprana.

Se disponía a salir del tubo del mástil pero de pronto se detuvo. Había dos compuertas que llevaban al exterior, una conducía al pasillo donde estaban los laboratorios científicos y la sala de comunicaciones; la otra, a la subestación eléctrica

del sector Rojo. Quince minutos antes, cuando había entrado para subir por el mástil, la compuerta de la subestación estaba cerrada.

Pero en ese momento estaba abierta.

Dio un paso adelante con expresión ceñuda. Normalmente, la subestación se encontraba a oscuras porque funcionaba de forma autónoma. Solo entraba gente cuando había que hacer alguna reparación. Sin embargo, de haber alguna avería eléctrica, él habría sido el primero en saberlo. Dio otro paso.

—¿Hola? —dijo a la oscuridad—. ¿Hay alguien ahí?

¿Se estaba volviendo loco o había visto una luz tenue que se apagaba al otro extremo de la subestación?

Se humedeció los labios, cruzó la compuerta y entró. ¡Qué demonios...! Había un charco de agua en el suelo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso se trataba de una filtración exterior?

Avanzó otro paso al tiempo que buscaba el interruptor de la luz.

—¿Hola? ¿Ho...?

Y entonces el mundo estalló en una explosión de dolor y de furiosa e impenetrable blancura.

A las nueve y media de la mañana siguiente sonó el teléfono del despacho de Logan.

Descolgó al tercer timbrazo.

—Jeremy Logan. Dígame.

—¿Jeremy?, soy Porter. ¿Interrumpo algo?

Logan se irguió.

—Nada que no pueda esperar.

—Entonces me gustaría que vinieras al Centro de Operaciones. Hay algo que creo que deberías ver.

Logan guardó el archivo en el que había estado trabajando —un resumen de su conversación con Hirshveldt la noche anterior—, se levantó y salió del despacho. Tuvo que detenerse en un par de ocasiones y preguntar el camino. La gente parecía nerviosa esa mañana, y no era para menos. La noche anterior, un operario de comunicaciones llamado Perlmutter había estado a punto de morir electrocutado. Logan se había enterado de lo ocurrido por los comentarios en el desayuno: el operario había pisado un charco de agua donde había un cable de la corriente. «Lo encontró Fontaine, su jefe», había oído decir a alguien. «Horrible. Parecía cubierto de hollín de lo negro que lo habían dejado las quemaduras eléctricas».

Al escuchar aquello no pudo menos que recordar la maldición de Narmer —«Sus miembros se convertirán en cenizas»—, pero se guardó muy mucho de comentarlo con nadie y archivó el recuerdo para estudiarlo más adelante.

A diferencia de cuando la tragedia del generador, no se había convocado ninguna reunión para analizar el accidente ni para determinar sus causas. Logan dio por sentado que se programaría para más adelante o que quizá se reunirían únicamente los cargos más altos. Lo que sí sabía era que Perlmutter se hallaba en estado grave y bajo la atención constante de Ethan Rush.

El Centro de Operaciones, ubicado en el corazón del sector Blanco, resultó ser la sala repleta de monitores que había visitado anteriormente, y Cory Landau, el joven con bigote a lo Zapata, se encontraba una vez más al mando de la futurista cabina central. Logan se fijó en la pantalla donde aparecía una imagen de tres dimensiones que representaba el mapa de las excavaciones. Su extensión había aumentado notablemente desde la primera vez que la había visto.

Porter Stone, Tina Romero y Fenwick March se hallaban reunidos alrededor de Landau; los tres miraban fijamente uno de los monitores más grandes, que mostraba lo que a Logan se le antojó una especie de sopa verdosa salpicada por puntos de estática.

Stone levantó la vista cuando lo vio entrar.

—Ah, Jeremy, ven a echar un vistazo a esto.

Logan se reunió con ellos en la cabina central.

—¿Qué es?

—Esqueletos —dijo Stone en tono de callada reverencia.

Logan contempló la pantalla con creciente interés.

—¿Dónde es, exactamente?

—Cuadro H Cinco —murmuró Stone—. A trece metros y medio de la superficie.

Logan miró a Tina Romero, que observaba la pantalla sin dejar de jugar con su estilográfica amarilla.

—¿Y a qué distancia se halla del primer esqueleto?

—A unos dieciocho metros más o menos, exactamente en la dirección en la que ordené que se concentrasen los buzos.

Lanzó una mirada a March con una sonrisa llena de orgullo que decía «ya te lo dije».

—Aquí hay otro —dijo una voz por el intercomunicador.

Logan comprendió que era uno de los buzos que hablaba desde las fangosas profundidades del Sudd. En el monitor la negra figura de un buzo enfundado en un traje de neopreno emergió de la sopa verdosa. Sostenía un hueso. Stone se acercó al micrófono.

—¿Cuántos van por el momento?

—Nueve —respondió la distante voz.

Stone se volvió hacia Tina.

—Ethan me contó lo que usted dijo durante el análisis del primer esqueleto, que sabía que la muerte se debía a un suicidio y también el lugar donde encontraríamos el siguiente grupo de esqueletos. ¿Sería tan amable de explicárnoslo?

Si Romero había tenido intención de mostrarse reticente, la petición de su jefe la convenció de lo contrario.

—Desde luego —respondió apartándose un mechón del rostro con un dedo—. Primero encontramos un cuerpo. Ahora hemos descubierto varios; calculo que serán alrededor de doce en total. Dentro de poco daremos con un gran osario. Todo ello obedece a la manera en que Narmer fue enterrado y cómo se ocultó la tumba. Deben tener en cuenta que todo eso sucedió antes de la era de las pirámides, cuando los primeros faraones eran enterrados en túneles o en mastabas. Tenemos que partir de la base de que la tumba de Narmer, tenga el aspecto que tenga, prefiguraba de un modo único las que vendrían a continuación. Sin embargo, a diferencia de los faraones que le sucedieron, Narmer no deseaba que nadie recordara la ubicación de su tumba. No hay duda de que en el lugar de su construcción tuvo que haber cientos de trabajadores así como miembros de su guardia personal. Cuando la obra concluyó, todos esos

trabajadores, del primero al último, fueron sacrificados y sus cuerpos quedaron esparcidos alrededor de la tumba. Más tarde, cuando Narmer fue enterrado, tanto los sacerdotes como los guardias de rango inferior que asistieron a la ceremonia también fueron sacrificados a una distancia ritual por los soldados del faraón. A continuación, estos se retiraron a una distancia prudencial y se dieron muerte, todo esto para mantener el secreto del lugar de reposo de los restos mortales de su faraón. Así pues, un ejército de muertos debía mantener la guardia alrededor de la tumba de Narmer durante toda la eternidad. Solo una persona, el escriba personal del faraón, salió de este desierto llevando consigo ese secreto, y cuando lo hubo grabado en ese ostracón ordenó a sus guardias personales que lo mataran también a él.

Stone asintió sin dejar de mirar la pantalla.

—De ahí el número decreciente de cuerpos que hemos hallado a medida que nos alejamos de la tumba. —Se volvió hacia Romero—. Y la dirección en la que ordenó buscar a nuestros buzos fue hacia el norte, ¿no?

—En efecto.

—Y lo ordenó así —terció Logan— porque las entradas de las cámaras reales de las pirámides y de otras tumbas están siempre orientadas al norte, ¿verdad?

Stone Sonrió.

—Muy bien, Jeremy. Yo he deducido lo mismo. —Miró a Romero—. Y ese osario estará al norte de este punto, ¿no?

—Eso creo —contestó la egiptóloga—. A unos veinte metros aproximadamente.

—¿Y la entrada de la tumba se hallará a otros veinte metros más al norte?

Romero no contestó. No hacía falta. Stone se volvió hacia la puerta.

—Tengo que ir a ver a Valentino. Tenemos que poner los buzos a trabajar en tres turnos ya mismo.

La radio chisporroteó.

—Aquí hay otro esqueleto. Está completamente enterrado en el fango, señor. ¿Qué hacemos con él?

March habló por primera vez.

—Ya saben lo que tienen que hacer. Métenlo en un contenedor y llévenlo a la estación.

La sonrisa de Tina desapareció y fue sustituida por una expresión ceñuda.

—Espere. Hay que subir el primer esqueleto para analizarlo y estar seguros de la dirección. Pero a los sacerdotes y a los criados... deberíamos dejarlos en paz.

Logan la miró, reparó en el tono de urgencia de la egiptóloga y se acordó de lo que había oído decir acerca de la ambivalencia de Romero en lo tocante a los tesoros hallados en las tumbas.

—Eso es una tontería —replicó March—. Si se trata realmente de los sacerdotes del primer faraón de Egipto, sus restos tienen un valor histórico incalculable.

—Estamos aquí para desvelar los secretos de la tumba —espetó Romero—, no para...

—Un momento —los interrumpió Stone. Estaba impaciente por dar las órdenes oportunas a Valentino y no tenía tiempo para discusiones ideológicas—. Subiremos los seis esqueletos. Uno se lo entregaremos a Ethan Rush para que lo analice, aunque ahora mismo está muy ocupado con otro asunto. Tú, Fenwick, examinarás los otros cinco. Cribaremos la matriz alrededor de ellos en busca de joyas o restos de ropa y calzado, aunque dudo que encontremos algo. Cuando hayas completado los exámenes, cinco de los seis esqueletos serán devueltos. Solo nos quedaremos uno. ¿Os parece bien?

Tras unos segundos, Romero asintió. March no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes.

—Muy bien. Landau, ¿quiere dar las órdenes?

—Sí, señor Stone —contestó el joven.

—Gracias. —Tras dirigirles una mirada a cada uno, Stone salió del Centro de Operaciones.



Cuando Logan se asomó al laboratorio de arqueología, cuatro horas más tarde, reinaba allí un controlado frenesí. Varias personas vestidas de blanco, inclinadas sobre cubetas y mesas metálicas, examinaban delicados huesos parduscos con las manos enfundadas en guantes de látex. Otras tecleaban ante los ordenadores mientras el resto clasificaba objetos, los etiquetaba y los guardaba en contenedores especiales. El sonido de las voces competía con el ruido del correr del agua y el zumbido de las sierras circulares. Fenwick March caminaba entre ellas como si fuera el señor del castillo, ora se detenía para coger un objeto de manos de un ayudante, ora miraba por un microscopio o hablaba a la grabadora digital que tenía en la mano. Toda la sala olía fuertemente a la descomposición vegetal del Sudd y a algo aún más desagradable.

—¡No laves eso! —gritó March a uno de los ayudantes, quien al oírlo dio un brinco—. Enjuágalo, enjuágalo poco a poco. —Se volvió hacia otro—: Seca esa sección, rápido, tenemos que estabilizarla antes de que se desconche más. ¡Rápido, hombre, rápido!

Una de las ayudantes levantó la vista de una pila de caderas y tibias.

—Doctor March, acaban de traer esto tal cual. Así no hay manera de articular un esqueleto.

—¡Los escanearemos más tarde! —repuso March, rodeándola—. Lo importante es limpiarlos, etiquetarlos e introducirlos en la base de datos, y hacerlo ahora, ¡no

mañana! Ya nos ocuparemos de articularlos más adelante.

«Tal vez —se dijo Logan al tiempo que entraba en la sala— March piense que, si limpia y clasifica los esqueletos, Stone le permitirá quedárselos». Era en momentos así cuando salían a relucir los verdaderos intereses de la gente. March era arqueólogo, no egiptólogo; para él los huesos eran lo principal.

March se volvió y reparó en Logan. Frunció el ceño, como si desaprobara que hubiese entrado en sus dominios.

—¿Qué quiere?

Logan le obsequió con su mejor sonrisa.

—Me preguntaba —dijo señalando un cráneo al que estaban quitando el barro en un fregadero cercano— si me prestaría uno de esos.

LOGAN, sentado ante el ordenador de su pequeño despacho, tecleaba despacio. Era por la noche, tarde, y el sector Marrón estaba tan silencioso como una tumba. Por fin había podido terminar de transcribir el resto de sus notas sobre su conversación con Hirshveldt y los comentarios que este había hecho durante su breve salida al Sudd. Cerró ese documento y a continuación abrió otro para enumerar con detalle los ominosos e inesperados sucesos ocurridos en la estación, incluyendo el incendio del generador y la electrocución del especialista de transmisiones, Mark Perlmutter. Tras una exhaustiva investigación, nadie había hallado explicación para la presencia del charco de agua y el cable eléctrico. Perlmutter, que de vez en cuando recobraba la conciencia, había dicho algo sobre que había visto una luz, pero no había forma de saber si estaba delirando o no. Los rumores que corrían por la estación —y que hablaban tanto de sabotaje como de la maldición de Narmer hecha realidad— habían aumentado significativamente. Tras el descubrimiento de aquellos huesos, y ante la certeza de que la tumba se hallaba en algún lugar muy próximo, entre el personal imperaban sentimientos encontrados: una tensa expectación combinada con un miedo creciente.

Logan había examinado personalmente la subestación eléctrica y hablado con los pocos que ese día habrían podido tener algún motivo para entrar allí, pero nadie sabía nada ni había visto nada fuera de lo normal. Es más, todos le habían parecido francos y sinceros, y Logan no había percibido en ellos nada aparte de tristeza y confusión.

Cerró el documento y miró el contenedor azul que había dejado junto al ordenador. Lo cogió, lo abrió y sacó con mucho cuidado un bulto envuelto en un trapo. Apartó los pliegues de tela y dejó al descubierto un viejo cráneo de color pardusco.

Lo sostuvo en alto con el trapo y lo giró a un lado y a otro mientras lo examinaba atentamente. March no quería prestárselo, pero no se había atrevido a negarse porque sabía que Logan contaba con el favor de Stone. En cualquier caso, había elegido el más estropeado y se lo había entregado con la condición de que lo devolviera en idéntico estado esa misma noche.

Aunque estaba abollado, agrietado y le faltaban los dientes, los sedimentos y el fango que lo habían envuelto durante siglos lo habían conservado bastante bien. Olía fuertemente al Sudd, un hedor que impregnaba la estación y que empezaba a perseguirlo incluso en sueños. Cogió la lupa de joyero que llevaba en la bolsa, se la acercó a un ojo e hizo un cuidadoso examen de la superficie del cráneo. A pesar de que le faltaba el hueso occipital, no presentaba síntomas de violencia. Tenía bastantes arañazos alrededor de la corona y en la cavidad ocular izquierda, pero sin duda se

debían a la erosión natural. Examinó las suturas ectocraneales una por una: la coronal, la sagital y la lambda. A juzgar por el tamaño del proceso mastoideo y de la naturaleza redondeada del margen supraorbital, llegó a la conclusión de que se trataba de un cráneo de hombre, ninguna sorpresa en ese aspecto.

A continuación retiró del todo el trapo y sostuvo el cráneo entre sus dedos con sumo cuidado. Dos ojos habían observado el mundo desde aquellas cuencas. ¿Qué maravillas habrían visto? ¿Habrían contemplado a Narmer en persona supervisando la construcción de su tumba? ¿Habrían presenciado la batalla en la que el faraón había unificado Egipto? Como mínimo habían visto las filas de sacerdotes dirigiéndose hacia el sur y adentrándose en un territorio hostil para enterrar los restos mortales de su rey mientras su *ka* se reunía con los dioses del otro mundo. Logan se preguntó si ese tipo había sabido que se trataba de un viaje del que nunca regresaría.

Hizo girar el cráneo al tiempo que vaciaba su mente de todo pensamiento y la abría a cualquier percepción y sugestión.

—¿Qué está intentando decirme, Karen? —preguntó en voz alta a su difunta esposa mientras sostenía el cráneo.

Pero no recibió nada. El cráneo no le transmitió ninguna impresión salvo la de su antigüedad y fragilidad. Al fin dejó escapar un suspiro, lo envolvió en el trapo y lo depositó en el contenedor.

Si Tina Romero estaba en lo cierto, no tardarían en hallar un gran osario —los restos de los constructores de la tumba— y, poco después, la tumba propiamente dicha. Y Porter Stone tendría una nueva hazaña que añadir a su historial. Es más, si la tumba contenía la corona del Egipto unificado constituiría sin lugar a dudas el hallazgo más importante de su carrera.

Logan se recostó en su asiento sin dejar de mirar el contenedor. Stone era un hombre fuera de lo normal. Dotado de una disciplina sobrehumana y con apasionadas convicciones pero, aun así, dispuesto a contratar a gente que discrepaba abiertamente de él, incluso a gente que dudaba de sus posibilidades de éxito. Poseía una impecable formación científica y era un racionalista y un empirista convencido, sin embargo no le daba miedo rodearse de gente cuya especialidad constituía motivo de escarnio para la comunidad científica. Él, Logan, encarnaba el ejemplo perfecto. Meneó la cabeza, admirado. Lo cierto era que Porter Stone estaba dispuesto a hacer lo que fuera, por poco ortodoxo y marginal que resultara, para garantizar el éxito de sus iniciativas. Al fin y al cabo, no había otra razón para que hubiera incluido en la excavación a Jennifer Rush, una mujer que leía las cartas Zener con la misma facilidad que un mono hacía malabarismos con un coco y que era capaz de...

Se irguió de repente.

—Pues claro —murmuró—, pues claro.

Se levantó despacio, se puso el contenedor bajo el brazo y salió del despacho con

aire pensativo.

LAS dependencias médicas estaban en silencio cuando Logan entró. Las luces del techo iluminaban a media potencia; y tras el mostrador de recepción solo había una enfermera. De algún lugar del laberinto de habitaciones surgía el zumbido de los instrumentos clínicos.

Ethan Rush apareció por una esquina, con pasos largos, conversando con la enfermera que lo acompañaba. Al ver a Logan, se detuvo.

—Hola, Jeremy. Si has venido a hablar con Perlmutter, no va a poder ser. Sufre fuertes dolores y hemos tenido que sedarlo.

—No se trata de Perlmutter —dijo Logan.

Rush se volvió hacia la enfermera.

—Seguiremos después —le dijo, luego hizo un gesto a Logan para que lo siguiera—. Vamos a mi despacho.

El despacho de Rush era un cubículo de aspecto esterilizado situado detrás de la sala de las enfermeras. Señaló una silla a Logan, se sirvió una taza de café y tomó asiento. Parecía agotado.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Jeremy? —preguntó.

—Sé por qué tu mujer está aquí. —Rush no dijo nada, de modo que Logan prosiguió—: Está intentando contactar con los muertos, ¿verdad? Intenta canalizar a Narmer, ¿no?

Rush permaneció en silencio.

—Es lo único que encaja —continuó Logan—. Tú mismo me dijiste que muchos de los que regresan de una experiencia cercana a la muerte desarrollan nuevas habilidades psíquicas y que algunos aseguran que pueden hablar con los muertos. También me contaste que el don específico de tu mujer es la retrocognición; es decir, la capacidad de tener conocimiento de los sucesos y las personas del pasado más allá de cualquier sabiduría e inferencia convencional. —Se levantó y se sirvió una taza de café—. Se trata de una especialidad muy poco frecuente en la parapsicología, pero hay antecedentes bien documentados. En 1901, dos eruditas inglesas, Anne Moberly y Eleanor Jourdain, estaban de visita en Versalles, buscando el Petit Trianon, la residencia de María Antonieta, cuando se encontraron con unos personajes singularmente vestidos, entre ellos lacayos que hablaban al estilo antiguo y una joven sentada en un taburete que hacía un boceto. Tanto Moberly como Jourdain experimentaron una melancolía extrañamente opresiva que duró hasta que abandonaron su búsqueda y se marcharon. Más tarde, ambas mujeres llegaron a la conclusión de que habían entrado telepáticamente en los recuerdos de la mismísima María Antonieta y que la joven a la que habían visto dibujando era ella en persona.

En los años que siguieron, Moberly y Jourdain realizaron una exhaustiva investigación de su experiencia que recogieron en un libro publicado en 1911 llamado *An Adventure*, «Una aventura». Te lo recomiendo.

Logan se sentó y tomó un sorbo de café.

Rush se revolvió en su silla, incómodo.

—Ya conoces la exhaustividad con la que Stone prepara sus proyectos. Es de los que prefiere tener diez especialistas diferentes, cada uno en su propia disciplina, y pagar por ello diez veces más, que un generalista con los mismos conocimientos. Para él es algo que casi representa la diferencia entre el fracaso y el triunfo. —Hizo una pausa y apartó la mirada—. Al comienzo de esta expedición, su gran preocupación era hallar la ubicación de la tumba. Stone estaba convencido de que se encontraba aquí, pero desconocía el lugar exacto y tenía el tiempo contado. Así pues, estaba abierto a cualquiera que pudiera ayudarlo a encontrarla.

Rush meneó la cabeza y siguió hablando.

—De alguna manera se enteró de la existencia de nuestro centro y del don de mi mujer. No me preguntes cómo, estamos hablando de Stone. El caso es que se puso en contacto con nosotros. Al principio me negué rotundamente. Yo tenía que acompañar a Jen, nadie más puede controlar sus... «viajes al otro lado», y el Sudd me parecía un lugar hostil y dejado de la mano de Dios. Además, tenía mucho trabajo. Stone nos ofreció más dinero, pero yo no me dejé convencer. Como sabes, el Centro cuenta con muchos mecenas ricos que han tenido una experiencia cercana a la muerte. Fue entonces cuando Stone me propuso el cargo de médico jefe y una cantidad que habría sido una locura rechazar. Además, tras pensarlo mucho llegué a la conclusión de que también podía ser beneficioso para Jen.

—¿En qué sentido? —preguntó Logan.

—Para darle la ocasión de utilizar su don de manera positiva. No sé si me entiendes, Jeremy, pero Jen no cree que su don sea ninguna bendición.

Logan recordó su encuentro con Jennifer Rush, la tristeza que había percibido en ella y el todavía inexplicable torrente de emociones empáticas que había sentido al darle la mano. «Desde luego, no es ningún regalo», se dijo. Años atrás había conocido a un telépata prodigioso. No obstante, el hombre había entrado en un estado de abatimiento tal que había acabado suicidándose. Los médicos lo habían clasificado como deficiente mental y habían dicho que las voces que oía en su cabeza eran simple esquizofrenia, pero Logan sabía que se equivocaban. Conocía el inconveniente que suponía poseer un don al que uno no podía renunciar, y en ese momento se sintió como un tonto por lo que le había dicho a Jennifer Rush.

—El caso —dijo el médico, interrumpiendo sus cavilaciones— es que al principio a Jen se le pidió que captara sensaciones, imágenes fugaces de acontecimientos pasados que pudieran ayudar a localizar la tumba. Pero entonces Tina Romero y

Fenwick March lograron situarla con cierta aproximación, y la razón que justificaba la presencia de Jen perdió fuerza. Además, en ese momento... —Rush vaciló—. En ese momento todo había cambiado.

—Quieres decir que tu mujer había establecido contacto con un ente del pasado, ¿no?

Rush tardó unos instantes en responder, y cuando lo hizo fue con un leve asentimiento.

Logan sintió un escalofrío de emoción. Le resultaba a la vez increíblemente excitante y difícil de creer, «¡Dios mío! ¿Y si resulta que es verdad?», se dijo.

—¿Stone lo sabe? —preguntó.

Rush asintió de nuevo.

—Por supuesto.

—¿Y qué opina?

—Es como te he dicho: Stone hará cualquier cosa, intentará lo que sea para conseguir lo que busca. Y Jen ha demostrado sus poderes psíquicos de tantas maneras, que sé que Stone desea creer. —Rush miró a Logan fijamente—. ¿Y tú? ¿Qué opinas tú?

Logan respiró hondo.

—Yo creo..., no, yo sé, porque lo he percibido por mí mismo, que determinadas personalidades especialmente fuertes, llámalas fuerzas vitales si quieres, pueden perdurar en un lugar determinado aun después de que su cuerpo haya desaparecido. Cuanto más fuerte y cuanto más violenta sean la personalidad y su voluntad, mas tiempo perdurará..., solo se necesitará una mente extraordinariamente dotada para percibirla.

Rush se pasó despacio una mano por el cabello. Miró a Logan, apartó la vista y luego volvió a mirarlo. «Todo esto lo tiene muy inquieto —pensó Logan—. No es lo que esperaba que ocurriera, no lo es en absoluto».

—¿Quién más está al corriente de esto? —preguntó.

—March y Romero, desde luego. Es posible que alguien más, pero también puede que no. Ya conoces a Stone. Además, no nos movemos precisamente en un terreno trillado.

—¿Y qué opina tu mujer?

—No le gusta. Le parece extraño y desconocido, y creo que le da miedo.

—Entonces ¿por qué seguir con ello? Si vino aquí para ayudar a localizar la tumba y resulta que están a punto de encontrarla, ¿qué motivo tiene para quedarse?

—La petición expresa de Stone —repuso Rush en voz baja—. Creo que es por dos razones. La primera es que todavía no hemos dado con la tumba y que, con su mentalidad de tenerlo todo controlado, no quiere desprenderse de Jen, no fuera caso que todavía pudiera serle útil.

Rush no dijo más.

—¿Y la segunda razón? —lo instó Logan.

Tuvo la impresión de que Rush tardaba una eternidad en contestar.

—La misión de Jen aquí cambió cuando recibió... cierta información —dijo por fin.

—¿Información?

Rush no respondió, pero tampoco era necesario que lo hiciera.

—Te refieres a la maldición —dijo Logan casi en un susurro—. ¿Qué es exactamente lo que Narmer, o quien sea, os ha dicho a través de Jen?

Rush negó con la cabeza.

—No me lo preguntes, por favor. Preferiría no tener que hablar de ello.

Logan reflexionó unos instantes. La emoción y la sensación de que se hallaba ante algo de otro mundo seguían con él. «Así pues, la maldición también preocupa a Stone —se dijo. Pensó que eso era lo único que podía explicar la nueva misión de Jennifer—. Stone no sabe qué va a encontrar cuando dé con la tumba. Quiere estar lo más preparado posible para cualquier eventualidad... y aceptará cualquier ayuda que pueda conseguir..., aunque provenga del más allá».

—¿Podrías hablar con ella, por favor? —le preguntó Rush inesperadamente.

Por un momento, Logan no comprendió a qué se refería.

—¿Cómo has dicho?

—¿Podrías hablar con Jen de todo esto, de... sus tránsitos «al otro lado» y de lo que siente?

—¿Por qué yo? —quiso saber Logan—. Solo la he visto una vez, y fue un encuentro breve.

—Lo sé. Me lo contó. —Rush vaciló—. Te parecerá raro, pero creo que confiaría en ti, incluso es posible que se sincerase contigo. No sé si por el tipo de trabajo al que te dedicas o por tu forma de hacer, pero el caso es que le has causado buena impresión. —Volvió a vacilar—. ¿Quieres saber algo, Jeremy? Jen nunca habla de su experiencia cercana a la muerte. Los que han pasado por una hablan constantemente de ello. Sin embargo, Jen nunca lo ha hecho, ni siquiera en las sesiones de recogida de datos en el Centro. Hablamos de la sensibilidad que la vivencia le ha proporcionado, medimos y cuantificamos sus habilidades, pero ella nunca habla de la experiencia en sí misma. Me preguntaba si..., bueno, si habría manera de que lo compartiera contigo.

—No estoy seguro —repuso Logan—. Puedo intentarlo.

—Te lo agradecería. Yo, por mi parte, no quiero insistir más. Intento hacerme el valiente, pero la verdad es que estoy preocupado por ella. Mentiría si dijera que desde el accidente las cosas entre nosotros no están un poco tensas, pero he intentado dejarle mucho espacio. Lo que sí puedo decirte es que en el pasado tuvimos la

relación más estrecha que puede tener una pareja. —Hizo una breve pausa—. Todavía nos queremos, desde luego, pero a ella le está costando mucho volver a relacionarse con el mundo como hacía antes. Además, desde que hemos llegado a este lugar..., bueno, a veces se despierta en plena noche temblando y bañada en sudor. Cuando le pregunto qué le pasa, me dice que simplemente ha tenido un mal sueño. —Rush apartó la mirada.

—Estaré encantado de hacer lo que pueda para ayudar —dijo Logan.

Rush permaneció un momento con la vista perdida. Luego, tras un profundo suspiro, miró a Logan a los ojos, le dio un breve apretón en la mano y le brindó una muda sonrisa de gratitud.

CUANDO Logan entró en la cafería para tomar su desayuno habitual —un huevo pasado por agua y medio muffin— vio a Tina Romero sentada sola en un rincón y con toda la atención puesta en su iPad.

—¿Puedo? —le preguntó.

Tina masculló algo que tanto podría haber sido un sí como un no. Logan se sentó y echó una mirada al iPad. Tina estaba resolviendo el crucigrama del *New York Times*.

—¿Cuál puede ser una palabra de siete letras para una caja que contiene tijeras? —preguntó con los ojos clavados en la pantalla.

—«Estuche».

Tina escribió la palabra y luego lo miró.

—¿Cómo demonios lo has sabido?

—El crucigrama del *Times* es uno de mis pasatiempos secretos. Utilizan muy a menudo esa palabra.

—Lo recordaré. —Dejó a un lado el iPad—. Bueno, he oído que ayer estuviste haciendo de Hamlet.

—¿Cómo? Ah, te refieres al cráneo.

Tina asintió.

—Oí que March se quejaba a uno de sus esclavos. ¿Conseguiste sacar alguna mala vibración de él?

—No conseguí vibraciones de ningún tipo. —Logan cascó el huevo—. Pero me sorprendió el buen estado general del cráneo. Solo algunas marcas en la parte superior y unos cortes en una de las cuencas oculares.

—¿En una de las cuencas oculares?

—Sí.

—¿En cuál?

Logan reflexionó un momento.

—En la izquierda. ¿Por qué?

Tina se encogió de hombros.

Logan se acordó de la petición que Rush le había hecho la noche anterior.

—Bueno, ¿qué te pareció la actuación de Jennifer Rush en el salón de descanso?

—He estado pensando en ello. ¿Esas cartas se pueden trucar?

—Solo si estás conchabado con el que las maneja.

—Pues entonces debo decir que fue impresionante.

Logan asintió.

—Parece una mujer impresionante.

Romero tomó un sorbo de café.

—A mí me da lástima.

—¿Por qué? —preguntó Logan frunciendo el entrecejo.

—Porque no está bien que la hayan arrastrado hasta aquí después de todo lo que ha tenido que pasar.

—¿Crees que no quería venir?

Romero se encogió de hombros nuevamente.

—Creo que Jennifer es demasiado buena para negarle nada a él.

«¿Él?», se preguntó Logan. ¿Se refería a Stone o... a su marido?

Tina dio otro sorbo a su café.

—Esta clase de trabajo puede sacar lo peor de cada uno. He visto a gente unirse a una excavación por los motivos más mezquinos. —Bajó la voz—. No lo sé, es posible que Ethan Rush esté haciendo el mejor trabajo del mundo, pero a mí me parece que Jennifer es su conejillo de Indias.

Logan se la quedó mirando. ¿Estaba dando a entender que Rush se aprovechaba de su mujer y utilizaba su terrible experiencia en beneficio propio? Lo cierto era que no sabía gran cosa acerca del Centro de Estudios de Transmortalidad. Aun así, parecía que a Rush le importaba mucho su esposa. «Intento hacerme el valiente, pero la verdad es que estoy preocupado por ella», le había dicho. ¿Le preocupaba Jennifer o la importancia que su esposa tenía para el Centro?

Se oyó el pitido de un walkie-talkie. Romero metió la mano en su bolso, lo sacó y apretó el botón de transmitir.

—Aquí Romero —dijo. Escuchó unos instantes, cada vez con los ojos más abiertos—. ¡Joder! ¡Voy para allá!

Metió el walkie-talkie de nuevo en el bolso y se levantó tan bruscamente que estuvo a punto de tirar la silla.

—Era Stone —dijo mientras recogía el bolso y el iPad—. ¡Han encontrado el filón madre!

—¿El osario? —preguntó Logan.

—Sí, ¿y sabes qué significa eso? Pues que nos hallamos prácticamente encima de la entrada de la tumba. Stone ha puesto a trabajar a todos los buzos. Me juego una ronda en el Oasis a que en una hora y media la hemos encontrado.

Dicho lo cual, salió de la cafetería. Logan casi tuvo que echar a correr tras ella para alcanzarla.

TINA Romero se equivocó por siete minutos. Había transcurrido poco más de hora y media cuando el equipo de buceo informó de que había encontrado lo que parecía ser una fisura natural en el lecho del Sudd, a trece metros de profundidad, que había sido rellenada con grandes piedras.

Stone dejó un solo equipo de buceo en el osario, al mando de March, y ordenó que todos los demás se reunieran en el lugar indicado. Logan presenció el desarrollo de los acontecimientos a través de los monitores del Centro de Operaciones que Cory Landau controlaba sin inmutarse en medio de tanta excitación.

Las imágenes que retransmitían las videocámaras de los buzos eran granulosas y distorsionadas, pero a Logan se le aceleró el pulso solo con verlas. Los estrechos haces de luz de las linternas rasgaban la fangosa negrura del lecho del Sudd e iluminaban la abertura en la roca ígnea: dos metros y medio de largo por un metro veinte de ancho, forma de huso y llena de grandes piedras. Los buzos habían intentado retirarlas, pero sin éxito: su peso, el pegajoso cieno del Sudd y el paso de los siglos las habían soldado hasta formar una masa sólida.

—Aquí Tango Alfa. —La voz incorpórea llegó desde doce metros de profundidad—. No hay manera.

—Entendido, Tango Alfa —dijo la voz de Porter Stone desde algún lugar de la estación—. Déle caña.

La radio chisporroteó de nuevo.

—Aquí Tango Alfa, entendido.

Logan se volvió hacia Romero, que estaba a su lado con la mirada clavada en las pantallas.

—¿Caña? —preguntó.

—Nitroglicerina.

—¿Nitro? —Logan frunció el ceño—. ¿Es prudente?

—¡No salgas de casa sin ella! —rió Romero—. Te sorprendería saber la de veces que Stone la ha utilizado en sus excavaciones. Pero no te preocupes, uno de nuestros buzos es un ex SEAL, un artista en la materia. Será una explosión controlada de alta precisión.

Logan siguió escuchando las conversaciones por radio. Cuando uno de los buzos colocó la boya de marcación, Stone, que al parecer coordinaba la operación con Frank Valentino desde el Centro de Inmersiones, envió al buzo con la nitroglicerina. Logan y Romero contemplaron en la pantalla cómo colocaba las cargas explosivas —cuatro pequeñas bolsas de goma negra unidas por mecha detonante— alrededor de la entrada sellada por las rocas y después se reunía con los otros buzos, que lo

esperaban a una distancia de seguridad.

—Cargas colocadas —radió el buzo.

—Muy bien —oyeron que decía Stone—. Háganlas estallar.

Durante un segundo fue como si todo el mundo en la estación contuviera a la vez la respiración. Luego siguió un apagado *buuum* que hizo que todo lo que rodeaba a Logan se estremeciera.

—Aquí Redfern —dijo otra voz por la radio—. Estoy en la cofa. Boya avistada.

—¿Puede darnos una marcación exacta? —preguntó Stone.

—Afirmativo. Un momento. —Hubo una pausa—. Ciento veinte metros hacia el este. Treinta grados relativos.

Romero se volvió hacia Logan.

—Ahora tenemos que esperar a que se pose toda la mierda que hemos levantado —dijo, y señaló los monitores—. Acompáñame. Creo que hay algo que te gustará ver.

—¿Qué es?

—Otro de los milagros de Porter Stone.

Lo condujo fuera del sector Blanco, atravesaron el sector Rojo y cruzaron por las pasarelas de pontones hasta el sector Marrón, donde se detuvieron ante una escotilla desde cuyo ventanuco se divisaba todo el Sudd. Una vez abierta quedó a la vista una escalerilla de caracol que subía hasta una estrecha pasarela de madera que rodeaba por fuera la parte superior de la carpa abovedada que cubría el sector Marrón. Logan siguió a Romero por la escalerilla y una vez arriba se detuvo para contemplar la vista; primero la infernal maraña del Sudd, luego la ciudad en miniatura que cobijaba a la expedición. Un alto y estrecho tubo coronado por una pequeña plataforma y un enjambre de antenas se alzaba por encima del sector Rojo. En la plataforma había un individuo con unos prismáticos en una mano y una radio en la otra. Logan supuso que aquel lugar debía de ser lo que llamaban «cofa». Se volvió hacia Romero.

—Es una vista impresionante, pero ¿qué se supone que debo mirar?

—Espera y verás.

Tina no había terminado la frase cuando Logan oyó el ruido del motor. Lentamente, procedentes del sector Verde, aparecieron dos hidrodslizadores enormes. Cada uno llevaba montado en proa lo que parecía un híbrido entre un arado y un apartavacas armado con cientos de sierras de cadena y largos garfios que sobresalían hacia delante como un bauprés. Una flotilla de motos acuáticas y embarcaciones menores acompañaba a los dos grandes hidrodslizadores. Mientras Logan las observaba, las dos embarcaciones maniobraron hasta situarse en posición justo delante de ellos. Las tripulaciones corrieron hacia popa gritando instrucciones y lanzaron gruesos cables que otros operarios ataron a los robustos norays de los sectores Marrón, Verde y Azul. Logan se fijó en que uno de los barcos más pequeños estaba izando con un cabrestante un cable anclado en las profundidades del Sudd que,

al subir, arrastraba consigo vegetación y fango.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

Romero sonrió.

—Levar anclas.

Alguien gritó más órdenes. De repente los motores de los dos grandes hidrodreslizadores rugieron a la vez, y las naves empezaron a avanzar. Por un momento, Logan notó una sensación que no pudo identificar. Y entonces lo comprendió: toda la estación, con sus barcazas, sus pontones, sus pasarelas, sus sondas de metano y sus generadores, se estaba moviendo.

—Santo cielo —murmuró.

En ese momento supo para qué servían los extraños artefactos montados en la proa de las dos embarcaciones. Eran arados en el sentido estricto de la palabra, arados para abrirse paso en la impenetrable maraña vegetal del Sudd. Oyó el aullido de las sierras de cadena. Las motos de aguas y las embarcaciones menores iban de un lado a otro ayudando a apartar las masas flotantes más tenaces con ganchos, bicheros y sierras.

Lentamente, centímetro a centímetro, la estación fue avanzando en dirección este. Logan miró por encima del hombro y vio cómo el Sudd volvía a cerrarse tras ella sin dejar rastro de su paso.

—Nos estamos dirigiendo hacia la tumba —dijo.

Romero asintió.

—Pero ¿por qué? Ahora que sabemos dónde se encuentra, ¿no sería más fácil llegar buceando desde nuestra posición?

—Stone hace las cosas a su manera. Eso sería más lento, menos eficaz y, si lo piensas, poco práctico. Recuerda que la entrada de la tumba se halla a doce metros de profundidad, bajo un montón de cieno. ¿Cómo entrarías y al mismo tiempo preservarías lo que contiene de la contaminación del Sudd?

Logan la miró.

—No lo sé —dijo, haciéndose oír por encima del estrépito de los hidrodreslizadores y las sierras mecánicas.

—Instalando una compuerta estanca y conectando después el Umbilical.

—¿El Umbilical?

—Un tubo presurizado, de casi dos metros de diámetro, equipado con luz, electricidad y asideros para manos y pies. Un extremo se acopla a la compuerta y el otro a la Boca. Cualquier resto de fango se extrae del interior, después se iguala la presión y ya está: tienes un acceso a la tumba seco y cómodo.

Logan meneó la cabeza ante la audacia de la idea. «Otro de los milagros de Porter Stone», había dicho Tina. No le faltaba razón.

—Todavía tardaremos una hora en anclar encima de la tumba —comentó ella—.

La porquería que hemos levantado con la explosión ya se habrá posado. ¿Vamos a ver qué hay ahí abajo?



Regresaron al Centro de Operaciones, y Cory Landau revisó las transmisiones de vídeo de los buzos hasta que Tina le indicó que se detuviera.

—Esta —dijo—. ¿Quién es?

Landau miró la pantalla.

—Delta Bravo —respondió.

—¿Puedes ponerme en contacto con él?

—Claro.

Alargó la mano, ajustó un dial y le entregó el micrófono.

—Delta Bravo, aquí la doctora Romero —dijo Tina por el intercomunicador—. ¿Me oye?

—Alto y claro —fue la respuesta.

—¿Puede acercarse a la entrada y hacer una panorámica?

—Entendido.

Contemplaron en silencio las imágenes en directo. Los peñascos habían sido apartados, y Logan pudo ver claramente la hendidura en la roca. Bajo los potentes focos de los buzos parecía estar sellada por hileras de piedras que formaban una pared vertical, como si los trabajadores hubieran creado un muro en el interior de la cavidad natural de roca.

—Un poco más cerca, por favor —susurró Romero.

La imagen se acercó.

—¡Dios mío, parece granito! —exclamó—. Hasta ahora se creía que Netcherikhe había sido el primer faraón que había utilizado un material que no fuera el adobe.

—Seguramente Narmer quería que durara toda la eternidad —apuntó Logan.

Romero habló de nuevo a la radio.

—Delta Bravo: hacia arriba, por favor.

La imagen ascendió lentamente por la pared.

—¡Ahí! —gritó—. Alto, acérquese.

La granulosa imagen se centró en algo que había entre el granito y la roca ígnea. Era una pieza romboidal llena de jeroglíficos.

—¿Qué es eso? —quiso saber Logan.

—Un sello de la necrópolis —contestó Tina—. Es increíble. No hay constancia de ninguno en una tumba tan antigua. Y mira, está intacto. No la han profanado. No la han saqueado. —Se secó el sudor de las palmas en la camisa y volvió a coger el intercomunicador. Logan vio que las manos le temblaban ligeramente—. Delta

Bravo, una cosa más, por favor.

—Diga.

—Vaya bajando y enfoque la base de ese muro.

—Entendido, pero todavía quedan restos por limpiar.

Esperaron mientras la imagen descendía a lo largo de la piedra. Pequeñas nubes de cieno les taparon de vez en cuando la vista; Romero pidió al buzo que retrocediera. Entonces, de repente, le ordenó que se detuviera.

—¡Justo ahí! —dijo—. ¡Manténgalo ahí!

—Estoy en la base del muro —contestó Delta Bravo.

—Lo sé.

Logan se vio contemplando otro sello intacto, mayor que el primero. Tenía dos jeroglíficos grabados.

—¿Qué es? —preguntó en voz baja.

—Un serej. La más temprana representación de un nombre real utilizada en la iconografía egipcia. Los cartuchos no se popularizaron hasta la época de Sneferu, padre de Kufu.

—¿Y el nombre que hay en el serej? ¿Sabes leerlo?

Romero se humedeció los labios.

—Son los símbolos del siluro y el cincel. La representación fonética del nombre de Narmer.

—¿CUÁNTO durará? —preguntó Logan a Ethan Rush.

Había oscurecido y caminaban por los desiertos pasillos del sector Marrón.

—¿Te refieres al período productivo? —replicó el médico—. Con suerte, cinco minutos. Los preparativos son mucho más largos.

Se detuvo ante una puerta sin identificar y miró a Logan.

—Hay unas cuantas normas que debes saber. Habla en voz baja, despacio y en un tono relajado. No hagas movimientos bruscos ni nada que pueda perturbar el ambiente. Nada de encender o apagar luces ni de mover sillas o aparatos. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Rush asintió, satisfecho.

—En el Centro hemos aprendido que los tránsitos «al otro lado» funcionan mucho mejor si están provocados en un entorno de experiencia cercana a la muerte.

—¿Un entorno? No sé si te entiendo...

—Me refiero a simular la experiencia. Lo conseguimos induciendo un coma artificial, muy leve, claro, acompañado de técnicas psicomantéticas. Pronto lo comprenderás.

Logan asintió. Sabía que los psicomanteos eran habitaciones o cabinas, con frecuencia oscuras y llenas de espejos, pensadas para inducir en su ocupante un trance o un estado de predisposición psíquica que a su vez permitía la apertura de un portal o de un camino al mundo de los espíritus. Los psicomanteos habían sido inventados por los antiguos griegos, y algunos seguían funcionando en Estados Unidos y en otros sitios del mundo. Según se decía, ayudaban a la gente a ponerse en contacto con los espíritus de los que habían dejado este mundo. Logan se acordó del espejo que había visto el primer día en la habitación de Jennifer. Había sido una de las cosas que lo habían llevado a deducir por qué la mujer de Rush estaba en la estación.

—¿Provocas un efecto Ganzfeld? —preguntó.

Rush lo miró intrigado.

—Gracias a las medicinas no es necesario. Bueno, ahora obsérvalo todo con atención, pero guárdate tus comentarios hasta que podamos hablar cuando haya terminado. Cuanto más sepas, más preparado estarás para ayudarla.

Logan asintió.

—Otra cosa —añadió Rush—. No esperes grandes revelaciones. Ni tampoco que lo que oigas sea del todo coherente. A veces tenemos que estudiar largo rato las transcripciones para entenderlas, cosa que no siempre sucede.

Dicho eso, Rush abrió la puerta y entró con sigilo. Logan lo siguió y enseguida reconoció la estancia. La cama de hospital con su batería de aparatos e instrumentos médicos. El gran espejo en la cabecera de la cama. La luz igual de tenue que la primera vez que había visto la habitación.

Y una vez más Jennifer Rush yacía en la cama vestida con un camisón de hospital. Tenía adheridos al pecho y en los brazos los electrodos de un electrocardiograma (ECG), y a sus sienes los de un electroencefalograma (EEG). El amasijo de cables grises y rojos parecía fuera de lugar entre sus cabellos color canela. Le habían puesto una vía intravenosa en la muñeca. Miró a su marido y después a Logan, pero no dijo nada. Sus ojos tenían un brillo vidrioso, como si estuviera sedada.

Para sorpresa de Logan, Stone se hallaba junto a la cabecera de la cama, con una mano en el hombro de Jennifer. Le dio una palmada tranquilizadora y se apartó. Saludó a Logan con un gesto de la cabeza y se volvió hacia Rush.

—¿Se lo preguntará? —dijo en voz baja—. ¿Le preguntará lo de la puerta?

—Sí —contestó el médico.

Stone lo miró un momento, como si fuera a añadir algo, pero al final se despidió y salió de la habitación sin hacer ruido.

Rush indicó a Logan que tomara asiento en una de las sillas junto a la cabecera de la cama. Durante quizá cinco minutos Rush se dedicó a conectar aparatos, calibrar los monitores y comprobar los indicadores. La habitación olía ligeramente a sándalo e incienso.

Al fin, Rush se acercó a la cama con una jeringa en la mano.

—Jen —le dijo en tono tranquilizador—, ahora te administraré el Propofol.

No hubo respuesta. Rush insertó la aguja en la derivación de la vía, y Jennifer se quedó inmóvil, como si estuviera muerta. Logan miró los instrumentos que había encima de la cabecera y vio que la presión arterial de Jennifer bajaba y que su pulso y respiración se reducían a la mitad.

Rush controlaba minuciosamente todos los parámetros médicos. Nadie hablaba. Al cabo de varios minutos, Jennifer se agitó levemente. Sin perder un segundo, Rush cogió dos cables terminados en unos discos de algodón y se los colocó en las sienes.

Logan lo miró con curiosidad.

—Es un estimulador cortical —explicó el médico—. Favorece la actividad pineal.

Logan asintió. Sabía que los estudios habían demostrado los efectos neuroquímicos de la glándula pineal en la previsualización y en la actividad psíquica.

Rush regresó al enjambre de aparatos de monitorización situados a los pies de la cama. Durante un par de minutos observó cómo su mujer se sumía lentamente en la semiinconsciencia, luego volvió a la cabecera e insertó una segunda aguja en la vía.

—¿Más Propofol? —preguntó Logan en voz baja.

Rush negó con la cabeza.

—No, un sedante no. Mejor Versed. Por los efectos amnésicos.

«¿Efectos amnésicos? —se preguntó Logan—. ¿Por qué?»

Rush sacó dos objetos del bolsillo de su bata. Logan vio que uno de ellos era un oftalmoscopio; el otro, para su sorpresa, era un antiguo amuleto de plata que colgaba de una cadenita y tenía en su extremo una pequeña vela. El médico examinó las pupilas de su esposa con el oftalmoscopio. Acto seguido encendió la vela y la hizo oscilar entre el rostro de Jennifer y el espejo.

—Quiero que mires este amuleto —dijo con voz lenta y monocorde—. No mires nada más. No visualices nada más. No pienses en nada más.

Rush siguió murmurando instrucciones, y Logan se dio cuenta de que estaba presenciando un proceso de hipnosis estándar conocido como «texto de fijación visual». Pero entonces el texto cambió.

—Ahora —dijo Rush—, respira lenta y profundamente. Deja que tus extremidades se relajen. Relaja los hombros. Relaja los brazos: primero los dedos, luego las muñecas, luego los antebrazos. Relaja los pies. Relaja las piernas.

Durante un minuto, quizá dos, en la habitación no se oyó nada salvo la lenta respiración de Jennifer.

—Y ahora relaja tu mente. Libérala. Deja que tu conciencia abandone tu cuerpo. Deja que tu cuerpo se convierta en un cascarón vacío.

Logan observaba; en la habitación olía a sándalo. Al cabo de un momento, Rush apagó la vela, dejó a un lado el amuleto y fue a los pies de la cama para comprobar los instrumentos. Luego volvió junto a su mujer y esperó.

La respiración de Jennifer empezó a hacerse más trabajosa, casi estertórea, y la estancia pareció oscurecerse, como si una misteriosa niebla estuviera invadiéndola.

De repente, Logan se alarmó. No sabía exactamente por qué, pero por alguna razón su instinto de supervivencia se disparó a plena potencia. Estuvo a punto de levantarse y salir corriendo de allí. El corazón le latía alocadamente, pero se dominó.

La respiración de Jennifer se hizo aún más trabajosa.

Rush puso en marcha una grabadora digital, la dejó en una bandeja cercana y se inclinó sobre la cama.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó.

Jennifer movió los labios, como si intentara formar palabras. Logan vio que apretaba los puños por el esfuerzo.

—¿Con quién estoy hablando? —repitió Rush.

Los labios de Jennifer emitieron un sonido siseante.

—Nut —dijo con una voz seca y distante. ¿O quizá había dicho «Set»? Logan no estaba seguro. Lo que sí sabía era que pronunciar aquella sílaba le había supuesto un esfuerzo enorme.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Rush por tercera vez.

Los labios de Jennifer se movieron nuevamente.

—El... portavoz de... Horus.

Rush ajustó la grabadora con expresión animada.

Sin embargo Logan no se sentía nada animado. No era solo por la escalofriante sensación de que algo maligno, muy parecido a lo que había experimentado con ocasión del incendio del generador, se había apoderado de la habitación, sino también por la evidente tensión física y emocional que Jennifer sufría.

—¿Puedes hablarme del sello? —preguntó Rush—. ¿De la primera puerta?

—La... primera... puerta... —repitió ella.

—Sí —insistió Rush—. ¿Qué debemos...?

De repente, Jennifer abrió mucho los ojos. Bajo el resplandor de los instrumentos, sus escleróticas tenían un desagradable tono verdoso. Los músculos del cuello se le pusieron tensos como alambres.

—¡Infieles! —exclamó—. ¡Enemigos de Ra! —Su cabeza se levantó de forma amenazadora de la almohada y varios cables del EEG se soltaron—. ¡Abandonad este lugar o de lo contrario aquel cuyo rostro está vuelto hacia atrás beberá vuestra sangre y arrebatará la leche de la boca de vuestros hijos! ¡Los cimientos de esta casa serán reducidos a escombros y todos vosotros sufriréis una muerte infinita en la Oscuridad Exterior!

Logan se levantó de un salto de la silla. La voz de Jennifer resultaba aún más terrible al tratarse tan solo de un susurro. Instintivamente le puso la mano encima para tranquilizarla, pero nada más tocarla se tambaleó como si lo hubiera fulminado un rayo. Sintió de nuevo aquella presencia, implacable y violentamente iracunda que irradiaba su odio desde la oscuridad del abismo. Soltó un gemido y se dejó caer en la silla.

Las imprecaciones cesaron tan bruscamente como habían empezado. Jennifer Rush se sumió en el silencio. Su cabeza cayó en la almohada, ladeada e inerte.

—Ya está —dijo Rush.

Desconectó la grabadora y fue hasta los monitores situados al pie de la cama. Parecía ajeno al breve pero terrible drama que Logan acababa de experimentar.

Este se pasó la mano por la frente.

—¿Esto es lo... habitual? —preguntó.

Rush meneó la cabeza.

—El primer tránsito «al otro lado», me refiero al primero en que estableció contacto, fue muy útil. De hecho nos ayudó a situar la ubicación de la tumba con bastante precisión, pero después... —Suspiró—. Ahora es como si esa entidad supiera quiénes somos y por qué estamos aquí.

Logan miró a Jennifer, tumbada en la cama, y se sintió aún más estúpido si cabe

por haber dado por hecho que semejantes experiencias le habían resultado agradables y por haberla felicitado por sus habilidades. Miró a Rush.

—¿Este trauma es realmente necesario?

El médico le devolvió la mirada.

—La mayoría de los contactos que establecemos en los psicomanteos del Centro son agradables porque normalmente involucran a seres queridos que acaban de fallecer. Pero esto... Esto es algo muy diferente. No olvides que Jennifer apenas guardará recuerdos de este contacto. Para eso es el Versed. Intentaremos algunos contactos más en los próximos días, y si no nos sirven de ayuda... —Se encogió de hombros.

Logan contempló de nuevo a la mujer que yacía en la cama. Sabía que había quien opinaba que fingía y que no hacía sino montar un número —March entre ellos— en beneficio de su marido, que en su condición de director del centro tenía bastante que ganar. Sin embargo, después de lo que acababa de presenciar, no le quedaba la menor duda de que no había fingimiento alguno. Algo o alguien había hablado a través de Jennifer Rush. Algo o alguien que realmente estaba muy furioso.

Rush anotó algo en una hoja y desconectó unos cuantos instrumentos.

—Ahora descansará apaciblemente —comentó—. Como tendrás ocasión de comprobar, se recupera muy deprisa. —Señaló los aparatos—. ¿Te importaría quedarte un momento con ella mientras introduzco los datos en el ordenador y empiezo los análisis?

—Claro que no. —Logan lo observó recoger la grabadora digital y salir de la habitación.

Durante un par de minutos todo quedó en silencio. Logan, que seguía fuertemente impresionado, intentó concentrarse en sopesar y comprender lo sucedido. Oyó que Jennifer se movía y cuando se volvió hacia ella vio que lo miraba.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Ella se limitó a menear la cabeza. Entonces, de repente, le cogió de la muñeca con fuerza, casi dolorosamente. Logan se puso en guardia, temía otra explosión de sensaciones, pero esta no llegó.

—Jeremy —dijo en tono apremiante con su sedosa voz—, cuando hablamos en la sala de descanso te dije que había experimentado lo mismo que todos lo que han cruzado «al otro lado».

—Sí —afirmó Logan.

—Y es verdad. Al menos al principio. Pero después empecé a ver cosas que eran muy distintas, completamente distintas.

Su presa se hizo más fuerte, y sus ambarinos ojos lo miraron fijamente. Había algo en aquellos ojos y en aquel rostro que Logan no acertaba a interpretar.

—Ayúdame —susurró Jennifer de pronto, en un tono casi inaudible—. Ayúdame.

El pomo de la puerta giró, y ella le soltó la muñeca en el acto, pero siguió mirándolo durante unos segundos.

Cuando la puerta se abrió y Rush entró, Jennifer dejó caer suavemente la cabeza en la almohada y se desmayó.

LOGAN, sentado al escritorio de su pequeño despacho del sector Marrón, miraba la pantalla de su portátil sin verla realmente. Era tarde, casi las dos de la mañana, pero se sentía demasiado inquieto para poder dormir.

A lo largo de su carrera como enigmatólogo había tenido ocasión de experimentar situaciones poco corrientes e incluso peligrosas. Había subido al Himalaya en busca del Yeti, había descendido a las profundidades de los lagos escoceses en un batiscafo, y por cada diez fantasmas o presencias espectrales que había desenmascarado, al menos una se había resistido a cualquier explicación científica. Incluso había presenciado tres exorcismos, pero nada le había causado la clase de desasosiego que había sentido ante la presencia invisible en la habitación de Jennifer Rush.

Se revolvió en la silla y cogió una transcripción de la sesión de Jennifer.

[Comienza: 21.04.30 h] P: ¿Con quién estoy hablando? P: ¿Con quién estoy hablando? R: [Respuesta ininteligible.] P: ¿Con quién estoy hablando? R: El portavoz de Horus. P: ¿Puedes hablarme del sello? ¿De la primera puerta? R: La primera puerta. P: Sí. ¿Qué debemos...? R: ¡Infieles! ¡Enemigos de Ra! ¡Abandonad este lugar o de lo contrario aquel cuyo rostro está vuelto hacia atrás beberá vuestra sangre y arrebatará la leche de la boca de vuestros hijos! ¡Los cimientos de esta casa serán reducidos a escombros y todos vosotros sufriréis una muerte infinita en la Oscuridad Exterior! [Finaliza: 21.07.15 h]

«Los cimientos de esta casa serán reducidos a escombros». Esa parte pertenecía a la maldición de Narmer, así se la había traducido Tina Romero. Logan se preguntó cuánto sabía Jennifer de la maldición, si es que sabía algo.

Dejó la transcripción. Había algo más. Intentó recordar lo que Romero le había dicho. «An’kavasht, aquel cuyo rostro está vuelto hacia atrás. Un dios de pesadilla y maldad al que los primeros egipcios temían más que a nada. An’kavasht moraba en el Exterior, en la noche infinita».

El exterior. El Sudd.

En los días anteriores, Logan había podido investigar las maldiciones del Antiguo Egipto gracias a un ordenador especial de las oficinas de Stone que tenía conexión a internet vía satélite. Estas tenían un historial largo y pintoresco que iba mucho más allá de los titulares de la prensa sensacionalista sobre Tutankhamón y Howard Carter. Logan se había enfrentado a maldiciones antes —en Gibraltar, Estonia y Nueva Orleans—, y siempre había habido un remedio, una contramaldición, alguna forma de

desviar o anular la abominación. No así en las tumbas del Antiguo Egipto. A pesar de todo lo que había leído y de todo lo que había investigado, al parecer solo había una manera de combatir esas maldiciones: mantenerse alejado de ellas.

Sus pensamientos volvieron inevitablemente a Jennifer, a la desesperación con la que le había cogido la muñeca, al brillo de su mirada cuando le había pedido ayuda. Era como si de repente se le hubiera caído el velo de los ojos y por primera vez la hubiera visto en su verdadera vulnerabilidad.

«Llegué a la conclusión de que podría ser beneficioso para Jennifer —le había dicho Rush—. Para darle la ocasión de utilizar su don de manera positiva». Pero ¿cómo podía ser beneficioso lo que había presenciado?

Alguien llamó a la puerta. Logan se volvió y, como en respuesta a sus pensamientos, vio a Rush en el umbral.

—Pasa —le dijo.

Rush entró. Saludó a Logan con un gesto de la cabeza, pero había en él algo diferente, casi parecía un colegial consciente de haber cometido alguna travesura. Se sentó en la silla frente al escritorio.

—¿Qué opinas? —preguntó tras un breve silencio.

—Opino que tu mujer no debería hacer más tránsitos «al otro lado».

Rush sonrió y se encogió de hombros, como dando a entender que ese asunto no estaba en sus manos.

—A mí tampoco me gusta, pero Stone no es de los que aceptan un no por respuesta. Además, Jennifer siempre está dispuesta.

—¿Y nunca habías visto algo parecido a esto en los otros casos que estudiáis en el Centro?

—Nada de esta magnitud. Y nada que provenga de una distancia temporal tan grande. Como te dije, la mayoría de las experiencias que hemos visto están relacionadas con parientes fallecidos recientemente o de gente que había vivido cerca del lugar donde se produjo el tránsito «al otro lado». Sin embargo, Jen tiene un talento fuera de lo normal.

—Hablas de distancia temporal. Entonces ¿crees que el ser que se manifiesta a través de ella puede ser coetáneo a la construcción de la tumba?

—No lo sé. —Rush parecía incómodo ante esa pregunta, o quizá ante la idea en sí misma—. Parece increíble, pero qué otra fuerza espiritual podría estar presente en un lugar tan remoto como este? —Hizo una breve pausa y añadió—: ¿Tú qué crees?

Logan tardó en contestar.

—Cuando aventuré que tu mujer podía estar canalizando el espíritu de Narmer me estaba haciendo el gracioso. Ahora lamento haber bromeado con eso. Sea lo que sea lo que habla a través de Jennifer, no creo que se trate de Narmer. Los egipcios creían que, tras la muerte, el alma perduraba eternamente. Si conocías los rituales

secretos y te llevabas contigo a la tumba las posesiones materiales necesarias para una vida física, tu alma, *ba*, y su espíritu protector, *ka*, hallarían el camino al otro mundo. —Reflexionó un momento—. Sin duda Narmer lo hizo, lo que significa que viajó al otro lado. Así que el que habla a través de Jen tiene que ser otro, un alma en pena que vaga por el mundo de los espíritus al tiempo que algo la mantiene atada a este lugar.

—Pero un alma tan antigua... —Rush se interrumpió brevemente—. ¿Cómo puede ser? Mira, te aseguro que, después de lo que he visto en el Centro, yo soy la persona más propensa a creer, así que no habría traído a Jen hasta aquí si creyera que es imposible. Nuestros estudios demuestran que es teóricamente posible, pero ¿cómo...?

—Hay muchas teorías que pueden ayudar a explicarlo —dijo Logan—. Se cree que el mal, cuando es especialmente poderoso, perdura en espíritu después de que el cuerpo físico haya perecido. Cuanto más intenso es el mal, más tiempo se deja notar su influencia. En este sentido sería como la vida media de los elementos radiactivos. Podría ser que tu mujer, con su extraordinaria sensibilidad, estuviera actuando como conducto de dicha influencia. Creo que deberías verla como una especie de pararrayos involuntario: no hace nada por sí misma, simplemente atrae.

—Pero atrae... ¿a quién? —preguntó Rush.

—¿Cómo saberlo? ¿A uno de los sacerdotes muertos? ¿A alguien a quien se encomendó vigilar la tumba? Podría tratarse incluso de una persona muerta hace cien años en lugar de hace cinco mil.

—Pero durante el primer tránsito Jennifer hizo ciertas menciones concretas que nos ayudaron a delimitar la excavación.

—Sí, eso me contaste. —Logan cambió de posición en su silla—. Me gustaría ver esas transcripciones, si es posible.

—Veré qué puedo hacer.

—También me gustaría echar un vistazo a tus archivos del Centro.

—¿Cuáles?

—Los que puedas darme. Estudios de casos, informes de los médicos, entrevistas con los sujetos examinados...

—¿Qué importancia tiene eso?

—Me has pedido que te ayude. Cuanto mejor comprenda tu trabajo y lo que Jennifer y los demás han experimentado, más preparado estaré para ayudarte.

Rush lo meditó un momento. Luego asintió despacio.

—Te grabaré un DVD. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. ¿Por qué es tan importante esa primera puerta?

—¿La primera puerta? —A Rush le sorprendió aquella digresión—. Es la entrada sellada de la tumba. Stone busca cualquier tipo de ayuda para abrirla sin peligro.

—Abrirla sin peligro —repitió Logan—. Teme algún tipo de trampa...

Rush hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Narmer se tomó infinitas molestias para proteger su tumba —dijo—. No parece probable que esté dispuesto a entregar las llaves sin luchar.

EL despacho de Porter Stone tenía el mismo aspecto immaculado y minimalista que la primera vez que Logan había estado allí. La única diferencia que apreció fue que la página de calendario del mes había sido retirado, con lo que las paredes estaban desnudas.

Stone, que hablaba por radio, la desconectó cuando Logan entró.

—Siéntate, Jeremy, por favor.

—Gracias.

Stone lo miró de arriba abajo con sus inquisitivos ojos.

—Bueno, ¿para qué deseabas verme?

—Tengo entendido que los trabajos van muy bien.

—Sí, estoy muy contento con los progresos que estamos haciendo. Nuestra gente ha fijado de forma permanente el portal hermético a la roca que rodea la entrada de la tumba. El Umbilical conecta el portal hermético con la Boca. Está presurizado y dispone de corriente. Hemos realizado distintas pruebas y sabemos que el conducto es estable. También hemos enviado un radar de quinientos megahercios que puede atravesar la roca y que se controla a distancia. Gracias a esto y a los test de imagen por ultrasonidos hemos detectado tres cámaras al otro lado de la primera puerta, una detrás de la otra.

A pesar de que estaba hablando del hallazgo más importante de su carrera, su tono y sus gestos seguían siendo tranquilos y reservados. Solo el intenso brillo de sus ojos azules delataba lo que de verdad sentía.

—Todo está dispuesto —continuó—. Ha llegado el momento de romper el sello y entrar en la tumba.

Logan se pasó la mano por el pelo.

—¿Quién estará en la perforación inicial?

—Tina, March, Ethan Rush, un par de hombres de Valentino para el trabajo duro, y yo, por supuesto. —Sonrió—. Es una de las ventajas de ser el que financia la expedición.

—Yo le recomendaría a alguien más —dijo Logan.

Stone arqueó las cejas.

—¿A quién?

—A mí.

La sonrisa de Stone se desvaneció.

—Me temo que no podrá ser. ¿Por qué debería incluirte en esta primera incursión?

—Hay muchas razones. Para empezar, forma parte del trabajo que me encargó.

Me hizo venir para que investigase varios fenómenos extraños, y los dos sospechamos que la tumba puede tener algo que ver en ellos. Además, soy el más cualificado para documentar como es debido este acontecimiento, y sé que dicha documentación será importante para usted en el futuro.

—Sí, pero ¿por qué no esperar a que la tumba quede estabilizada?

—Porque si realmente hay una maldición y está activa, sea cual sea su forma de manifestarse, yo debería estar presente desde el principio. Recuerde las primeras palabras de Narmer: «Cualquier hombre que ose entrar en mi tumba»... Nadie lo ha hecho todavía, pero la estación se ha visto afectada por un montón de fenómenos extraños. Hay muchas posibilidades de que lo que pueda ocurrir empiece a partir de esta incursión inicial.

—Eso es cierto —repuso Stone—, y también es razón de más para que esperes. No hay motivo para que te expongas innecesariamente al peligro.

—Al igual que los demás, he firmado todos los documentos de descargo de responsabilidad y de renuncia a cualquier indemnización. Ethan se aseguró de que lo hiciera. —Logan se inclinó hacia delante en su silla—. Pero hay otro argumento a favor de mi presencia: nadie sabe lo que nos espera al otro lado de esa puerta, y yo soy de entre todos los miembros de esta expedición el más preparado para enfrentarme a ello. Ya ha leído mi currículum y conoce la clase de... llamémoslos «fenómenos no naturales» a los que me he enfrentado en el pasado. Estoy tan acostumbrado a ellos como el que más. Para serle sincero, he visto cosas que podrían hacer que alguien con menos experiencia se derrumbara. En pocas palabras: me necesita precisamente porque no sabe qué va a encontrar.

Stone lo miró fijamente.

—Olvidas que no soy lo que se dice un novato en estas lides. He abierto un buen número de tumbas en mi vida.

—Sí, pero ninguna sobre la que pesara una maldición como esta. —Logan suspiró—. Déjeme hacer mi trabajo, doctor Stone.

Stone siguió mirándolo durante un rato, hasta que su taimada sonrisa reapareció.

—A las ocho de la mañana en punto —dijo—. Sé puntual.

LA última vez que Logan había estado en el Centro de Inmersiones fue el día del accidente del buzo. Entonces había bastante gente en aquella sala grande y reverberante, pero en ese momento había mucha más. Al menos una docena de operarios se encargaban de monitorizar los distintos instrumentos, y un pequeño ejército de técnicos y ayudantes se apelotonaba alrededor de la Boca, charlando animadamente.

Logan se acercó despacio. La enorme pantalla plana que mostraba la retícula del lecho del Sudd estaba apagada; había cumplido su función. Una batería de luces de sodio iluminaba la abertura central. Cuando se aproximó, distinguió a Tina Romero entre el gentío. Ella lo vio, se separó del grupo y fue a su encuentro.

—He oído que te has autoinvitado —comentó—. Está claro que a Stone le caes bien.

Logan se encogió de hombros.

—¿Por qué no habría de ser así?

—¿Te hago una lista?

Era una broma sin malicia, pero Logan percibió cierta tensión en su voz. Sabía cómo se sentía porque él sentía lo mismo. Era muy emocionante estar allí con ocasión del hallazgo arqueológico más importante desde que Schliemann descubrió Troya, pero al mismo tiempo le embargaba una profunda y persistente inquietud ante lo que el faraón Narmer pudiera tenerles reservado.

Stone se hallaba en un rincón con Frank Valentino. Miró el reloj, dijo algo a Valentino y este alzó un megáfono.

—¡Atención! —exclamó—. ¡Se acabó el charloteo! ¡Todo el mundo a sus puestos!

La gente se dispersó lentamente en grupos de dos y de uno en uno. Stone y Valentino se acercaron acompañados por dos fornidos operarios. Stone saludó a Tina y a Logan con un gesto de la cabeza.

—¿Preparados? —preguntó.

—Sí —contestaron los dos a la vez.

—Procederemos de la siguiente manera: los dos hombres de Valentino encabezarán la marcha, seguidos por mí, Tina, el doctor March, el doctor Rush y Jeremy. Ya hemos bajado hasta la compuerta estanca casi todo el equipo que vamos a necesitar. Una vez que hayamos determinado que el sitio es seguro, realizaremos un examen detenido de la puerta y después haremos un sondeo. Solo entonces romperemos los sellos y entraremos. Ese primer ingreso en la tumba se limitará exclusivamente a una inspección visual. Lo grabaremos todo en vídeo, pero no

tocaremos nada, salvo las muestras para analizar que tomarán Tina y Ethan. ¿Entendido?

Ethan Rush y Fenwick March se habían unido al grupo mientras Porter hablaba. Todos asintieron.

—Bien. Poneos los respiradores y los guantes. Nos comunicaremos por radio.

Logan siguió el ejemplo de Tina: se acercó a una mesa con ruedas, cogió un par de guantes de látex y se los puso. A continuación eligió una mascarilla de entre las varias que había y se la colocó sobre la boca y la nariz. Por último se enganchó la radio en el cinturón y la encendió.

Los demás hicieron lo mismo. Tanto Rush como los hombres de Valentino llevaban mochilas, mientras que Tina sostenía una cámara compacta de vídeo.

Cuando estuvieron listos, Stone los miró uno por uno, se volvió hacia los hombres de Valentino y alzó el pulgar. A Logan le sorprendió el aplauso espontáneo de los técnicos y ayudantes que los recibieron cuando ambos se acercaron a la Boca. En lugar de volver a sus puestos, como les habían ordenado, la gente se había reunido alrededor de la escalera y miraba al equipo de siete personas que se disponía a descender hacia la tumba.

Logan se apartó a un lado y observó a los dos operarios caminar hasta la Boca, agarrarse a la barandilla de metal, pasar al otro lado, bajar y desaparecer por el Umbilical. A continuación los siguieron Stone, Romero, March y Rush.

Y entonces le llegó el turno. Respiró hondo, se acercó hasta el borde de la Boca, se aferró a la barandilla y se asomó.

La última vez que lo había hecho, la boca del pozo era una abertura circular llena del cieno negro y hediondo del Sudd. Sin embargo, en ese momento contemplaba algo muy distinto: un túnel de color amarillo pálido, hecho de un material grueso pero flexible que descendía gradualmente. Al menos una docena de cables de distintos colores corrían por sus costados como si fueran venas. El Umbilical, como llamaban a ese túnel, tenía un diámetro ligeramente inferior al de la Boca y estaba reforzado contra la presión externa del Sudd por una serie de entramados hexagonales de madera dispuestos cada medio metro. Un sistema de cables y poleas diseñado para el transporte de objetos pesados recorría el lateral derecho. Una serie ininterrumpida de lámparas leds en forma de rombo situadas en el techo iluminaban el interior con su fría luz. Vio los asideros para pies y manos y al grupo que descendía hacia lo que habían bautizado como el Portal.

Respiró hondo nuevamente, pasó al otro lado de la barandilla, se aseguró de que ponía el pie en firme y empezó a bajar.

—Aquí Stone —dijo una voz por radio—. He llegado a la plataforma exterior de la compuerta.

Logan siguió bajando mientras intentaba mantener una respiración regular. El

Umbilical estaba immaculado: en su interior no había ni rastro de lodo, y el aire que entraba por su respirador solo conservaba un leve olor a vegetación descompuesta. Aun así, fue incapaz de olvidar el repugnante cieno que rodeaba el tubo por todas partes.

El descenso resultó fácil. Había dado por hecho que la estación anclaría directamente encima de la tumba y que tendrían que descender en vertical, como en las escalerillas de mano. Sin embargo, el siempre previsor Stone había mandado posicionar la estación de tal manera que el Umbilical trazaba un ángulo de cuarenta y cinco grados y de ese modo permitía subir y bajar con relativa facilidad. Vio que los entramados de madera que lo reforzaban se hacían más gruesos a medida que descendía, sin duda para compensar la creciente presión exterior.

Tres minutos más tarde se había reunido con el grupo en la plataforma de la compuerta. Miró en derredor con curiosidad. La plataforma era de hecho la base del Umbilical: una pasarela metálica de unos tres metros de lado. Bajo ella, cuatro gruesos pernos de hierro atravesaban el material amarillo del tubo y desaparecían bajo él, presumiblemente anclados al lecho del Sudd. Las juntas estaban selladas con silicona y abrazaderas metálicas.

En un rincón de la plataforma se apilaban varios contenedores para la recogida de muestras, y junto a ellos había todo un surtido de herramientas de arqueología para examinar, estabilizar e incluso restaurar in situ objetos antiguos.

Tres de las paredes de la plataforma tenían el mismo aspecto que el Umbilical: estaban reforzadas con entramados de madera y llenas de cables. Sin embargo, en la cuarta había una pesada compuerta circular de un material opaco, tan grande y de aspecto tan impenetrable como la puerta de una cámara acorazada de un banco.

Con siete personas en la plataforma, no quedaba mucho espacio. Durante un momento nadie habló, todos se miraban en silencio. Reinaba una tensión en el ambiente que nadie parecía dispuesto a romper. Finalmente Stone apretó el botón de transmitir de su radio.

—Aquí Stone —dijo—. Procedamos.

—Entendido —dijo una voz desde la estación de control.

Tina Romero empezó a grabar mientras Stone se acercaba a la compuerta.

—Voy a abrir —anunció.

Desatornilló con cuidado cuatro pernos situados en los puntos cardinales y a continuación aferró la gruesa asa central y tiró de ella.

La compuerta giró sobre sus goznes y se abrió silenciosamente. Al otro lado Logan vio la pared de granito pulido que sellaba la entrada de la tumba de Narmer. Las piedras y el barro que la habían protegido de los elementos habían sido retirados, solo quedaban las losas de granito y la masa de roca ígnea que formaba la boca de la cavidad volcánica. El granito pulido brillaba bajo la luz del Umbilical. Aparte de los

dos sellos, no había otras marcas en la piedra. Ante él, a escasos metros, tenía lo que en los vídeos de los buzos parecía algo remoto y de otro mundo.

Logan se dio cuenta de que el corazón le latía más deprisa, casi dolorosamente. El portal hermético había sido fijado a la irregular superficie de roca con gruesas juntas de goma y pernos de hierro como los que anclaban la plataforma al fondo del Sudd.

Stone y March se acercaron con potentes linternas y lupas. Mientras los demás observaban, examinaron cada centímetro cuadrado de granito y lo palparon con sus manos enguantadas. El proceso les llevó casi quince minutos. Una vez satisfechos se retiraron a la plataforma.

—Romeo —dijo Stone por la radio—, ¿quiere comprobar los sellos, por favor?

Tina cogió la lupa y la linterna de manos de March y se adelantó. Primero examinó el sello superior de la necrópolis. Después se arrodilló e hizo lo mismo con el sello real situado en la base de las losas. Ambos estaban fijados con un clavo de bronce en cada extremo y unidos por un hilo de alambre del mismo material terminado en un ovillo; a Logan le recordó el nudo corredizo de una soga. A la derecha de cada sello, una pieza de terracota rojiza, del tamaño de una mano y llena de jeroglíficos, rodeaba tanto los clavos como el alambre.

—¿Y bien? —preguntó Stone.

—Están completamente intactos —contestó Tina, y Logan creyó percibir un ligero temblor en su voz—. Pero hay algo diferente en este serej... Me resulta desconocido.

—Pero ¿es un sello de Narmer?

—Los jeroglíficos representan el siluro y el cincel, la expresión fonética del nombre de Narmer.

—Muy bien. Preparaos.

Tina se puso en pie y encendió la cámara de vídeo mientras March y Stone se situaban junto a ella. Stone sostenía un pequeño contenedor para muestras relleno de algodón; March, un escalpelo y unas pinzas grandes. Mientras los demás aguardaban tensos y en silencio, March acercó el escalpelo al sello de la necrópolis y lo cortó en dos con un movimiento lento y metódico. Acto seguido, extrajo los fragmentos con la ayuda de las pinzas y los depositó en el contenedor que sostenía Stone.

Logan se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. Soltó el aire e intentó respirar con normalidad. A pesar de la tensión del momento, no podía evitar sentirse impresionado por el cuidado con el que Stone y su gente grababan todo el acontecimiento y el esmero con el que trataban los elementos de la tumba. Stone no era un cazatesoros, era un arqueólogo en toda regla, más interesado en preservar el pasado que en destruirlo.

A continuación, los tres se concentraron en el sello real. March apoyó la punta del escalpelo en su parte superior y se detuvo. Transcurrió un minuto, dos minutos.

La tensión en el Portal resultaba casi palpable. Había llegado la hora de la verdad: una vez roto el sello real, se consideraría que la tumba había sido profanada. Logan tragó saliva. «Todo hombre que ose entrar en mi tumba o cometa cualquier maldad contra el lugar de reposo de mi forma humana hallará una muerte cierta y fulminante... Yo, Narmer el Eterno, lo atormentaré a él y a los suyos noche y día, tanto en la vigilia como en el sueño, hasta que la locura y la muerte se conviertan en su templo para la eternidad».

—Fenwick... —dijo Stone por la radio.

El arqueólogo dio un respingo. Luego se inclinó sobre el sello y con un solo movimiento lo cortó en dos con el escalpelo.

El suspiro general de los allí reunidos no necesitó de la radio para ser oído.

—Ya está hecho —dijo Tina Romero con un hilo de voz.

March cogió las dos piezas del sello y las dejó en el contenedor. Acto seguido, Stone, March y Romero se apartaron de la pared de granito. Cada movimiento parecía tan cuidadosamente coreografiado como un ballet.

Stone se volvió hacia Rush.

—Su turno, doctor.

El médico metió la mano en su mochila, sacó un taladro portátil y una gruesa broca de unos treinta centímetros de longitud. La fijó en el portabrocas, se acercó a la pared, eligió un punto en su centro, aplicó la punta y puso en marcha el taladro.

Stone indicó a los demás que se retirasen un par de pasos mientras el aparato aullaba. No había pasado un minuto cuando el ruido se interrumpió bruscamente. Rush había terminado. Se oyó un leve siseo: el aire de la tumba escapaba por el agujero.

Rush lo cerró con un tapón de plástico y dejó el taladro a un lado.

—El granito no es especialmente grueso —dijo por la radio—. No tendrá más de diez centímetros.

Volvió a meter la mano en la mochila y sacó un extraño instrumento: un tubo de plástico transparente conectado a un aparato con un indicador de leds. De uno de los lados del aparato colgaba un fuelle de plástico. Rush retiró el tapón que había colocado, metió el tubo por el orificio y pulsó un botón. Se oyó un ruido mecánico cuando el fuelle se hinchó. Rush apretó algunos botones más y después examinó el indicador.

—Polvo —anunció por radio—, partículas de materia y altos niveles de CO₂, pero ninguna bacteria patógena.

Logan comprendió entonces para qué servía aquella máquina: era el equivalente en alta tecnología de la vela que en su día sostuvo Howard Carter ante la corriente de aire que salía de la tumba de Tutankhamón.

—¿Concentración de hongos? —preguntó Stone.

—Para un análisis completo tendremos que esperar hasta que vuelva al Centro Médico con las muestras —contestó Rush—, pero no hay nada destacable en este primer análisis. De hecho, lo que hay es una notable ausencia de hongos. El microclima de la tumba no muestra presencia de bacterias anaeróbicas, pero en cambio hay un nivel aceptable de bacterias aeróbicas.

—En ese caso, seguiremos adelante. De todas maneras, y para asegurarnos, instalaremos duchas de descontaminación en el Centro de Inmersiones y las utilizaremos siempre que salgamos del Umbilical.

Stone se acercó al agujero mientras Rush guardaba su equipo. Había cogido algo de una de las cajas de la plataforma: una cámara de fibra óptica como las utilizadas por los SWAT, con una luz en el extremo y cuyo cable flexible se conectaba a unas gafas. Se las colocó por encima de la mascarilla del respirador e introdujo la cámara por el agujero de la pared. Durante un momento permaneció inmóvil, escrutando el interior de la tumba con el dispositivo. De repente dio un respingo.

—¡Dios mío! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Oh, Dios mío!

Retiró la cámara del agujero, se quitó las gafas y se volvió lentamente hacia los otros. Logan se llevó una sorpresa: la estudiada expresión de despreocupación y frialdad había desaparecido del rostro de Stone. A pesar de que el respirador le tapaba parte de la cara, parecía alguien que acabara de... Logan, cuyo corazón latía aceleradamente, no tenía palabras para describir aquella expresión. Quizá fuera la de alguien que acababa de atisbar el paraíso. O, quizá, el infierno.

Sin decir palabra, Stone hizo un gesto a los dos operarios. Se acercaron, el uno con un pequeño cincel eléctrico y el otro con un aspirador. Numeraron las losas de granito con un lápiz de cera. Luego uno de ellos empezó a retirar el mortero que unía las losas mientras el otro aspiraba el polvo que se desprendía. Logan supuso que tomaban aquella precaución por si habían utilizado veneno para ligar el mortero.

Una vez retirada la primera losa, el trabajo progresó rápidamente. En cuestión de minutos habían apilado varias junto a la entrada y abierto un boquete lo bastante grande para que pasara una persona.

Logan contempló el agujero y la negrura que aguardaba al otro lado. Como por un acuerdo tácito, nadie había iluminado todavía el interior de la tumba con una linterna. Todos esperaban a entrar para hacerlo.

Stone miró al grupo allí reunido. Había recobrado la voz y el control de sí mismo. Miró a Tina Romero y señaló el agujero del muro de granito con su mano enguantada.

—Tina —dijo por la radio—. Las mujeres primero.

TINA asintió. Cogió la linterna con fuerza, dio un paso adelante e iluminó el negro vacío de la entrada de la tumba.

—¡Joder! —exclamó de inmediato al tiempo que retrocedía y el resto del grupo soltaba un grito ahogado.

En el interior de la tumba, a escasos centímetros de la abertura se alzaba una terrorífica estatua de piedra caliza que representaba a una criatura de más de dos metros de alto con cabeza de serpiente, cuerpo de león y brazos humanos. La figura estaba agachada, con los músculos en tensión, lista para abalanzarse sobre ellos. Había sido pintada con colores increíblemente vivos, brillantes todavía tras cinco mil años en la oscuridad. En lugar de ojos tenía incrustadas un par de cornalinas que relucían amenazadoramente a la luz de las linternas.

—Uf —dijo Tina, recuperada del susto—. Un guardián.

Se acercó a la inquietante estatua y la iluminó. A sus pies yacía un esqueleto humano con los restos de lo que había sido una lujosa vestimenta adheridos todavía a los huesos.

—Un centinela de la necrópolis —dijo Tina por la radio.

Rodeó con cuidado la estatua y se adentró en la cámara. Cada pisada levantaba pequeñas nubes de polvo. Al cabo de un momento, Stone la siguió, y después March, y a continuación Rush, que llevaba su equipo de análisis. Los operarios permanecieron en la plataforma. Logan fue el último en entrar; cruzó el muro de granito, rodeó la estatua y el esqueleto y accedió a la cámara propiamente dicha.

No era un espacio demasiado amplio, de no más de cuatro metros por tres, y se estrechaba ligeramente en la parte del fondo. El polvo dibujaba extrañas formas bajo los haces de las linternas. Las paredes aparecían enteramente cubiertas por azulejos de color turquesa que Logan supuso serían de cerámica. Su superficie estaba decorada con jeroglíficos primitivos e imágenes pintadas. El aire era muy frío y seco.

La tumba estaba llena de objetos funerarios cuidadosamente ordenados: varias sillas muy trabajadas y pintadas; una cama de madera dorada con dosel; varios ushabtis; numerosos objetos de alfarería; una caja forrada de oro y rebosante de amuletos, cuentas, joyas... Tina recorrió muy despacio la estancia mientras lo grababa todo en vídeo. March la seguía de cerca y de vez en cuando examinaba delicadamente alguna pieza con sus dedos enguantados. Rush manejaba sus analizadores. Stone permanecía cerca de la entrada, tomando nota mental de todo. Cuando alguien hablaba lo hacía en voz muy baja, casi reverencial. Era como si hasta entonces no hubieran sido del todo conscientes de lo que estaban haciendo: «Hemos entrado en la tumba de Narmer...».

Logan se quedó junto a Stone, observando. A pesar de su insistencia en acompañar al grupo, no había dejado de temer ese momento y de esperar que la fuerza maligna que había percibido se manifestara allí con más fuerza. Sin embargo, no notaba nada. Aunque no exactamente: parecía haber una presencia, pero era casi como si la tumba los estuviera observando, esperando, ganando tiempo...

¿Para qué? Logan lo ignoraba.

March apoyó la mano en la pared turquesa con un gesto que era casi una caricia.

—Este tubo de lava tiene que haberse formado con roca ígnea muy dura y cortante; sin embargo, la superficie es lisa como el cristal. Pensad en las horas de trabajo que eso significa con las rudimentarias herramientas de la época.

Tina se había detenido ante una larga hilera de altas vasijas de arcilla de color rojizo, perfectamente modeladas y con el borde de la boca ennegrecido.

—Este tipo de vasijas de boca negra eran muy comunes en la época de la unificación —dijo—. Nos serán muy útiles para la datación.

—La próxima vez que bajemos tomaré muestras para las pruebas de termoluminiscencia —dijo March.

Siguió un prolongado silencio mientras el grupo asimilaba todo lo que había a su alrededor.

—No veo el sarcófago —comentó Logan.

—En la primera cámara suele haber objetos domésticos —le explicó Stone—, cosas que el faraón podría necesitar en la próxima vida. El sarcófago tiene que estar en algún lugar más profundo, probablemente en la última cámara, pasada la tercera puerta. Es lo que el faraón más deseaba proteger y conservar en un estado immaculado.

Tina se arrodilló ante un arcón de madera pintada y con ribetes de oro. Con un gesto delicado quitó el polvo de la tapa y la retiró lentamente. La luz de la linterna le descubrió que el interior estaba lleno de rollos de papiro cuidadosamente ordenados y en perfecto estado de conservación. Junto a ellos había dos hileras de tablillas esculpidas.

—Dios mío —susurró—. Pensad en la de historia que hay aquí...

Stone se había acercado a la cama con dosel. Era preciosa, y a la luz de las linternas parecía brillar con vida propia. Las trabajadas piezas que la componían estaban ensambladas con grandes pernos que parecían de oro.

—Fijaos en el dosel —dijo señalándolo con el dedo—. Esa pieza de madera dorada debe de pesar una tonelada. Sin embargo, se conserva perfectamente, como si la hubieran acabado ayer.

—Esto es raro —comentó March, que contemplaba una imagen pintada en una de las paredes.

En ella aparecían dos objetos extraños: uno tenía forma de caja y estaba rematado

por una especie de vara rodeada por una espiral de color cobrizo; el otro era de color blanco, en forma de cuenco, y de sus bordes caían largos filamentos dorados. Los dos estaban rodeados de jeroglíficos.

—¿Qué pueden ser? —preguntó Stone.

Tina meneó la cabeza.

—Son únicos. Nunca había visto nada así. Nada ni remotamente parecido. Parecen herramientas, artefactos de algún tipo, pero no alcanzo a imaginar para qué podían servir.

—¿Y los jeroglíficos de alrededor?

Tina los examinó a la luz de la linterna.

—Parecen advertencias o imprecaciones. —Una pausa—. Tendré que estudiarlos detenidamente en el laboratorio.

Retrocedió y grabó las imágenes con la cámara de vídeo.

—Puede que sean únicos —dijo Logan entonces—, pero hay más.

Señalaba un relieve de la pared donde aparecía una figura masculina vista de lado y con la pierna izquierda adelantada, como era costumbre en el arte del Antiguo Egipto. Vestía finas prendas, por lo que sin duda se trataba de un personaje de gran importancia. Sin embargo, sorprendentemente, esos dos objetos aparecían representados sobre su cabeza: el que tenía forma de cuenco debajo y la caja con la vara arriba. Se hallaba rodeado de lo que parecían sumos sacerdotes.

—Vaya... —murmuró March.

—¿Qué crees que son? —preguntó Stone—. No pueden ser coronas.

—Quizá sea alguna clase de castigo —apuntó Logan.

—Sí, pero mira eso —dijo Tina, que señalaba algo que había grabado bajo la imagen—. Es un serej, lo cual significa que la figura es de rango real.

—¿Es el serej de Narmer? —preguntó Stone.

—Sí, pero ha sido alterado, como si lo hubieran borrado.

Lentamente, el grupo se acercó a la pared del fondo. Sus linternas jugaban sobre su superficie: otro muro de losas de granito pulido ensambladas con mortero. Una vez más, el sello de la necrópolis y el sello real aparecían intactos; sin embargo, a diferencia de los sellos de la primera puerta, estos estaban perfilados con lo que parecía ser oro macizo.

—La segunda puerta —dijo March en tono reverencial.

La contemplaron durante un momento, hasta que Stone rompió el silencio.

—Vamos a regresar a la estación para analizar lo que hemos encontrado. Haré que un grupo de ingenieros baje para que se aseguren de que esta cámara es estructuralmente segura. Y entonces... —Hizo una pausa y luego añadió con voz algo temblorosa—: Procederemos.

EL entorno parecía idéntico: la misma habitación en penumbra, con la cama individual y los instrumentos médicos. El mismo olor a sándalo y mirra; el mismo quejido de los equipos de monitorización. El mismo gran espejo reflejando las parpadeantes luces. Jennifer Rush yacía en la cama, su respiración era superficial, se hallaba de nuevo bajo los efectos del Propofol.

La única diferencia, pensó Logan, era que aquella mañana habían profanado la tumba del rey Narmer.

Observó cómo Rush fijaba los electrodos en las sienes de su mujer, le administraba la dosis de Versed y seguía los pasos del ritual de hipnosis. Logan estaba en tensión, no quería repetir el trauma del primer tránsito. Sin embargo, la presencia maligna que había percibido, a pesar de que seguía allí, parecía distante, incluso borrosa.

La puerta se abrió sin hacer ruido y Tina entró. Saludó a Rush con un gesto de la cabeza, sonrió a Logan y fue hasta él.

Rush esperó a que su mujer se agitara levemente y su respiración se hiciera más trabajosa. Entonces puso en marcha la grabadora digital.

—¿Con quién hablo? —preguntó.

En esa ocasión, la respuesta fue inmediata.

—Con el portavoz de Horus.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es el que no debe ser pronunciado.

Tina se acercó a Logan y le susurró al oído:

—Los entendidos dicen que cuando Narmer se convirtió en rey-dios no permitía que nadie pronunciara su nombre en voz alta, bajo pena de muerte.

Rush se inclinó sobre la figura tendida de su mujer y dijo casi en un susurro:

—¿Quién es esa figura que... vigila la tumba?

—Me habéis... ultrajado. —Esa vez la voz no parecía enfadada, sino triste, dolida—. Habéis profanado mi morada sagrada.

—¿Quién es el guardián? —volvió a preguntar Rush.

—El devorador... de almas. El que mora en la décima región de la noche. Tasker de Ra.

—Pero ¿quién...?

—Irá por vosotros, los profanadores, los que no creen. Vuestras extremidades os serán arrancadas del cuerpo y vuestro linaje quedará interrumpido. Geb apoyará su pie sobre vuestra cabeza... y Horus castigará a los que...

—¿Qué eran esas imágenes en las pinturas de la tumba, los ornamentos que ese

hombre llevaba en la cabeza? —preguntó Rush procurando mantener un tono natural.

Se hizo un breve silencio.

—Es lo que lleva vida a los muertos... y muerte a los vivos.

Rush bajó la voz aún más.

—¿Qué puedes decirme de la segunda puerta?

—Desesperación... Vuestro final llegará raudo sobre pies con garras.

Tras esas palabras, Jennifer dejó escapar un largo suspiro, volvió el rostro hacia la pared y se quedó totalmente inmóvil.

Rush apagó la grabadora, se la guardó en el bolsillo y examinó con cuidado a su esposa. Se giró con expresión ceñuda y miró los aparatos de monitorización que había a los pies de la cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó Logan.

—No estoy seguro —contestó Rush, que seguía observando los indicadores de las constantes vitales—. Dame un minuto.

—«Geb apoyará su pie sobre vuestra cabeza...» —repitió Tina—. Suena como una paráfrasis de los Textos de las Pirámides, el pasaje trescientos cincuenta y cuatro o trescientos cincuenta y cinco, creo. Pero ¿cómo puede ella conocerlos?

—¿Qué son los Textos de las Pirámides? —quiso saber Logan.

—Los documentos religiosos más antiguos del mundo. Se trata de una serie de encantamientos e invocaciones que solo podían ser pronunciados por la realeza.

—Narmer —murmuró Logan.

—Si es así, si se remontan a la época de Narmer, entonces es que son aún más antiguos de lo que creen los eruditos, como mínimo setecientos años más.

—¿Y de qué tratan esos textos?

—De cómo reanimar el cuerpo del faraón tras su muerte, de cómo proteger su cadáver de la expoliación para que tuviera un tránsito feliz a la otra vida..., de todos los asuntos que preocupaban a los antiguos reyes de Egipto.

Logan se dio cuenta de que hablaban en susurros.

—¿Qué ha dicho de esos adornos pintados en la pared?

—Que llevan vida a los muertos y muerte a los vivos —respondió Tina.

—¿Y qué crees que significa eso?

—Puede que solo sea simple palabrería. Pero a los faraones egipcios les fascinaban las experiencias cercanas a la muerte, lo que ellos llamaban «la segunda región de la noche».

—La segunda región de la noche —murmuró Logan—. Jennifer también mencionó algo de una región de la noche.

Rush había levantado la vista de los instrumentos y los miraba.

—Tina, ¿te importaría dejarnos un momento a solas?

La egiptóloga se encogió de hombros y fue hacia la puerta. Cuando tenía ya la

mano en el pomo, se volvió.

—Espero que sea la última vez que la haces pasar por esto —dijo; luego salió y cerró la puerta sigilosamente a su espalda.

Logan miró a Rush en medio del silencio.

—¿Qué ocurre?

—Esta vez está tardando más en despertar, y no sé por qué.

—¿Cuánto tarda normalmente?

—Suele ser casi inmediato, pero en el último tránsito, el que tú presenciaste, tardó casi diez minutos en despertarse del todo. No es lo normal.

—¿Puedes administrarle algo?

—Preferiría no tener que hacerlo. En el Centro nunca hemos tenido que administrar nada. El Propofol es un hipnótico de acción rápida, hace rato que debería haber recobrado la conciencia.

Hubo un momento de silencio. Entonces Rush dio un respingo, como si se hubiera acordado de algo, metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó un CD.

—Aquí tienes lo que me habías pedido —dijo—. Los historiales de nuestros pacientes, las pruebas clínicas y los resultados de nuestro trabajo en el Centro. Te ruego que lo tomes como algo estrictamente confidencial.

—Desde luego. Gracias.

Rush miró a su esposa. Acto seguido los dos hombres se acercaron a la cabecera de la cama como movidos por el mismo pensamiento.

—Si te parece —dijo Logan—, mañana tendré una sesión con ella.

—Cuanto antes mejor —repuso Rush.

LA sala de comunicaciones se hallaba en lo más profundo del sector Rojo, al final del pasillo de la subestación eléctrica donde Perlmutter había recibido la descarga que por poco acaba con su vida. Era un espacio relativamente pequeño, abarrotado de aparatos eléctricos cuya función constituía un misterio para Logan.

Jerry Fontaine, el responsable de comunicaciones, era un tipo corpulento, vestido con un viejo pantalón de loneta y una camisa de manga corta, que no daba un momento de descanso al pañuelo de algodón blanco que llevaba en la mano derecha: o lo estrujaba en su manaza o lo utilizaba para enjugarse el sudor que le perlaba constantemente la frente.

—¿Cómo se encuentra Perlmutter? —le preguntó Logan mientras sacaba su libreta de notas y se sentaba en la única silla libre.

—El médico dice que mañana podrá volver a trabajar, gracias a Dios —respondió Fontaine.

Logan extrajo una carpeta de su bolsa y la abrió.

—Hábleme de esos extraños fenómenos que ha observado, por favor.

El jefe de comunicaciones se enjugó de nuevo la frente.

—Ya es la segunda vez que pasa, y siempre es por la noche, tarde. De repente oigo que los aparatos se ponen en marcha, con sus pitidos y sus luces parpadeantes, aunque deberían estar apagados. Esta sala únicamente opera de día.

—¿Cómo es eso? —preguntó Logan.

—Porque solo estamos Perlmutter y yo para ocuparnos de ella. En realidad funciona como una especie de oficina de telégrafo a las órdenes de Stone. Todas las peticiones para búsquedas en internet y de llamadas a la oficina principal deben pasar por nosotros. Por la noche no funciona nada salvo en caso de emergencia.

«Stone y su habitual secretismo», se dijo Logan.

—¿Qué aparatos son exactamente los que se ponen en marcha a deshoras?

—Uno de los teléfonos por satélite.

—¿Uno de los teléfonos por satélite, dice? ¿Es que hay más de uno?

Fontaine asintió.

—Tenemos dos: un NNR GlobalEye, para el satélite geosincrónico, y el LEO.

—¿El LEO?

—Low Earth Orbit. Un Terrastar. Cubre la banda de alta frecuencia.

Logan lo anotó en su libreta.

—¿Y cuál oyó que se encendía?

—El que comunica con el LEO.

Logan contempló los indescifrables equipos plagados de botones.

—¿Podría mostrármelo?

Fontaine señaló un aparato montado en una estantería justo a su lado. Era de metal y disponía de un teclado integrado y de un intercomunicador. Logan sacó su detector de ionización, lo sostuvo frente al equipo y examinó la lectura.

—¿Qué hace? —quiso saber Fontaine.

—Compruebo una cosa.

La lectura era normal, así que Logan guardó el detector y miró a Fontaine.

—Cuénteme más, por favor.

Fontaine volvió a enjugarse el sudor.

—La primera vez fue, a ver..., hará unas dos semanas. Había olvidado algo en la sala de comunicaciones y vine a buscarlo antes de irme a dormir. El LEO pitaba y emitía un montón de ruidos electrónicos.

—¿Qué hora era?

—La una y media de la mañana.

Logan lo anotó.

—Siga.

—La segunda vez fue anteanoche. Como Perlmutter está en el hospital, no me queda más remedio que encargarme de todo. Tenía mucho trabajo atrasado, de manera que vine después de la cena para ponerme al día. Tardé más tiempo del que esperaba. Estaba anotando las últimas entradas cuando volvió a sonar ese maldito pitido y el LEO se despertó. Me llevé un susto de muerte, se lo aseguro.

—¿A qué hora fue eso?

Fontaine lo pensó un momento.

—Alrededor de la una y media. Como la primera vez.

«Demasiado puntual para que se trate de un gremlin eléctrico», pensó Logan.

—¿Cómo funciona exactamente ese teléfono?

—Es bastante sencillo. Se establece conexión con el satélite y se comprueba el flujo de subida y el de bajada. A partir de ahí depende de lo que esté transmitiendo. Ya sabe, digital o analógico, mensajes de voz, páginas URL, correo electrónico o lo que sea.

—Deduzco, por lo que me está contando, que el teléfono no tiene incorporado un reloj, es decir, que no puede activarse a una hora concreta para enviar o recibir mensajes.

Fontaine asintió.

—¿Lleva usted un registro de todas las llamadas realizadas con ese teléfono?

—Desde luego. El señor Stone insiste en que todo quede registrado: quién solicitó la transmisión, adónde se envió y su contenido. —Se volvió y dio una palmada al montón de carpetas que tenía a su espalda.

—¿Y el teléfono tiene su propio registro interno?

—Sí, en una memoria RAM. Para borrarla hay que hacerlo desde el panel principal.

—¿Cuándo fue la última vez que se borró?

—No se ha borrado, al menos desde que la excavación se puso en marcha. Se necesita una contraseña para hacerlo. —Fontaine frunció el entrecejo—. ¿No creerá que...?

—Lo que creo —dijo Logan en voz baja— es que deberíamos echar un vistazo a ese registro interno. Ahora.

CUANDO lo convocaron a la Sala de Reuniones A para repasar lo ocurrido el día antes durante la apertura de la tumba, Logan supuso que encontraría a las mismas personas que habían asistido a la reunión celebrada tras el accidente del generador. Sin embargo, halló la gran sala casi vacía. Solo estaban Fenwick March, acompañado por uno de sus asistentes, Tina Romero, Ethan Rush, Valentino y otros dos hombres a los que no reconoció.

Al ver al reducido grupo, se dijo que quizá fuera un buen momento para revelar su pequeño descubrimiento.

Stone entró seguido por su secretaria personal. Cerró la puerta, atravesó las hileras de sillas y se detuvo en primera fila, junto a la gran pizarra.

—Comencemos —dijo—. Por favor, que los informes sean breves y concisos. Tú serás el primero, Fenwick.

El arqueólogo cogió unos cuantos papeles y se aclaró la garganta.

—Hemos iniciado un inventario a partir del análisis por vídeo de la primera cámara. Nuestro especialista en inscripciones ha empezado a grabar las de la tumba. Tan pronto como Ethan nos dé el visto bueno, lo enviaremos a nuestro supervisor para que realice un informe detallado de las dimensiones de la cámara y su contenido.

Stone asintió.

—Nuestra historiadora de arte ha estado analizando las pinturas. En su opinión, que por el momento se basa exclusivamente en el vídeo, es que figuran entre las pinturas funerarias más antiguas que se conocen, y que lo son casi tanto como las de la tumba pintada número cien de Hieracómpolis.

—Estupendo —dijo Stone.

—Si bien la inspección visual de los objetos indica que se encuentran en excelente estado de conservación, debido a su antigüedad algunos de ellos se beneficiarían enormemente si los estabilizáramos con cuidado y los restauráramos; por ejemplo, las vasijas de boca negra y algunos amuletos. ¿Cuándo podremos empezar a etiquetarlos y sacarlos?

Aquellas palabras provocaron un airado murmullo de Tina.

—Lo primero es lo primero, Fenwick —dijo Stone—. Hay que trazar una cuadrícula y un mapa de la cámara y comprobar que es segura. Luego podremos ocuparnos de su contenido.

—No necesito recordarte que nuestro tiempo es limitado —advirtió March.

—No, no necesitas recordármelo. Esa es la razón por la que vamos a ponernos a trabajar a toda máquina. Pero sin precipitarnos. No correremos riesgos, ni nosotros ni la tumba, por ir demasiado rápido. —Se volvió hacia la arqueóloga—. ¿Doctora?

Tina se removió en la silla.

—Es un poco pronto para dar resultados concretos. Todavía tengo que examinar los papiros y las tablillas. Pero lo que he descubierto es un tanto confuso.

Stone frunció el ceño.

—Explíquese.

—Bueno... —Tina vaciló—, algunas de las inscripciones parecen haber sido grabadas o pintadas de forma bastante tosca, como si el trabajo se hubiera hecho precipitadamente.

—Olvida de que se trata de obras del período arcaico —intervino March en tono altivo—. La Primera Dinastía. Las habilidades decorativas de los egipcios estaban todavía en pañales.

Romero se encogió de hombros con evidente escepticismo.

—En cualquier caso, muchos de los objetos e inscripciones son únicos en la historia egipcia. Hablan de dioses, costumbres, rituales e incluso creencias que se contradicen con el conocimiento generalmente aceptado y con lo que siguió en períodos posteriores..., en el Imperio Medio y en el Nuevo.

—No la sigo —dijo Stone.

—Es difícil de describir porque todo es nuevo, desconocido, y acabo de empezar a analizarlo. Pero es casi como si... —Hizo una pausa—. La primera vez que vi las inscripciones, los nombres de los dioses evocados, el género, la secuencia de los rituales y esa clase de cosas, me pareció como si... Narmer se hubiera equivocado. Pero entonces comprendí que eso era imposible. Narmer fue el primero: esta es la tumba más antigua de un faraón egipcio hallada hasta ahora, de modo que debo suponer que la transferencia de sus conocimientos y prácticas a las futuras generaciones se hizo mal. Es como si sus descendientes no hubieran comprendido lo que Narmer pretendía, así que se limitaron a copiarlo de modo ritual pero sin entenderlo en su totalidad. Hay ciertos aspectos de los rituales del Antiguo Egipto que todavía no comprendemos y que parecen contradecirse. Resulta perfectamente posible que si los reexaminamos a la luz del original de Narmer seamos capaces de establecer las diferencias y darles coherencia. Sabré más cuando haya analizado a fondo el contenido de la tumba. De todas maneras, lo que está claro es que se trata de un descubrimiento que va a trastocar para siempre la egiptología.

Stone se acarició la barbilla.

—Fascinante. ¿Alguna idea respecto al guardián de la tumba?

—Al principio creí que se trataba de una representación de Ammut, la devoradora de corazones, pero luego me di cuenta de que la morfología no encajaba. Solo es una conjetura, pero creo que puede tratarse de una representación muy tosca y primitiva del dios que en el Imperio Medio se conoció como Apep y que en años posteriores se representó como un cocodrilo o una serpiente. Es lo que más se parece a la figura que

vimos. Apep era el dios de la oscuridad, del caos, el devorador de las almas, la personificación de todo lo maligno. Como guardián es una elección interesante. — Hizo una pausa—. Es posible que estemos ante una representación muy temprana de ese dios, de antes de que Ammut y Apep desarrollaran identidades diferenciadas.

Logan cruzó una mirada con Rush.

«El devorador de almas», pensó. Ese era el dios al que se había referido Jennifer. Se preguntó cómo podía haberlo sabido a menos que una voz del pasado se lo hubiera dicho. Rush parecía cansado, y a Logan no le extrañó: su mujer había tardado casi dos horas en despertar del tránsito del día anterior.

—Como es natural —continuó Tina—, no sabemos qué lugar ocupa ese dios en la teogonía de Narmer ni qué representaba en una época tan primitiva.

—¿Qué me dice de las pinturas de la cámara, esas que parecen representar algún tipo de castigo? —preguntó Stone.

—Sé lo mismo de ellas que ayer. Lo siento, para mí son algo completamente nuevo.

—¿Y la segunda puerta?

—A juzgar por la inspección visual, el sello real parece igual que el de la primera.

—Gracias. —Stone se volvió hacia Rush—. ¿Y tú, Ethan?

El médico cambió de postura en su asiento y carraspeó.

—Mis análisis de la atmósfera, del polvo hallado y de los restos de mortero están terminados. Todo parece inerte. Hay una concentración relativamente alta de esporas de moho y polen, pero nada que pueda preocuparnos si el tiempo de exposición es limitado. Como es natural, una buena limpieza acabará con todo eso. No he hallado rastro de bacterias, hongos o virus dañinos. De todas maneras, hasta que se haya completado el proceso de descontaminación, propongo que sigamos utilizando respiradores con filtro de partículas y guantes de látex, que es lo que tú has establecido como procedimiento estándar.

—¿Veneno?

—Ninguno según mis análisis.

Stone asintió con satisfacción y se volvió hacia los demás.

—¿Cuál es el informe del radar de penetración? —preguntó.

Un joven delgado y de aspecto nervioso se irguió en su silla y se subió las gafas en el puente de la nariz.

—El radar muestra que en la segunda cámara hay un único objeto muy grande cuyas dimensiones aproximadas son de cuatro metros de largo por dos de alto. Dispuestos ante él hay cuatro objetos idénticos pero más pequeños.

Hubo un breve silencio.

—Un sarcófago... —murmuró March.

—Y sus cuatro vasos canopos —añadió Tina.

—Tal vez. —Stone frunció el entrecejo—. Pero ¿en la segunda cámara en lugar de en la tercera?

—Al parecer hay varios objetos más —añadió el joven—, pero el eco de la señal hace que sea difícil distinguirlos.

—Muy bien —repuso Stone, pensativo—. Dedicaremos el resto del día a asegurar, estabilizar y descontaminar la primera cámara. Lo primero que haremos mañana será abrir la segunda puerta. Si entretanto alguien, en sus análisis, descubre algo nuevo o que se salga de lo corriente, quiero que me lo comunique en el acto. —Miró a Logan—. Por cierto, ¿quieres añadir algo, Jeremy?

—Sí. Anoche hablé con Fontaine y me contó que uno de los aparatos electrónicos que tiene a su cuidado ha tenido un comportamiento errático. Según parece, se enciende y se apaga por su cuenta y funciona cuando no debe.

Tina silbó por lo bajo la melodía de *La dimensión desconocida*.

—El aparato en cuestión —siguió explicando Logan— es uno de los teléfonos vía satélite. Cuando me enteré de que ambos incidentes se habían producido a la misma hora, la una y media de la madrugada, le pedí a Fontaine que comprobara la memoria del teléfono.

—¿Y? —preguntó Stone.

—La memoria interna mostraba que se habían efectuado un total de cuatro conexiones vía satélite sin autorización y que todas habían sido a la una y treinta y cuatro de la mañana, hora local. Las conexiones eran correos electrónicos encriptados enviados a un servicio de reenvío de internet que los hace imposibles de rastrear.

El silencio y el desconcierto llenaron la sala.

Stone se había puesto pálido.

—¿Cómo puede ser? Nadie tiene acceso a los teléfonos vía satélite. Solo los pueden utilizar los responsables de transmisiones.

—Un examen más a fondo del aparato reveló que había sido modificado con un circuito impreso hecho a mano. En estos momentos Fontaine lo está examinando con un osciloscopio y un generador de señales, pero parece que su función es recibir mensajes de texto inalámbricos de la banda ancha de la estación, codificarlos y mandarlos vía satélite de madrugada, cuando no hay nadie en la sala de comunicaciones. A partir de ahí, el satélite se encarga de enviarlo a su destino.

Siguió otro largo silencio. Logan se fijó en que todos se miraban unos a otros con incomodidad.

—¿Quién está al tanto de esto? —preguntó Stone.

—Fontaine y los que estamos aquí.

Stone se pasó la lengua por los labios.

—Esto no tiene que salir de aquí. ¿Entendido? Nadie más debe saberlo. —Meneó la cabeza—. Válgame Dios. Un espía.

—O un saboteador —apuntó Tina.
—O ambas cosas —añadió Logan.

TINA Romero descendió por el Umbilical detrás de Stone. No llevaba respirador, solo una mascarilla N-95. El aire olía al Sudd y le dejaba en la boca un ligero regusto a vegetación putrefacta. A medida que bajaba, más frío hacía. Cuando llegó a la plataforma tenía los brazos en carne de gallina.

El centinela que montaba guardia ante la entrada la saludó con un gesto de la cabeza. Desde que Logan había descubierto las transmisiones sin autorización, Stone, que siempre se mostraba obsesivo en cuestión de secretismo, había doblado las medidas de seguridad. Además del centinela que vigilaba la Boca las veinticuatro horas del día, había ordenado que hubiera otro en el Portal y que se instalaran más cámaras de vigilancia, que Cory Landau se encargaba de controlar desde el Centro de Operaciones.

Tina sonrió tristemente para sus adentros. A pesar de las amenazas de Stone y de su exigencia de absoluto silencio, el rumor acerca de un saboteador o de un espía había corrido como la pólvora por toda la estación. El asunto no estaba desprovisto de cierta ironía: aunque el sentimiento predominante era de consternación, se combinaba con cierto alivio. Tina incluso se preguntaba si la presencia de un saboteador no sería explicación suficiente para los hechos insólitos que se habían producido.

Oyó ruido por encima de su cabeza y vio que March bajaba hacia la plataforma. Detrás de él, dos operarios de Valentino cargaban con las piezas de una grúa desmontable.

Stone miró al grupo.

—Está bien —dijo a través de la máscara—. Vamos allá.

El guardia de seguridad cogió un cabrestante eléctrico del suelo, y el grupo se acercó a la entrada. Tina se fijó en que los restos del granito habían sido retirados y que la primera puerta estaba completamente abierta. Alzó la cámara de vídeo. Aunque March había bajado varias veces y Stone al menos en dos ocasiones para supervisar la abertura de la segunda puerta, para ella era su segunda visita a la tumba.

Cuando entró en la primera cámara vio que había sido reforzada con traviesas longitudinales que iban de pared a pared y que la estatua del guardián Apep estaba cubierta por una lona. Tina lo agradeció: la figura era tan realista y agresiva que, a pesar de su incalculable importancia, no sentía el menor deseo de verla de nuevo.

La cámara, que había sido un pozo de oscuridad, estaba ahora brillantemente iluminada por focos de sodio, y Tina solo pudo admirar la belleza y el buen estado general de su contenido. Sin embargo —para su disgusto—, comprobó que los objetos más interesantes e importantes habían sido retirados y sustituidos temporalmente por etiquetas de archivo. Se dijo que aquello era obra de March. El

cabrón estaba impaciente por poner la mano en todas aquellas piezas. Si las cosas se hacían a su modo, el yacimiento quedaría vacío y se perdería todo recuerdo de cómo era en su estado original. Para ella, el enfoque correcto era el contrario: examinar, estabilizar, analizar, describir, documentar y, después del debido proceso de restauración, dejarlo todo como lo habían encontrado.

El muro del fondo estaba cubierto por un gran plástico. Al otro lado la oscuridad era absoluta. Sabía que habían retirado completamente la segunda puerta, pero nadie había entrado todavía en la cámara. Ellos serían los primeros.

Sin decir palabra, Stone hizo un gesto con la cabeza a los dos operarios. Estos se adelantaron y con sumo cuidado quitaron el plástico, lo doblaron y lo dejaron a un lado. Tras este se abría un rectángulo de negrura.

Stone se aproximó a la segunda puerta, seguido de Tina y March. Allí, desde la entrada a la cámara número dos, Tina acertó a distinguir unas formas vagas en su interior. Notó que la boca se le secaba.

—Traed una de esas luces —ordenó Stone.

Un operario acercó uno de los potentes focos sobre ruedas, y un repentino resplandor inundó la pieza.

—Dios —musitó Stone con voz estrangulada. Una vez más, su fachada de autodominio se había desmoronado bajo el hechizo de Narmer.

A medida que sus ojos se adaptaban a la luz, Tina empezó a distinguir los detalles de la cámara número dos. Encendió el vídeo y empezó a grabar. Todas las superficies —techo, suelo y paredes— estaban recubiertas por lo que parecía oro macizo, responsable del inusitado brillo. A pesar de que el recinto era apenas más pequeño que la cámara número uno, contenía muchos menos objetos. Entre ellos, los cuatro vasos canopos hechos de calcita que contenían las vísceras del faraón momificado. Ante cada uno había un pequeño cofre de oro igualmente macizo. En una de las paredes, una gran pintura ilustraba lo que parecía la victoria de Narmer sobre el rey del Alto Egipto. En otra, Narmer se mostraba tumbado en un estrado, ya en su tumba, mientras era atendido por un sumo sacerdote. También había dos nichos situados en paredes opuestas, y cada uno tenía un serej de Narmer grabado en bajorrelieve con el nombre que el rey había utilizado en su coronación: *niswt-bit*, rey del Alto y el Bajo Egipto. A Tina le parecía curioso que los egiptólogos fueran capaces de leer el lenguaje pero que su pronunciación siguiera siendo un misterio. Aunque sabía que la mayoría de los usos de la frase se expresaban fonéticamente como *nzw*, tal como aparecía en los Textos de las Pirámides, allí había conservado la terminación femenina en «t», y eso le extrañó. Pero es que casi todo lo que había visto de Narmer y de su tumba le resultaba extraño. Muchas de las cosas que había en aquella cámara eran demasiado modernas para el Antiguo Egipto. El entierro de la tumba, los sellos reales, los objetos, los mensajes jeroglíficos que tanto recordaban al *Libro de los*

Muertos... Todo ello era más propio del Imperio Medio o del Imperio Nuevo que del período arcaico de la Primera Dinastía. Era como si Narmer se hubiera adelantado siglos a su tiempo, y sus conocimientos, costumbres, hallazgos y revelaciones hubieran muerto con él y no hubieran resucitado hasta la llegada de los constructores de las pirámides, mil años después.

Apartó aquellos pensamientos de su mente y se concentró en grabarlo todo en vídeo. Encima de los dos nichos había distintas ofrendas: amuletos, cuchillos de pedernal hermosamente tallados, figuras de alabastro, marfil y ébano. Pero el objeto más destacado yacía en el centro de la cámara. Era un enorme sarcófago hecho de un granito azul pálido sumamente escaso. Carecía de cualquier pintura ornamental — algo de lo más infrecuente— y estaba en perfectas condiciones; mucho mejor, por ejemplo, que el deteriorado ataúd de Tutankhamón. El granito había sido tallado en un exquisito trabajo de tracería, y en la cabecera se alzaba la figura de un halcón gigante que montaba guardia ceremonialmente sobre el cuerpo del faraón, con las alas extendidas y las estilizadas patas abiertas.

Los miembros del equipo permanecían callados, anonadados por el esplendor de lo que veían. Stone se adelantó con paso vacilante, como si caminara con prótesis. Realizó una inspección rápida de la cámara y se acercó a la hilera de pequeños cofres de oro.

—Estos cofres colocados ante los vasos canopos... —dijo en tono ausente, hablando más para sí mismo que para los demás— es algo totalmente desconocido para mí.

Se arrodilló ante el más próximo y lo estudió con atención; de vez en cuando tocaba delicadamente aquí y allá con sus dedos enguantados. Entonces, con la misma delicadeza, levantó la tapa. Tina contuvo la respiración. El interior del cofre estaba lleno de gemas centelleantes: ópalos, jades, diamantes, esmeraldas, perlas, rubíes, zafiros y ágatas. Un tesoro incalculable.

—¡Santo Dios! —exclamó March.

Tina bajó la cámara para verlo de cerca.

—La mitad de estas piedras preciosas eran desconocidas para los antiguos egipcios —dijo—, por lo menos en una época tan remota...

—El faraón debió de abrir nuevas rutas comerciales que se perdieron tras el fin de su reinado —aventuró Stone en voz baja.

Tina se pasó la lengua por los labios resecos. Se dio cuenta de que el esplendor resultaba tan abrumador que se negaba a aceptarlo. Era imposible asimilarlo en su totalidad.

Stone la miró.

—¿Qué me dice de esos dos nichos? Nunca había visto una configuración igual.

—Tendré que examinarlos a fondo, pero es posible que tengan una doble función,

que no sean solo simples nichos, sino símbolos de la gran prueba a la que Narmer tendría que enfrentarse en su paso al inframundo: la Sala de las Dos Verdades. Eso suponiendo que en su época esa creencia estuviera arraigada. De todas maneras, también en este caso debo decir que parecen únicos. Diría que ese doble propósito fue algo que se perdió con las dinastías que siguieron.

—¿Símbolos, dice? —dijo Stone.

—Como si fueran a ser utilizados en una simulación de la Sala de las Dos Verdades. Una especie de ensayo previo, por así decirlo.

—Pero eso es algo completamente nuevo —objetó March.

Tina hizo un gesto con la mano que abarcaba la tumba, como si dijera: «¿Y todo esto no lo es?».

Entretanto, los operarios habían estado ocupados montando la grúa. El guardia de seguridad la conectó al cabrestante y, a la orden de Stone, puso en marcha el motor. Un rugido llenó la cámara y después disminuyó hasta convertirse en un ronroneo. Los operarios colocaron los ganchos bajo los bordes de la tapa del sarcófago y a continuación, con sumo cuidado, la levantaron, la hicieron girar y la depositaron en el suelo.

El guardia de seguridad apagó el motor y todos, también los operarios, se acercaron para mirar. En el interior del sarcófago había un fino sudario de un material desconocido y tejido con un complejo diseño. Stone extendió la mano para tocarlo. En cuanto su guante rozó el sudario, la tela se desintegró en una nubecilla de polvo gris.

El murmullo de consternación que emergió del grupo fue sustituido rápidamente por una exclamación ahogada de sorpresa. A través del polvo se veía el ataúd que había en el interior del sarcófago, un ataúd de oro macizo en cuya tapa aparecía tallada la efigie de un rey vestido majestuosamente.

Sin decir palabra, Stone y March cogieron la tapa por las asas y la retiraron. Dentro descansaba la momia, envuelta en gruesos vendajes de lino. Toda ella estaba cubierta de pétalos de loto. Una máscara de oro con las rudas y enérgicas facciones del rey cubría el rostro.

Un hedor a muerte y descomposición brotó de la momia, pero Tina no lo notó. Se acercó aún más y se inclinó sin dejar de grabar; el corazón le latía a toda prisa.

—Narmer... —susurró Stone.

—ETHAN me ha dicho que no hablas nunca de tu experiencia cercana a la muerte —dijo Logan.

Jennifer asintió. Se hallaban sentados uno frente a otro en el despacho de Logan. Era bien entrada la noche, y el sector Marrón —toda la estación, en realidad— parecía en completo silencio. Logan no había bajado a la cámara número dos para poder preparar aquella reunión. Algo en su interior le decía que, a corto plazo, eso era más importante para su trabajo y también para el bienestar de Jennifer.

—Estoy seguro de que sabes que eso no es lo habitual —continuó Logan—. A la mayoría de las personas que han tenido una experiencia cercana a la muerte les gusta hablar de ello. De hecho, la investigación de tu marido se basa en esa predisposición a hablar.

Jennifer no dijo nada. Se limitó a alzar los ojos brevemente hacia Logan y luego apartó la mirada.

—Escucha —dijo Logan en tono amable—, te pido perdón por lo que te dije el otro día. Di por hecho que para ti tus habilidades eran..., bueno, una bendición. Me temo que fue una suposición ingenua.

—No pasa nada —contestó ella por fin—. Es lo que cree todo el mundo. En el Centro todos hablan de lo mismo, de la revelación que han tenido, de lo maravillosa que ha sido, de cómo los ha hecho apreciar a Dios y ha cambiado su vida.

—Tu vida también ha cambiado, pero intuyo que de una forma distinta a la de los demás.

—Me consideran una especie de icono —dijo no sin cierta amargura—. Soy la esposa del fundador del Centro, he sufrido la experiencia cercana a la muerte más larga que se conoce y mis dotes psíquicas son superiores a las de los demás. Soy consciente de lo importante que este trabajo es para Ethan y deseo ayudarlo en todo lo posible. Es solo que...

—Temes que hablar de tus experiencias tenga un impacto negativo para el Centro.

Jennifer lo miró de nuevo, y Logan vio angustia, casi desesperación en sus ambarinos ojos.

—Ethan me ha hablado de tu... trabajo, de la clase de cosas que has hecho en el pasado. Por alguna razón pensé que lo comprenderías, que me creerías. Nunca he tenido a nadie con quien hablar. En cuanto a Ethan, no estoy segura de que quiera escucharlo, es tan contrario a todo lo que él... —Se interrumpió.

—Haré todo lo que pueda para ayudarte.

Jennifer no contestó, de modo que Logan siguió hablando.

—Sé que es difícil, pero creo que lo mejor sería que me contaras, con tanto

detalle como sea posible, lo que experimentaste ese día, hace tres años.

Jennifer meneó la cabeza.

—No sé si podré.

—Compártelo conmigo. Si lo sacas fuera, seguramente perderá su capacidad de perturbarte.

—Perturbarme... —repitió ella con tristeza.

—Escucha, Jennifer, yo soy empático. Experimentaré lo mismo que tú, al menos en parte. Te acompañaré a lo largo de todo el proceso, y si las cosas se complican, lo dejaremos.

Ella lo miró.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿De verdad piensas que puede ser de alguna ayuda?

—Cuantas más cosas puedas encarar ahora, más fácil te será manejarlas en el futuro.

Durante unos segundos Jennifer no dijo nada. Luego asintió lentamente.

—Está bien.

Logan rebuscó en su bolsa, sacó un cronómetro y lo dejó en la mesa.

—Apagaré las luces. Échate hacia atrás en la silla y ponte cómoda.

Se levantó, cerró la puerta y apagó la luz. La habitación quedó iluminada únicamente por el resplandor de la pantalla del ordenador portátil y el cronómetro. Regresó a la silla y le cogió las manos.

—Ahora, relájate. No hay prisa. Vuelve a los recuerdos de lo que pasó durante y después del accidente de coche. Comienza cuando estés lista. Si puedes, cuéntame tus experiencias en tiempo real. Utiliza el reloj como guía.

Se sentó en el borde de la silla y guardó silencio. Durante un rato no oyó nada salvo la respiración regular de Jennifer. De hecho, transcurrió tanto tiempo que se preguntó si se había dormido. Entonces ella habló en medio de la oscuridad.

—Estaba en el coche —empezó—. Conducía por Ship Street, cerca de la Brown University, cuando de repente un todoterreno azul, con una gran barra negra en el morro, salió de la nada y se me echó encima.

Tragó saliva y respiró hondo antes de proseguir.

—El choque fue tremendo..., un gran estruendo, una punzada de dolor, un destello blanco. Después, durante un largo rato... nada.

Logan extendió la mano y puso el cronómetro en catorce minutos, el tiempo que Jennifer Rush había estado clínicamente muerta.

—Lo siguiente que recuerdo —siguió ella— fue que noté la cabeza incómodamente... llena. No sé de qué otra manera describirlo. Luego oí ese zumbido, que empezó despacio y muy bajo y fue subiendo. Me dio miedo. Pero cesó de repente

y me vi deslizándome muy deprisa por un pasillo oscuro. Ni corría ni caminaba. Recuerdo que era como como si tiraran de mí. Entonces hubo otro destello blanco. Y durante un rato nada más. Y luego... estaba suspendida sobre una cama de hospital, viéndome a mí misma tendida en una camilla. Esa sensación de estar suspendida en el aire era rara. No estaba quieta, oscilaba arriba y abajo, como cuando flotas en una piscina. A mi alrededor había médicos y enfermeras. Ethan también estaba ahí. Tenía un desfibrilador en las manos. Todos hablaban a la vez.

—¿Recuerdas qué decían?

Jennifer lo pensó un momento.

—Uno de ellos dijo: «Choque hipovolémico. No hay forma de recuperarla».

—Sigue —le pidió Logan.

—Durante un momento sentí la irresistible necesidad de regresar a mi cuerpo, pero no podía hacer nada, así que me quedé observando. La necesidad de volver desapareció enseguida. Después de eso no sentí nada más, ni miedo ni dolor, nada. Luego, lentamente, mi cuerpo, los médicos, todo empezó a desvanecerse y me invadió esa inmensa sensación de paz.

—Descríbemela —dijo Logan.

—Nunca había sentido nada parecido. Era como si el bienestar invadiera todo mi ser, toda mi esencia. En ese momento supe que nada volvería a ir mal nunca más.

Logan cerró los ojos. También él lo sentía, aunque desde una distancia enorme.

—¿Como si estuvieras rodeada de amor?

—Sí, exacto. —Jennifer hizo una pausa—. Creo que estuve así durante mucho tiempo.

Calló y permaneció en silencio. Logan esperó y siguió sosteniéndole las manos mientras el tiempo pasaba. Ya habían transcurrido seis minutos, más de lo que solían durar la mayoría de las experiencias cercanas a la muerte.

—Estaba rodeada de oscuridad, pero noté que volvía a moverme. Entonces, en la distancia, vi algo. Era como una especie de barrera o de linde dorado. Al otro lado no parecía haber nada. Algo..., alguien... estaba ante él.

—¿Un ser? —apuntó Logan—. ¿Un ser de luz?

—Sí. No podía verle el rostro, al menos no con claridad, la luz era demasiado brillante. Pensé que quizá se tratara de un ángel, pero no tenía alas. De alguna manera noté que me sonreía.

—Sí —susurró Logan.

Él también lo percibía vagamente: era una visión cimbreada, espectral, de una belleza ultraterrena. Y era de ese ser de donde parecía brotar en constantes oleadas aquella sensación de paz y amor.

—Noté que me hablaba, pero no en voz alta, sino dentro de mi cabeza. Me estaba haciendo una pregunta.

—¿Podrías decirme qué te preguntó? —quiso saber Logan, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Me preguntaba si estaba satisfecha con lo que había hecho con mi vida.

Logan asintió. Todo lo que Jennifer había mencionado hasta ese momento —la experiencia extracorpórea, el pasillo oscuro, el ser de luz, la barrera dorada, el repaso a la vida— encajaba con la mayoría de las ECM. Miró el reloj. Habían pasado más de diez minutos: más tiempo que en cualquiera de los tránsitos estudiados en el Centro.

—El ser me repitió la pregunta —prosiguió Jennifer—. Y entonces vi desfilar mi vida ante mí, desde mi infancia, cosas que no recordaba o en las que no había pensado desde hacía años. Y en ese momento... —Tragó saliva—. En ese momento empezó todo.

Logan le cogió las manos con fuerza.

—Cuéntame.

A pesar de la penumbra pudo ver cómo las hermosas facciones de Jennifer se tensaban.

—El ser dijo una sola palabra: «Insuficiente», y luego... cambió.

Jennifer empezó a respirar trabajosamente.

—Relájate —le dijo Logan—. Descríbemelo. ¿En qué sentido cambió el ser?

—Al principio fue solo una sensación. Noté que el amor que me rodeaba empezaba a desvanecerse, lo mismo que el bienestar, la calidez, la alegría. Ocurrió tan lentamente, de un modo tan sutil, que al principio no lo percibí. Pero cuando me di cuenta, de repente me sentí... expuesta. Y entonces el ser se oscureció. La brillante luz se fue apagando y pude ver su rostro.

Una imagen apareció un instante en la mente de Logan: un rostro malicioso, hirsuto, caprino.

Jennifer empezó a respirar más rápido.

—De repente —prosiguió—, la barrera que tenía delante también empezó a cambiar. Ya no era dorada, sino que oscilaba y se había vuelto líquida. Parecía una cortina de sangre. Entonces se deshizo y... —le temblaba la voz— y al otro lado..., al otro lado...

—Sigue, no te detengas —le rogó Logan.

—Al otro lado se abría una oscuridad vociferante. Intenté correr, apartarme, pero algo tiraba de mí, y no podía luchar. Era demasiado tarde. No había luz ni aire. No podía respirar. A mi alrededor había cuerpos que se apretaban contra mí, invisibles y resbaladizos. Gritaban, no dejaban de gritar. Los cuerpos me acorralaban, no podía moverme. Noté... —Su respiración se tornó jadeante—. Noté una presión terrible. Una presión dentro de mí. Como si algo estuviera sorbiéndome la esencia de mi ser... Y él se reía... Y entonces noté el borde de la..., la... ¡Oh, Dios!

De repente Logan volvió a percibirla: la presencia demoníaca y perversa, infinita

en su rabia y animadversión. Era tan tangible que casi lo empujó hacia atrás en la silla.

—¡Dios! —gritó al tiempo que rompía bruscamente el contacto con Jennifer.

Ella jadeó. Durante un instante reinó el silencio en el despacho. Luego Jennifer se derrumbó entre sollozos.

Logan la abrazó con delicadeza.

—No pasa nada —le dijo—. Todo irá bien.

Pero ella siguió llorando.

ROBERT Carmody, rodeado por el olor a polvo de la cámara número uno, enfocaba manualmente con aire aburrido su réfex digital. Junto a él, Payne Whistler, arrodillado en el suelo recién limpiado, sostenía en sus enguantadas manos una tablilla llena de inscripciones.

—Objeto A tres cuarenta y nueve —dijo Whistler acercando los labios a la grabadora de bolsillo—. Tablilla. Piedra caliza pulida. —Sacó un metro y la midió con cuidado—. Siete centímetros por nueve y medio. —Examinó las tallas—. Parece ser una invocación para que el faraón tenga un feliz viaje al otro mundo. —Añadió algunos comentarios más, dejó la tablilla en la tela blanca que tenía al lado y se volvió hacia su compañero—. Cuando quieras, Bob.

Carmody suspiró, acercó una luz, se inclinó, enfocó la tablilla con la cámara y tomó varias fotografías desde ángulos distintos. A continuación se enderezó y examinó las imágenes en la pantalla.

—Otra obra de arte —masculló.

Whistler asintió, cogió la tablilla, la etiquetó, la envolvió con esmero en una tela nueva y la depositó en el contenedor de muestras. Entretanto, Carmody anotó los números de las fotos en una libreta.

—Por Dios —dijo cerrando el cuadernillo—, llevamos aquí... ¿cuánto?, ¿tres horas?, y todavía no hemos visto una puñetera pieza interesante.

Whistler lo miró.

—¿Bromeas? Todo lo que hay aquí es interesante. Más que interesante. Son los objetos funerarios del primer faraón que unificó Egipto.

Carmody bufó.

—Deberías escucharte. Hablas como Romero.

Whistler se levantó y se sacudió el polvo del pantalón.

—Ten paciencia. Si lo que buscas es la gratificación inmediata, te has equivocado de profesión.

—¿Qué profesión? Tú eres el arqueólogo.

—Supervisor —lo corrigió Whistler.

—Pues yo soy fotógrafo. Y llevo aquí tres semanas. Sin poder llamar a casa, sin poder encargarse una pizza, sin poder salir siquiera a correr un rato.

—En la cantina hay toda la pizza que quieras, y el gimnasio está lleno de cintas para correr.

—No puedo sintonizar la HBO. No puedo jugar a World of Warcraft. No puedo echar un polvo.

—Bueno, eso es tu problema. —Whistler dejó a un lado el contenedor de

muestras.

—Lo que quiero decir es que no soy idiota. Cuando firmé los acuerdos de confidencialidad sabía en qué me estaba embarcando. Creía que tendría que fotografiar momias, máscaras doradas y esa clase de cosas que después quedan muy bien en un currículum. Pero resulta que ese tío ha dejado todo esto limpio, se ha llevado todo lo que era atractivo. Se ha quedado con todo lo bueno. Mira eso. —Carmody hizo un gesto hacia la parte trasera de la estancia, donde un tabique divisorio cerrado impedía el acceso a la cámara número dos.

—¿Y qué esperabas? March es el arqueólogo jefe. Deja de quejarte, te pagan bien. Te podría ir mucho peor..., podrías estar haciendo su trabajo —dijo Whistler señalando con el pulgar a un guardia de seguridad que controlaba sus trabajos en la plataforma del Umbilical.

—No firmé para ser portero de discoteca. Soy un artista. No me limito a apretar el disparador. He hecho mi trabajo en cinco expediciones diferentes.

—¿Y has vendido mucho? —preguntó Whistler con sorna.

—Esa no es la cuestión.

—Dejémoslo.

Whistler se volvió y sacó con cuidado otro objeto de la caja revestida de oro que tenía junto a él. Le dio la vuelta y lo examinó.

—Objeto A tres cincuenta. Tablilla de arenisca pulida. —La midió—. Seis por nueve centímetros. —Estudió la inscripción—. Parece ser una lista de los regalos que la esposa de Narmer, Niethotep, recibió el día de su trigésimo cumpleaños. Esto sí que es interesante —dijo para sí.

—Sí, tan interesante como mirar cómo se seca la pintura. ¿Cómo se dice «que te den» en jeroglífico?

Whistler le mostró el dedo corazón y dejó la tablilla encima del lienzo.

—Tu turno.

Carmody suspiró profundamente, levantó la cámara y tomó las fotos de rigor. Luego las anotó y contempló de mala gana cómo su compañero depositaba la tablilla en el contenedor para su posterior restauración y documentación.

—Solo quiero un poco de diversión —dijo mientras Whistler volvía a meter la mano en el arcón—. Llevo tres semanas en el culo del mundo..., voy a volverme loco.

—Ve a dar una vuelta por la marisma, luego vuelve y cuenta las picaduras de mosquito. Eso te mantendrá entretenido. —Whistler meneó la cabeza—. La última tumba en la que trabajé era un túmulo neolítico. Comparado con aquello, esto es el paraíso.

—¿Sabes qué? Tienes que salir más.

—Puede. —Whistler extrajo otra pieza de la caja y la examinó—. Objeto A tres

cincuenta y uno. Tablilla de piedra caliza.

—Otra no, por favor —gruñó Carmody—. Que alguien me pegue un tiro y acabe con esto de una vez.

En la plataforma, la radio del guardia chisporroteó.

—Base de la Boca llamando a Eppers. Contesta.

El vigilante se llevó el micro a los labios.

—Aquí Eppers.

—Los sensores registran un pico de presión en el sector diecinueve del Umbilical. Queríamos que subieras e hicieras una comprobación visual antes de enviar un equipo de reparación.

—Entendido.

El vigilante guardó el micrófono, dio media vuelta, trepó por el conducto y desapareció de la vista.

Carmody lo vio subir y después miró en derredor. Tal como había comentado, se habían llevado de allí todos los objetos fáciles de transportar. Aparte del arcón dorado y de unos pocos objetos más, solo quedaba el mobiliario y la estatua del guardián, esta última cubierta por una lona.

Sus ojos se posaron en una de las sillas, decorada con filigranas doradas y profusamente tallada.

—Mira esto —dijo sentándose en la silla con aire solemne.

Whistler lo contempló con una mezcla de sorpresa y espanto.

—¿Qué narices estás haciendo? ¡Levántate de ahí! No ha sido restaurada, podrías dañarla.

—Qué va. Es sólida como una roca. —Cruzó los brazos sobre el pecho y dijo—: Soy el rey Narmer, que me traigan la virgen del día.

Whistler miró con preocupación hacia la cámara de seguridad.

—Te van a ver, y Stone te despellejará vivo.

—Tranquilo. Paxton se ocupa de las cámaras esta tarde y es colega mío.

Carmody se levantó, echó una ojeada a la plataforma para asegurarse de que el vigilante no estaba y se acercó al gran lecho real. Las patas, los postes y el dosel estaban intrincadamente decorados con incrustaciones de oro, pero la superficie de descanso era de simple madera, sin ornamentar. La palpó con los dedos, haciendo fuerza, y, satisfecho, se tumbó cuan largo era.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Whistler en tono muy serio—. Sal de ahí antes de que el vigilante te vea...

—Solo será un sueñecito —contestó Carmody, que a continuación alzó la cabeza, miró alrededor y dijo—: Cleopatra, ven aquí de una vez, mi cetro real necesita un repaso...

De repente sonó un crujido seco y toda la cama se estremeció. Antes de que

Carmody tuviera tiempo de levantarse se oyó otro chasquido. El enorme dosel se soltó bruscamente de sus anclajes y cayó sobre el postrado fotógrafo.

Un destello blanco, un dolor increíblemente lacerante y luego... nada más.

CUANDO Logan entró en la sala forense de la enfermería, Rush estaba cubriendo con una sábana verde el cadáver roto y aplastado de Carmody. Al oír pasos, el médico alzó la mirada, vio a Logan y meneó la cabeza.

—Nunca había visto un cuerpo tan destrozado como este —comentó.

—He concluido mi investigación preliminar —dijo Logan—. Los pernos de oro que sostenían el dosel parecen haber sido aflojados deliberadamente.

Rush frunció el entrecejo.

—¿Deliberadamente? Entonces ¿ha sido un sabotaje?

—Puede ser, aunque también es posible que alguien pretendiera robarlos. Después de todo, son de oro macizo y del tamaño de los pernos de una vía de tren.

Rush guardó silencio un momento.

—¿Qué ambiente se respira por ahí?

—Más o menos el que imaginas. Sorpresa. Tristeza. Y miedo. Se rumorea que la maldición ha golpeado de nuevo.

Rush asintió con aire ausente. Estaba pálido y tenía profundas ojeras. Logan recordó lo que el médico le había dicho en el avión: «El hecho es que estudié para ser especialista de Urgencias, pero por alguna razón nunca llegué a acostumbrarme a la muerte. La verdad es que me las apañaba con los casos de muerte por causas naturales: cáncer, neumonía, nefritis. Pero los casos de muerte violenta y repentina...». Se preguntó si ese sería el mejor momento para hablar con Rush y llegó a la conclusión de que no habría otro mejor.

—¿Tienes unos minutos? —le preguntó en voz baja.

Rush lo miró.

—Deja que termine con esto y tome unas cuantas notas. Puedes esperar en mi despacho, si quieres.

Diez minutos más tarde, Rush entraba en el cubículo. Parecía más sereno, y el color había vuelto a sus mejillas.

—Perdona el retraso —dijo mientras se sentaba a su escritorio—. ¿Qué ocurre, Jeremy?

—He hablado con Jennifer —respondió Logan.

Rush se irguió.

—¿Ah, sí? ¿Y te habló de su experiencia?

—Básicamente la revivimos juntos.

Rush se lo quedó mirando un instante.

—En el Centro nunca la ha explicado con detalle. La verdad es que, teniendo en cuenta mi posición allí, resulta un tanto embarazoso.

—Creo que necesitaba hablar de ella con alguien completamente objetivo —dijo Logan—. Con alguien que tuviera experiencia en enfrentarse a cosas... fuera de lo normal.

Rush asintió.

—¿Qué puedes contarme?

—Supongo que antes de entrar en detalles con alguien, incluso contigo, debería contar con la autorización de Jennifer. Lo que puedo decirte es que la primera parte del viaje transcurrió según los cánones habituales. Sin embargo, la última, cuando estuvo al «otro lado» más tiempo que cualquier otro de tus pacientes, fue todo lo contrario. —Logan se interrumpió—. Fue... horrible. Aterrador. No me extraña que no quiera hablar de ello con nadie, y aún menos revivirlo.

—¿Aterrador? ¿De verdad? Teniendo en cuenta su reticencia, sospechaba que había habido algo desagradable, pero no imaginaba que... —Rush no acabó la frase—. Pobre Jen.

Durante un momento el despacho quedó en silencio. Logan estuvo a punto de decir: «Hay algo más. No sé por qué, pero la descripción que hace Jennifer de su experiencia al final me recuerda poderosamente a la maldición de Narmer». Sin embargo, era incapaz de explicar la razón; se trataba solo de una sensación, como un resto de comida entre los dientes que se resiste a desaparecer. No serviría de nada mencionarlo. De todas maneras, quizá, solo quizá, podía ayudar de otra manera. Se aclaró la garganta.

—Recomiendo encarecidamente que Jennifer no realice más sesiones. La alteran muchísimo e incluso es posible que la perjudiquen desde un punto de vista físico.

—Eso mismo le dije a Stone —repuso Rush—, y aceptó que solo realizara una o dos más. Quiere que le pregunte acerca de la tercera puerta y de lo que hay al otro lado; y también sobre a qué se refería cuando dijo aquello de que «lo que da la vida a los muertos y muerte a los vivos», aludiendo a la curiosa pintura hallada en la tumba.

—No me parece buena idea —insistió Logan—. Además, las sesiones a las que yo he asistido no han aportado nada sustancial.

—La verdad es que la última sí. Tina Romero ha estado estudiando las cosas que dijo y ha encontrado detalles interesantes en el contexto de lo poco que se conoce sobre la estabilidad de los textos egipcios antiguos.

—Tú me pediste que viera a Jennifer y yo estoy dándote mi consejo. —Logan sacó un DVD de su bolsa, lo dejó en la mesa y le dio un golpecito con el dedo—. Aquí están los datos del Centro que me proporcionaste. Los he estado estudiando.

—¿Y?

—Y me gustaría que me contestaras a una pregunta y que lo hicieras con sinceridad. ¿Jennifer se ha comportado de modo distinto desde su experiencia? ¿Es, en algún sentido, una persona cambiada?

Rush lo miró un momento, pero no respondió.

—No soy experto en la materia —prosiguió Logan—, pero basándome en esos archivos, en lo que tú mismo me has contado del cambio de tu relación con tu mujer y en lo que ella misma me ha contado..., no solo su experiencia cercana a la muerte fue muy distinta de la de otra gente, sino que me parece que su conducta posterior ha sido muy diferente de la del resto de los pacientes a los que habéis estudiado en el Centro.

Rush permaneció callado largo rato. Luego, por fin, dejó escapar un suspiro.

—No quería reconocerlo, ni siquiera ante mí mismo, pero es como dices. Ha cambiando algo más que nuestra relación.

—¿Podrías explicarme ese cambio?

—Es algo sutil. A veces creo que el que ve cosas que no existen soy yo, no ella. Pero parece... distante. Ausente. Antes era tan cálida y espontánea... Ya no la siento así.

—Eso no tiene por qué estar relacionado necesariamente con su experiencia —comentó Logan—. Podría tratarse del síntoma de una depresión.

—Jennifer nunca ha tenido una personalidad depresiva. Además, no es solo eso. —Rush hizo una pausa—. No sé cómo exponerlo. Parece como si hubiera perdido parte del núcleo moral y emotivo que tenía antes. Te pondré un ejemplo tonto: antes le encantaban las películas lacrimógenas, ponías un melodrama y acababa llorando a mares. Ahora ya no. Una de las primeras noches aquí proyectaron *Amarga victoria*, ese viejo clásico, y hasta alguno de los operarios más duros se emocionó con el final. Sin embargo, Jennifer permaneció como si tal cosa. Es como si las emociones no le... hicieran mella.

Cuando Logan volvió a hablar lo hizo en tono lento y reflexivo.

—Ethan, ya sabes que existen culturas que creen que, en las circunstancias adecuadas, una persona puede separarse de su espíritu interior.

—¿Su espíritu interior?

—Me refiero a esa fuerza vital intangible que nos conecta con este mundo y con el otro. Los bizantinos, los incas, ciertas tribus de Norteamérica, los rosacruces de la Ilustración, todos compartían más o menos la misma creencia en este sentido, y no eran los únicos.

Rush lo escuchó sin decir nada.

—Hacia el final de su experiencia cercana a la muerte, Jennifer mencionó que sentía una presión terrible. Utilizando sus mismas palabras, dijo que sentía «como si algo estuviera sorbiéndome la esencia misma de mi ser».

—¿Qué estás queriendo decirme, exactamente?

—No digo nada, solo estoy haciendo conjeturas. ¿No sería posible que tu mujer estuviera clínicamente muerta durante tanto tiempo que... perdiera una parte esencial

de su espíritu humano?

Rush soltó una breve y sonora carcajada.

—¿Una parte de su espíritu? Jeremy, eso es una locura.

—¿Sí? Tengo intención de investigarlo un poco más, pero se podría argumentar que ese tipo de fenómenos justifica la necesidad de uno de los ritos de la Iglesia católica.

—Vaya. ¿Qué rito?

—El del exorcismo.

Un pesado silencio se adueñó de la estancia.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Rush al fin—. ¿Que Narmer no habla simplemente a través de Jennifer? ¿Que en esos tránsitos Narmer la posee?

—No sé lo que pasa en esos tránsitos —repuso Logan—. La verdad es que no creo que nadie lo sepa. Lo que sí sé es que puede ser peligroso.

Rush dejó escapar un profundo suspiro.

—Está bien. Solo haremos otra sesión para preguntar por la tercera puerta. Después me negaré a autorizar más.

LOGAN entró, libreta en mano, en el intensamente iluminado Centro de Inmersiones. En algún lugar en medio del bullicio y la actividad incesante se encontraba el operario que había informado de haber oído extraños y ominosos susurros nocturnos. Era el siguiente en la lista de interrogatorios de Logan..., suponiendo que pudiera localizarlo.

Echó un vistazo alrededor y se detuvo en seco. Algo ocurría. Había muchas personas apiñadas junto a la Boca, técnicos, operarios y algún que otro científico. Porter Stone y Fenwick March estaban entre ellas y hablaban con el semblante serio. Logan se acercó, curioso. Habían bajado por el Umbilical una red de nailon azul de calibre industrial y colgaba suspendida de un torno como las cuerdas de una marioneta monstruosa.

Seguía mirando cuando el torno se puso en marcha y la red empezó a subir entre un zumbido de engranajes. Stone, asomado al borde de la Boca, miraba hacia abajo y hacía gestos con la mano al operario para que continuara subiendo la red.

Logan observó cómo el cable se iba enrollando. Un momento después, Stone indicó al operario que redujera la velocidad. Fue entonces cuando Logan vio que una gran caja de acero inoxidable salía a la luz envuelta en la red. Tenía unos dos metros y medio de largo por uno de ancho, y le pareció un ataúd.

Tardó unos segundos en comprender que eso era precisamente y que solo podía contener una cosa: la momia de Narmer.

Dos técnicos llevaron la caja con sumo cuidado hasta una plataforma con ruedas preparada al efecto y retiraron la red. Toda la operación fue supervisada por March, que se movía entre el personal, gritando órdenes, como un insecto enfurecido. Stone observaba la escena cruzado de brazos y con rostro inexpresivo.

De repente, Logan detectó un movimiento con el rabillo del ojo. Se volvió y comprobó que se trataba de Tina Romero, cuya figura se recortaba en el umbral de la puerta del Centro de Inmersiones. Le egiptóloga vio el ataúd en el soporte y por un momento se quedó petrificada. Entonces se dirigió hacia March con mirada de odio y se plantó ante él. Logan apenas alcanzó a oír las airadas frases que intercambiaron en voz baja. Pero de pronto Romero explotó.

—¡Capullo egoísta y arrogante! —gritó la egiptóloga mientras lo cogía por la camisa, blandía el puño y lo lanzaba hacia atrás—. ¡No le pongas las manos encima!

Se produjo un breve y sorprendido silencio. Porter se interpuso, rodeó los hombros de Tina con el brazo y se la llevó a un aparte mientras le decía algo en voz baja pero urgente.

March, colorado como un tomate, se alisó la camisa, se pasó la mano por el ralo

cabello y regresó junto al ataúd. Logan se acercó a donde estaban Stone y Romero.

—... solo lo hemos sacado para hacerle una tomografía computerizada —oyó que Stone le decía antes de bajar la voz aún más.

Tras unos minutos de tranquila conversación, Stone le dio a Tina un apretón en el hombro, la miró fijamente un par de segundos y fue a reunirse con el resto del grupo en la Boca. Tina no se movió de donde estaba. Respiraba agitadamente y sus labios se habían convertido en una fina línea. Luego dio media vuelta y abandonó el Centro de Inmersiones. Logan corrió tras ella por la pasarela que salía del sector Amarillo.

—¡Tina! —llamó.

Ella se volvió, lo vio y continuó sin detenerse.

—¿Qué pasa? —le preguntó Logan cuando la alcanzó.

—Ese cabrón de March... —dijo ella sin detenerse—. Antes de que comenzara la expedición sentamos las reglas de cómo nos ocuparíamos de los objetos que encontráramos. Todos se estudiarían in situ, se documentarían y se estabilizarían. Para retirar cualquier cosa sería necesario el acuerdo de un comité formado por los líderes de las distintas especialidades. Pero ese gusano ha obrado a mis espaldas... Se las ha arreglado para sacar todo lo que hay de valor en la tumba y que no está sujeto al suelo. Su gente lo está etiquetando y clasificando, y lo único que yo tengo son las grabaciones de vídeo. —La voz le temblaba de ira—. Ahora, para acceder al contenido de la tumba debo rellenar un montón de solicitudes. Es increíble que Stone haya cedido de esta manera... Dios santo, si hasta se ha hecho con la momia de Narmer... —Meneó la cabeza—. En momentos así desearía que esta maldita estación se hundiera en el fondo de la marisma.

Caminaron un rato en silencio.

—Porter Stone tiene fama de ser muy respetuoso con los hallazgos arqueológicos —comentó Logan al fin.

—Lo sé, y es verdad, pero está paranoico por el poco tiempo del que disponemos. Los trabajos de la presa Af'ayalah están muy adelantados, y todo el Sudd podría quedar anegado bajo las aguas en cuestión de semanas y no de meses. March ha estado utilizando este argumento para convencer a Stone de que apesure los trabajos al tiempo que halaga su vanidad diciéndole que se trata del mayor hallazgo de su carrera. Ahora que los objetos están fuera de la tumba va a ser prácticamente imposible convencer a ninguno de los dos para que los devuelvan a su sitio original —concluyó, meneando la cabeza con amarga resignación.

Habían llegado a los pasillos del sector Rojo. Logan siguió a Tina hasta su despacho, y cada uno se sentó a un lado del escritorio, lleno de objetos y cuadernos.

—Tenía curiosidad por saber si habías sacado algo en claro... —dijo Logan—. Me refiero a los aspectos de la tumba que te tenían desconcertada.

—Toda la tumba es un maldito rompecabezas —gruñó Tina, ya serena pero aún

de malhumor.

—Dijiste que hay inscripciones que carecen de sentido, seres extraños y objetos que no encajan con las tradiciones y con los faraones que hubo después.

Tina asintió.

—Misterios dentro del misterio.

—Me preguntaba si crees que lo que hallaremos en la tercera cámara aclarará algunos de ellos.

—Es posible. Normalmente en la última cámara de una tumba se encuentran los objetos más valiosos e importantes. Por eso nos sorprendió tanto descubrir que Narmer y sus objetos preciosos estaban en la segunda cámara. —Se encogió de hombros—. Otro misterio.

—¿Qué crees que hallaremos en la tercera cámara?

Tina reflexionó y luego miró a Logan.

—Soy una de las mejores egiptólogas del mundo. Por eso Stone me eligió. He estudiado prácticamente todas las tumbas reales, túmulos, mastabas, pirámides y templos de culto de los que hay constancia. Nadie sabe más de la materia que yo. Pues bien, ¿quieres saber una cosa, señor cazador de fantasmas? —Se inclinó hacia delante y lo traspasó con la mirada—. No tengo la más remota idea de qué vamos a encontrar cuando abramos esa tercera puerta.

CUANDO Logan entró en la habitación, Rush estaba inclinado sobre su mujer, que yacía en la cama vestida, como en los anteriores tránsitos, con una bata de hospital.

—Será la última vez, cariño —le dijo mientras le acariciaba la mejilla.

Ella alzó la vista y sonrió brevemente, luego miró a Logan. Este se acercó a la cama, le cogió la mano y le dio un leve apretón, pero fue incapaz de leer la expresión de su rostro. ¿Aprensión? ¿Resignación? Y esa vez el contacto con su mano no le transmitió nada.

Se apartó hacia un lado mientras Rush examinaba los instrumentos y preparaba un sedante. Transcurrieron cinco, diez minutos..., el médico encendió el incienso, insertó una aguja hipodérmica y luego otra en la vía intravenosa, sacó el amuleto y la vela y realizó la hipnosis. Por fin cogió la grabadora digital y se situó a la cabecera de la cama.

—¿Con quién hablo? —preguntó.

La única respuesta fue la trabajosa respiración de Jennifer.

—¿Con quién hablo? —repitió.

No hubo contestación.

—Esto es extraño —dijo Rush—. Nunca había tenido problemas con el proceso de inducción.

Comprobó de nuevo los instrumentos, levantó con delicadeza uno de los párpados de su mujer y examinó el ojo con un oftalmoscopio.

—Aumentaré el Propofol, la sedaré más profundamente y subiré un punto la estimulación cortical.

Logan aguardó sin decir nada mientras Rush se afanaba de un lado a otro de la cama y repetía el ritual de la hipnosis. Esa vez la respiración de Jennifer se tornó más rápida y superficial.

—Relaja la mente —le dijo Rush a su esposa en tono tranquilo y arrullador—. Deja que vuele libre. Deja que tu conciencia se desprenda del cuerpo y conviértelo en una cáscara vacía.

«Una cáscara vacía». Sin saber por qué, Logan se alarmó de repente. El instinto le hizo dar un paso adelante, como si se dispusiera a interrumpir la sesión, pero logró controlarse a tiempo.

Rush volvió a poner en marcha la grabadora.

—¿Con quién hablo?

No hubo respuesta.

Rush se acercó un poco más.

—¿Con quién hablo?

—Con... el portavoz de Horus.

—¿Sabes quién soy?

—Eres el profanador. El que no cree.

—Cuéntame más acerca de lo que lleva el faraón o el sumo sacerdote en esa pintura de la pared.

—No es un sacerdote... Solo es para... el hijo de Ra.

«El hijo de Ra». El faraón. Logan frunció el entrecejo. Ese apelativo solo había sido de uso común a partir de la Cuarta o Quinta Dinastía, cientos de años después del reinado de Narmer. ¿Se trataba acaso de una prueba más de la teoría con la que Tina Romero había especulado? ¿Que a la muerte de Narmer siguió un período de amnesia colectiva en todo lo relacionado con los rituales y la religión?

Rush acercó la grabadora a los labios de Jennifer.

—Dijiste que era «lo que da la vida a los muertos y muerte a los vivos». ¿A qué te referías?

—Es... el gran secreto... El regalo de Ra... No debe ser... contaminado por... el contacto del infiel.

La respiración de Jennifer se hacía más leve y entrecortada por momentos.

—Abrevia tanto como puedas —le susurró Logan a Rush.

—¿Qué hay más allá de la tercera puerta? —preguntó Rush.

El rostro de Jennifer se tensó.

—Una muerte fulminante. El que ose cruzarla... verá sus miembros esparcidos por los confines del mundo. Hallará... la locura y la muerte...

«La maldición de Narmer», se dijo Logan.

Entonces vio con espanto que Jennifer, que seguía bajo el efecto de los sedantes, se incorporaba lentamente hasta quedar sentada en la cama. Fue un movimiento extraño, antinatural, como si una fuerza invisible hubiera tirado de ella.

De repente abrió los ojos, y eran unos ojos ciegos y sin vida.

—¡Muerte y locura! —gritó con una voz terrorífica.

Acto seguido cerró los ojos y cayó de espaldas en la cama. Los instrumentos empezaron a pitar y a parpadear.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Logan.

Rush no contestó. Comprobó los aparatos y después examinó a su esposa. Al cabo de un momento se irguió.

—Parece haber sufrido algún tipo de ataque —explicó—. No puedo decir más sin examinarla a fondo, pero ahora descansa plácidamente. Seguiré administrándole Propofol durante unos minutos más y después la despertaré.

Logan torció el gesto. Aquella sesión había ido mucho más allá de lo que consideraba tolerable.

—Esta vez ha sido la última, ¿verdad?

—Sí. No volveré a pedírselo... ni aunque Stone me lo exija.

—Me alegra oír eso, porque, después de lo que acabo de ver, tengo que decirte que someterla a estos trances es inadmisibile. Y más considerando su pasado.

Rush se lo quedó mirando.

—¿A qué pasado te refieres?

—Al que descubrí en esos archivos del Centro que me diste. A su historial psicológico.

Rush seguía con la mirada clavada en él y sus facciones se endurecieron. Al ver que guardaba silencio, Logan continuó.

—Me refiero a su diagnóstico de trastorno esquizoafectivo.

—Te refieres a un diagnóstico de hace veinte años —contestó Rush a la defensiva—. Y encima a un diagnóstico equivocado. Jen no sufría un trastorno esquizoafectivo..., no fue más que un ataque de nervios de adolescente.

Logan no replicó.

—Como mucho se trató de una alteración del estado de ánimo —insistió Rush—. Intrascendente, pasajera, desapareció cuando llegó a la edad adulta.

—Aun así, ¿cómo has podido hacerla pasar por esto? ¿Cómo has podido traumatizarla de esta manera?

Rush frunció el entrecejo y se dispuso a replicar, pero se contuvo y respiró hondo.

—Era importante para Stone y era importante para mí. Pensé que sería una buena oportunidad para profundizar en las investigaciones del Centro y aplicar nuestros conocimientos en ese campo. Y, como ya te dije, creía que sería beneficioso para Jen. No esperaba que le resultara tan difícil. De haberlo sabido... Bueno, ya te he dicho que no volverá a ocurrir.

Se produjo un breve silencio. Ambos se alejaron de la cama pero sin apartar la mirada de la figura inmóvil de Jennifer.

—He estado pensando en lo que dijiste —comentó Rush en voz baja—. En que por haber estado tanto tiempo clínicamente muerta, por haber tenido una experiencia cercana a la muerte tan prolongada, pudiera haber perdido su... su alma o como quieras llamarlo.

—Eso no fue lo que dije —replicó Logan.

—Es lo que diste a entender, que Jen era como una especie de cáscara vacía y que si el espíritu de Narmer seguía intacto en este lugar podía..., bueno, digamos que podía apoderarse temporalmente de ella.

—Desde que hablamos he seguido investigando por mi cuenta. En teoría, lo que dices es posible, pero no en este caso.

—Me alegra saberlo, pero ¿cómo puedes estar seguro?

Logan seguía mirando a Jennifer.

—Por dos razones. Para empezar, puede darse el caso de que la fuerza vital de

alguien que lleva tiempo muerto se apodere de un cuerpo cuya alma ha quedado dañada por alguna razón; sin embargo, un contacto tan íntimo no es nada frecuente. He estudiado los antecedentes. Son contados y están escasamente documentados. No obstante, todos coinciden en lo mismo: un espíritu no puede tomar posesión del cuerpo de alguien del sexo opuesto.

—Entonces no puede tratarse de Narmer —dijo Rush con evidente alivio.

—No si lo que estoy sugiriendo es el caso que tenemos entre manos.

Rush asintió lentamente.

—Dijiste que tenías dos razones.

—La otra ya la había mencionado. Recuerda que el propósito principal de enterrar a un faraón era facilitar su tránsito al otro mundo. Sin momia, la esencia espiritual, el *ka*, no tendría un lugar adonde ir y permanecería eternamente inquieta en la tumba. Sin embargo, con un cuerpo físico, como el que Narmer tiene en la tumba, su *ka* podría hacer el tránsito al otro mundo con su *ba*, que es la parte del alma más móvil y apta para viajar. Todo lo que hemos visto en esta tumba sirvió para preparar a Narmer, para que el viaje al otro mundo se realizara con éxito.

—Y el que hayamos encontrado su momia intacta —siguió razonando Rush— significa que su *ka* ya no está aquí.

—Así es.

—Entonces, si no se trata de Narmer, ¿con quién nos hemos estado comunicando? —se preguntó Rush.

Logan no contestó.

A las dos de la mañana la estación dormía inquieta bajo una gran luna amarilla. En el Centro de Operaciones, unos cuantos técnicos preparaban las cosas para las tareas de la mañana siguiente: romper los últimos sellos y abrir la tercera puerta. Había centinelas en la Boca, en la plataforma del Umbilical y en la sala de comunicaciones. Aparte de eso, todo estaba en silencio.

Una figura solitaria recorría los pasillos del sector Rojo. Vestida con una bata blanca de laboratorio, era como cualquiera de los que frecuentaban los laboratorios durante el día. Solo sus movimientos resultaban diferentes. Caminaba con cautela, sigilosamente, se detenía en cada esquina y solo seguía adelante cuando se había asegurado de que no había nadie más.

Se acercó a la puerta del laboratorio de arqueología. Estaba cerrada, pero se había procurado tiempo atrás una copia de la llave y la abrió con dedos silenciosos. Miró rápidamente a ambos lados del pasillo, aguzó el oído, se deslizó dentro y cerró sin hacer ruido.

Sin encender la luz, recorrió las estancias, llenas de mesas, armarios de reliquias y equipos para su restauración, hasta que llegó a las instalaciones de almacenamiento situadas al fondo. Abrió la pesada puerta y entró en el gélido interior. Solo entonces encendió la linterna. El haz de luz barrió las superficies de la pequeña habitación y se detuvo en una pared donde había media docena de grandes cajones empotrados, como los de una morgue.

Se acercó a ellos rápidamente, los resiguió con los dedos de una mano, se detuvo en uno, tiró de la manija y lo abrió con el mayor sigilo posible. A los olores del cuarto —a polvo, moho y productos químicos— se sumó uno nuevo: el olor de la muerte.

Dentro yacía la momia del rey Narmer.

Sacó el cajón en toda su longitud e iluminó el cuerpo del faraón con la linterna. Para llevar cinco mil años enterrado se encontraba en muy buen estado. Le llamó la atención lo bien envuelta que estaba la momia. En realidad, lo sorprendente era que estuviera envuelta... Hasta el Imperio Nuevo, casi mil quinientos años después, no habría una momia así. Era increíble lo mucho que los egipcios habían olvidado y aprendido de nuevo... diez siglos y medio después de la muerte de Narmer. ¿Se debía en parte a las molestias que se había tomado el faraón para engañar a todos creando una falsa tumba y hacerse enterrar tan lejos de sus dominios?

Sin embargo, en esos momentos la figura no estaba interesada en cuestiones teóricas. Lo que le interesaban eran los vendajes de la momia y lo que estos contenían.

Los ropajes de la momia habían sido retirados y lo que quedaba a la vista eran los

vendajes de hilo que la envolvían, brillantes aún por los restos de algún unguento antiguo. Metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó varias bolsas para muestras y un gran escalpelo. Cortó sin miramientos las tiras que sujetaban a las manos los rollos de papiro que contenían las invocaciones para un tránsito seguro al mundo de los muertos y los dejó a un lado. A continuación cortó el collar de oro del que pendía el escarabajo negro del pecho —colocado sobre el corazón y grabado con sus propios encantamientos— y guardó ambos objetos en una de las bolsas. Acto seguido empezó a retirar los vendajes de los dedos de la momia, y enseguida aparecieron todo tipo de reliquias: anillos de oro, gemas y cuentas que brillaban a la luz de la linterna.

La figura rió complacida ante aquellos hallazgos y los guardó también en las bolsas.

Pasó a ocuparse de la cabeza y, trabajando aún más deprisa, soltó los vendajes exteriores de sus ataduras de resina y empezó a retirarlos. Aparecieron más objetos preciosos: un collar con cabeza de halcón hecho de oro y otro de cerámica. Al igual que el resto de las reliquias, ambos eran amuletos mágicos que debían proteger al faraón en su tránsito a la ultratumba. Los arrancó de entre los vendajes y los metió en la bolsa de pruebas. Después de tantos años seguían estando pringosos de un unguento diferente al que protegía el envoltorio exterior de la momia. Sin duda se trataba de algún conservante primitivo que carecía del refinamiento de las preparaciones de las dinastías posteriores.

La figura siguió retirando los vendajes de la cabeza y recogiendo reliquias: un escarabajo de resina y una preciosa diadema con gemas incrustadas. Ambos fueron a parar a la bolsa.

La primera bolsa de pruebas estaba llena, de modo que la cerró herméticamente y se la guardó en el bolsillo de la bata. El tiempo era crucial, y el intruso no tenía intención de entretenerse mucho más. Ya había conseguido una docena de objetos valiosos. Una docena más y habría terminado.

Centró su atención en el pecho de la momia. En sus ropajes todavía se podía ver una pintura de Osiris. Teniendo en cuenta tan anacrónico hallazgo, cabía la posibilidad de que el cetro y el cayado del faraón estuvieran ocultos entre los vendajes de lino. De ser así, sería un descubrimiento magnífico.

Cogió el escalpelo y se puso manos a la obra. Tenía los dedos pegajosos de unguento y sus movimientos eran más lentos y toscos. Sin mostrar el menor respeto hacia el faraón muerto siglos atrás, hizo un profundo corte en los vendajes que cubrían el pecho. El olor de la muerte se hizo más intenso. Inmediatamente aparecieron objetos de oro entre los pliegues. Identificó una daga, una cadena de oro y distintos amuletos muy trabajados. Pero... ¿qué era eso apenas visible en lo más profundo de los vendajes? ¿Se trataba acaso de un gran pájaro *ba* de oro con piedras preciosas incrustadas en las alas?

Dejándose llevar por el frenesí, sus dedos escarbaron entre los vendajes y empezó a sacar objetos y a guardarlos en otra bolsa. Las reliquias estaban pringosas de un unguento pardusco y repugnante, pero ya tendría tiempo para lavarlas. Se limpió las manos en la bata y se dispuso a cortar las últimas capas de vendas.

Un momento... Algo no iba bien. ¿Qué era esa extraña sensación de calor cosquilleante que parecía surgir de dentro? ¿Qué era ese espantoso olor a azufre o a algo peor que empezaba a llenar la habitación?

La figura dio un paso atrás, asustada. Pero era demasiado tarde. El calor se transformó en llamas y en humo. Abrió la boca para jadear, pero el jadeo se convirtió en un aullido que fue creciendo a medida que el dolor aumentaba y atenazaba al ladrón de tumbas en un torniquete de insoportable agonía.

CUANDO Jeremy Logan descendió hasta el final del Umbilical, había tanta gente en la plataforma que apenas encontró un hueco donde ponerse. Contó a diez personas: Tina Romero, Ethan Rush, Stone, Valentino —en persona, para variar—, dos de los arqueólogos de March, dos operarios y dos guardias de seguridad. Los saludó con un gesto de la cabeza. Varios de ellos —Rush, Stone y los arqueólogos— parecían cansados y abatidos. El ambiente era grave y tenso, no quedaba nada de la emocionada expectación que había reinado en el primer descenso.

Logan sabía la razón del abatimiento de Rush —Jennifer seguía comatosa tras haber caído en una especie de trance hipnótico del que no había forma de sacarla—, pero desconocía los motivos de los demás.

—¿Dónde está el doctor March? —preguntó mirando en derredor.

Nadie contestó.

—¿Estamos listos? —preguntó Stone al cabo de un momento.

Se oyeron murmullos de asentimiento.

—Pues empecemos.

Cogió a Logan del brazo y se adelantó con él. Cuando estuvieron dentro de la primera cámara, se inclinó hacia Logan.

—March ha muerto —susurró.

Logan lo miró perplejo.

—¿Muerto?

Stone asintió. Apretaba tanto los labios que apenas eran visibles.

—Anoche entró de puntillas en el laboratorio de arqueología y profanó la momia de Narmer. Cortó los vendajes y robó las reliquias de oro que encontró entre los pliegues. Se produjo una pequeña explosión, fuego...

—¿Una explosión? —repitió Logan.

—Había dos productos químicos entre los vendajes de Narmer. Según me han explicado, por separado son inocuos, pero cuando se combinan... digamos que actúan como una versión primitiva del napalm.

—¿Una trampa para ladrones? ¿De qué productos se trataba? ¿Cómo podían seguir activos después de tantos siglos?

—Mi gente está analizándolos, pero no hay duda de que los componentes eran sumamente estables. Cierta derivado del potasio y una versión primitiva del glicol como activador. —Stone echó un rápido vistazo al resto del grupo, que se acercaba—. Escucha, Jeremy, solo unos pocos lo saben. Lo hemos ocultado para mantener la moral y... por otras razones.

—¿Tiene idea de qué pudo impulsar a March? No pudo ser la simple codicia.

—Es demasiado pronto para decirlo, pero seguramente fue algo tan sencillo y deprimente como eso. He mandado que hagan ciertas averiguaciones en Estados Unidos. Al parecer, March estaba cargado de deudas y vivía muy por encima de sus posibilidades. Es posible que estuviera al servicio de alguno de mis rivales y que se dedicara a meter miedo al personal fingiendo que se estaban cumpliendo aspectos de la maldición, pero también puede ser que simplemente deseara llenarse los bolsillos con todo el oro que pudiera robar. —Suspiró—. Tendría que haberlo investigado, como al resto del personal, pero había trabajado otras veces con él. Confiaba en él.

Logan señaló la continuación de la tumba que se extendía ante ellos.

—¿Está seguro de que no desea posponer esto?

Stone negó bruscamente con la cabeza.

—No podemos. Con la presa tan adelantada, cualquier día se presentará una delegación del gobierno para decirnos que tenemos que marcharnos. Y nuestro trabajo ha avanzado demasiado para ocultarlo. Tenemos que sacar de la tumba todos los objetos que podamos y largarnos antes de que sea demasiado tarde.

«Tenemos que sacar de la tumba todos los objetos que podamos». Logan miró a Tina. Al parecer, Stone se había contagiado de la codicia de March. Se preguntó qué opinaría la egiptóloga de eso.

Mientras los demás se les unían, Logan contempló la cámara número uno. Sus ojos se detuvieron en la cama ornamental, cuyo dosel estaba desplomado sobre el lecho. Todavía había manchas de sangre allí donde el infeliz Robert Carmody había hallado la muerte. Alguien había aflojado los gruesos pernos de oro que sostenían el dosel... Se preguntó si también habría sido obra de March con la intención de robarlos más tarde.

«La mano que se atreviere a tocar mi forma inmortal arderá con fuego inextinguible». Una vez más las palabras de Narmer. Y una vez más la profecía parecía cumplirse. Si realmente March había manipulado la situación para hacer creer que la maldición se cumplía, era irónico cómo al final las cosas se habían puesto en su contra.

El grupo se dirigió en silencio hacia la puerta del fondo, que conducía a la siguiente sala. La cámara número dos se hallaba prácticamente vacía. Lo único que quedaba eran los dos nichos, contruidos en la estructura misma de la estancia, y el enorme sarcófago de granito del centro. Logan miró a Tina. Su expresión era inescrutable.

Rush se acercó, y Logan se volvió.

—¿Cómo está Jennifer? —preguntó.

El médico tenía aspecto de no haber dormido desde hacía mucho.

—La hemos trasladado a una habitación de la enfermería. Sus constantes vitales son buenas y se encuentra estable. La verdad es que no sé por qué no ha recobrado la

conciencia.

—¿Crees que podría ser una reacción al estrés de la última sesión? ¿Una especie de histeria catatónica?

—Sinceramente, lo dudo. Nunca había dado muestras de nada parecido.

Logan miró alrededor.

—Supongo que has sido tú quien ha certificado la muerte de March, ¿no?

De pronto Rush pareció aún más deprimido.

—Dios mío, qué horror.

Stone se había desplazado hasta la pared dorada del fondo de la cámara número dos. Parecía idéntica a las demás salvo por los grandes sellos que había en un lado y el símbolo grabado en el oro. Logan se acercó y vio la imagen: una cara enorme, de expresión maliciosa, que parecía medio humana y medio de chacal, los miraba de frente, algo desconcertante, pues las pinturas egipcias siempre representaban el rostro de perfil. El resto del muro, según apreció Logan, estaba cubierto de pequeños jeroglíficos exquisitamente grabados en el precioso metal.

—Romero, ¿puede descifrar lo que dicen esos jeroglíficos? —preguntó Stone en voz baja.

La egiptóloga se acercó.

—Se trata de la última parte de la maldición, repetida una y otra vez —dijo tras examinarlos brevemente—. «Pero si alguien osara en su temeridad cruzar la tercera puerta, el dios negro de la más profunda sima lo atraparé y esparciré sus miembros por los confines del mundo. Y yo, Narmer el Eterno, lo atormentaré a él y a los suyos noche y día, tanto en la vigilia como en el sueño, hasta que la locura y la muerte se conviertan en su templo para la eternidad».

Siguió un silencio general.

—¿Y esa imagen? —preguntó por fin Stone—. ¿La cara del dios?

—Nunca había visto nada igual —respondió Tina.

—¿Y qué me dice de los sellos?

—Son sellos reales, como los otros que hemos encontrado, solo que más grandes y más vistosos; serejs con ecos de la maldición entrelazados con los símbolos primitivos del nombre del faraón.

«Supersellos», pensó Logan.

—Las lecturas del radar de penetración de la cámara que hay al otro lado han sido anómalas —comentó Stone—. Según ellas, ahí dentro no hay nada, lo cual, obviamente, no puede ser. —Contempló el muro un momento, como perdido en sus pensamientos. Luego volvió en sí—. De acuerdo —dijo mirando a Rush—. Adelante, Ethan.

El grupo esperó en silencio mientras el médico hacía un agujero en el muro dorado, deslizaba por él sus instrumentos, tomaba una muestra del aire y lo declaraba

respirable. Entonces, el propio Stone se acercó a los sellos y, mientras Tina sostenía un contenedor de muestras, cortó cuidadosamente el sello superior de la necrópolis y, después, el sello real inferior, de mayor ornamentación. Cuando los retiró con cuidado del panel de oro, se oyó un chasquido seco seguido de un siseo y un roce y, para sorpresa de Logan, todo el muro pivotó hacia dentro unos sesenta centímetros, como se mueve una puerta en sus goznes. El grupo dio un paso atrás al unísono y se oyeron exclamaciones ahogadas de consternación. Al ver que no ocurría nada más, Stone se aproximó de nuevo, con cierta cautela, y alumbró con la linterna la oscuridad de la tercera cámara. Al poco se volvió hacia los dos operarios.

—Estabilicen este acceso —les ordenó—. Y luego entraremos.

UNA vez más Stone fue el primero en entrar, casi antes de que los operarios hubieran acabado de asegurar la integridad del acceso. Sus movimientos eran rápidos, incluso bruscos, como si los problemas recientes y la presión del tiempo le hubieran contagiado una sensación de urgencia. Pasó entre los operarios, a través de la estrecha abertura, y desapareció en el interior de la tercera cámara. Durante unos instantes todo quedó en silencio. El único indicio de que había alguien en la estancia era el reflejo de la linterna de Stone perforando aquí y allá la oscuridad. Al cabo de un momento, Logan le oyó carraspear.

—Tina, Ethan, Logan, Valentino —dijo Stone con una voz extraña—, entrad, por favor.

Logan siguió a los otros a través de la abertura en el muro y entró en la cámara. Al principio pensó que su linterna no funcionaba, pues no iluminaba. Pero entonces cayó en la cuenta: la habitación —las paredes, el suelo y el techo— estaba revestida de lo que parecía ser ónice negro y mate que absorbía toda la luz y dejaba el reducido espacio a una penumbra tal que apenas se veía qué había.

—Por favor... Esto da miedo —dijo Tina después de sentir un escalofrío.

—¿Esa es su opinión de experta? —le preguntó Stone.

Valentino asomó la cabeza por la abertura y llamó a uno de los operarios.

—Kowinsky, trae una de esas lámparas de sodio.

Durante un momento todos observaron la cámara en silencio. Comparada con la opulencia de las anteriores, a Logan se le antojó casi desnuda. En una solitaria mesa ornamental, pintada de oro y adosada a la pared de la izquierda, descansaban varios papiros cuidadosamente enrollados y alineados. Al fondo se veía lo que parecía una cama, pequeña y estrecha, que en su día había estado cubierta por una sábana de lino y una almohada que los siglos habían descompuesto. Frente a la cama, en el suelo, junto a la pared, había tres cajas pequeñas de oro macizo y una urna.

Sin embargo, lo que les llamó la atención a todos fue lo que había en medio de la estancia. Era un cofre de poco más de un metro cúbico hecho de algún tipo de piedra negra —quizá también ónice— dispuesto sobre una base de madera oscura muy trabajada. Tenía los bordes ribeteados en oro, y sus lados estaban decorados con algunas de las pinturas que habían visto en las cámaras precedentes, concretamente el objeto en forma de caja y rematado por una barra de hierro y el otro parecido a un cuenco del que colgaban filamentos de oro. Sin embargo, esta vez las imágenes estaban compuestas por multitud de piedras preciosas incrustadas en la superficie del cofre. En su parte superior había un serej muy elaborado.

—Tina... —susurró Stone; señalaba el serej—. Esto es el jeroglífico del nombre

de Narmer, ¿verdad?

Tina asintió lentamente.

—Sí. Creo que sí.

Stone la miró.

—¿Cómo que cree que sí?

Tina había bajado la cámara de vídeo —no había suficiente luz para grabar— y estaba examinando de cerca el cofre.

—Los glifos son los mismos, pero estos arañazos..., sobre la cabeza del siluro... No sé. Es extraño. Pero todo es extraño. Esa especie de camastro del fondo, los nichos de la segunda cámara, la desnudez de esta estancia... —Hizo una pausa—. Como ya dije, da la impresión de que la tumba, toda ella, se utilizara como una especie de ensayo para la muerte de Narmer y su tránsito al otro mundo.

—¿Había visto alguna vez algo parecido? —preguntó Stone.

—No. —Tina contempló la habitación en penumbra con el entrecejo fruncido—. Es como si... Pero no, no puede ser. —Estudió de nuevo el cofre—. Si pudiera verlo mejor...

—¡Kowinsky! —gritó Valentino—. ¿Qué pasa con las luces?

—La abertura es demasiado estrecha para que pasen, señor —respondió el operario desde el otro lado.

—Quizá debería echar un vistazo a los papiros, doctora —dijo Stone—. Es posible que nos den alguna pista.

La egiptóloga asintió y se acercó con su linterna mientras Rush y Stone se dirigían hacia las cajas de oro situadas junto a la pared de la derecha. Stone se arrodilló y sus dedos enguantados en látex empezaron a levantar con cuidado la tapa de una de ellas.

Logan los observó mientras luchaba contra el frío y un sentimiento creciente de consternación. Desde que había entrado en la cámara había sido consciente de la presencia del ente maligno. Los sentía —estaba seguro—, pero por el momento mantenía a raya la abrumadora maldad que Logan había notado otras veces. Era casi como si estuviera observando, aguardando..., a la espera de su ocasión. Rebuscó en su bolsa, sacó el detector de ionización e hizo un barrido de la cámara. El aire estaba claramente más ionizado de lo normal. De hecho, la ionización había ido en aumento a medida que se habían adentrado en la tumba. Ignoraba qué podía significar.

Stone había retirado la tapa de la caja. Metió la mano y extrajo algo con cuidado: una espiral de metal muy fina.

—Parece cobre —comentó—. Aquí dentro hay al menos media docena de espirales como esta.

Abrió la segunda caja, miró en su interior y después sacó algo que en la penumbra parecía una especie de bayoneta pequeña, pardusca y muy corroída.

—Creo que es hierro —dijo.

—En ese caso debe de tratarse de hierro meteórico —dijo Tina, levantando la vista de los papiros—. Los egipcios no descubrieron el uso del hierro hasta varios siglos después de Narmer.

Stone pasó a la siguiente caja. La abrió, metió la mano y volvió a sacarla. En su palma sostenía numerosos filamentos de oro enredados como oropeles navideños.

—¿Qué demonios es esto? —masculló.

Tina fue hasta la urna que había junto a las cajas, la levantó con cuidado e iluminó su interior con la linterna.

—Está vacía —dijo; luego se la llevó a la nariz y la olió—. Qué raro. Huele a rancio, como... a vinagre.

Stone se acercó, cogió la urna y la olió.

—Es verdad. —Se la devolvió.

—Espirales de cobre, barras de hierro, filamentos de oro... —dijo Logan—. ¿Qué significa todo esto?

—No lo sé —repuso Stone—, pero seguro que eso —señaló el cofre de color ónice que había en el centro de la cámara— responderá a todas tus preguntas y más. Eso será lo que culminará nuestras respectivas carreras y hará que figure en los libros de historia como el arqueólogo más importante de todos los tiempos.

—¿Crees que...? —Rush hizo una pausa—. ¿Crees que las dos coronas de Egipto están en ese cofre?

—Sé que están ahí. Es la única respuesta. El secreto definitivo de la tumba de Narmer. —Stone se volvió hacia Valentino—. Frank, dile a tus hombres que me echen una mano con esto.

Lentamente, como poseídos por un único pensamiento, todos se adelantaron y formaron un círculo alrededor del cofre, negro como el ébano.

AMANDA Richards entró en el laboratorio de arqueología forense y encendió las luces del techo con un chasquido de los dedos. Permaneció un momento junto a la puerta, observando las estanterías llenas de instrumentos y las mesas de trabajo escrupulosamente limpias, y luego se dirigió hacia una mesa en una esquina. La estancia olía ligeramente a formol y a otros conservantes químicos, pero sobre todo olía a azufre.

Se sentó a la mesa, cogió la carpeta que llevaba bajo el brazo y la abrió. Pasó varios minutos leyendo el informe: los resultados de la fluorescencia de los rayos X, los siempre importantes escáneres de tomografía computerizada, las radiografías y el breve análisis de Christina Romero; todo ello relacionado con un mismo objeto: la momia del rey Narmer.

Cerró la carpeta y permaneció sentada mientras hacía una lista mental. A continuación se levantó y empezó a reunir los instrumentos que iba a necesitar: escalpelos, hilo de sutura de calidad de archivo, pinzas, agujas de teflón, bandejas de fibra de vidrio y tiras de viejos vendajes obtenidos de restos momificados demasiado estropeados para merecer una intervención forense. Una vez lo tuvo todo preparado, fue hasta el cajón empotrado en la pared contigua, tiró de él, y los restos momificados del rey Narmer quedaron a la vista.

Ese cajón era como los de la zona de almacenamiento, donde March había hallado la muerte mientras saqueaba la momia de Narmer, pero con una diferencia: estaba dotado de una atmósfera de gas inerte, nitrógeno. Dado que March había profanado la momia tan toscamente, arrancando los vendajes y alterando su microclima interno, había que hacer lo posible para evitar que se estropeará aún más. De hecho, por eso estaba allí Amanda Richards: para reparar lo mejor que pudiera los daños ocasionados por March y dejar la momia lista para su envío al complejo que Stone tenía en las afueras de Londres, donde sería restaurada a fondo.

Desplegó la pata con la que el cajón se apoyaba en el suelo, se puso unos guantes de látex y una mascarilla y se dispuso a examinar la momia cuidadosamente. Los técnicos ya habían retirado los productos químicos de los vendajes que habían producido la explosión. Aun así, decidió manipularla con la mayor precaución.

Examinó los daños ocasionados en las manos vendadas, en la cabeza y, sobre todo, en el torso. Cuanto más veía, más le costaba aceptar que Fenwick March, uno de los arqueólogos más reputados del mundo, pudiera haber hecho aquello: no solo saquear la momia, sino sobre todo hacerlo de una manera tan tosca y poco profesional. El letal atractivo de los tesoros antiguos nunca dejaba de sorprenderla. March había pasado toda la vida estudiándolos, manipulándolos. Posiblemente el

hallazgo de la tumba de Narmer había sido demasiado para él, la gota que colmaba el vaso.

Colocó una lámpara ultravioleta sobre la momia. Quizá fuera egoísta por su parte, pero en cierta medida se alegraba de que March ya no estuviera entre ellos. Siempre había sido una presencia tiránica entre el personal de arqueología, obsesionado en controlarlo todo y a todos y en que las cosas se hicieran a su manera. Aquella era la segunda expedición en la que Amanda Richard había trabajado con él, y había sido, con diferencia, la peor. Tal vez tuviera que ver con lo que lo había impulsado a saquear la momia. Se encogió de hombros. Lo único que sabía a ciencia cierta era que, si fuera otra la persona que hubiera profanado la momia y March siguiera vivo, en ese momento estaría mirándola por encima del hombro, poniendo mala cara y diciéndole que lo hacía todo mal.

Tal como estaban las cosas, el laboratorio forense era un oasis de calma y tranquilidad.

Pasó la lámpara ultravioleta despacio por el cuerpo de la momia. Los restos de ungüento brillaron con un color levemente dorado bajo la luz. Se veían manchas oscuras allí donde March había cortado de manera tosca los vendajes en su febril búsqueda de reliquias y donde los técnicos habían desactivado el pegajoso glicol mezclándolo con un componente inactivo.

Apagó la lámpara y la apartó. El pecho de la momia era la zona más afectada, de modo que decidió que iniciaría su trabajo de restauración por allí.

Acercó un potente foco de quirófano, orientó la luz hacia el torso y empezó a examinar los daños con una lente de joyero. March había cortado los vendajes y dejado a la vista las distintas capas protectoras. Se había llevado el escarabajo anepigráfico, pero otros muchos tesoros asomaban entre los vendajes: cuentas y amuletos de porcelana, objetos de oro y demás elementos que constituían la armadura mágica que debía proteger a Narmer en su viaje al más allá.

Meneó la cabeza y chasqueó la lengua. March había sido tan chapucero al cortar los vendajes que envolvían el torso de la momia que, para poder volver a colocarlos en un orden más o menos aceptable, iba a tener que retirar la mayoría.

Tuvo que recurrir a las pinzas para tirar de los vendajes cortados y exponer las capas interiores, enredadas y desgarradas como resultado de la explosión. Dejó las pinzas, cogió el escalpelo y cortó la primera y después la segunda capa; luego deshizo el enredo y lo retiró. No le gustaba nada lo que estaba haciendo, pero no tenía otra manera de reparar los daños. El cuerpo de Narmer había sido envuelto con tanto cuidado, y March había sido tan tosco con el escalpelo, que era como intentar reordenar los hilos de goma del núcleo de una pelota de golf.

Cogió el escalpelo con fuerza y cortó una capa más de vendajes. La carne de Narmer casi quedó expuesta a la luz; la cubría una fina tela y una pechera de oro que

se había movido de sitio seguramente por los efectos de la reacción química. Aquello era una mala noticia, pues tal vez estaba presionando la piel, dañándola. Tenía que volver a ponerla en el pecho de Narmer. Y luego ya podría empezar a coser las capas de vendajes; los demasiado frágiles o deteriorados los sustituiría con sus existencias de vendas antiguas. Después se centraría en la cabeza y las manos, donde los daños eran menores y trabajaría más rápidamente. En tres horas, cuatro como mucho, la momia de Narmer estaría nuevamente estabilizada y en condiciones de ser trasladada a Inglaterra.

Dejó el escalpelo, metió con mucho cuidado los dedos entre los vendajes y cogió la pechera de oro por los bordes. Vio con satisfacción que los tejidos circundantes se hallaban en buenas condiciones teniendo en cuenta su antigüedad: estaban secos, tenían un color grisáceo y no mostraban señales de delicuescencia. Sin embargo, no pudo mover la pechera. Empleó más fuerza y al final giró y se desprendió del cuerpo de Narmer con un ruido seco.

Richards la levantó ligeramente y se preparó para colocarla en su sitio y coser los vendajes de encima. Pero de pronto se detuvo y se quedó paralizada por la sorpresa.

Al apartar la pechera, la piel del torso de Narmer había quedado a la vista. Lo que Richards estaba viendo bajo la fría lámpara de quirófano era el pellejo arrugado y seco de un inconfundible seno femenino.

STONE se acercó al cofre de ónice mientras el resto del grupo observaba en arrobado silencio. Los operarios de Valentino se colocaron cada uno a un lado. Stone vaciló un segundo, luego se arrodilló ante la base y su mano enguantada acarició la superficie del cofre. Se estremeció visiblemente. Acto seguido se quitó los guantes — Logan reparó en que Rush no ponía objeciones— y volvió a acariciarlo. Si bien había afirmado que encerraba todos los secretos del faraón, no parecía tener prisa por abrirlo.

Mientras contemplaba la escena de pie en la oscuridad, Logan lo comprendió. Recordó el discurso de Stone al personal de la estación, cuando describió su primer descubrimiento arqueológico: el asentamiento indio que todos habían pasado por alto. Rememoró el brillo de los ojos de Stone la primera vez que lo había visto, disfrazado de erudito local en el Museo Egipcio de El Cairo, cuando le había dicho «Trabaje deprisa». A lo largo de su ilustre carrera, Stone había hallado pruebas incontrovertibles de la existencia de Camelot; había recuperado restos de Hipólita, la reina de las amazonas, que los historiadores siempre habían considerado un mito; sin embargo, al dar con la tumba de Narmer se había superado a sí mismo. Logan sabía que Stone sentía por Flinders Petrie, el padre de la arqueología moderna, un respeto rayano en la reverencia. Y ahora él había triunfado donde Petrie había fracasado. Con el hallazgo de la corona de Narmer, Stone pasaría a ocupar el lugar más alto en su profesión, un lugar reservado para una sola persona. Sus detractores enmudecerían, y él se convertiría en el arqueólogo más importante de la historia.

Stone pasó las manos en silencio por la parte superior del cofre y después por los lados. Movía sus huesudos dedos de un lado a otro, casi como un frenólogo examinando un cráneo.

—Tina —dijo rompiendo por fin el silencio—. El escalpelo, por favor.

La egiptóloga dio un paso al frente y le alargó el afilado instrumento. Stone le dio las gracias con un gesto de la cabeza y aplicó delicadamente la hoja a las tiras de oro incrustadas en el cofre. Logan había dado por hecho que esas tiras eran decorativas, pero al parecer se trataba de los sellos rituales que mantenían el cofre cerrado. Tras cortarlas, las desincrustó y las dejó a un lado con mucho cuidado. Solo faltaba una: la que mantenía en su sitio el elaborado y enjoyado serej de la tapa. Stone la desprendió con otro preciso corte del escalpelo y dejó tanto la tira como el serej junto a la base. Luego se puso en pie e hizo un gesto a los operarios, que se situaron cada uno a un lado del cofre. A la orden de Stone, cogieron la tapa entre los dos y empezaron a alzarla. A pesar de que no tendría más de cinco centímetros de grosor, apenas podían con ella, de modo que Valentino y uno de los guardias de seguridad se acercaron para

echar una mano. Entre los cuatro lograron levantar la tapa con grandes esfuerzos, llevarla a un rincón despejado y dejarla en el suelo. La pieza cayó con un golpe sordo que resonó por toda la cámara.

En el interior del cofre había una tela negra entreverada de hilos de color dorado. Stone la tocó con cautela, pero nada más rozarla se deshizo en una nube de polvo. Su forma corpórea había sobrevivido cinco mil años gracias a un capricho de la naturaleza.

Debajo había una lámina de oro cubierta con jeroglíficos primitivos.

—¿Qué opina de esto, Tina? —preguntó Stone iluminando la lámina con una linterna.

Romero se acercó y examinó las inscripciones.

—Diría que se refieren a los papiros que hay en esa mesa —dijo al cabo de un momento—. Acabo de echarles una ojeada, y es como si fueran...

—Como si fueran ¿qué? —la apremió Rush.

—Invocaciones. Pero no del tipo que conocemos.

—¿Pues de qué tipo? —preguntó Stone con un matiz de impaciencia en la voz.

Tina se encogió de hombros.

—Una especie de... instrucciones.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó Stone—. Todo el *Libro de los Muertos* del Imperio Nuevo podría considerarse un manual de instrucciones.

La egiptóloga no contestó.

Stone se volvió hacia el cofre e indicó con un gesto a los hombres de Valentino que retiraran la lámina de oro. Cuando lo hicieron, volvió a iluminar el cofre con la linterna. Logan se acercó y vio otra lámina de metal precioso, repleta de jeroglíficos y ribeteada con porcelana y piedras preciosas, que cubría por entero el interior del cofre. Stone indicó que la retiraran también.

—Déjenlas allí, por favor. —Tina indicó a los hombres de Valentino que depositaran las dos láminas en el suelo, junto a la mesa con los papiros.

Retirada la segunda lámina de oro, una superficie rugosa e irregular apareció ante sus ojos. A Logan, que miraba el interior del cofre con aquella escasa luz, le pareció que estaba lleno de pequeños huesos desecados, todos mezclados hasta formar una densa y caótica trama.

Stone soltó una exclamación de sorpresa. Extendió la mano pero enseguida lo pensó mejor y se puso el guante de látex. Y entonces sí hundió los dedos en el material.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Logan.

—Increíble —dijo Stone al cabo de unos instantes—. Es cáñamo.

Rush se acercó, cogió una brizna con las pinzas y la examinó a la luz de su linterna.

—Tienes razón.

Stone hizo un gesto a los hombres de Valentino y entre todos empezaron a sacar del cofre manojos de la antigua planta, al principio con cierta cautela y después en mayores cantidades, hasta que el suelo de la cámara número tres quedó cubierto de cáñamo. El aire se llenó de polvo orgánico, y un extraño olor, como el de una cosecha de cinco mil años de antigüedad, inundó la nariz de Logan.

Enterradas en el cáñamo había dos bolsas no más grandes que una pelota de baloncesto y hechas de una urdimbre de oro tan fina que era flexible como la seda. Muy lentamente y con mucho cuidado, Stone las extrajo de su envoltorio vegetal y las dejó en el suelo, ante la base.

Los demás se acercaron de nuevo sin decir palabra.

Logan contempló los dos objetos redondeados que relucían bajo media docena de linternas. En su mente vio la imagen de las dos coronas de Egipto en su interior: la blanca y cónica del Alto Egipto, impoluta y resplandeciente; y la roja del Bajo Egipto, con su cresta aguda y agresiva. ¿De qué estarían hechas, de oro pintado o de alguna aleación desconocida? ¿Qué magia encerrarían? Sintió una irrefrenable impaciencia por ver lo que contenían aquellas fundas de oro tejido. Dos bultos. Ya no había duda posible: se trataba de la doble corona del primer faraón de Egipto. ¿Qué otra cosa podía haber guardado Narmer con tanto celo y a tan alto coste?

Stone parecía poseído por la misma urgencia. Cogió una de las bolsas, la abrió y, tras mirar brevemente a sus compañeros, metió la mano y sacó su contenido.

Lo que apareció no fue una corona, sino algo completamente distinto: un objeto en forma de cuenco de mármol blanco del que colgaban largos filamentos de oro.

Se oyó un murmullo general de sorpresa y consternación.

Stone frunció el entrecejo y contempló el objeto como si no acabara de comprender. A continuación lo dejó encima de su bolsa dorada y abrió la segunda. Lo que extrajo era aún más extraño: un objeto de esmalte rojo rematado por una barra de hierro de cuyo extremo surgía una espiral de cobre.

Logan, perplejo, se acercó y lo examinó de cerca. La barra de hierro sobresalía de la parte esmaltada por un agujero que parecía sellado con algo parecido al alquitrán. Ambos objetos eran idénticos a las imágenes pintadas en las paredes de la cámara número uno.

Aquello no eran coronas, sino artefactos de algún tipo.

Stone miró fijamente el objeto rojo que sostenía en su mano derecha. Luego cogió el objeto de mármol blanco con la izquierda. Mientras el grupo lo observaba sin decir nada, él miró uno, y después el otro y de nuevo el primero.

—¿Qué demonios...? —farfulló.

JENNIFER Rush se agitó inquieta en la cama de la última de las tres salas de examen de las dependencias médicas, donde seguía en observación. La estancia estaba tenuemente iluminada, y la enfermera asignada al cuidado de la paciente había salido un momento. Las constantes vitales de Jennifer indicaban que había entrado en una fase de sueño REM, y la enfermera tenía hora en la peluquería y no quería perderla. Salvo por los mínimos e infrecuentes parpadeos y pitidos de los instrumentos médicos, todo se hallaba en silencio.

Jennifer se agitó de nuevo y respiró de manera profunda y temblorosa. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Y entonces, por primera vez en treinta horas, pestañeó ligeramente y abrió los ojos. Contempló el techo con mirada vidriosa y, un minuto más tarde, se incorporó con esfuerzo.

—Ethan... —llamó con voz ronca.

En la penumbra, rodeada por aquel bosque de lucecitas e indicadores digitales, la sala tenía un aspecto extraño, casi como de otro mundo: un mosaico de puntitos verdes, amarillos y rojos, como si los dioses hubieran extendido una madeja de piedras preciosas en el cielo nocturno y transformado las estrellas blancas en otras de vivos colores. Jennifer parpadeó, luego parpadeó otra vez, desorientada. Entonces su mirada encontró algo familiar: el antiguo amuleto de plata que su marido había dejado colgado de su cadena en un monitor cercano.

Frunció el entrecejo.

El amuleto tenía una primitiva representación de una de las escenas más famosas de la mitología egipcia: Isis, tras haber reunido los restos del asesinado y descuartizado Osiris, lo reanima mediante un encantamiento y lo convierte en el dios del inframundo.

El amuleto brillaba con cada parpadeo de los instrumentos. Mientras Jennifer lo contemplaba, su cuerpo se fue poniendo rígido. Su respiración se hizo más leve y estertórea. De repente, exhaló un suspiro, la mandíbula se le aflojó, puso los ojos en blanco y se desplomó de espaldas en la cama.

Durante diez o tal vez quince minutos la habitación permaneció en silencio. Entonces Jennifer se sentó de nuevo. Tomó una bocanada de aire y luego otra más profunda. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y se pasó la lengua por los labios muy despacio, casi como si tanteara.

Acto seguido, con un movimiento continuo y mecánico, deslizó las piernas fuera de la cama y apoyó los pies en el frío suelo de baldosas.

Se puso en pie y dio un paso. Vaciló y dio otro más. El pulsímetro que llevaba en el dedo rozó un instrumento y se le cayó del meñique. Alzó la mano, palpó la maraña

de cables que tenía adheridos a la cabeza y al cuello y los apartó como si fueran telarañas. Luego miró en derredor. Tenía los ojos vidriosos pero aun así veía con claridad.

La puerta estaba enfrente. Echó a andar pero enseguida se detuvo; algo tiraba de ella. Esta vez era la vía intravenosa conectada a la bolsa de suero. Jennifer intentó caminar de nuevo, pero la percha con la solución salina la frenaba. Siguió con la mirada el recorrido de la vía hasta su muñeca. Luego cogió el catéter y se lo arrancó sin miramientos de la vena.

Por fin se encaminó hacia la puerta sin más dificultades.

Abandonó las dependencias médicas, salió al pasillo principal del sector Rojo y miró a derecha e izquierda. Estaba desierto. El personal fuera de servicio se encontraba en sus habitaciones o en las zonas de descanso mientras esperaba noticias de la tercera cámara.

Jennifer dudó un instante junto a la puerta; tal vez para orientarse, tal vez simplemente para mantener el precario equilibrio. Luego giró a la izquierda y echó a andar por el pasillo. Cuando llegó a la primera esquina dobló a la derecha. Sus ojos seguían vidriosos y sus andares eran vacilantes, como los de una persona que no hubiera caminado en mucho, mucho tiempo. No obstante, a medida que avanzaba, su respiración fue volviéndose cada vez más firme y regular, lo mismo que sus pasos.

Se detuvo ante una puerta con el rótulo ALMACÉN DE MATERIALES PELIGROSOS. PRODUCTOS EXPLOSIVOS. ACCESO RESTRINGIDO. Giró el pomo pero lo encontró cerrado. Entonces cogió la tarjeta de identificación que llevaba al cuello —tan ligera, tan brillante, tan azul— y la deslizó sin problemas por el lector de la cerradura. La puerta se abrió y Jennifer entró en la habitación sin que nadie la viera.

EN la tercera cámara reinaba un silencio de sorpresa y confusión. Logan vio cómo Porter Stone caía de rodillas ante el gran cofre de ónice y no supo si era por agotamiento, decepción u otra emoción distinta. Stone dejó los dos objetos en el suelo sin decir palabra.

Logan paseó la vista alrededor, las negras superficies de la cámara apenas brillaban bajo la luz de las linternas. Miró los puñados de cáñamo esparcidos en desorden por el suelo. Miró el camastro del fondo con lo que en su día debieron de ser una bonita sábana y una bonita almohada. Miró la mesa ribeteada de oro y los papiros cuidadosamente dispuestos encima. Miró las pequeñas cajas doradas, antes selladas pero en ese momento mostrando su contenido: espirales de cobre, un trozo de hierro meteórico, filamentos de oro. Por último, sus ojos se posaron en los dos artefactos —no se le ocurría otra palabra para describirlos— que yacían a los pies de Stone: el cuenco blanco con los filamentos y el objeto esmaltado en rojo. Ambos descansaban en la malla de oro que los había protegido: enigmas de hacía cinco mil años que los desafiaban a desentrañar sus secretos.

En conjunto aquello no podía ser más extraño.

Desde el primer momento todo lo relacionado con la tumba de Narmer había sido inusual. Si bien tenía muchos puntos en común con las tumbas de los reyes que le sucedieron siglos después, en muchos sentidos era completamente distinta. Para empezar, habían hallado la momia en la segunda cámara, no en la tercera. El sentido común dictaba que en la última cámara se hallaba lo más importante para la vida de ultratumba, lo más decisivo. Logan observó una vez más los papiros y los objetos de metal, pero fue incapaz de imaginar qué podían ser.

Contempló de nuevo los dos artefactos. Uno blanco y el otro rojo..., como las coronas del Alto y el Bajo Egipto.

—Coronas... —musitó.

La suya fue la primera voz que rompió el silencio. Varias cabezas se volvieron para mirarlo. La de Stone no fue una de ellas.

—¿Sí? —murmuró Stone sin darse la vuelta.

—Estos dos objetos... Sean lo que sean, sabemos que estaban pensados para ser llevados en la cabeza. Así es como aparecen en las pinturas de la primera cámara.

Stone no respondió, se limitó a menear la cabeza.

—No pueden ser sino coronas —prosiguió Logan—. Uno es rojo y el otro es blanco, como corresponde. Y según las representaciones que hemos visto, incluso tienen cierto parecido con los elementos de la doble corona.

—No son coronas —replicó Stone en tono grave y distante—. Son inventos de un

rey loco mimado por sus sacerdotes. No son más que juguetes. No me extraña que los descendientes de Narmer rompieran con sus métodos.

—Reconozco que son raras —repuso Logan—. Carecen de la decoración y el estilo propios de una corona, pero tienen que ser muy valiosas, mucho. De lo contrario, ¿por qué las habrían depositado en el lugar más sagrado de la tumba? ¿Por qué las habrían envuelto tan magníficamente? ¿Por qué las habrían protegido con una maldición tan terrible?

—Porque Narmer se volvió loco —respondió Stone con amargura—. Tendría que haberlo imaginado. ¿Por qué otro motivo habría querido que lo enterraran en estos parajes abandonados de la mano de Dios, a miles de kilómetros de su reino? ¿Por qué iba a romper con una tradición que se prolongaría durante milenios?

—Narmer era la tradición —intervino Rush sin levantar la voz—. Fueron sus descendientes quienes la rompieron, no al revés.

Durante esa discusión, Tina había vuelto a acercarse a la mesa ribeteada de oro y estudiaba los papiros con aire de intensa concentración. De repente se incorporó y se volvió hacia sus compañeros.

—Creo que ya lo entiendo —anunció.

Todas las miradas convergieron en ella.

—Ya he comentado en alguna ocasión que los faraones del Antiguo Egipto estaban interesados en las experiencias cercanas a la muerte, lo que ellos llamaban «la segunda región de la noche». Sin embargo, si he interpretado correctamente estos textos, lo que sentían era algo más que interés. Según parece, los faraones, o al menos Narmer, la practicaban regularmente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Stone—. ¿Cómo se puede practicar una experiencia cercana a la muerte?

—Solo estoy explicando lo que dicen los papiros —contestó Tina, blandiendo uno de ellos para dar más énfasis a sus palabras—. Se menciona *ib* una y otra vez. *Ib*... significaba «corazón». Los antiguos egipcios creían que el corazón, no el cerebro, era la sede de las emociones, el pensamiento y el conocimiento; el corazón era la llave del alma, crucial para la supervivencia en la otra vida. Pero el *ib* de estos textos no aparece mencionado en términos religiosos. Más bien se lo describe en... —dudó, buscando la palabra adecuada— en términos clínicos. —Dejó a un lado el papiro—. Ya dije antes que estos rollos parecen más un conjunto de instrucciones que de ensalmos.

—¿Instrucciones? —La voz Stone estaba cargada de escepticismo—. ¿Instrucciones para qué?

No hubo respuesta.

—Suena paradójico —dijo entonces Logan volviéndose hacia la egiptóloga—. Dices que los antiguos egipcios creían que el corazón era crucial para sobrevivir en el

otro mundo.

Tina asintió.

—Una vez en el inframundo, el corazón del faraón era sometido al juicio de Anubis en una ceremonia que se conocía como «pesar el corazón». Al menos esa era la creencia de los egipcios posteriores a Narmer.

—Sin embargo la muerte sobreviene cuando el corazón se para. ¿De qué podía servirle a Narmer en el otro mundo un corazón que había dejado de latir...? —Logan se interrumpió—. Un momento. ¿Qué es lo que dijiste antes? ¿Algo así como que esta tumba parecía un ensayo de la muerte de Narmer, de su tránsito al otro mundo? Una especie de ensayo controlado, ¿no?

La egiptóloga afirmó con la cabeza.

Logan la miró y luego volvió a pasear la vista por los objetos de la tumba, miró de nuevo a Tina y de repente lo comprendió con la cegadora claridad de un relámpago.

—Dios mío... —susurró—. La pila de Bagdad.

Nadie se movió. Entonces Stone se levantó con la misma lentitud con la que se había arrodillado y se volvió hacia Logan.

—Poco antes de la Segunda Guerra Mundial —prosiguió este—, se hallaron unos extraños objetos en una aldea cerca de Bagdad. Eran muy antiguos y su función no estaba clara. Uno de ellos era un recipiente de terracota; otro, una lámina de cobre en forma de cilindro rematado por una barra de hierro. Había más. Nadie les prestó atención hasta que el director del Museo Nacional de Irak se tropezó con ellos en una de las colecciones. Publicó un ensayo en el que exponía la teoría de que dichos artefactos, debidamente llenos de ácido cítrico, vinagre o cualquier líquido capaz de generar voltaje electrolítico, funcionaron como una primitiva pila galvánica. Una batería.

Todos lo observaban sin decir palabra.

—He oído esa historia —dijo al fin Stone—. Esa pila era pequeña y poco potente. Es posible que se utilizara para galvanizar ciertos objetos.

—Es verdad —convino Logan—. La batería era poco potente, pero no tenía por qué serlo necesariamente.

—Madre mía... —susurró Tina señalando los objetos que yacían a los pies de Stone—. ¿Acaso quieres decir que...?

Logan cogió con cuidado el objeto esmaltado en rojo y rematado por la barra de hierro con su espiral de cobre. Luego cogió el cuenco de mármol del que colgaban los filamentos de oro. A continuación, con suma cautela, colocó el artefacto rojo encima del blanco. Encajaron perfectamente.

—La doble corona —dijo Tina.

—Exacto —convino Logan—. Pero una corona con un propósito muy especial,

casi divino. Fijaos en los elementos que la componen... Cobre. Hierro. Oro. Añade zumo de limón o vinagre y tendrás una pila mucho más potente que la que se encontró enterrada en Mesopotamia.

—Esa urna... —dijo Tina—. La urna del rincón olía a vinagre...

—¿Y estos filamentos dorados? —intervino Rush—. ¿Crees que podrían haber servido de... electrodos?

—Sí —afirmó Logan—. Colocados debidamente en el pecho podrían haber sido utilizados para detener el corazón.

—Detener el corazón —repitió Stone—. Un ensayo controlado de la muerte.

—Quizá más de uno —dijo Logan—. No hay más que ver los materiales almacenados en esas cajas doradas.

Stone tendió las manos, y Logan le entregó la extraña corona.

—Un ensayo controlado de la muerte —repitió Stone mientras la acariciaba.

—Es posible que se tratara de algo más —declaró Tina—. Recordad la gran importancia que los egipcios atribuían al corazón. Quizá el hacer que dejara de latir y a continuación reanimarlo no solo fuera un modo de preparar el tránsito de Narmer, sino también de confirmar su divinidad.

—Claro —repuso Stone—, y no solo una manera de establecer su divinidad, sino la de su descendencia.

Logan observó al director de la expedición. Durante los últimos minutos su voz se había ido animando y sus gestos eran más enérgicos. Si bien era verdad que lo que había encontrado no era la doble corona llena de joyas que esperaba, en cierto sentido podía tratarse de algo mucho más importante.

—Y eso explicaría por qué estas «coronas» estaban guardadas aquí —prosiguió Tina—, en lo más profundo y sagrado de la tumba, y por qué la tercera puerta estaba protegida por una maldición tan terrible. Narmer seguramente temía que si alguien se apoderaba de la corona y experimentaba con ella el tránsito al otro mundo llegara a alcanzar el mismo poder que él y pudiera suplantarlo en este mundo y en el otro.

Logan contempló la doble corona en manos de Stone. ¿Qué había dicho Jennifer durante la última sesión? «Lo que da la vida a los muertos y muerte a los vivos».

¿Cómo había podido saber algo así?

Entonces se le ocurrió algo, algo que no estaba seguro de querer mencionar. Se aclaró la garganta.

Stone lo miró sin dejar de sostener la doble corona.

—¿Sí?

Logan se encogió de hombros.

—Hay algo que no debo de preguntarme. Si este artefacto fue un invento para que Narmer lo utilizara como una especie de ensayo de lo que experimentaría tras la muerte del cuerpo físico, una manera de prepararse para el otro mundo...

Se interrumpió. Todas las miradas estaban fijas en él.

—Teniendo en cuenta las creencias de los antiguos egipcios en lo tocante a la naturaleza del alma —prosiguió—, ¿no podría ser que creyeran que este aparato era capaz de liberar el alma, su fuerza vital, del cuerpo y..., al hacerlo, alcanzar al instante la inmortalidad?

El silencio que siguió fue interrumpido por el chisporroteo de una radio. Uno de los guardias cogió el intercomunicador que llevaba en el cinturón y habló. Luego escuchó la respuesta y entregó el aparato a Stone.

—Un mensaje de la estación, señor. Dicen que es importante.

CORY Landau, sentado con los pies en una de las consolas en el Centro de Operaciones, tomaba sorbos de una botella de medio litro de Jolt Wild Grape. Hacía poco que había acabado de leer *La casa en el confín de la Tierra* y se sentía francamente alterado. Faltaban cuatro horas para que terminara su turno y no se había llevado ninguna lectura. La quietud que reinaba en la sala le atacaba los nervios, así que, para distraerse, había empezado a repasar las grabaciones de vídeo de las distintas cámaras de seguridad repartidas por la estación. Todo estaba deprimentemente tranquilo. En el Centro de Inmersiones había mucha actividad, pero se trataba de técnicos que supervisaban los controles alrededor de la Boca. En cuanto a la tumba, en la cámara número dos habían apagado las cámaras de videovigilancia por orden de Stone, de modo que no había nada que ver. Hacía unos minutos había habido cierta agitación en los laboratorios de arqueología del sector Rojo, pero todo había vuelto a la normalidad. En conjunto, parecía como si la estación estuviera conteniendo el aliento a la espera de noticias del grupo que había entrado en la tercera cámara de la tumba.

Tomó otro trago, suspiró, se retorció el bigote a lo Zapata y fue alternando las grabaciones de vídeo como si zapeara los canales de un televisor. No reparó en Jennifer Rush cuando esta entró sin hacer ruido. No se dio cuenta de que se acercaba lentamente a la batería de consolas y que vacilaba un momento, como si las estudiara. Y tampoco vio cómo levantaba la tapa protectora de plástico rojo de una de ellas y pasaba el interruptor que había debajo de la posición on a off. Únicamente fue consciente de su presencia cuando ella se apartó de la consola y, al alejarse, tropezó con unos instrumentos y tiró unos cuantos cables al suelo.

—¡Eh! —exclamó Landau, al tiempo que se daba la vuelta bruscamente y la bebida se le derramaba en la mano.

Sonrió al ver que se trataba de Jennifer, la mujer del médico de la expedición. Se había fijado en que era una verdadera belleza, pero su actitud distante y su reserva lo intimidaban. Le extrañó que fuera vestida con un camisón de hospital, pero le pareció bastante sugerente.

—Hola —le dijo—. Su marido está abajo con el resto del grupo, ¿verdad? Si ha venido a ver el regreso de los héroes conquistadores puedo ofrecerle un asiento en primera fila. —Señaló una silla vacía junto a la suya.

Jennifer Rush no contestó. Pasó ante el técnico y salió por la otra puerta. Llevaba algo en la mano.

Al principio Landau pensó que estaría preocupada por algo o que simplemente no era demasiado simpática; pocas veces la había visto hablar con nadie..., en realidad

pocas veces la había visto. Entonces se fijó en sus ojos vidriosos y en sus extraños y mecánicos andares, como si para ella caminar fuera una novedad.

—Como una cuba —dijo cuando la vio desaparecer por el pasillo.

No se lo reprochaba. Estar encerrado en el culo del mundo era motivo suficiente para que a cualquiera le diera por empinar el codo.



Jennifer Rush siguió caminando con paso inseguro, dejó atrás varias salas de reuniones y llegó a la barrera que daba acceso a la pasarela de pontones que llevaba al sector Marrón. Se volvió y abrió la última puerta antes de la barrera, una pesada compuerta con el rótulo subestación de corriente, sector blanco. El interior era una densa madeja de cables y luces parpadeantes. Frente a la pared del fondo, llena de diales e indicadores, un técnico hacía anotaciones en un sujetapapeles. El hombre se volvió al oír que la compuerta se abría. La luz era tenue, pero reconoció a la mujer que se hallaba en el umbral.

—Hola, señora Rush. ¿Puedo ayudarla en algo?

En lugar de contestar, Jennifer Rush dio un paso adelante y entró. La escasa luz hacía que sus facciones se vieran borrosas.

—Enseguida estoy con usted —dijo el técnico—. Permita que termine de inspeccionar estos controles. Es mi turno en Procesamiento de Metano y desde hace unos minutos recibo lecturas de error. —Se volvió hacia los indicadores—. Es como si los protocolos hubieran sido desconectados. Pero, claro, eso es imposible, alguien tendría que haberlo hecho a propósito y...

Oyó un ruido a su espalda y se volvió. La sonrisa de su rostro fue sustituida en el acto por una expresión de sorpresa y preocupación. Jennifer Rush había dejado en el suelo los objetos que llevaba, se había arrodillado ante una fila de válvulas y estaba girando una de ellas con movimientos mecánicos pero deliberados.

—¡Eh! —gritó el técnico—. ¡No haga eso! ¡Está abriendo la válvula de descarga de emergencia!

Soltó el sujetapapeles y corrió hacia Jennifer, que no protestó cuando él la apartó amablemente.

—Será mejor que no haga eso —dijo el hombre mientras se disponía a cerrar de nuevo la válvula—. Si la abre empezaremos a liberar metano por toda esta ala y en cuestión de minutos...

Sintió un impacto brutal en la base del cuello, una súbita llamarada de dolor, y su campo de visión se llenó con un estallido de luz que enseguida dio paso a la oscuridad.

Jennifer Rush observó cómo el técnico se desplomaba en el suelo metálico de la

subestación. Acto seguido soltó la llave inglesa que había cogido, echó mano a la válvula y empezó a abrirla de nuevo, dándole vueltas y vueltas.

LOGAN observó a Stone mientras devolvía el intercomunicador al guardia de seguridad. La conversación había sido breve. Stone no había dicho más de cuatro palabras y se había puesto muy pálido. Pero en ese momento, mientras miraba uno por uno a los integrantes del grupo, su rostro se encendió y sus pupilas se encogieron hasta convertirse en dos puntitos brillantes. Clavó su mirada en Tina Romero.

—¡Maldita zorra! —exclamó de repente al tiempo que levantaba la mano para abofetearla. Rush y Valentino se interpusieron de inmediato y lo sujetaron—. ¡Maldita imbécil! —gritó al tiempo que intentaba zafarse.

Tina retrocedió instintivamente.

Logan contemplaba la escena perplejo. Era como si todas las dificultades y contratiempos de la expedición, que habían culminado con el descubrimiento de que la corona de Narmer había resultado ser algo muy distinto de lo esperado, hubieran hecho perder el control a su habitualmente frío y desapasionado director.

—¡Incompetente! —vociferó Stone a la egiptóloga—. ¡Por tu culpa he malgastado todos mis esfuerzos y mi dinero! Y ahora no queda tiempo... ¡no queda tiempo!

Logan se adelantó.

—Tranquilícese, Stone —dijo—. ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

Stone respiró hondo y recobró el dominio de sí mismo. Rush y Valentino lo soltaron pero permanecieron cerca por si acaso.

—Os diré lo que ha pasado. —Respiraba entrecortadamente—. La que ha llamado era Amanda Richards. Estaba restaurando la momia de Narmer cuando ha descubierto que no era Narmer.

Siguió un momento de sorpresa y silencio.

—¿Qué quieres decir con que no era Narmer? —preguntó Rush.

—Es la momia de una mujer, —dijo Porter despacio—. Durante todo este tiempo hemos estado trabajando en la tumba equivocada. —Volvió a mirar a Romero—. No es de extrañar que nada sea como debería ser. Nos has conducido a una tumba secundaria, a la de su reina o... ¡a la de alguna de sus concubinas! Dios mío... —Alzó los puños como si fuera a golpearla, y Rush y Valentino se pusieron en guardia.

—Un momento —dijo Logan—. No puede haber ningún error. Los sellos, las inscripciones, el tesoro..., incluso la maldición, todo indica que esta es la tumba del faraón. Tiene que ser la tumba de Narmer.

Durante unos instantes nadie habló. Stone procuró serenarse.

—Pues si es la tumba de Narmer —dijo—, ¿dónde demonios está su momia?

—Espere un minuto —repuso Logan—. Solo un minuto, no nos precipitemos...,

pensémoslo detenidamente. —Se volvió hacia Tina—. ¿Verdad que desde el principio has dicho que en esta tumba había cosas que no encajaban, que no tenían sentido?

La egiptóloga asintió.

—Pequeños detalles, en su mayoría. Los atribuí al hecho de que esta es la tumba del primer faraón, era natural que encontráramos cosas que no esperábamos. Las que serían las tradiciones posteriores todavía no estaban asentadas.

—¡Excusas! —tronó Stone—. ¡Simples excusas! Solo estás intentando justificar tu estupidez.

Tina hizo caso omiso y siguió hablando con Logan.

—Todo empezó cuando me hablaste de aquella calavera que examinaste, uno de los sacerdotes de Narmer, muerto ritualmente para proteger el secreto de la tumba del faraón. ¿Te acuerdas que me comentaste que una de las cuencas oculares, la izquierda, estaba como arañada?

Logan asintió.

—Ese fue el primer indicio de que había algo que no encajaba. Los demás indicios los tenemos aquí, delante de nuestros propios ojos. Los serejs que encontramos en los sellos reales de la tumba..., los jeroglíficos son de Narmer, pero hay detalles diferentes, características poco habituales, como la terminación femenina *niswt-bití*. Luego están esas inscripciones de la primera cámara, con las secuencias rituales invertidas y el género equivocado. Además, en los jeroglíficos de este cofre la cabeza del siluro, que es el símbolo de Narmer, ha sido borrada.

—Dijiste que habían sido alterados —añadió Logan—. Desfigurados.

—¿Adónde pretendes llegar? —gruñó Stone.

—Al principio —contestó Tina— di por hecho que los arañazos de la cuenca ocular de la calavera eran simplemente obra del tiempo, pero lo cierto es que se correspondían con la forma de muerte ritual que recibían las sacerdotisas de la reina. Se les clavaba un cuchillo en el ojo hasta que les perforaba el cerebro. De ese modo, simbólicamente, nadie podía ver a la reina una vez muerta. En cambio, los sacerdotes del faraón morían por un golpe en la base del cráneo que les partía la columna vertebral.

—Entonces eso quiere decir que esta es la tumba de Niethotep, —exclamó Stone—. ¡Me estás dando la razón! ¡Es la tumba equivocada!

—¡No, no lo entiende! —replicó Tina con exasperación—. Las pruebas son contradictorias. Todos los detalles de esta tumba indican que se construyó para Narmer siguiendo sus reales instrucciones, salvo en lo que se refiere a los rituales concretos que debían realizarse tras su muerte. Ahí es donde los indicios son contradictorios. Los sellos reales con florituras femeninas. Las inscripciones rituales finales, ¿recuerdas que le dije que parecían toscas? Y en cuanto a la momia, casi no he tenido ocasión de estudiarla, pero me fijé en que el corte de la boca era impreciso,

incompleto.

—Como si todo el ritual de entierro se hubiera hecho con prisa —apuntó Logan.

Un leve retumbo, casi inaudible, resonó en la cámara. Los guardias y los operarios miraron en derredor con inquietud, pero parecía que el sonido procedía de la superficie y había llegado hasta ellos por el Umbilical. Al cabo de un momento, Stone retomó la conversación.

—Tu argumentación no me parece convincente —dijo a Tina—. Todo esto es hipotético y poco concluyente.

—Yo no estoy tan seguro —objetó Logan; hablaba despacio, pensando en lo que Tina Romero había explicado—. Creo que debería verlo desde otro punto de vista. Si la corona que hemos encontrado aquí, en la cámara número tres, se utilizaba para simular la muerte, para practicar experiencias cercanas a la muerte con el fin de convertir al faraón en un ser inmortal y asegurar su divinidad..., ¿no podría una reina haber deseado lo mismo? Especialmente una reina tan poderosa y obstinada como Niethotep...

Hubo un silencio.

—¿Quieres decir...? —Stone se interrumpió y enseguida continuó—: ¿Quieres decir que la reina Niethotep... usurpó el lugar de su marido en la tumba?

—Es la única interpretación lógica —dijo Tina—. Eso explicaría las pruebas contradictorias que acabo de señalar.

—Y también por qué las generaciones que siguieron malinterpretaron los símbolos y los rituales de Narmer —añadió Logan—. No fue a Narmer a quien sepultaron en la tumba. El faraón no fue enterrado de la manera adecuada. Su mujer lo sustituyó y al parecer apresuradamente, tal vez incluso prematuramente.

—Entonces ¿qué pasó con Narmer? —preguntó Rush.

—¿Quién sabe? —respondió Tina—. Veneno, una daga en el cuello en el lecho conyugal... Quizá fue asesinado junto a sus concubinas. Ya conoces las leyendas que circulan sobre Niethotep, lo sanguinaria y egoísta que era. Esto habría sido muy propio de ella. ¿No te lo imaginas? Pudo esperar a que Narmer muriera de muerte natural y después acompañar su cuerpo hasta aquí, con su guardia y la guardia del faraón, para presenciar los rituales del entierro; entonces, conforme al plan previsto, sus guardias sometieron a los de Narmer, ella ocupó su lugar, y ahora el esqueleto del rey yace en el fondo del Sudd, junto con los otros.

Stone miró fijamente a la egiptóloga. La furia y la agresividad habían desaparecido de su rostro.

—Pero si tienes razón en cuanto a la... corona —dijo—, solo debía de poder utilizarla una persona. Y si fueras Narmer, no querrías que una vez en el otro mundo otro ocupara tu lugar o pusiera en peligro tu fuerza vital ni tu inmortalidad. La corona sin duda estaba unida al alma de la persona que la utilizaba.

—Y eso es exactamente lo que Niethotep debió de hacer —dijo Tina—. Engañó a Narmer, mandó que lo asesinaran, utilizó la corona en su lugar y después, creyéndose inmortal, mandó que la enterraran en la tumba del faraón, que ordenó reconvertir a toda prisa en la suya cambiando los sellos y las inscripciones.

—¿De verdad pudo hacerlo? —preguntó Logan—. Tenía entendido que la tumba de un faraón estaba diseñada para ser el lugar de descanso de un monarca en concreto y solo para él.

—Ese es el problema —respondió Romero—. Necesitamos mucho más tiempo para analizar lo que hemos hallado. Es posible que Niethotep creyera que valía la pena correr el riesgo a cambio de la vida eterna como deidad suprema.

—Pero ¿por qué tantas prisas? —quiso saber Stone—. Una vez se hubiera deshecho de Narmer, podría haberse tomado tanto tiempo como quisiera.

Romero reflexionó unos instantes.

—Se me ocurren varias razones. Puede que los sacerdotes de Narmer y su ejército personal estuvieran a punto de llegar a la tumba. En ese caso no les habría gustado lo que habrían encontrado, y Niethotep no tuvo más remedio que adaptar la tumba para ella lo mejor que pudo. Otra posibilidad es que tanto ella como su séquito carecieran de experiencia en el manejo de la pila, la doble corona, y fueran demasiado lejos.

—Y que lo que se suponía que iba a ser una experiencia cercana a la muerte se convirtió en una experiencia mortal —aventuró Logan.

Tina asintió.

—Si así fue, si la reina murió de forma inesperada, entonces seguramente tuvieron que apresurarse en momificarla y enterrarla, hasta el punto de abreviar los rituales. Es lo que hemos visto en algunas de las inscripciones, en concreto en las que tratan de dichos rituales.

—¿Y si sepultaron a la reina sin los preparativos adecuados? —pregunto Rush—. ¿Sin los ritos necesarios?

—Es imposible saberlo. Ya he mencionado el corte imperfecto en la boca de la momia. Es parte importante de la magia funeraria egipcia: la ceremonia de apertura de la boca. Permite que el *ba* abandone el cuerpo muerto y se reúna con el *ka* en la otra vida; también libera la boca para que pueda recibir comida y bebida, de modo que el alma pueda alimentarse; es decir, sobrevivir en el más allá.

—Sigue —pidió Stone.

—Si un ritual tan importante como ese se hizo con prisa, los pasos finales del entierro debieron de realizarse con mucho apremio. ¿Quién sabe qué otros pasos importantes en el viaje al otro mundo del alma de Niethotep se abreviaron o incluso se omitieron?

—Esa ceremonia de apertura de la boca... —dijo Logan—. ¿Qué habría ocurrido si el alma de la reina no hubiera podido recibir alimento en el otro mundo?

Romero reflexionó un momento antes de contestar.

—Basándome en los antiguos textos, supongo que su chispa vital, el alma que abandona el cuerpo tras la muerte, habría quedado atrapada aquí.

Rush meneó la cabeza.

—Si realmente cometió esa atrocidad, me refiero a que si mató a su marido o como mínimo usurpó su lugar en el otro mundo, parece lógico suponer que una parte de su *ka* deseara permanecer aquí para vigilar la corona y salvaguardar su inmortalidad; en definitiva, para asegurarse de que nadie le haría lo que ella le hizo a Narmer.

—La maldición... —murmuró Tina.

«Su chispa vital habría quedado atrapada aquí... Para vigilar la corona... Para asegurarse de que nadie le haría lo que ella le hizo a Narmer». De repente un pensamiento terrible acudió a la mente de Logan.

—¡Dios mío! —exclamó.

En ese momento se oyó otro retumbo, más fuerte que el primero, procedente de la superficie. Los papiros de la mesa temblaron como empujados por una corriente de aire.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Stone.

Valentino se volvió hacia los dos operarios.

—Kowinsky, Dugan, salid a la plataforma y ved qué ocurre.

Mientras los dos hombres salían, Logan se llevó a Rush aparte.

—Nos habíamos olvidado de algo —le dijo en voz baja, sin que los demás pudieran oírlo.

El médico lo miró.

—¿De qué?

—¿Recuerdas nuestra conversación acerca de que Jennifer estuvo tanto rato clínicamente muerta que es posible que perdiera su alma? Fueron tus palabras, no las mías.

Rush frunció el entrecejo y asintió.

—Yo te dije —continuó Logan— que creía que era posible que la fuerza vital de alguien fallecido se apoderara de una persona viva siempre que el alma de esta última estuviera, como decirlo..., deteriorada. Sin embargo, también te dije que, según todos los casos de los que hay constancia, el espíritu de una persona muerta solo puede apoderarse de un cuerpo del mismo sexo.

—Lo recuerdo —repuso Rush—. Por eso llegamos a la conclusión de que no era Narmer ni una sombra de Narmer quien hablaba a través de Jennifer..., no podía haberse apoderado de ella.

—Exacto, pero si resulta que lo que permanece aquí... no es la fuerza vital de Narmer... sino la fuerza vital de una mujer...

—Dios mío..., la reina Niethotep... —Rush se llevó la mano a la boca.

En ese momento Kowinsky y Dugan entraron corriendo con sus respectivas radios en la mano.

—Hay una emergencia arriba —dijo Kowinsky—. Alguien ha abierto las válvulas de descarga de emergencia del sistema de metano.

—¿Qué? —exclamó Stone—. ¿Por qué?

Kowinsky meneó la cabeza. El miedo se leía claramente en su rostro.

—Has dicho «válvulas». ¿Cuántas? ¿Más de una?

—Al menos tres, en los sectores Rojo, Blanco y Marrón.

—Eso es imposible —insistió Stone—. Los protocolos de seguridad...

—Alguien los ha desconectado. Por eso no lo han descubierto hasta ahora. Hay incendios en los pasadizos bajo las alas, y se han producido explosiones. Las llamas están empezando a alcanzar la estación. Si no conseguimos llegar hasta esas válvulas para cerrarlas...

Stone señaló la salida de la tumba con el pulgar.

—Todos fuera. A la superficie. ¡Ahora mismo! —Cogió la radio de Kowinsky y habló por el intercomunicador—. Aquí Porter Stone, ¿con quién hablo?

—Con Menendez, señor, en el Centro de Inmersiones. Les estamos bajando unas cuerdas de emergencia.

Logan oyó gritos y el ruido de lo que parecía un lanzallamas en funcionamiento.

—Aquí somos casi una docena —repuso Stone—. Va a tener que...

Se vio interrumpido por una serie de voces a través de la radio que se solapaban unas con otras.

«Pero ¿qué lleva esa mujer? ¿Nitroglicerina?»

«¡Apartaos! ¡Apartaos!»

«¡No dejéis que se acerque a la Boca o...!»

Entonces se produjo un fogonazo en el Umbilical, como el estallido simultáneo de cien soles, una explosión que ensordeció a Logan y lo derribó al suelo de la tumba. Luego todo se volvió oscuro, y su mundo desapareció.

LOGAN no sabía si había estado inconsciente una hora o un día, pero cuando abrió los ojos, sacudió la cabeza para salir del aturdimiento e intentó sentarse, comprendió que apenas habían transcurrido unos segundos. La tumba se había llenado de voces que hablaban a gritos y de ruido de pies que corrían. Varias luces de emergencia bañaban la cámara con un resplandor sepulcral. Rush, inclinado sobre él, le masajeaba las muñecas e intentaba que se pusiera en pie.

—Vamos, Jeremy —le dijo—. Tenemos que salir de aquí.

La tumba había empezado a saturarse de un humo denso y acre. El aire estaba cargado de un olor extraño: una combinación de goma quemada, ozono y, lo que era más preocupante, metano.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó uno de los operarios con voz desgarrada e histérica. Tenía un corte en la sien que sangraba profusamente—. ¿Qué está ocurriendo?

Al oírlo, las palabras de la maldición de Narmer acudieron a la mente de Logan. «Todo hombre que ose entrar en mi tumba hallará una muerte cierta y fulminante. La mano que se atreviere a tocar mi forma inmortal arderá con fuego inextinguible. Pero si alguien osara en su temeridad cruzar la tercera puerta, el dios negro de la más profunda sima lo atraparé y esparciré sus miembros por los confines del mundo».

—Es la reina, es Niethotep —respondió—. Está intentando preservar su inmortalidad sellando su tumba, la tumba que arrebató a su marido el faraón. Quiere matar a todos los que la han hollado y pretenden utilizar su corona. Es la reina..., pero con la ayuda de Jennifer Rush.

Logan se dio cuenta de que esas palabras se habían quedado en su mente, no las había pronunciado en voz alta. Ethan Rush seguía a su lado y lo apremiaba para que se levantara. Hizo un esfuerzo y logró ponerse en pie. El mundo se tambaleó a su alrededor hasta que finalmente dejó de oscilar. Rush lo miró a los ojos, masculló algo y lo condujo fuera.

Salieron de la pesadilla de ónice que era la cámara número tres, cruzaron la dos y entraron en el espacio más amplio de la uno. Encontraron al resto del grupo apelotonado ante al cierre hermético del Portal y la plataforma del otro lado. Allí no había luces de emergencia; solo los haces amarillos de algunas linternas perforaban aquel aire espeso. De fondo se oía el constante crepitar de las radios. Logan distinguió a Stone. Estaba dirigiendo a la gente hacia el inclinado túnel del Umbilical. Uno de los guardias de seguridad lo apremió para que subiera él también. Stone accedió y fue el siguiente en pasar, seguido por dos técnicos. Entonces, uno de los operarios, Kowinsky, se abrió paso a codazos hasta el principio de la fila y empezó a

subir frenéticamente a pesar de los gritos de Valentino, que se hallaba al final e instaba a que todo el mundo saliera antes que él.

Logan fue avanzando lentamente con los otros hasta que llegó el momento en que tuvo que agacharse para cruzar la pesada puerta que señalaba la entrada de la tumba de Narmer y pasar a la plataforma del otro lado. Tina Romero iba justo delante de él; miró hacia atrás, esbozó una débil sonrisa y empezó a ascender. Entonces le llegó el turno a Logan. Agarró el primer asidero, miró hacia arriba y se detuvo en seco.

La amarilla longitud del Umbilical, siempre tan pulcra, se había convertido en un caos. El grueso cableado que corría por toda su longitud se había desprendido y colgaba como si de un montón de tripas sueltas se tratase. Los refuerzos de madera estaban aplastados en más de un punto, y las vigas hexagonales superpuestas se habían convertido en un laberinto que obligaba a los que subían a hacer todo tipo de contorsiones para pasar entre ellas. Desde el Centro de Inmersiones habían lanzado cuerdas, pero en aquella ruinosa confusión resultaban de escasa ayuda. Desde la plataforma, Logan alcanzaba a ver el final del Umbilical y la propia Boca, y le pareció que estaba ennegrecida y deformada, extrañamente ovalada por la fuerza de la explosión. Pero entre la distancia y el humo no podía estar seguro.

Sin embargo, era el propio Umbilical lo que había hecho que se detuviera. Su superficie amarilla, antes tan lisa y regular, estaba distorsionada por arrugas y abultamientos. Allí donde los refuerzos de madera se habían partido, las paredes se estrechaban peligrosamente alrededor de los que trepaban en fila hacia la superficie, como escaladores. La enorme presión del Sudd oprimía por todos lados, estrujaba el tubo en busca de una manera, cualquier manera de...

Notó que lo empujaban por detrás.

—Vamos, hombre, ¡suba! —dijo la voz de Valentino—. *Sbrigati!*

Tina se hallaba a pocos metros por delante de él. Logan se obligó a pensar únicamente en los asideros, olvidarse de lo que había arriba y empezar a subir. Se concentró en colocar bien las manos y los pies sin alzar la mirada. Por debajo de él divisó a duras penas que el técnico que lo seguía agarraba el primer asidero e iniciaba también la subida.

Entonces su cabeza chocó contra el pie de Tina y levantó la mirada para ver qué había interrumpido su ascenso. Al hacerlo oyó los jadeos y las imprecaciones de los que estaban más arriba.

Miró más allá de la egiptóloga y se le encogió el corazón. A unos seis metros por encima de él, cerca del final del Umbilical, uno de los soportes de madera se había partido en dos y hundía sus afiladas astillas en una protuberancia que había aparecido en el tubo, debilitado por la explosión. Mientras miraba, fascinado y a la vez horrorizado, en la superficie amarilla se abrió un pequeño corte que enseguida aumentó a causa de la presión exterior.

—¡No! —gritó Kowinsky en lo alto—. ¡No, por Dios!

Entonces, con un extraño ruido —mitad suspiro, mitad desgarró—, la pared del Umbilical cedió. Al instante el Sudd vomitó un chorro de cieno que se derramó sobre ellos como el agua de una manguera. Bajo aquella irresistible presión, el Umbilical empezó a desgarrarse de arriba abajo mientras las negras y cenagosas aguas manaban por él. Los gritos y alaridos de los que estaban más arriba eran una algarabía de consternación y terror.

Logan hizo lo primero que acudió a su mente. Instintivamente, sin pensarlo, cogió a Tina por los pies con ambas manos, se soltó de la escalera y se deslizó con Tina hasta caer sobre la plataforma.

La egiptóloga se revolvió.

—¿Qué haces? —gritó.

—¡Tina, cierra los ojos! —gritó Logan aún más alto para hacerse oír por encima de sus protestas.

Un ruido de aspiración..., un extraño temblor, como un terremoto acercándose..., una vaharada hedionda... y se vieron envueltos por una negrura pegajosa y asfixiante.

EN la repentina oscuridad se desató una confusión de sensaciones: gritos, alaridos de dolor y miedo, manos y pies que intentaban aferrarse a algo y resbalaban, el abrazo frío y pegajoso del repugnante cieno que los rodeaba por todas partes... Logan no sabía exactamente por qué se había dejado caer hasta la plataforma, en la base del Umbilical. En un arranque revulsivo de supervivencia había huido de la imparable hediondez del Sudd para mantenerse por delante de ella a cualquier precio. Sin embargo, no tardó en comprender que había sido una locura. Se hallaban a doce metros de la superficie, no tenían gafas ni equipos de buceo, y la irresistible presión submarina de la marisma no tardaría en llenar la tumba, cámara tras cámara. Apartó de su mente aquella imagen horrible y también la que le siguió: él corriendo, junto a media docena de personas aterrorizadas, hasta el fondo de la tumba y esperar allí mientras la putrefacta avalancha de cieno crecía y crecía.

Notó un violento movimiento debajo de él y oyó un grito agudo. Era Tina, que intentaba zafarse de su presa. La soltó y se cubrió los ojos para protegerse de la pesadilla viscosa que le caía encima; sacó como pudo la linterna del bolsillo y la encendió. Se hallaban donde el Umbilical se unía al muro de granito de la tumba de Narmer. A su alrededor, varias vigas de refuerzo que se habían partido formaban un caótico armazón que se alzaba hasta el techo de la entrada de la tumba, justo por encima de sus cabezas.

Logan enfocó con la linterna y vio que la negra hediondez del Sudd se derramaba por el Umbilical, aplastando vigas, cables y personas bajo su peso. Uno de los técnicos que habían salido primero desapareció en el caos de maderas, cables y hierros deformados. Sus ensangrentadas manos permanecieron visibles un momento antes de ser engullidas por el negro torbellino. El Umbilical se sacudió bajo un fuerte temblor, como si se retorciera bajo la presión de las toneladas de cieno que se precipitaban por él.

Logan apartó la vista, llamó a Tina a gritos y un chorro de cieno se le coló en la boca. Escupió —aquel sabor a siglos de descomposición acumulada le provocó arcadas—, cogió a Tina de la mano y consiguió gritar:

—¡Sube! ¡Sube ahí arriba! —Señalaba el entramado de vigas que se alzaba sobre ellos.



El operario Frank Kowinsky había tenido suerte: sabía que no podría trepar por los restos del Umbilical —un vistazo al caos de cuerpos, vigas rotas y cables

destrozados le había bastado para saberlo—, pero si lograba salir, quizá pudiera abrirse paso por la marisma y subir a la superficie. En el momento en que la fisura del Umbilical cedió y el Sudd los invadió, el técnico que subía delante de él resbaló y quedó atrapado en el enredo de cables que colgaban por todas partes. Entonces Kowinsky decidió lanzarse a través del desgarrón del tubo que se agrandaba a toda prisa utilizando el cuerpo del infeliz medio como plataforma y medio como trampolín. Tuvo que luchar contra el chorro de lodo y apoyarse en el cuerpo del técnico, pero se aferró al desgarrado borde del Umbilical y se impulsó al otro lado braceando y pataleando con todas sus fuerzas.

Estaba libre, libre de la escena de muerte y caos del Umbilical. Pero no había contado con lo negras y densas que eran las profundidades del Sudd, no había tenido en cuenta que su espantosa consistencia —espeso como alquitrán y áspero como el papel de lija— le arañaría la piel y le escocería en los ojos. Los cerró rápidamente, pero ya se le habían llenado de porquería y no había manera de limpiárselos.

Tampoco tenía tiempo para eso. Debía llegar a la superficie. Tardó unos instantes en orientarse en la negrura y después empezó a bracear hacia arriba.



Logan trepó tan deprisa como pudo al entramado de vigas rotas que se alzaba hacia el techo de la entrada de la tumba y se aseguró de que Tina lo siguiera. La madera estaba negra y resbaladiza por el cieno, y tuvo la sensación de que resbalaba dos veces por cada viga que subía.

Hubo otra estremecedora sacudida, y el tubo del destrozado Umbilical pareció a punto de desprenderse del sello hermético que lo mantenía unido a la tumba. Los gritos, los alaridos, las llamadas de socorro habían cesado por completo, y eso llenó a Logan de angustia. Solo quedaba el ruido de la cascada viscosa del Sudd mientras corría por los restos del tubo amarillo, inundaba la tumba y el nivel ascendía a su alrededor.

Sostuvo la linterna entre los dientes y se encaramó a lo alto del entramado, con la cabeza a escasos centímetros del techo de la entrada. Allí, la parte superior del Umbilical se combaba ominosamente hacia abajo. A aquella altura, el entramado de vigas resultaba precario e inestable, pero el denso cieno que empezaba a acariciarles los tobillos parecía sostenerlo como pegamento. Logan se aferró al último perno del sello hermético y ayudó a Tina a llegar hasta él.

La egiptóloga apenas era reconocible a la luz de la linterna. Tenía el pelo y la ropa cubiertos de porquería, y sus ojos eran dos pequeños puntos blancos en una máscara de cieno.

—¿Y ahora qué? —gritó—. ¿Esperamos hasta ahogarnos en esta mierda?

—¡No vamos a ahogarnos! —replicó Logan.

En ese momento hubo una sacudida aún más violenta que la anterior; los dos se abrazaron mientras la estructura temblaba y se ladeaba.

Logan dirigió el haz de la linterna al punto de unión del Umbilical con el sello hermético.

—¡Esto va a ceder en cualquier momento! —dijo—. Escúchame bien: cuando ocurra, no te dejes llevar por el pánico. La marisma nos rodeará y sumergirá. Pase lo que pase, no sueltes mi mano, sujétala con fuerza. Yo estaré agarrado a este perno, que está clavado en el granito, de modo que no me moveré.

Se quitó la camisa y el pantalón. Luego extendió la mano y empezó a desabrochar los botones de la blusa de Tina.

—¿Qué coño haces? —protestó ella.

—¡Quítate el pantalón, rápido! —la apremió Logan—. La ropa sería un lastre, te impediría llegar a la superficie.

Ella lo comprendió en el acto, se bajó rápidamente la cremallera y se quitó los vaqueros.

—En cuanto las presiones se igualen, ascenderemos —prosiguió Logan—. No me sueltes la mano, y sobre todo no te desorientes. Cierra los ojos antes de que empecemos a subir; de ese modo te será más fácil mantener la orientación en medio del cieno. —Miró la estructura de madera e hizo un cálculo rápido—. Tenemos diez metros y medio de marisma hasta la superficie. No te pongas nerviosa. Administra bien el aire. ¿De acuerdo?

Tina no respondió. Miraba el lado pegajoso y hediondo que ya les llegaba a la cintura y seguía subiendo.

—¡Tina! —gritó Logan— ¿Me has entendido?

Ella se volvió hacia él. El blanco de sus ojos destacaba sobre su rostro cubierto de cieno negro. Parpadeó y asintió. Logan le dio un apretón en la mano.

—No te sueltes —dijo.

Entonces se produjo la última y cataclísmica sacudida: tras el chirrido del metal llevado más allá de su resistencia, el techo del Umbilical se desgarró y el negro corazón del Sudd cayó sobre ellos y los envolvió en su pestilente y letal abrazo.



Frank Kowinsky se abrió paso entre el cieno y el limo. Los ojos le escocían y tenía la nariz y los oídos llenos de porquería. La marisma parecía tirar de él con manos invisibles que se aferraban a sus ropas e intentaban arrastrarlo al fondo. Además, la pegajosa oscuridad estaba llena de obstáculos: ramas y tallos, pero también cosas viscosas que no se atrevía a imaginar. Por suerte, algunas le servían de

punto de apoyo para seguir moviéndose en aquel universo cenagoso.

Llevaba sumergido en aquella asquerosidad... ¿cuánto?, ¿sesenta segundos?, y el pecho le ardía. Tendría que haber tomado más aire antes de huir por el Umbilical. Además, en los forcejeos para salir a la marisma había soltado un poco de aire. ¿Había cometido un error? ¿Debería haber intentado trepar por el conducto? No..., eso habría significado una muerte segura.

El lodo se deslizaba por su nuca, su espalda, sus brazos. Parecía colarse por todas partes, incluso en su entrepierna. Aquella oscuridad, no saber dónde se encontraba, no saber la distancia que le faltaba por recorrer, y mientras tanto ir quedándose lentamente sin aire... era horrible.

De repente su cabeza chocó contra algo duro. El golpe le hizo ver las estrellas a pesar de que tenía los ojos cerrados, pero también lo sacó de un pánico incipiente. Al principio pensó —deseó— que se trataba de uno de los pontones de la estación, pero enseguida extendió la mano, lo palpó y se dio cuenta de que era un trozo enorme de madera, una rama hundida. Sacudió la cabeza para aclarársela, se apoyó en la rama y, orientándose como pudo, se dio impulso para seguir ascendiendo en medio de aquella negrura de pesadilla.



Logan no estaba en absoluto preparado para la fortísima e implacable presión del Sudd. La marisma lo atrapó igual que un torno, por arriba y por abajo, y le estrujó el pecho como si quisiera sacarle todo el aire de los pulmones. Durante un instante no se movió de donde estaba —como un insecto atrapado en ámbar—, aturdido por la abrumadora, terrible y claustrofóbica sensación. Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se empujó hacia arriba con las piernas al tiempo que tiraba de Tina y notaba que ella braceaba con la mano libre para ascender. Entrelazó los dedos con los de ella para sujetarla mejor. Intuía que si se separaban sería el final para ambos.

Mantuvo los ojos y la boca cerrados con fuerza, procuró hacer caso omiso al ceno que se le metía en los oídos y dejó que su cuerpo hallara su propio equilibrio mientras luchaban por subir a la superficie. Intentaba mantener la nariz despejada expulsando aire cada pocos segundos. Eso le limpiaba las fosas nasales y evitaba que retuviera demasiado aire en los pulmones. De vez en cuando, mientras braceaba con la mano libre, chocaba con ramas y cañas que, cuando podía, utilizaba como asideros o puntos de apoyo para darse impulso sin dejar de sujetar a Tina. En una ocasión se enredó en una planta acuática medio descompuesta y tuvo que luchar contra el pánico mientras se liberaba de ella sin perder el equilibrio.

El impulso de ambos hizo que el ascenso fuera más fácil que si lo hubieran hecho por separado. El hecho de que no llevaran ropa también les permitió deslizarse con

más facilidad y contrarrestar el efecto de succión del cieno. A pesar de todo, Logan no tardó en notar las contracciones de la mano de Tina. Se estaba quedando sin aire.

¿Cuánto habían ascendido? ¿Cinco metros?, ¿siete? Imposible decirlo en aquella negrura. La mano de Logan topó con otra rama y la utilizó para propulsarse; luego apoyó el pie en ella y volvió a darse impulso. Los pulmones empezaban a arderle, y los apretones de la mano de Tina se volvían más apremiantes. Tuvo que sujetarla con más fuerza para que no se soltara. No tardaría en aspirar el cieno o en quedar inconsciente, y entonces él tendría que soltarla para no arrastrar un peso muerto. Notaba que las fuerzas estaban a punto de fallarle. Si no se daban prisa, acabarían por hundirse en aquella negrura sin fin y sus cuerpos se reunirían con los cadáveres del séquito de Narmer.

De repente notó algo extraño. Su mano libre encontró menos resistencia para abrirse paso en la densa marisma. Cogió a Tina con fuerza y tiró de ella hacia él. Entonces, en un último y supremo esfuerzo, se impulsó en un movimiento sinuoso, con las piernas juntas, como si nadara estilo mariposa, hasta que sintió que su cabeza emergía, liberada de la miasma cenagosa que los rodeaba. Tiró de Tina mientras tosía y escupía hasta que ella también salió a flote. Estaban cubiertos de lodo negro, más parecían criaturas de la marisma que de tierra firme, pero podían respirar de nuevo.

Habían llegado a la superficie.



La desesperación de Kowinsky no conocía límites. Llevaba sumergido noventa segundos, quizá dos minutos. Estaba en forma —hacía gimnasia con regularidad—, pero en ese instante todas las células de su cuerpo reclamaban oxígeno a gritos. Braceó con más furia aún entre el cieno y el limo. Debía de estar cerca de la superficie, ¡tenía que estarlo! Había abierto los ojos, ajeno al dolor. En cualquier momento una luz atravesaría aquel infierno. En cualquier momento aquella intolerable negrura que lo rodeaba se despejaría un poco, y después un poco más, y luego... el aire.

Hizo todo lo que pudo para mantener la boca cerrada. Aire, necesitaba aire. El menor movimiento le provocaba punzadas de dolor en los pulmones. Ya ni siquiera prestaba atención a cómo la marisma se le filtraba por todos los orificios y recovecos, incluso por aquellos que no sabía que poseía. Lo que necesitaba era aire, ¡aire!

Oh, Dios, aquello era horrible. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba todo tan oscuro? ¿Por qué seguía bajo la superficie?

En medio de tanto frenético braceo sus manos toparon con algo. Tenía los ojos abiertos pero ciegos; de su nariz salían pequeñas burbujas. Lo palpó. Una mano, un brazo, una cabeza. Un cuerpo humano, alguien que acababa de morir. En su tormento,

Kowinsky no le prestó atención y siguió adelante.

Sus manos encontraron algo más, algo duro y liso: metal. ¡Ahí estaba, por fin había llegado a la estación! La esperanza, casi desaparecida, lo invadió de nuevo. Cinco o diez segundos más y habría muerto. Le había faltado poco. Palpó con la otra mano para orientarse, listo para empujarse hacia arriba...

Se dio cuenta de que la pieza de metal liso terminaba en otra curvada y tachonada con gruesos remaches. ¿Qué parte de la estación podía ser? Los pontones eran lisos y en el espacio residual que quedaba por debajo de las distintas alas solo había...

Notó algo más, algo que estaba fijado a uno de los remaches. Era un trozo de gruesa tela con los bordes deshilachados, como si se hubiera desgarrado violentamente.

La verdad cayó sobre él como una losa. No era la estación. Era el Portal. En algún momento, quizá cuando había chocado con la rama, se había desorientado en la negrura, girado sobre sí mismo y bajado al fondo. Hasta la tumba.

No... No. No podía ser verdad. Tenía que tratarse de una alucinación. Era el pánico y la falta de oxígeno. No haría caso, ascendería un poco y respiraría aire, aire puro.

Se agarró al extremo de metal y se impulsó hacia arriba hasta que lo tuvo a la altura del pecho. Sus movimientos eran lentos, como los de una mosca atrapada en miel, y no veía nada, pero daba igual. Estaba en la superficie. Tenía que estarlo. Abrió la boca...

Y se le llenó de una mezcla de lodo, cieno y elementos en suspensión de una pestilente descomposición tan antigua como la más antigua de las tumbas. Entonces, a pesar de tan repugnante profanación, Kowinsky, en su último acto como mortal, aspiró.

DE la cárcel de cieno salieron a un mundo en llamas. Logan, sujetando a Tina junto a él y dando grandes bocanadas, seguía a nado el perímetro de la estación. Cuatro sectores —el Rojo, el Marrón, el Blanco y al parecer el Amarillo— ardían. Enormes lenguas de fuego surgían de debajo de las carpas de lona y devoraban las mosquiteras que cubrían las pasarelas de pontones como si estuvieran hechas de hilos de seda. Los laboratorios y la enfermería parecían arder con especial violencia. De la cúpula hinchable que cubría ese sector brotaba un extraño resplandor, un infernal fuego anaranjado la iluminaba por dentro. En ese preciso momento una gran bola de fuego surgió del interior, calcinó la lona y se alzó en una nube de ardiente humo que envolvió el mástil y la cofa. Al menos había media docena de embarcaciones —uno de los grandes hidrod deslizadores ente ellas— navegando alrededor de la estación y lanzando grandes chorros de agua contra las llamas. Pero el fuego era demasiado intenso y el suministro de agua demasiado escaso: el Sudd era en exceso viscoso para lanzarlo a través de las bombas de presión. Logan notó el calor del resplandor en la cara, secándole el cieno que le cubría el rostro, y apartó la vista.

Empezaba a distinguir otras figuras que medio nadaban medio se arrastraban por la superficie de la marisma en dirección a la estación. Estaban cubiertas por tanto cieno como él mismo, por lo que le resultó imposible identificarlas, pero le pareció que uno era Stone y otro Ethan Rush. Por lo visto se dirigían al sector Verde, donde estaban el departamento de Mantenimiento y el amarradero de los botes; el infierno del fuego aún no había alcanzado esa ala. Logan los siguió sin dejar de ayudar a la agotada Tina. Una moto de agua que daba vueltas alrededor del incendio los vio y se acercó. El piloto ayudó a subir al asiento trasero a Tina y después a Logan. Luego dio media vuelta, se dirigió hacia el sector Verde y amarró bajo la lona protectora del embarcadero. Logan le dio las gracias y ayudó a Tina a saltar al muelle. Solo iban vestidos con la ropa interior, pero con la cantidad de barro que los cubría de pies a cabeza habría dado lo mismo si hubieran llevado un traje espacial.

La zona de los muelles era un caos. El barullo ocasionado por las sirenas de alarma, los motores y las órdenes dadas a gritos resultaba insoportable. El aire estaba cargado de un humo espeso y acre. Desde otros sectores llegaban técnicos, ayudantes de laboratorio, operarios e incluso cocineros, sucios de hollín y cargados con todo tipo de documentos y objetos valiosos que habían conseguido salvar de las llamas. Logan vio al menos una docena de contenedores de pruebas apilados de cualquier manera contra una pared. Incluso el sarcófago que había albergado la momia de Narmer —«la momia de Niethotep», se recordó— estaba en un rincón. El resto del personal se dedicaba a cargar el otro gran hidrod deslizador amarrado al muelle.

Plowright, el capitán, se encontraba junto a la pasarela y gritaba órdenes.

Entretanto, unos cuantos hombres y mujeres equipados con trajes de emergencia salieron a toda prisa del embarcadero y se internaron en las profundidades de la estación en busca de gente que se hubiera quedado rezagada. Un individuo con una bata de laboratorio y cargado con un contenedor tropezó con un rollo de cuerda y cayó de bruces. El contenedor se le escapó de las manos y derramó su contenido en el suelo. Un montón de piedras preciosas, anillos, estatuillas y objetos de oro de todo tipo envueltos en bolsas y debidamente etiquetados rodaron por el muelle. Porter Stone apareció entonces como surgido de la nada, se arrodilló y empezó a recogerlos y a devolverlos al contenedor con movimientos torpes. Seguía completamente cubierto de cieno; el sudor —o tal vez eran lágrimas— que se deslizaba por sus mejillas abría blancos surcos en su rostro embarrado.

Logan miró alrededor y localizó a Valentino hablando animadamente con un grupo de guardias de seguridad. Se dirigió hacia ellos. Con el rabillo del ojo vio que Ethan Rush hacía lo mismo. Rush, Stone, Valentino... Al menos otras tres personas habían logrado escapar de la tumba.

—¿Cuántas bajas ha habido? —preguntaron a la vez Logan y Rush cuando llegaron junto a Valentino.

El responsable de inmersiones los miró. El barro le goteaba de su carnosos rostro.

—No sabemos todavía la cifra exacta —contestó—. Puede que quince o veinte atrapados en las llamas.

Alguien tendió a Logan una bata de laboratorio. Este se la puso y la abrochó.

—Las explosiones se produjeron muy deprisa —estaba diciendo uno de los hombres de Valentino—. El metano se acumuló en los resquicios, bajo las alas y después prendió.

—¿Qué le ha ocurrido exactamente al sistema de metano? —quiso saber Logan.

—Está dañado —repuso el hombre.

—¿No hay forma de cerrar las válvulas de emergencia? —preguntó Rush.

Valentino meneó la cabeza.

—No se puede llegar hasta ahí. El único camino hasta los cierres pasa por los sectores Blanco o Rojo, y son dos infiernos. Imposible. Además, las llamas se están acercando al conversor central y al tanque de almacenamiento. Disponemos de cuatro minutos, cinco como mucho. Después de eso más vale que estemos lejos de aquí.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Logan, que temía conocer la respuesta.

—No estamos seguros —dijo uno de los hombres de Valentino—, pero creemos que fue la señora Rush.

—¿Jennifer? —exclamó Ethan, pálido bajo la capa de cieno.

—Se presentó en el Centro de Inmersiones cuando ustedes estaban abajo, en la tumba. Llevaba dos bidones de nitroglicerina. Arrojó uno al Umbilical, pero todavía

tiene el otro.

—¿Quiere decir que sigue ahí? —preguntó Logan—. ¿En la Boca?

—Mantiene a todo el mundo a raya con ese maldito bidón de nitroglicerina —dijo el hombre.

—Ya es suficiente —declaró Valentino—. Voy a dar órdenes a mi equipo para que se retire. Tenemos que evacuar la estación inmediatamente. Menuda loca... —Se volvió hacia Rush y añadió—: *Scusi!*

Pero Rush ya no estaba allí, había echado a correr por la pasarela en dirección al sector Amarillo.

—¡Ethan! —gritó Logan, pero el médico se abrió paso entre el personal que entraba en el embarcadero y no miró atrás.

En ese momento, como si admitiera su derrota en la lucha contra el incendio, el segundo hidrodreslizador entró haciendo sonar la bocina. Grupos de operarios cargados con tantas reliquias y antigüedades como podían se reunieron en el muelle. Algunas embarcaciones menores habían comenzado a evacuar la estación y se dirigían, sobrecargadas de gente y material, hacia el norte, sin esperar a que los grandes hidrodreslizadores les abrieran el camino a través del Sudd. Logan se volvió y vio que Tina estaba a su lado. También ella se había puesto una bata de laboratorio.

—Volveré enseguida —le dijo él, pero antes de que pudiera alejarse notó que ella se aferraba a su brazo.

—¡No! —gritó con los ojos desorbitados.

Logan la cogió por los hombros. El shock del calvario que acababa de vivir había hecho mella en ella.

—Sube a uno de esos hidrodreslizadores —le ordenó—. Volveré enseguida.

Dicho lo cual, Logan dio media vuelta, le quitó la radio a uno de los hombres de Valentino y se alejó corriendo por la pasarela en la misma dirección que Rush.

PASÓ corriendo ante los despachos, los cubículos y los almacenes del sector Verde. La mayoría del personal había sido evacuado, y el laberinto de pasillos estaba prácticamente desierto. Tardó apenas dos minutos en cruzar el ala hasta la barrera del otro lado. Pasó bajo las cintas de plástico y atravesó el puente de pontones cubierto hasta el sector Amarillo. Allí el aire estaba más cargado de humo y el calor iba en aumento. En un abrir y cerrar de ojos cruzó la barrera del otro lado y llegó al Centro de Inmersiones.

Se detuvo en seco nada más entrar. La enorme sala parecía haber sido asolada por un huracán. Los estantes de los instrumentos estaban volcados. Había fragmentos de equipos electrónicos por todas partes. Los cables y conductos que serpenteaban por el suelo de cemento estaban quemados y ennegrecidos. Algunos de ellos se habían partido y echaban chispas. Los paneles de monitorización no funcionaban. La Boca, en el centro, se había convertido en una ruina humeante de la que sobresalían hierros retorcidos. Los restos calcinados de lo que había sido el Umbilical eran el testimonio de la explosión que había condenado al fracaso la última expedición a la cámara número tres.

Y allí, ante la Boca, se hallaba Jennifer Rush. Tenía la bata de hospital medio desgarrada, y el pelo, siempre tan bien peinado, totalmente revuelto. En una mano sujetaba un pequeño bidón de color rojo. Logan supuso que estaba lleno de nitroglicerina.

Ethan se hallaba a menos de dos metros de ella, con los brazos extendidos en actitud suplicante.

—Jennifer —decía—, por favor, soy Ethan.

Ella lo miró con ojos enrojecidos y sin brillo.

Logan se acercó, pero Rush le hizo un gesto para que se detuviera.

—Jennifer, no pasa nada. Deja ese bidón y ven conmigo.

Ella parpadeó.

—Infiel —dijo.

Logan sintió que un escalofrío lo recorría de la cabeza a los pies. Había reconocido la voz. Era la misma, seca y distante, que había oído en las dos sesiones que había presenciado. La sensación de hallarse ante la presencia maligna que había percibido por primera vez con ocasión del accidente del generador, y que después había percibido repetidas veces, se hizo mucho más intensa. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Cariño —seguía diciendo Rush—, ven conmigo, por favor. Todo irá bien.

Dio un paso hacia ella, pero se detuvo cuando vio que su mujer levantaba el

bidón.

—¡Aquellos que han osado cruzar la tercera puerta se consumirán en un fuego inextinguible —clamó con aquella voz terrible—, y mi tumba será sellada de nuevo por los tiempos de los tiempos!

Retrocedió hacia la Boca con el brazo extendido, como si fuera a dejar caer el bidón en sus profundidades.

La radio que Logan llevaba en la mano chisporroteó. Este la cogió y retrocedió hasta la puerta.

—Aquí Logan —dijo.

—¡Logan! —bramó la voz chillona de Valentino—. ¡Vuelva aquí! ¡Vuelva inmediatamente! He dado orden a todos los equipos de rescate para que se retiren. El fuego ha llegado al convertidor central. ¡El tanque de almacenamiento principal está a punto de estallar!

Logan bajó la radio.

—Ethan —dijo en el tono más tranquilo que pudo—, tenemos que marcharnos.

—¡No! —gritó Rush sin darse la vuelta—. No pienso abandonar a Jen. No voy a permitir que muera... por segunda vez.

—¡Logan! —sonó con urgencia la voz de Valentino—. ¡Ese tanque no aguantará ni un minuto más! ¡Están saliendo los últimos botes y...!

Logan desconectó la radio y se volvió hacia Jennifer.

—Alteza —dijo—, ven con nosotros.

Ella se volvió con los ojos enrojecidos y lo miró como si lo viera por primera vez.

—Puedes abandonar este lugar cuando gustes —siguió diciendo Logan—. Eres libre. Has vencido.

Jennifer se tambaleó momentáneamente, como presa de una gran fatiga, y en su rostro apareció una nueva expresión de duda e incertidumbre. Parpadeó y miró a Logan.

—Él tiene razón, Jen —dijo Rush—. Vamos. Aléjate del pozo —añadió acercándose a ella con los brazos extendidos.

De repente, Jennifer se volvió hacia su marido. Sus ojos se nublaron de nuevo y una extraña sonrisa apareció en sus labios.

—¡El pozo! —gritó con voz resonante—. ¡El dios negro de la más profunda sima lo atraparé y esparciré sus miembros por los confines del mundo!

Entonces, con un sonido que tanto podría haber sido un grito de victoria como de desesperación —o tal vez una combinación de ambos—, arrojó el bidón de nitroglicerina contra el suelo de cemento, entre ella y su marido.

Logan se apartó rápidamente, pero la violencia de la explosión lo derribó y notó que una sustancia viscosa y húmeda le salpicaba la espalda.

—Oh, no —murmuró.

Se puso en pie y, sin mirar atrás, salió corriendo del Centro de Inmersiones y regresó lo más rápidamente que pudo a través del puente y de los ruinosos pasillos del sector Verde. El humo era tan denso que apenas le permitía ver.

Si minutos antes el embarcadero había estado abarrotado, en esos momentos se hallaba desierto. Todas las embarcaciones se habían marchado. Un revoltijo de papiros, estatuillas, escarabajos y figuritas de oro, bolsas para muestras, monedas, joyas, cajas rotas y demás desechos, muchos de ellos de un valor incalculable, llenaba los muelles y las pasarelas.

Entonces oyó un bocinazo por encima del creciente fragor de las llamas. Una pequeña gabarra, la última en abandonar la estación, acababa de soltar amarras. A lo lejos, Logan distinguió una larga fila de embarcaciones, algunas grandes, como los dos hidrodeslizadores, otras pequeñas, que se alejaban de la estación tan rápidamente como el Sudd se lo permitía.

La gabarra hizo sonar su bocina de nuevo, giró y se acercó al extremo más alejado del muelle. Obedeciendo un impulso, Logan se agachó, recogió un puñado del tesoro esparcido por el suelo y se lo guardó en el bolsillo de la bata. A continuación echó a correr hacia el final del muelle y desde allí saltó a bordo de la gabarra. La pequeña embarcación giró de nuevo y reanudó su rumbo en pos del resto de las embarcaciones que se alejaban.

—Gracias —dijo Logan mientras recobraba el aliento.

—Será mejor que agache la cabeza —le respondió el piloto.

Logan se metió en lo que parecía la bodega de la nave, un espacio reducido donde apenas cabían unos cuantos chalecos salvavidas y unos bidones de gasolina.

Entonces, con una violencia que Logan había creído reservada exclusivamente para el Armagedón, la estación estalló en medio de una nube de fuego y humo que pareció desgarrar el universo con su rugido y que sumió el cielo y la tierra circundante en una completa negrura.

LA pintoresca procesión de embarcaciones siguió navegando hacia el norte en la penumbra del atardecer. Habían dejado atrás las marismas del Sudd y se dirigían hacia las cataratas del Nilo.

Logan no sabía si intentarían cruzarlas y entrar en Egipto o si desembarcarían antes en algún lugar y distribuirían a la expedición en camiones o aviones. En cualquier caso, le daba igual. Después de haberse trasladado de la gabarra a uno de los hidrodesslizadores, había pasado las horas asomado tristemente a un ojo de buey, envuelto en una de las ásperas mantas del barco y viendo pasar el paisaje sin verlo. El estado de ánimo que reinaba a bordo se parecía al suyo: conmoción, tristeza e incertidumbre. La gente formaba pequeños grupos y conversaba en voz baja mientras se consolaba mutuamente.

Cuando el sol empezó a ponerse, Logan cambió de postura, se levantó, dejó la manta y salió al puente. Durante el trayecto no había vuelto la vista ni una sola vez hacia las ruinas y la destrucción que dejaban atrás, así que tampoco lo hizo en ese momento. Caminó hacia proa en busca de café y lo encontró en la abarrotada cocina de la embarcación. Allí, de pie ante la máquina de café, estaban Valentino y sus hombres. El italiano lo saludó con un gesto de la cabeza y le pasó una taza sin decir palabra.

Logan la cogió con ambas manos y subió a la cubierta superior. Allí encontró a Tina, sentada en un banco y envuelta en una manta. Se había lavado someramente, pero todavía tenía el cabello manchado de barro seco.

Logan se sentó junto a ella y le entregó la taza de café. Tina sonrió apenas y tomó un sorbo.

Logan se recostó en el banco y notó que algo le pinchaba en el costado. Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó un puñado de objetos. Las gemas y los rubíes brillaron en la palma de su mano a la luz del atardecer. Había olvidado completamente que las había recogido en el muelle justo antes de echar a correr para ponerse a salvo. Al contemplarlas en ese momento no supo por qué lo había hecho. ¿Por el deseo —la necesidad, incluso— de rescatar algo de entre las ruinas de aquella trágica expedición? ¿O por algo más profundo, algo más atávico..., algo relacionado con la muerte de Ethan y Jennifer Rush?

Tina miró las piedras preciosas. Sus ojos, hasta entonces apagados y tristes, se iluminaron ligeramente. Extendió la mano y las acarició con la punta de los dedos. Cogió un pequeño amuleto de porcelana y lo alzó a la luz del sol. Era un ojo visto de frente, como todo el arte del Antiguo Egipto, con su ceja y sus alargadas pestañas esculpidas en él.

—El Ojo de Horus —dijo por encima de los gritos de las aves acuáticas.

—¿Qué es?

—Según la mitología egipcia, mientras Horus dormía, Set, su gran enemigo, le robó un ojo. Cuando despertó, Horus fue a ver a su madre y le pidió otro. Esto fue lo que Isis le dio, el ojo que todo lo ve. Se supone que tiene poderes mágicos. —Lo contempló con admiración—. Supongo que lo encontraron en la momia de Niethotep.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Los sacerdotes solían meter estos amuletos entre los vendajes de las momias para que las protegieran con sus poderes mágicos.

Le dio la vuelta y señaló algo. Logan se acercó. Tenía grabadas dos imágenes: un siluro y un cincel.

—Narmer —murmuró.

—Niethotep le arrebató incluso esto —dijo Tina. Suspiró, meneó la cabeza y le devolvió la reliquia.

—No, quédatela —repuso él.

Permanecieron un rato sentados sin decir nada, en un lento y reparador silencio, mientras la embarcación seguía navegando hacia el norte.

—¿Qué crees que hará Stone? —preguntó Logan al fin.

No había vuelto a ver al jefe de la expedición desde que habían tomado rumbo norte.

Tina lo miró.

—¿Te refieres a todo esto? Pues saldrá limpio de polvo y paja, como siempre. Además, tendrá una historia interesante que contar, suponiendo que alguien le crea. De todas maneras, por lo que he podido ver, hemos logrado rescatar la mayor parte de los objetos encontrados en la tumba.

—¿Rescatar, dices? Yo pensaba que eso era anatema para ti.

Tina sonrió con amargura.

—Normalmente sí, pero en este caso no teníamos elección. El descubrimiento era demasiado importante para dejar que se perdiera, en especial la gran cantidad de papiros que encontramos. A pesar de que plantean más preguntas que las que responden, contienen una información de incalculable valor.

—¿Te refieres a por qué Narmer estaba tan avanzado a su tiempo?

—En efecto. ¿Cómo es posible que tantas ceremonias, tanto arte y tantas creencias que pensábamos que no se habían desarrollado hasta siglos después tuvieran su origen en él? ¿Por qué se perdieron durante tanto tiempo?

—Creo que tengo una respuesta para la segunda pregunta —repuso Logan, y señaló el Ojo de Horus que Tina tenía todavía en la palma de la mano.

Ella asintió lentamente y cerró los dedos alrededor del amuleto.

—Al menos sé que no va a faltarme trabajo. Después de esto me esperan años de

estudio e investigación.

Otro silencio largo. El sol descendió un poco más y se hundió tras el horizonte.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Tina al fin en voz muy baja.

Logan la miró en la creciente penumbra.

—¿Qué le pasó a Jennifer Rush? —quiso saber ella.

Logan tardó un momento en contestar, y cuando lo hizo fue para dar la respuesta que inconscientemente había ensayado desde que habían empezado a viajar río abajo, la más cómoda y convencional.

—Jennifer tenía ciertos... problemas psicológicos —dijo—. Rush no se lo contó a nadie porque creía que las dotes que su mujer había adquirido tras su experiencia cercana a la muerte la convertían en un elemento valioso para la expedición y compensaban sobradamente los problemas psicológicos que pudiera tener.

—Querrás decir que era valiosa para ese centro que Rush había fundado —replicó Tina con amargura—. Piensa en la fantástica publicidad que habría supuesto para él.

—No —repuso Logan—. No creo que Ethan pensara en su mujer en esos términos. La quería, la quería profundamente, pero su dedicación al centro acabó por nublarle el juicio. No se dio cuenta de la carga que esas sesiones representaban para ella.

—Entonces es que estaba ciego, porque yo lo veía con toda claridad. Al menos así fue cuando presencié su último tránsito. Si Ethan sabía que Jennifer era emocionalmente inestable, no tendría que haberla obligado a pasar por eso. Lo peor fue que tuviera que hacerlo más de una vez; sobre todo teniendo en cuenta el trauma personal de haber estado clínicamente muerta durante catorce minutos. No me extraña que llegara a convencerse de que estaba poseída por el espíritu de una muerta.

Logan no respondió, y Tina acabó lanzando un suspiro.

—El día en que presenciamos cómo Ethan le provocaba aquel trance hipnótico y le hacía todas esas preguntas, no pude evitar preguntarme qué sentía ella realmente cuando volvía de esos tránsitos. Pobre Jennifer...

Logan seguía sin responder. Recordaba una conversación que había tenido con Ethan Rush, una conversación muy distinta. «He estado pensando en lo que me dijiste —le había dicho el médico—, en que por haber estado tanto tiempo clínicamente muerta, por haber tenido una experiencia cercana a la muerte tan prolongada, pudiera haber perdido su..., su alma o como quieras llamarlo».

Catorce minutos...

—¿Volvía, dices? —respondió al fin—. No sabemos qué era lo que volvía realmente.

Pero su voz fue un murmullo tan tenue que, entre el ruido de los motores y el chapoteo de las olas, Tina no lo oyó.

Nota del autor

Si bien mi labor de investigación para *La tercera puerta* se nutre de numerosas fuentes basadas en hechos, los egiptólogos comprobarán que no he vacilado en cambiar fechas, ritos, creencias y muchos otros aspectos de la historia del Antiguo Egipto, tanto de carácter general como concreto, para adaptarlos al relato. Y a pesar de que el Sudd es un lugar que existe realmente, he alterado varios detalles geográficos, temporales y políticos de la marisma para convertirla en el lugar extraño e inhóspito que tan certeramente describió Alan Moorehead en *El Nilo Blanco*.

Sea como fuere, *La tercera puerta* es una obra de ficción y todos los personajes, hechos y detalles de la novela son enteramente imaginarios.

Muchas personas han contribuido a que este libro viera la luz. Quiero dar las gracias en especial al siempre paciente y animoso Jason Kaufman, lo mismo que a Rob Bloom, Douglas Preston, Greg Tear y Eric Simonoff.

Lincoln Child es autor de *Utopía*, *Armonía letal*, *Tormenta* e *Infierno helado*. Junto con Douglas Preston, ha escrito varias novelas de gran éxito protagonizadas por el inspector Pendergast entre las que se encuentran *La danza del cementerio*, *Pantano de sangre*, *Sangre fría* y *Dos tumbas*. Actualmente vive en Morristown, New Jersey.